LA HEREJÍA DE HORUS

Dan Abnett

LEGIÓN

Secretos y mentiras



El destino de la humanidad pende de un hilo.

Se avecina una Gran Guerra, un enfrentamiento que devorará al Imperio de la Humanidad. Los marines espaciales de la Legión Alfa, la última y más hermética de toda la hermandad de los Adeptus Astartes, llegan a un mundo enemigo para apoyar al Ejército Imperial en su campaña de pacificación y en su lucha contra unas fuerzas enigmáticas y sobrenaturales. Pero, ¿qué es lo que impulsa los actos de la Legión Alfa? ¿Se puede confiar en ellos? ¿Qué bando escogerán cuando comience la Gran Guerra?

Dan Abnett

Legion

Secretos y mentiras

Warhammer 40000. Herejía de Horus 7

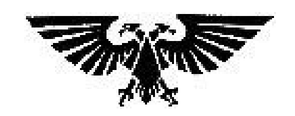
ePUB r1.4
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Legion*
Dan Abnett, 2008
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2009)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

Gracias a Nik, a Graham McNeill, a Alan Merrett y a Lindsey Priestley.



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada: los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhombres que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido. cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o mas de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus.

Llamado El Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, es igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin par, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se venir enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

ALPHARIUS	Primarca de la Legión Alfa

La Legión Alfa

INGO PECH	Primer capitán
(MA) THIAS HERZOG	Segundo capitán
SHEED RANKO	Capitán, Escuadra Exterminadora Lernaean
OMEGON	Comandan, Escuadra de Infiltración Effrit

La 670ª Flota Expedicionaria Imperial

(Geno Cinco-Dos Chillada)

SRI VEDT	Uxor primus de Geno Cinco-Dos
HONEN MU	Uxor
RUKHSANA SAIID	Uxor
HURTADO BRONZI	Atamán
KAIDO PIUS	Atamán
DIMITER SHIBAN	Atamán

PETO SONEKA	Atamán
FRANCO BOONE	Latigeno

(Hort Zanzibari)

NITIN DEV	Mayor general
KOLMEC	Bajolur

(Luciferes Negros)

DINAS CHAYNE	Capitán bajolur
EIMAN	Compañero
BELLOC	Compañero

(Torrente Sexto del Sind Creciente)

WILDE	Comandante

(Outremars)

ISMAIL SHERARD	Jedive

(Legio Jerjes)

AMON JEVETH	Princeps

(Espinas de Regnault)

GAN KARSH	General

Personajes no imperiales

LA CÁBALA
JOHN GRAMMATICUS
GAHET
SLAU DHA
G'LATRRO

«La naturaleza os dio una cara, y vosotras os fabricáis otra distinta.»

Atribuido al dramaturgo Shakespire,
alrededor de M2.

«Se dice que si se le cortaba la cabeza a la hidra mitológica, le salían dos nuevas.»

Proverbio antiguo.

«Nadie es tan necio como para elegir la guerra en lugar de la paz. En ésta, los hijos sepultan a los padres; en aquélla, los padres sepultan a los hijos.»

Atribuido al cronista Herodoto,
alrededor de M0.

«La guerra no es más que la higiene de la galaxia.»

Atribuido al primarca Alpharius.

Me llamo Hurtado Bronzi

Ya está. Ya lo he dicho. Ya lo he dicho y ya no puedo echarme atrás. El secreto ha quedado desvelado.

Ah, ¿el resto? Bueno, si no queda más remedio, señor... Me llamo Hurtado Bronzi y soy un atamán (lo que es lo mismo, un oficial de rango superior) de Geno Cinco-Dos Chillada, Ejército Imperial, Gloria de Terra, amados del Emperador. Soy nativo de Edessa, estoy orgulloso de mi libertad y soy un catético devoto. Tengo un hermano y dos hermanas. Sólo presto atención a las órdenes de mi estimado comandante general Namatjira, mis manos sólo atienden a los deseos del Emperador y al funcionamiento correcto de mi carabina láser. Mi boca... bueno, mi boca sabe mucho más, y sabe cuándo no decirlo.

Porque él nos ha enseñado a ser escrupulosamente reservados. No, no pienso decir su nombre. Ya he dicho que nos ha enseñado a ser escrupulosamente reservados. Así es él, y nosotros lo adoramos por ello. El mayor regalo que nos ha concedido es compartir su secreto con nosotros.

¿Por qué? Supongo que porque estábamos allí, en Tel Utan, y en puerto Mon Lo y en las Colinas Temblorosas. Si no hubiéramos estado nosotros, habrían sido otros.

¿Por qué susurráis? Oigo que susurráis. ¿Qué es lo que no queréis que oiga? ¿Qué secretos estáis tramando?

¿Dolor? ¿Eso es todo lo que podéis ofrecerme? Bueno, la verdad es que sí, que abre ciertos secretos. Algunos secretos, algunas bocas. ¿Qué es lo que me tenéis preparado? Ah, ya veo. Bueno, si no os queda más remedio. No es que me guste. ¿Qué será lo primero? ¿Los ojos? ¿Los genitales? ¿El hueco entre los dedos de los pies o entre los de las manos? Antes deberíais saber que...

¡Aaaarrghh!

Ah, ah, por todos los...

Uummif Eres todo un experto, hombrecillo. Todo un experto. Ya lo habías hecho antes, ¿verdad? No, espera, quiero...

¡Aaaarrghh!

¡Terra amada! ¡Aaahh, mierda! ¡Aaah!

Ese pequeño cabrón. ¡Dejadme terminar, por favor! Dejadme terminar lo que estaba diciendo.

Por favor. ¿Sí?

Muy bien, Esto no va a servir de nada. No va a servir de nada. Porque os lo digo yo.

No os diré nada. No importa lo que me hagáis. De verdad que no importa. Quemadme todo lo que queráis. Mis labios permanecerán sellados.

Porque eso es lo único que nos pide. Lo único. Puedo deciros quién soy, y quién era, pero no puedo, no quiero, traicionar la confianza que ha depositado en mí.

¡Aaaarrghh!

¡Mierda! ¡Por el fiíego! ¡Cabrón!

Nnngghhh...

¿Qué? ¿Qué? Preguntad lo que queráis. Quemadme otra vez si tenéis que hacerlo.

Me llamo Hurtado Bronzi.

Es lo único que sabréis de mí.



PRIMERA PARTE

VERANO REPTILIANO



UNO

Tel Utan, Nurth,
dos años antes de la Herejía

El nurtheno murmuró algo en su jerigonza habitual antes de morir. Señaló a sus enemigos con unos dedos cubiertos de polvo y balbució unas cuantas maldiciones contra sus familias y sus seres queridos, sobre todo prediciendo un destino terrible para sus descendientes, allá donde estuvieran. Cualquier soldado aprende a hacer caso omiso de los insultos, pero hubo algo en el modo de maldecir del nurtheno que hizo que Soneka palideciera.

El nurtheno se encontraba tumbado de espaldas sobre una ladera de arena seca y rojiza, donde la explosión lo había lanzado. Algunas partes de su túnica de seda rosa se estaban poniendo rígidas, en los puntos donde las manchas de sangre se secaban con rapidez bajo el sol del atardecer. La placa pectoral que llevaba puesta, en la que habían tallado grabados de plantas y reptiles entrecruzados, relucía como un espejo. Tenía las piernas torcidas en una postura flácida que indicaba que su espina dorsal ya no estaba conectada a ellas.

Soneka recorrió el lecho seco del *wadi* para acercarse y observarlo mejor. Un cielo tremendamente azul y oscuro se unía al horizonte rojo. El sol poniente resaltaba las aristas de las rocas y de los peñascos con una intensa luz naranja.

Soneka llevaba puestos los protectores antirreflejo, pero se los quitó como gesto de cortesía hacia el nurtheno y para que así éste pudiera verle los ojos. Se arrodilló a su lado y la pequeña caja dorada que llevaba colgada del cuello se balanceó como un péndulo.

—Ya basta de maldiciones, ¿vale? —le dijo.

La tropa se mantuvo a su alrededor en la ladera, observándolo todo y con las armas preparadas. El viento del desierto hacía ondular las chaquetas bordadas que

llevaban puestas y que les llegaban hasta la cintura. Lon, uno de los bashaws de Soneka, ya había partido la falce del nurtheno con un chorro de nitrógeno líquido y el impacto había arrojado los restos del arma rota por encima del borde del *wadi*.

Soneka captó el olor del disparo del arma imperial, que todavía flotaba en el aire cálido.

—Se acabó —dijo a su enemigo—. ¿Estás dispuesto a hablar conmigo?

El nurtheno alzó la mirada hacia él con la cara cubierta de granos de arena y murmuró algo. Unas cuantas burbujas sanguinolentas le aparecieron en la comisura de los labios.

—¿Cuántos? —insistió Soneka—. ¿Cuántos más de vosotros hay en este agujero?

—Tú... —musitó el nurtheno.

—¿Sí?

—Tú... yaces con tu propia madre.

Lon alzó la carabina láser en un gesto brusco.

—Tranquilo. Me han dicho cosas peores —lo detuvo Soneka.

—Pero vuestra madre es una mujer honorable —le contestó Lon.

—Vaya, ¿también te gusta a ti?

Algunos de los soldados se echaron a reír, y Lon bajó el arma al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Tu última oportunidad —le dijo Peto Soneka al moribundo—. ¿Cuántos más?

—¿Cuántos más sois vosotros? —le replicó el nurtheno, con un susurro débil. Hablaba con un fuerte acento, pero no se podía negar que conocía a fondo el idioma imperial—. ¿Cuántos más? Venís de las estrellas en manada, y no hacéis nada.

—¿Eso es lo que piensas de nosotros? —le preguntó Soneka.

—Nada a excepción de demostrar la presencia universal del mal.

El nurtheno se lo quedó mirando. La mirada se le había enturbiado, como el aire del cielo en el amanecer. Se le escapó un eructo, y un chorro de sangre le salió de la boca como agua de una espita.

—Ha muerto —comentó Lon.

—Bien visto —respondió Soneka mientras se ponía en pie.

Se volvió para mirar a los soldados agrupados tras de él sobre la ladera. Detrás de ellos ardían dos vehículos blindados nurthenos, que lanzaban chorros de humo al cielo azul. Soneka oyó unos cuantos disparos de armas láser, procedentes del otro lado del *wadi*.

—Vamos a bailar —ordenó.

Desde el borde del *wadi*, en dirección al oeste, se veía Tel Utan, una maraña de edificios y de muros de arcilla que cubrían una colina larga en forma de rebanada situada a unos diez kilómetros de distancia. El paisaje que se extendía hasta la colina era una mezcla de riscos intermitentes y cuencas antiguas. Debido a la luz sesgada del

sol poniente, estas últimas estaban llenas de unas sombras tan oscuras que parecían estanques de tinta negra. Soneka sentía una negrura similar en el corazón: Tel Utan había demostrado ser su némesis. Los había mantenido a raya durante ocho meses mediante una combinación de terreno, tácticas, estoicismo y pura mala suerte.

La Geno Cinco-Dos Chilíada era una de las brigadas más antiguas del Ejército Imperial, una fuerza de élite entre un millar de compañías. Mantenía una tradición marcial que antecedía a la Gran Cruzada, desde los tiempos de las guerras de Unificación que la habían precedido. Este geno era un miembro honorable del Viejo Centenar, la serie de regimientos de la Era de los Conflictos que el Emperador, con su generosidad, había mantenido después de la Unificación, siempre que le juraran lealtad. Otros muchos miles de regimientos se habían visto obligados a disolverse, o incluso habían sido purgados y neutralizados según su empeño en la resistencia frente al nuevo orden.

Peto Soneka era nativo de Feodosiya; durante su juventud había servido en el ejército local, pero había solicitado con entusiasmo el traslado a Geno Cinco-Dos, debido a la reputación tan ilustre de la unidad. Llevaba en el geno veintitrés años, y había ascendido hasta el rango de atamán. En todo ese tiempo no habían encontrado una resistencia tan fuerte como para no lograr romperla.

Habían librado campañas realmente difíciles a lo largo de ese período. Soneka recordó entre las más duras la de Foechion, donde se habían enfrentado cara a cara con los pielesverdes durante seis semanas en un planeta helado y sin luz, y la de Zantium, donde las huestes dragonoides casi los habían derrotado en una serie de batallas sorpresivas y emboscadas.

Pero Nurth, y sobre todo Tel Utan, estaba resultando ser el enfrentamiento más difícil que habían mantenido. Se rumoreaba que el comandante general se estaba empezando a irritar, y nadie quería estar cerca de Namatjira cuando se enfureciera del todo.

Soneka volvió a ponerse los protectores antibrillo. Era un individuo delgado y ágil, de cuarenta y dos años estándar, aunque podía pasar perfectamente por un joven de veinticinco. Tenía un cráneo anguloso, con pómulos salientes y una mandíbula de líneas agresivas. Su barbilla resaltaba en aquel rostro, y su boca, de labios generosos y relucientes dientes blancos, resultaba especialmente atractiva a las mujeres. Como el resto de la tropa, tenía la piel bronceada por la luz del planeta. Hizo una señal, y sus bashaws ordenaron a los hombres que avanzaran a lo largo del borde del *wadi* para adentrarse en las hondonadas que había al otro lado. Los blindados del regimiento los siguieron, balanceándose sobre las orugas y levantando columnas de polvo rojizo que dejaban atrás a medida que cruzaban la cuenca. El Centaur de Soneka lo esperaba con los motores rugiendo, pero éste le indicó al vehículo que avanzara sin él. Era una buena ocasión para caminar.

Quedaba media hora de luz diurna. Habían aprendido por las malas que la noche era el dominio de los nurthenos. Soneka tenía la esperanza de llegar con su destacamento hasta el puesto de mando adelantado PG23 antes de que se hiciera de noche. El último enfrentamiento con los nurthenos había retrasado su avance de forma considerable. Expulsarlos de aquel terreno era como sacarse astillas de las uñas.

Las tropas de Soneka mostraban un aspecto magnífico mientras avanzaban. El uniforme de la unidad era un mono de combate grueso y ceñido cubierto de refuerzos de cuero tachonado y piezas de armadura, con una capa que les llegaba hasta la cintura de merdacaxi amarillo, una seda terráquea, más resistente que las sedas rosáceas de Nurthene. La armadura de cuero repujado estaba cubierta de artefactos y con piel cosida en los rebordes. La parte exterior de las capas tenía bordados con todo lujo de detalles los emblemas y las insignias de la compañía. Iban equipados con mochilas ligeras, cintas de munición, bayonetas largas como espadas cortas y las cantimploras con las raciones dobles de agua, que repiqueteaban contra los cilindros de nitrógeno líquido con los que todos ellos habían sido equipados. Las armas estándar eran las carabinas láser y los lanzacohetes, pero algunos hombres iban equipados con lanzas de combustión u otras armas de apoyo. Todos eran individuos fornidos, escogidos genéticamente para ser grandes y fuertes. Soneka era delgado, comparado con la mayoría. Llevaban la cabeza cubierta con unos cascos rematados en punta, de color acero o naranja, y a menudo con un reborde de piel o con unas cogoteras formadas por cordones con cuentas. Los protectores antibrillo eran abultados, un par de hemisferios de metal de color anaranjado y de forma ovoide que tenían unas rendijas abiertas en la superficie.

A los miembros de la unidad de Soneka los llamaban los bailarines, un apodo que habían recibido casi ochocientos años antes. En esos últimos minutos de luz diurna, los bailarines iban a recibir el peor castigo en combate de toda su carrera militar.

—¿Quién era ése? —preguntó Bronzi, en voz baja—. ¿Lo sabes?

El bashaw Tche, que estaba ocupado abriendo el envoltorio de una de las raciones de comida, se encogió de hombros.

—Alguien con una especie de algo —contestó con un gruñido.

—Pues sí que eres de mucha ayuda, ¿sabes? —replicó Bronzi, dándole un puñetazo amistoso en el brazo.

El bashaw, que pertenecía al grupo de individuos musculosos del regimiento, era bastante más fornido que Bronzi. Miró a su atamán con gesto cansado.

—Dicen que es algo así como un especialista —añadió.

—¿Quién lo dice?

—Los ayudantes del uxor.

Los llamados bufones habían llegado al puesto de mando avanzado PG23 una

hora antes, más o menos. Les habían asignado como alojamiento la parte oriental del viejo fuerte de ladrillo. El Punto Geográfico 23 era un puesto de avanzada nurtheno que habían capturado dos semanas atrás y que se encontraba a ocho kilómetros de Tel. Formaba parte del «nudo corredizo» que el comandante general Namatjira estaba creando alrededor de la ciudad enemiga.

Hurtado Bronzi era un veterano de sesenta años que poseía un carisma arrollador y un cuerpo que empezaba a estar fondón. Asomó la cabeza por el hueco de la puerta del alojamiento y echó otro vistazo cuidadoso a lo largo del pasillo de ladrillo rojizo. En uno de sus extremos, que daba a un patio central, vio al recién llegado, de pie y charlando con Honen Mu y algunos de sus ayudantes. El recién llegado era un individuo de estatura elevada, realmente grande: un gigante vestido con una túnica de malla de color gris polvoriento y la cabeza afeitada. Al hombro llevaba colgado un bólter con el brillo apagado por el hollín.

—Es un tipo grandote —comentó Bronzi mientras jugueteaba con la pequeña cajita dorada que llevaba colgada del cuello por una cadena.

—No te quedes mirando así —le advirtió Tche, que masticaba la barra de alimento.

—Sólo digo que es muy grande. Es incluso más grande que tú.

—Deja de mirar fijamente.

—Es que da la casualidad de que está justo donde estoy mirando, Tche —le explicó Bronzi.

Algo pasaba. Algo había ocurrido a lo largo de los últimos días anteriores. La uxor Honen se mantenía extrañamente reservada; había intentado reunirse con ella, sin éxito, en numerosas ocasiones.

Realmente, era un individuo grande. Sobrepasaba en altura a Honen, aunque lo cierto era que todo el mundo la sobrepasaba en altura. El desconocido debía de medir dos metros veinte, o veinticinco incluso. Parecía diseñado genéticamente para ser grande, incluso tanto como un astartes. Honen tenía que inclinar mucho la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara, y de vez en cuando asentía en un diálogo que Bronzi no era capaz de captar. A pesar de que estaba conversando con un gigante, el cuerpo de Honen mantenía la misma postura de siempre: desafiante y agresiva, como la de un gallo de pelea, llena de fuerza y confianza. Bronzi sospechaba desde hacía mucho tiempo que el lenguaje corporal de la uxor Honen era una compensación por su cuerpo de aspecto frágil.

Bronzi volvió la cabeza para mirar hacia la sala común. Sus bufones se dedicaban a pasarlo bien, a beber, a comer, a jugar con las tabas. Unos pocos estaban limpiando las armas o puliendo piezas de las armaduras para eliminar las capas de polvo rojizo que se habían ido acumulando a lo largo del día en el campo de batalla.

—Me apetece dar una vuelta —dijo Bronzi, de repente.

El bashaw siguió masticando y se quedó mirando los pies del atamán. Bronzi no se había quitado la armadura al llegar, pero sí las botas. Los dedos de sus pies, gruesos y sucios, sobresalían a través de los agujeros de los calcetines de lana.

—¿No te parece elegante? —le preguntó Bronzi.

Tche se encogió de hombros.

—Que te den.

Bronzi se quitó la capa bordada, los arneses con equipo y el cinturón con las armas y lo dejó caer todo en la tierra reseca. Se quedó con las cantimploras.

—Voy a llenarlas.

Bronzi cruzó el pasillo. Las cantimploras repiqueteaban al balancearse colgando de sus dedos regordetes. Se sintió decepcionado al darse cuenta de que el gigantón había desaparecido. La uxor y sus ayudantes salían en ese momento del patio. conversando entre sí.

Honen se volvió cuando Bronzi entró en el patio. El aire todavía era cálido. Los ladrillos dejaban escapar poco a poco el calor del día. El atardecer había dejado coloreado el cielo con un tono púrpura oscuro de aspecto resinoso.

—Atamán Bronzi, ¿quiere algo? —le preguntó. Las palabras le salieron tintineando de la boca, como diminutos fragmentos de hielo.

Bronzi le respondió con una sonrisa amistosa y alzó el brazo con las cantimploras vacías.

—Voy a la bomba de agua.

La uxor Honen se abrió paso entre sus ayudantes y se dirigió hacia él. Era una persona diminuta, con el aspecto físico de una jovencita, pequeña y delgada. Llevaba puesto un mono ajustado negro y una capa gris. Caminaba sobre unas zapatillas con tacón, lo que realzaba su falta de estatura. Tenía el rostro ovalado y una boca pequeña. Su piel era muy, muy negra. Sus ojos eran inmensos. Con veintitrés años de edad, era tremendamente joven dada la enorme responsabilidad que tenía en sus manos, pero era algo que ocurría a menudo entre las uxores. Bronzi le tenía cierto cariño. Era perfecta, delicada, y de su pequeño cuerpo emanaba una sensación de poder enorme.

—¿A la bomba de agua? —le preguntó ella, pasando del gótico bajo al edesano.

Aquello era algo que hacía a menudo. Tenía la costumbre de hablarles a los soldados, a cada uno de ellos, en sus idiomas nativos. Bronzi suponía que aquella demostración de habilidad lingüística tenía por intención mostrarse cordial además de resaltar su tremenda inteligencia. Curiosamente, en la tierra natal de Bronzi, Edessa, a eso se le llamaba «presumir».

Él cambió de idioma a la par.

—A por agua. Me he quedado sin.

—Atamán, el racionamiento de agua ya se efectuó hace un buen rato —le

contestó ella—. Creo que no es más que una excusa para husmear.

Bronzi se encogió de hombros en un gesto que esperó le pareciera simpático.

—Ya me conoce.

—Por eso creo que estabas husmeando —le respondió Honen.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Los enormes ojos de la uxor bajaron con lentitud hacia los calcetines agujereados del atamán. Bronzi se dio cuenta de que ella intentaba reprimir una sonrisa. El truco con Honen era apelar a su sentido del humor. Por eso no steniendo un aspecto natural.

—Es difícil, ¿verdad? —le preguntó ella con una mueca burlona.

—¿De qué hablamos ahora?

—De mantener escondida esa tripa que tienes.

—No sé a qué se refiere, uxor.

Honen se limitó a asentir.

—Y yo no sé por qué te mantengo al mando, atamán Bronzi —le indicó ella—. ¿Es que ya no existen unos requerimientos físicos mínimos?

—¿O un límite de peso? —sugirió una de sus ayudantes, cuatro jóvenes rubias que se reunieron alrededor de Honen con una sonrisa burlona.

—¿Se están burlando de mí?

—Es posible —admitió una de las ayudantes.

—Sigo siendo el mejor oficial de campo que tiene.

Honen frunció el entrecejo.

—Puede ser. Hurtado, no husmees. Dentro de poco se te dirá todo lo que tienes que saber.

—¿Sobre el especialista?

Honen miró de reojo a sus ayudantes con una expresión interrogativa. También concentró su percepción en ellas. Todas apartaron la mirada y retrocedieron ante el contacto ardiente de esa percepción para fijar la atención en cualquier otra cosa.

—Alguien ha hablado más de la cuenta —comentó Honen, con voz amenazante.

—Entonces ¿se trata del especialista? —insistió Bronzi.

—Ya te he contestado a eso —le replicó ella, volviendo a centrar su atención en él.

—Sí, sí, lo sé —contestó Bronzi, a la defensiva, al mismo tiempo que hacía entrechocar las cantimploras que llevaba colgadas de la mano—. Me enteraré cuando tenga que enterarme.

—Que tus hombres se dispongan a descansar esta noche —le ordenó ella antes de darse la vuelta para marcharse.

—¿Han llegado los bailarines? —le preguntó.

—¿Los bailarines?

—Ya deberían estar aquí. Peto me debe dinero de una apuesta. ¿Es que no han

llegado?

Honen entrecerró los ojos.

—No, Hurtado, todavía no están aquí. Esperamos que lleguen en cualquier momento.

—Ah. Entonces, solicito permiso para salir con un equipo de búsqueda para efectuar una exploración del terreno y descubrir qué es lo que los está retrasando.

—Hurtado, la lealtad que sientes hacia tu amigo te honra, pero no tienes permiso.

—No tardará en oscurecer.

—Así es. Por eso no quiero que salgas con un puñado de hombres a dar vueltas por ahí a lo loco.

Bronzi se limitó a asentir.

—¿Lo he dejado bien claro? ¿No se producirán interpretaciones equivocadas o ingeniosas de esa orden en esa cabeza tuya tan aguda?

Bronzi negó con la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Pues será mejor. Buenas noches, atamán.

—Buenas noches, uxor.

Honen se alejó con los tacones repiqueteando contra el suelo mientras enviaba una orden con su capacidad mental. Sus ayudantes se quedaron atrás un momento y fulminaron a Bronzi con la mirada antes de apresurarse a seguirla.

—Sí, ya podéis quedaros mirándome todo lo que os dé la gana, cabronas rubias —murmuró Bronzi, y volvió a su alojamiento con los pies descalzos golpeteando el suelo—. Tche.

—¿Sí, atamán?

—Organiza un grupo de exploración y que esté preparado en diez minutos.

Tche dejó escapar un suspiro.

—¿Tenemos permiso para ello, atamán? —le preguntó a Bronzi.

—Por supuesto. La uxor me dijo específicamente que no quería que saliera un puñado de hombres a dar vueltas por ahí a lo loco, así que di a los muchachos que tendrán que ser unos verdaderos profesionales, lo que para ellos supondrá todo un cambio.

—¿No saldremos a dar vueltas a lo loco?

—Nada de eso. Como profesionales, Tche. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

Bronzi se volvió a poner las botas y se recolocó el cinturón con el equipo. Se dio cuenta de que tenía que vaciar la vejiga.

—Lo quiero en cinco minutos —le dijo a su bashaw.

Se acercó a la letrina, un agujero de cemento pestilente situado al otro extremo del pasillo. Soltó una pieza de la armadura y suspiró de alivio mientras orinaba. No

muy lejos de allí, los soldados se duchaban en las duchas comunes, y le llegó el sonido de una canción entonada en uno de los alojamientos para tropas.

—Esta noche vas a quedarte aquí dentro y muy quietecito —dijo una voz a su espalda.

Bronzi se puso tenso. La voz era baja pero amenazante, suave pero poderosa, como el resto superdenso de una estrella muerta.

—Pues a mí me parece que voy a terminar de hacer lo que tengo entre manos —contestó, poniendo toda su voluntad en no mirar a su alrededor y en mantener un tono jocoso en su respuesta.

—Esta noche vas a quedarte aquí dentro. Nada de juegos o bromas. Nada de saltarse las reglas. ¿Está claro?

Bronzi recolocó la pieza de la armadura y se dio la vuelta.

Era el especialista. Bronzi alzó la cara poco a poco hasta que se quedó mirando hacia arriba, al rostro del desconocido. Era enorme, un individuo casi monstruoso. Sus facciones estaban ocultas bajo la sombra de una capucha.

—¿Eso es una amenaza? —quiso saber Bronzi.

—¿Es que alguien como yo necesita amenazar a alguien como tú? —replicó el especialista.

Bronzi entrecerró los ojos. Se le podía tachar de muchas cosas, pero apocado no era una de ellas.

—Bueno, pues ven a por mí si tantas ganas tienes.

El especialista dejó escapar una breve risa.

—Debo admitir que tienes pelotas, atamán.

—Las tenía fuera sólo porque estaba meando.

—Bronzi, ¿verdad? He oído hablar de ti. Tienes más cara que nadie en todo el Ejército Imperial.

Bronzi no pudo evitar sonreír, aunque tenía el pulso acelerado.

—Hijo, podría hacerte mucho daño. Mucho, mucho daño.

—Podrías intentarlo.

—Lo haría. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, me da la impresión de que lo intentarías. No lo hagas. Odiaría tener que hacerle daño a uno de mi bando. Te lo dejaré bien claro. Esta noche va a ocurrir algo en lo que no debes interferir. No me provoques entrometiéndote. No te involucres. No tardarás en entender el motivo. De momento, atamán, tendrás que aceptar mi palabra al respecto.

Bronzi no apartó la mirada.

—Tal vez lo haría. Puede que lo hiciera si lograra verte la cara o supiera tu nombre.

El especialista se quedó callado un momento. Bronzi creyó por un instante que se

iba a quitar la capucha y le iba a enseñar el rostro.

—Te diré cómo me llamo.

—¿Ah, sí?

—Me llamo Alpharius.

Bronzi parpadeó y la boca se le secó. Sintió cómo el corazón se puso a latir con tanta fuerza y rapidez que el torso le reverberó.

—Es mentira. ¡Mentiroso! ¡Menuda gilipollez!

Un fuerte destello repentino iluminó el lugar por un segundo con una luz blanca cegadora. Un estruendo bajo y reverberante resonó pocos instantes después.

Bronzi corrió hasta una de las troneras. En el exterior, en mitad de la oscuridad, distinguió los destellos y los estallidos de luz propios de un combate a gran escala, un combate que se estaba desarrollando detrás de una cresta rocosa. El estampido y la onda expansiva de las explosiones llegaban con facilidad. Se estaba produciendo un enfrentamiento feroz a lo largo del cauce del *wadi*, a menos de diez kilómetros del puesto. Las detonaciones comprimían el aire y alteraban el sonido.

Los soldados llegaron a la carrera y se agolparon detrás de las ventanas para echar un vistazo. Se produjo un tremendo alboroto, ya que todos querían mirar al mismo tiempo.

—Peto... —murmuró Hurtado Bronzi.

Se apartó de la tronera y del tremendo espectáculo luminoso y se abrió paso a través de la multitud de soldados para llegar hasta el especialista.

Pero éste ya había desaparecido.

El mundo había saltado por los aires. En los primeros instantes, Peto Soneka creyó que su compañía se había visto sorprendida por una especie de granizo incandescente. Miles de proyectiles luminosos llovieron sobre la cuenca en mitad del crepúsculo, igual que lanzas de fuego o una descarga de pequeñas estrellas fugaces. Cada una de ellas estalló y se convirtió en una bola de fuego cegadora en cuanto impactó contra algo. La gigantesca onda expansiva resultante comenzó a derribar soldados. Soneka se tambaleó de un lado a otro a medida que las explosiones llameantes restallaron a su alrededor como una descarga de granadas de mano. El estampido de las primeras detonaciones ya lo había ensordecido para entonces.

Vio saltar por los aires a unos cuantos soldados, que salieron despedidos y envueltos en llamas. Tres de los tanques de la compañía se estremecieron antes de estallar y convertirse en una lluvia de metralla al rojo vivo cuando el diluvio pirofosfórico sibilante los acribilló.

No era una tormenta extraña y casual. A pesar de los exploradores y los reconocimientos de los bailarines, a pesar de los auspex y de los radares modulares portátiles, a pesar del despliegue cuidadoso y del avance aprovechando la cobertura, a

pesar de la vigilancia omnisciente de la flota expedicionaria situada en la órbita del planeta, a pesar de todo ello, los nurthenos los habían pillado por sorpresa.

Los nurthenos poseían un nivel tecnológico bastante inferior al imperial. Disponían de armas de fuego y de tanques, pero seguían prefiriendo las armas blancas. El Imperio no debería haber tenido problema alguno en vencerlos de un modo arrasador.

Sin embargo, las tropas de la expedición se habían dado cuenta desde los primeros combates de que los nurthenos poseían algo distinto, algo de lo que carecía cualquier unidad de combate imperial.

El comandante general Teng Namatjira lo había descrito en un arranque de furia como «magia atmosférica». El nombre, quizá por desgracia, había cuajado. La magia atmosférica era la razón por la que los nurthenos habían conseguido resistir durante ocho meses frente al poderoso ejército imperial de la flota expedicionaria. La magia atmosférica era la que había diezmado a una cohorte de titanes en Tel Khortek. La magia atmosférica era la que había hecho desaparecer a una división del Torrente Sexto después de entrar en una cuenca reseca del desierto en Gomanzi. Nunca se volvió a ver a uno solo de sus soldados. La magia atmosférica era la razón por la que nada podía volar sobre Tel Utan, la razón por la que todos los intentos de destruir el lugar con ataques aéreos, andanadas de misiles, bombardeos orbitales y asaltos con cápsulas de desembarco habían fracasado, la razón por la que se habían visto obligados a conquistar el lugar a pie.

Era el primer contacto directo de Peto Soneka con la magia atmosférica. Todos los relatos de terror que se habían ido filtrando de regimiento en regimiento y de compañía en compañía eran ciertos. Los nurthenos poseían un conocimiento que superaba al terráqueo. Los elementos les obedecían. Eran invocadores de demonios.

Una onda expansiva arrojó a Soneka de bruces al suelo. La boca se le llenó de sangre y la nariz de arena. Se incorporó un poco, apoyándose en los brazos, y cerca de él vio a un soldado hecho un ovillo, ennegrecido por el calor, humeante. Vio otros cadáveres, bajo la parpadeante luz estroboscópica de las explosiones, esparcidos a todo su alrededor. La propia arena estaba ardiendo.

El bashaw Lon cruzó corriendo el aire centelleante. Le estaba gritando algo a Soneka, y aunque éste veía que Lon movía los labios, no oyó nada en absoluto de lo que le decía.

Lon lo ayudó a ponerse en pie de un fuerte tirón, y el sonido comenzó a regresar, pero sólo en breves ráfagas.

—¡Ten... volver... aquí... imposible! —aulló Lon.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡... parte de... esos... idiotas!

La granizada de proyectiles luminosos cesó de repente. Soneka parpadeó con

fuerza y miró a su alrededor, a la devastación que los rodeaba. Comenzó a oír pequeños retazos de sonido en mitad del súbito silencio: el chasquido de las llamas o los gritos de los heridos, intermitentes y entremezclados con segundos desconcertantes de una sordera absoluta.

—Mierda! —gritó Lon, completamente audible de repente.

Los nurthenos se les echaban encima.

La infantería nurthena, los llamados «echvehnurth», salió en masa de entre las sombras y los huecos oscuros de la noche que los rodeaba e inundó la zona iluminada por los fuegos. Sus túnicas rosadas y armaduras plateadas destellaron bajo la luz de las llamas. Blandían en alto las falces a dos manos. Bastantes de ellos agitaban en el aire estandartes alargados con la enseña de la realeza nurthena: los juncos y el reptil de río.

Aquellas falces eran unas armas asombrosamente eficientes y bárbaras. Medían cerca de dos metros y medio de largo, y eran básicamente un híbrido entre una lanza y una hoz de enorme tamaño. La mitad de su longitud correspondía al mango, de empuñadura recta, y la otra mitad era una hoja larga ligeramente curvada, con el filo interior afilado como una navaja. Un echvehnurth experto era capaz de blandir una falce como un mayal y amputar miembros o decapitar de un solo golpe, e incluso de partir por la mitad un torso. Las hojas eran capaces de atravesar prácticamente cualquier metal. Sólo el nitrógeno líquido era capaz de partir aquellas armas, pero era imposible utilizarlo en combate. Se utilizaba cuando el enfrentamiento había acabado, para destruir las armas de los enemigos caídos. Un chorro de nitrógeno líquido congelaba el metal y lo dejaba quebradizo y frágil, hasta el punto de poder ser partido de un pisotón.

Los echvehnurth se lanzaron a por ellos desde unas zanjas abiertas en la cuenca. Los primeros bailarines con los que se toparon acabaron partidos por la mitad como tallos de una cosecha. Los brazos y las cabezas salieron despedidos por los aires. Los chorros de sangre lo salpicaron todo. Los cuerpos cortados cayeron al suelo como sacos. Se oyeron los disparos de unas cuantas carabinas, pero apenas fue una respuesta adecuada. Soneka echó a correr hacia adelante.

—¡Arriba! ¡Arriba! —aulló—. ¡Acribilladlos! ¡Disparad! ¡No dejéis que se nos echen encima!

Ya lo habían hecho. La arena nocturna estaba cubierta de cadáveres y de extremidades amputadas. El aire tibio estaba saturado con una leve neblina sanguinolenta. Soneka la notó en la punta de la lengua. Ya había recuperado por completo la capacidad auditiva, y los oídos se le llenaron con los siseos y los chasquidos de la matanza y los gritos de sus soldados.

Siguió corriendo. Disparó la carabina con una mano mientras con la otra desenvainaba la bayoneta-espada. Un echvehnurth cargó contra él, pero Soneka le

voló la cara de un disparo y el individuo salió despedido de espaldas. Una falce apareció en mitad del aire y Soneka se echó a un lado para luego derribar de una patada en los tobillos a su oponente, que cayó tendido al suelo. Soneka atravesó al nurtheno con la bayoneta.

Puso una rodilla en el suelo, se llevó la culata de la carabina al hombro y posó el cañón en el hueco de los dedos que le quedaba al empuñar la bayoneta. Apuntó en aquella postura y abatió a otros dos enemigos lanzados a la carga. Sus túnicas rosadas revolotearon en el aire cuando salieron despedidos hacia atrás. Lon se colocó al lado de Soneka y tres soldados se les unieron. Todos siguieron disparando con ráfagas controladas. Los disparos trazaron líneas brillantes en la noche. Varios echvehnurth trastabillaron y cayeron, uno envuelto en llamas, otro con el torso abierto de par en par.

—¡Bailarines, Bailarines! ¡Aquí los Bailarines! —gritó Soneka mientras disparaba—. ¡PG19! ¡Necesitamos apoyo inmediato! ¡Ataque masivo!

—Resistan, Bailarines —oyó que le contestaba la voz de una uxor—. Lo estamos viendo. Hemos redirigido varias unidades hacia su posición.

—¡De prisa! —siguió gritando Soneka—. ¡De prisa! ¡Nos están masacrando!

De repente, uno de los soldados que se encontraban a su lado se desplomó de costado, partido por la mitad desde el hombro hasta la ingle. La sangre saltó de inmediato por doquier. Soneka se volvió y vio a un echvehnurth que echaba hacia atrás su falce para atacar de nuevo. Soneka alzó su larga bayoneta en un intento por detener el golpe.

La larga hoja de la falce, un borrón de metal azulado bajo la oscuridad violácea, atravesó la mano de Soneka a la altura de la base del pulgar, con lo que le amputó todos los dedos, le cercenó la parte superior de la palma de la mano y le arrancó la bayoneta que empuñaba. El corte fue tan limpio que al principio no sintió dolor alguno. Soneka retrocedió trastabillando mientras miraba los delgados chorros de sangre que salían de la mano destrozada.

La falce giró de nuevo y dejó un destello en el aire.

No llegó a impactar.

Otra falce detuvo el golpe. Las hojas chocaron entre sí y el arma atacante salió despedida hacia atrás retemblando. Una silueta oscura apareció ante su vista y mató al echvehnurth de un solo disparo retumbante.

El recién llegado era un individuo enorme, protegido por una cota de malla oscura y con la cabeza y los hombros cubiertos por una gran capucha. En una mano empuñaba una falce y llevaba un bólter en la otra. Bajó la vista hacia Soneka.

—Valor —le dijo.

—¿Quién eres? —le preguntó Soneka, con un susurro.

Lon se apresuró a ponerse al lado de Soneka.

—Ocúpate de vendarle la mano a este hombre —le ordenó al bashaw el individuo gigantesco. Luego volvió hacia el combate blandiendo con soltura la falce en la mano izquierda, como si no fuera más que un bastón.

No estaba solo. Mientras Lon le vendaba la mano, Soneka vio que una docena de siluetas anónimas entraban en combate, surgidas de entre las sombras como si fueran fantasmas. Todas ellas eran enormes, inhumanas, y llevaban el rostro cubierto por una capucha que les cubría hasta los hombros. Todas iban armadas con una falce y un bólter.

Se movían con una rapidez que no era humana, como tampoco lo era la fuerza con que propinaban cada golpe. Tardaron pocos minutos en eliminar el grueso del ataque enemigo. bólters rugían y retumbaban como truenos, despedazaron las túnicas rosadas y las armaduras plateadas y dejaron los restos cubiertos de sangre.

—Astartes —musitó Soneka, con un jadeo.

—Quédate conmigo, no te desmayes —le susurró Lon.

—Son astartes —insistió el atamán.

—Has perdido mucha sangre. ¡No te duermas!

—No pienso hacerlo —le prometió Soneka—. Esos hombres... esas criaturas... son astartes.

Lon no le contestó. Estaba contemplando el horizonte.

—Por Terra —exclamó en voz baja.

Tel Utan estaba ardiendo.

Honen Mu contempló cómo ardía la ciudad desde una de las ventanas superiores del PG23. Cada cierto tiempo, uno de los edificios estallaba por la presión provocada por el calor y lanzaba un chorro de fuego hacia el cielo. Las columnas de humo enturbiaban el despejado cielo nocturno. Sus ayudantes parpadeaban asombradas y lanzaban pequeños gritos de exclamación con cada restallido de las llamas. Captó sus respuestas emocionales a través de su capacidad sensorial.

Al cabo de un rato, asintió.

—¿Puedo informar al comandante general?

—Puede —respondió el especialista que estaba a su espalda—. Por supuesto, yo le informaré en persona, pero usted debería tener el placer de ser la primera en transmitirle la noticia.

Honen le dio la espalda a la ventana.

—Gracias. Y gracias por sus esfuerzos.

—Todavía no hemos acabado en Nurth. Queda mucho por hacer —le contestó el especialista.

—Lo entiendo.

El especialista pareció dudar un instante, como si no estuviera seguro de que

realmente lo entendiera.

—Es posible que nuestros caminos en la vida no se vuelvan a cruzar, uxor Honen Mu. Hay dos cosas que quiero decirle. La primera es que el Emperador protege. La otra es expresarle mi admiración por el Geno Cinco-Dos. Han creado buenos soldados en la mejor tradición genética. Debe saber que el antiguo legado génico de las Chilíadas fue una inspiración que el Emperador incluyó a la hora de crearnos.

—No lo sabía —comentó, sorprendida, Honen.

—Es historia antigua, previa a la Unificación —le explicó el especialista—. No tenía por qué saberlo. Debo irme ya. Ha sido un placer hacer la guerra a su lado, uxor Honen Mu.

—El placer ha sido mío..., aunque sigo sin saber vuestro nombre.

—Soy la Legión Alfa. Dados vuestros poderes perceptivos, mi señora, creo que podréis adivinarlo.

El especialista se marchó del puesto, utilizando los pasillos posteriores y manteniéndose en la sombras. Se movió con rapidez y en silencio. Al llegar cerca de la puerta septentrional se detuvo en seco y se dio la vuelta con lentitud.

—Hola de nuevo —lo saludó Hurtado Bronzi, mientras salía de la oscuridad sin dejar de apuntarle al pecho con una carabina.

—Atamán. Te felicito. Ha sido toda una lección de sigilo.

Bronzi se encogió de hombros.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Eso espero.

—¿Tienes que apuntarme con eso?

—Bueno, no lo sé, la verdad, pero es que me siento mucho más cómodo así. Quiero respuestas. Me da la sensación de que el único modo de conseguirlas es apuntándote con un arma.

—Lo único que vas a conseguir apuntándome con un arma es que te mate, atamán. Si quieres respuestas, no tienes más que preguntarme.

Bronzi se mordió un labio.

—Veo que habéis tomado Tel.

—Sí.

—Buen trabajo. Enhorabuena. ¿Era necesario que costara tantas vidas?

—¿A qué te refieres?

—He oído decir que los bailarines acabaron destrozados esta noche. ¿Formaba eso parte de vuestro plan?

—Sí, así es.

Bronzi negó con la cabeza.

—Y todavía lo admites. Has utilizado a mis amigos como carne de cañón y...

—No, atamán. Los he utilizado como cebo.

—¿Qué?

A Bronzi empezaron a temblarle las manos y el dedo índice se fue curvando hasta que se tensó contra el gatillo.

—No te sorprendas tanto. La vida se compone de secretos, y estoy dispuesto a compartir uno contigo. La sinceridad es lo único que realmente cuenta. Te lo diré, siempre y cuando tenga la certeza de que confías en mí.

—No tengo problema alguno en ello.

—Los nurthenos eran letales con su poder. Ningún tipo de ataque convencional iba a derrotarlos. Están poseídos por el Caos, aunque no espero que realmente comprendas lo que significa esa palabra. Mis guerreros tenían que entrar en Tel Utan, y eso significaba hacer salir a los nurthenos con una maniobra de distracción. Lamento que tus amigos, los bailarines, fueran la elección ideal, tácticamente hablando. Atrajeron al grueso de las tropas nurthenas, y así pudimos entrar en Tel Utan. Le pedí a mis guerreros que ayudaran y protegieran a todos los bailarines posibles.

—Supongo que eres sincero. Y brutal. Y cruel.

—Vivimos en una galaxia cruel y brutal, atamán. Tratarla igual es el único modo de sobrevivir. Debemos realizar sacrificios y, no importa lo que otros digan, los sacrificios duelen.

Bronzi dejó escapar un suspiro y bajó un poco el arma. De repente, ya no la tenía en las manos. Estaba estampada contra una pared del otro extremo, partida en dos.

—No vuelvas a apuntarme con un arma —le dijo el especialista, que lo había aprisionado en un instante contra la pared y tenía la cara pegada a la suya.

—¡No... no lo haré!

—Bien.

—¿De verdad eres Alpharius? —le preguntó con voz ahogada. Se dio cuenta de que el especialista lo había levantado en el aire y lo sostenía en alto esfuerzo.

El especialista se quitó la capucha con la mano libre y dejó que Bronzi le viera el rostro.

—¿A ti qué te parece?

Cuando Soneka recobró la conciencia. varios escuadrones de naves de evacuación ya estaban posándose en el paisaje destrozado e iluminado por las llamas en que se había la cuenca. Los destellos de las luces de aterrizaje de las alas añadían iluminación al conjunto. La noche estaba inundada con la luz del incendio que destruía Tel Utan.

El atamán miró a su alrededor con gesto confuso. La mano le dolía horrores. Las tripulaciones de las naves ayudaban a subir por las rampas a los heridos que podían caminar y acoplaban las camillas de los que presentaban heridas demasiado graves.

Soneka alzó la mirada hacia Lon.

—¿Cuántos? —le preguntó.

—Demasiados —le respondió otra voz.

Había tres figuras oscuras de pie cerca de ellos, como si fueran el coro de una tragedia clásica. Estaban recortadas contra las llamas. Llevaban los bólters cruzados sobre el pecho, y se habían levantado las capuchas.

—Demasiados, atamán —dijo uno de ellos.

—Lamentamos su pérdida —añadió el segundo.

—La guerra exige sacrificios. Hemos logrado una victoria, pero no sentimos alegría alguna por los guerreros que han muerto —apuntilló el tercero.

—Son... son astartes, ¿verdad? —les preguntó Soneka; mientras, Lon lo ayudaba a ponerse en pie.

—Sí —respondió uno de ellos.

—¿Cómo se llaman? —quiso saber el atamán.

—Soy Alpharius —contestó el que había hablado en primer lugar. El atamán jadeó por la sorpresa y se apresuró a dejarse caer sobre una rodilla. Lon y los demás soldados hicieron lo mismo.

—Mi señor, os...

—Soy Alpharius —dijo el segundo.

—Todos somos Alpharius —aclaró el tercero—. Todos somos la Legión Alfa, y todos somos uno.

Luego se dieron la vuelta y desaparecieron entre las nubes de humo.



DOS

Caras, Nurth,
cinco semanas después

Se retiraron y pasaron el resto del verano en Caras, donde descansaron jugando a las tabas o a las cartas o tumbados bajo el sol. Algunos de los soldados se montaron en unos cuantos servidores y se dedicaron a salir a la sabana para cazar grandes venados, mientras que otros compañeros rompieron las cercas del ganado local y estuvieron persiguiéndolo arriba y abajo en mitad del polvo.

Caras no era más que el nombre que le habían puesto al lugar. Oficialmente se trataba de PG345, Tel Khat en el idioma local, un grupo de habitáculos en un *wadi* septentrional, donde el suelo estaba sembrado de cabezas de diorita rotas. Algunas eran tan grandes como ruedas de vehículos blindados, mientras que otras eran pequeñas como cuentas de collar. Nadie sabía quién había tallado las caras, o por qué lo habían hecho en tantos tamaños diferentes, ni por qué habían destrozado el resto de las esculturas y dejado sólo las cabezas, esparcidas como restos de una batalla.

Tampoco es que le importara a nadie.

Tenían vino, que el propio Namatjira les había enviado en recompensa por las penalidades sufridas, y manjares en abundancia, cortesía de la misma persona.

Jugaron a los dados, hicieron carreras y apostaron. Echaron partidos de *sphairistiké*, se olvidaron del dolor con carcajadas y nadaron en los estanques de aguas azules que había escondidos en el interior de las cuevas que se adentraban en las laderas.

A Soneka se le curó la mano. Los cirujanos de campaña habían abierto de nuevo la herida y habían llenado el muñón de sensores basales y conexiones motoras para que más adelante aceptara un injerto mecánico. La flexionaba todos los días, y sentía los dedos que antaño estaban y que volverían a estar, unos dedos fantasma.

Se rumoreaba que la guerra nurthena estaba a punto de terminar y que no tardarían en trasladarlos a una nueva zona de combate. Soneka no se lo creía. Solía sentarse a charlar con Dimitar Shiban, un atamán nacido en Trinacria que había resultado herido la misma semana que él. Shiban tenía la piel del pecho y del cuello hinchada y retorcida por la metralla que se le había incrustado en la carne, y compartía con Soneka un odio profundo por la magia de combate de los nurthenos.

—Llevo varias noches soñando algo curioso —comentó un día, cuando estaban sentados en una terraza cubierta por un toldo—. Oigo una cancioncilla.

Los dos habían tomado un pellizco de rapé de las cajas doradas que llevaban colgadas al cuello. Soneka sirvió vino de una jarra de peltre.

—¿Una cancioncilla? —inquirió Soneka.

—¿Quieres que te la cante?

—¿La recuerdas?

—¿Tú no te acuerdas de todo lo que pasa en tus sueños? —preguntó Shiban, extrañado.

Soneka pensó en ello un momento. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza y sonrió.

—Jamás.

Shiban se encogió de hombros.

—Qué curioso.

—¿Y esa cancioncilla? —lo animó Soneka, al tiempo que se reclinaba contra la silla y tomaba un sorbo de vino para saborearlo.

—¿La cancioncilla? A ver...

Del harapiento y hambriento trasgo
Que jirones te haría,
Y del espíritu que acompaña al hombre desnudo,
¡El Libro de la Luna te defendería!

Shiban se echó a reír en cuanto terminó de cantar. Soneka se lo quedó mirando.

—Conozco esa canción.

—¿Ah, sí? —le preguntó Shiban entre risas—. ¿De verdad?

—Mi madre solía cantármela cuando era niño. La llamaba *La canción de la locura*. Hay más estrofas, pero ahora no las recuerdo.

—¿En serio? ¿Y qué quiere decir?

Soneka se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

La compañía de Shiban se denominaba Compañía los Payasos. Su estandarte era una calavera aullante con el maquillaje rojo y blanco propio de los circos. Shiban había resultado herido por una bomba de fragmentación durante un combate en un *wadi* situado al este de Tel Utan. Se había visto obligado a ceder el mando al bashaw

jefe de la unidad, un individuo al que Soneka acabó bautizando como *Fug* de Strabo.

Por ejemplo: «Espero que el *Fug* de Strabo mantenga la calma», o «¡Por el amor de Terra, que el *Fug* de Strabo no haga que maten a mis muchachos!».

—Te preocupas demasiado, Dimi —le dijo Soneka.

—Sí, claro. Seguro que tú estarías encantado si tuvieras que dejar a la tropa en manos de los bashaws, ¿verdad?

Soneka lo comprendía. Debido al tremendo número de bajas que había sufrido la Compañía los Bailarines, todos los guerreros habían sido retirados a Caras, tanto los heridos como los ilesos. Sin embargo, a Shiban lo habían enviado allí con unos treinta payasos heridos. El resto de la compañía estaba lo suficientemente intacta como para continuar participando en las operaciones de combate. Soneka se preguntó cómo se sentiría él si se hubiera visto obligado a dejar a su compañía bajo el mando de Lon. Le confiaría la vida, a él y a Shah y a Attix, a cualquiera de los bashaws de los Bailarines. A pesar de ello, comprendía el nerviosismo de Shiban.

Se encontraban sentados bajo el toldo, con los pies en alto, disfrutando del sol de una perezosa tarde interminable. Jugaban a las cabezas, un pasatiempo que se habían inventado.

Un hombre subió corriendo la polvorienta ladera que llevaba a ellos. Era uno de los payasos, e iba desnudo de cintura para arriba, con el cuerpo sudoroso y el rostro enrojecido por un esfuerzo excesivo bajo el sol.

Se detuvo delante de los dos oficiales sentados y saludó.

—¡Señores!

—Hola, Jed —respondió Shiban—. Echémosle un vistazo.

El payaso, Jed, les mostró una cabeza de diorita. Estaba mellada e incompleta, y tenía el tamaño de un pomelo. Soneka echaba mucho de menos los pomelos. Shiban miró a Soneka, quien alzo aria ceja.

—Ponla en su sitio, Jed —le indicó Shiban.

El payaso caminó por la arena ardiente que había delante del toldo y, sin dejar de jadear, se agachó sobre la fila de cabezas colocadas en fila bajo el sol. Estaban dispuestas por tamaños. En un extremo se encontraban las del tamaño de un guisante o una semilla, y en el otro, las de tamaño similar a una manzana. Era evidente que la cabeza que les había traído Jed era mayor que cualquier otra, y la colocó con gesto triunfal en ese extremo de la fila.

—Un punto para los Payasos —dijo Shiban.

Soneka aceptó con un gesto de asentimiento.

—Tómate una copa, Jed —lo invitó Shiban, y el payaso se apresuró a servirse una copa de vino fresco de la mesa que los dos atamanes tenían a la espalda.

Shiban tomó un pellizco de su caja dorada, lo inhaló, y se recostó de nuevo, dejando escapar un suspiro.

—El lho está bien, pero echo de menos la emoción del combate —comentó.

Soneka se limitó a asentir.

Shiban tenía un rostro simiesco, con el ceño alargado, un labio superior igualmente largo y una nariz achatada. Su frente era ancha y bronceada, y la melena de cabello blanco le caía por la parte posterior de la cabeza, como una cascada. Los bultos producidos por la metralla que le cubrían la garganta y el pecho eran el tipo de cosas que llamaban la atención. La masa rugosa era algo fascinante. Los médicos habían vaciado y rajado algunos de los abultamientos, pero le habían advertido que la curación del resto era tan sólo cuestión de tiempo. Parecía tener una papada formada por ampollas.

Shiban le había contado que los payasos habían sorprendido a un grupo de combate de nurthenos mientras colocaban trampas explosivas, y que en mitad del combate que se produjo a continuación, los propios nurthenos habían hecho estallar los artefactos, matándose ellos mismos e hiriendo a Shiban y a sus hombres. Parte de la metralla que les impactó era orgánica, ya que incluía trozos de hueso de los nurthenos.

—He oído decir que hay combates en Mon Lo —comentó Shiban.

—También lo he oído —contestó Soneka.

Llegó otro soldado a la carrera. Se trataba de Olmed, un bailarín. Sostuvo en alto la cabeza que llevaba en la mano.

—Colócala —le ordenó Soneka.

Olmed se la llevó al extremo de la línea. La cabeza de diorita era la de mayor tamaño comparada con todas las demás, a excepción de la que acababa de colocar Jed.

—¡Adjudicación! —gritó Shiban.

El ayudante del munitorum salió de la fresca penumbra que ofrecía el edificio de terracota que se alzaba a sus espaldas. En su rostro se veía una expresión de hartazgo. El atamán había estado llamándolo durante toda la tarde. En esta ocasión, salió con el medidor digital sin que tuviera que decírselo.

—¿Otra vez con lo mismo, señor?

Shiban señaló con el dedo la hilera de cabezas.

—Mi querido amigo, es que necesitamos tu juicio imparcial.

El ayudante salió con paso lento a la zona azotada por la luz del sol y se puso a la tarea de medir las cabezas mientras Olmed esperaba de pie, observándolo jadeante y con el pecho reluciente de sudor.

El ayudante se irguió y se dio la vuelta para mirar a los dos atamanes, que seguían tumbados bajo la sombra.

—Venga, no nos mantengas con este suspense —le urgió Soneka.

—Esta cabeza mide ocho micrones menos que la cabeza del extremo de la línea

—contestó el ayudante con un suspiro—, pero es mayor por dos micrones que la que le sigue de la fila.

Olmed alzó el puño en el aire en un gesto de triunfo y bailó una pequeña danza de celebración. Shiban chasqueó la lengua. Soneka sonrió.

—Punto para los Bailarines —dijo—. Olmed, haz los honores.

Olmed colocó su cabeza de diorita al comienzo de la línea, tomó en la mano la piedra que Jed había traído, y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el terreno despejado que se abría bajo ellos, donde se perdió de inmediato entre otras miles de piedras semejantes.

—Sírvete una copa —le ordenó Soneka. Miró a Shiban—. Está a punto de anochecer, ¿verdad? ¿Cuánto falta? ¿Ochenta minutos?

—Todavía queda mucho por jugar —le contestó Shiban, con voz tranquila.

—Creo que disponéis de demasiado tiempo libre —dijo una voz a su espalda.

Soneka se levantó de un salto de su tumbona. Hurtado Bronzi estaba bajo el toldo, sonriéndole.

—¡Hurtado! —gritó Soneka al mismo tiempo que lo abrazaba—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Vengo por un asunto relativo a veinte coronas y a un interés elevado —contestó Bronzi, con una sonrisa.

—Te presento a Dimi Shiban —los presentó entre risas Soneka, mientras el otro atamán se ponía en pie.

—Ya conozco a Dimi Shiban —le aclaró Bronzi antes de abrazar al atamán de los Payasos y darle unas cuantas palmadas en la espalda—. De Zantium, ;no?

—Me parece recordar que pasaste por allí. ¿Qué tal estás, gordo de Fug?

—Bien, bien.

—Toma un poco de vino —le ofreció Soneka.

—Bueno, vale.

Bronzi tenía la armadura cubierta de polvo. Se quitó de un tirón la capa y el correaje y se sentó con ellos.

—¿Y este juego tiene reglas?

—Muchas, muchas reglas —le confirmó Shiban.

—¿Y estáis apostando dinero?

—Dinero y vino —le aclaró Soneka al tiempo que le servía una copa a su viejo amigo.

—Dos equipos —le explicó Shiban—. Payasos y Bailarines, con cinco hombres en cada grupo. Recorren los campos en busca de cabezas, y las traen. Las colocan en fila, por tamaños. Cada vez que traen una, se toman una copa de vino. Un incentivo, ¿comprendes? El juego acaba con la puesta de sol. El equipo que consigue la cabeza de mayor tamaño, gana.

—Pues entonces, lo único que tenéis que hacer es pedir a los muchachos que traigan rodando una de esas cabezas del tamaño de un peñasco —indicó Bronzi al mismo tiempo que señalaba una de las enormes rocas con rasgos humanos que se encontraban dispersas sobre la arena, a unos cientos de metros de ellos—. Fin de la partida.

—Ah, pero hablamos de un juego lleno de sutileza —le informó Soneka.

—¿De verdad?

Bronzi sonrió tras tomar un sorbo de vino. Shiban asintió.

—Si un equipo trae una cabeza que es más pequeña que la de mayor tamaño, pero a su vez es de mayor tamaño que la siguiente en la fila, la primera de la fila es eliminada.

Bronzi sonrió de oreja a oreja.

—Sin duda, un juego lleno de sutilezas. ¿Quién va ganando?

—Yo —le comunicó Soneka, orgulloso.

Bronzi sacó su bolsa de dinero.

—Apuesto cuatro coronas por Shiban al ponerse el sol —dijo.

Fue Soneka quien ganó la partida de cabezas ese día cuando, en el último minuto, el bashaw Lon llegó sin muchas prisas y colocó una cabeza que eliminaba la última que habían conseguido los Payasos. Lon echó hacia atrás el cuerpo y arrojó la cabeza de los Payasos hacia el campo donde la habían encontrado. Bronzi perdió sus cuatro coronas. Según las reglas del juego, Shiban tuvo que comprarles vino a todos.

—A ver, Hurtado, ¿qué has venido a hacer realmente? —le preguntó Soneka más tarde.

—Déjame verte la mano —le contestó Bronzi. Estudió con atención la herida en la extremidad de Soneka—. Mmm... Te pondrás bien.

—¿Hurtado? Te he hecho una pregunta.

—Me han dado un permiso —le aclaró Bronzí, reclinándose en su tumbona. El aire se había enfriado mucho y de forma muy repentina en cuanto se hizo de noche, con una oscuridad que se les echó encima como una marea de agua negra. Se acurrucaron alrededor de las lámparas y de los calentadores de turba—. Un pase de cinco días, firmado por la propia uxor Honen en persona. Quería venir a ver cómo estabas.

—No es verdad.

—¿Y por qué no va a ser verdad?

Soneka sonrió y le indicó a Lon, con un gesto de la mano, que trajera otra botella de vino.

—¿Desde cuándo Hurtado Bronzi no está tramando algo a escondidas?

—Eso me ha dolido, Peto, me ha dolido. ¿Es que no puedo venir simplemente a ver a un viejo amigo para interesarme por su salud?

Soneka lo miró fijamente con una sonrisa burlona, a la espera de la broma final.

—Vale, vale —admitió Bronzi—. Vine por algo más.

—Disculpe, atamán —los interrumpió una voz.

Ambos alzaron la mirada y vieron que era un ayudante del munitorum, el mismo de cuya paciencia y tiempo habían abusado a lo largo de la tarde. Esperaba de pie a su lado.

—¿Sí? —inquirió Soneka.

—La doctora les pide disculpas por esta interrupción, señor, pero hay un bailarín muerto al que dice que debería identificar.

El equipo de evacuación había llevado el cadáver al almacén refrigerado situado en el extremo norte del campamento de Caras. En realidad, no era más que un edificio de ladrillos de adobe en el que habían instalado unidades de refrigeración. Soneka y Bronzi cruzaron la oscuridad helada del campamento y se fijaron en las estrellas, que se extendían por el cielo como el polvo sobre un manto para el desierto.

Los cuerpos congelados y tiesos de los soldados muertos se encontraban apilados como troncos de leña. Cada uno de ellos estaba envuelto en un sudario de plástico. Del extremo de cada uno de aquellos leños sobresalía un par de pies desnudos y pálidos, de cuyos pulgares colgaban unas etiquetas. Los atamanes pasaron de largo sin hacer caso del fuerte olor a conservantes químicos.

El cadáver que había motivado que acudieran los esperaba en la siguiente estancia. Todavía no le habían aplicado las sustancias embalsamadoras, y estaba tendido sobre una camilla de acero inoxidable, con unas bandejas adosadas para recoger los fluidos que se escapaban del cuerpo. Llevaba muerto varias semanas en mitad del desierto y estaba hinchado. La cara había desaparecido, convertida en una masa negruzca de carne al descubierto. El uniforme estaba desgarrado y con un color desvaído. La carne del torso estaba flácida y blanda debido al estiramiento provocado por la presión creciente de la hinchazón.

Soneka y Bronzi se detuvieron bajo la fría luz del lugar y se estremecieron al mirar aquello.

—No es ningún bailarín que yo conozca —informó Soneka. Sus palabras trazaron volutas de vapor en el aire bajo cero.

—Pero atamán, sin duda es uno de los vuestros —insistió la doctora.

La doctora Ida era una mujer de estatura elevada, vestida con una larga bata quirúrgica. Llevaba un delantal cubierto de manchas. Había sido uxor de combate en su juventud, pero la edad y la experiencia habían sido la causa de que fuera trasladada a la rama médica a partir de que sus poderes perceptivos disminuyeron. Bronzi se preguntó si Ida echaría de menos aquel puesto, el mando sobre los soldados. Por lo que mostraba su tono de voz, así era.

—No lo es —replicó mientras estudiaba con atención el cadáver.

—Bueno, señor, la verdad es que no sé cómo está tan seguro. Le falta toda la cara.

—Él lo sabría —lo defendió Bronzi.

—¿Dónde lo encontraron? —quiso saber Soneka.

Le puso una mano en el hombro frío y de una textura parecida a la cera. Sobre el abdomen le habían colocado un gran paño quirúrgico que tapaba los destrozos provocados por la autopsia.

—En el *wadi* de Tel Utan —le informó la doctora Ida.

Soneka hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es uno de los míos. No me falta nadie. Las listas se confirmaron hace semanas.

—Pero lleva la insignia de la Compañía de los Bailarines —se obstinó Ida—. Mire, aquí, en los distintivos del cuello, y en el broche —señaló—. Es el uniforme de los Bailarines.

—¿Han efectuado un mapa de sus tejidos? —le preguntó Soneka.

—Todavía no —admitió Ida.

—Cuando lo hagan, se darán cuenta. No es uno de los míos.

La medicae Ida dejó escapar un suspiro.

—Lo sé, atamán. Sólo quería que lo confirmase antes de que...

—¿Antes de qué? —exigió saber Bronzi.

—Antes de avisar a las uxores de la Chilíada. Atamán Soneka, ¿conoce algún motivo por el que uno de sus hombres no tuviera corazón?

—¿Qué?

—Que no tuviera corazón —repitió Ida con énfasis.

—¿Qué narices tenía entonces en su lugar? —preguntó Bronzi, señalando con un gesto del mentón el pecho cubierto del cadáver.

—Una centrifugadora de cadmio —contestó la doctora, con voz tranquila—. Este sujeto ha sufrido algunas modificaciones de órganos muy extensas y nada convencionales. Su hígado... Bueno, sólo decir que no he visto nada parecido en mi vida.

—¿De qué va todo esto? —musitó Soneka.

—No lo sé. Esperaba que usted pudiera aclarármelo —fue la respuesta de Ida—. Y hay algo más —añadió.

Retiró el gran paño quirúrgico.

Lo único que fueron capaces de ver durante unos momentos fue el esternón cortado por la mitad y las costillas abiertas de par en par, todo cubierto de sangre seca.

—Ahí —les aclaró ella, señalando un punto.

En la carne muerta de la cadera se veía un pequeño dibujo, borrado en parte por una herida de metralla.

—¿Qué es eso? —preguntó Soneka, entrecerrando los ojos para verlo mejor—. ¿Una serpiente?

—Es posible —comentó Bronzi, que también se había agachado para mirar—. Una serpiente... o alguna especie de reptil.

Soneka le indicó a la doctora que colocara un guardia vigilando el cadáver y envió a alguien para que despertara al comandante del puesto. Luego salió al exterior con Bronzi.

—¿Un insurgente? —inquirió Soneka.

Bronzi asintió.

—Tiene que serlo. Esa marca...

Soneka no contestó. Los cocodrilos y otros reptiles agresivos semejantes eran los emblemas más recurrentes entre las insignias de los nurthenos.

—¿Poseen los conocimientos para cambiar a un hombre por dentro de esa manera? —preguntó Bronzi.

—No lo sé, pero después de lo que vi aquella noche en Tel Utan, los creería capaces de lograr cualquier cosa.

Bronzi se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Escucha, Peto, la razón por la que he venido hoy tiene que ver con esa noche. Quería que supieras que no te dejé en la estacada.

—Jamás pensé que lo hubieras hecho.

—Te lo digo de verdad. Estaba dispuesto a salir con un destacamento a apoyarte, pero me advirtieron de que no lo hiciera.

—Ya me lo imagino.

Bronzi lo miró con expresión de extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

Soneka dio unos cuantos pasos y se quedó contemplando el enorme cuenco que era el desierto iluminado por la luna. Tanto el cielo como el suelo, ambos oscuros, mostraban una pátina leve, una especie de neblina provocada por el polvo transportado en el aire.

—Utilizaron a mi unidad como sacrificio táctico para conseguir entrar en Tel Utan. Lon y unos cuantos más lo saben, pero les he ordenado que no digan nada en absoluto al respecto. No lo he hecho público para no minar la moral de mi tropa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los individuos que nos sacrificaron me lo dijeron a la cara —le aclaró Soneka.

—Y a mí también. Entonces, ¿los viste? ¿A los especialistas?

—A la Legión Alfa —le confirmó Soneka antes volverse hacia él—. Hemos oído tantas cosas, tantos rumores, y hete aquí que nos los encontramos, a los astartes más astutos y furtivos de todos.

—Yo estuve cerca de él —musitó Bronzi—. Tan cerca de él como lo estoy ahora de ti. Me advirtió que no saliera. Me dijo el motivo, y después me ordenó que mantuviera el pico cerrado respecto a todo el asunto.

—¿Quién?

—¡Alpharius!

Soneka sonrió.

—Hurtado, todos se hacían llamar Alpharius.

Bronzi negó con la cabeza.

—Peto, éste sí que era el primarca. ¡Te lo juro! ¡Le vi la cara!

—Te creo. Terra..., ¿qué clase de guerra estamos librando aquí?

—Una guerra de mentiras, engaños y disimulos. ¿Por qué, si no, iba a participar esa legión?

—No tengo muy claro cuál es la importancia de todo esto —dijo Koslov, el comandante del puesto. Era un brigadier de uno de los regimientos de apoyo crimeanos, y había recibido la misión de encargarse de las operaciones de retaguardia de aquella campaña.

—Nosotros tampoco —le contestó Bronzi—, pero lo cierto es que tenemos el cuerpo de un combatiente sin identificar que muestra un serie de operaciones anatómicas nada habituales y una señal semejante a un reptil.

—Sabemos que el enemigo está utilizando tácticas subversivas y de infiltración en esta zona —le informó Soneka.

—¿Cómo lo sabe? —quiso saber Koslov.

—Es información clasificada —respondió Bronzi, con un tono de voz cauteloso.

—Si los nurthenos se han infiltrado entre nuestras tropas, el alto mando debe saberlo —siguió diciendo Soneka—. Deben examinar ese cuerpo con más detenimiento. Esto podría acabar con la guerra. Puede que éste sea uno de los motivos por los que esos malditos nos han llevado ventaja todo el tiempo.

Koslov inspiró profundamente y se levantó de la silla de campaña en la que estaba sentado. La habitienda apenas disponía de muebles en su interior, y estaba iluminada tan sólo por un par de lúmenes.

—Nada más lejos de mi intención que discutir con dos atamanes de la primera línea de combate. ¿Qué hacemos?

Soneka y Bronzi estuvieron de acuerdo en que Honen Mu debía ser la primera persona con la que tenían que contactar. Debían ser muy cuidadosos por si la infiltración se había extendido. Debían comenzar por alguien en quien pudieran confiar con toda certeza y que, como indicó Bronzi, ya hubiera tratado con los especialistas, por lo que comprendería la gravedad del asunto.

Koslov les proporcionó acceso al transmisor de comunicaciones principal del puesto y él mismo activó el programa criptográfico de mayor grado mediante la clave

biométrica que llevaba en la muñeca.

—El canal es seguro —les dijo antes de salir de la estancia.

Bronzi tomó en la mano el micrófono y pulsó la clavija de transmisión.

—PG23, PG23, aquí Señor Bufón, transmisión encriptada. Cambio.

El altavoz transmitió una serie de chasquidos metálicos apagados y luego pasó a emitir un siseo profundo. Bronzi repitió el mensaje.

Pasaron varios segundos antes de que llegara la respuesta.

—Señor Bufón, Señor Bufón, aquí PG23. Le recibimos encriptado. Cambio.

La voz llegaba clara y próxima, como si el interlocutor se encontrara en la estancia de al lado. Aparte de un leve temblor provocado por la codificación encriptadora, no podían haber obtenido una conexión más directa y fuerte.

—PG23, tengo que hablar urgentemente con la uxor Mu. Código Janibeg 5. Cambio.

—Por favor, confirme el código —le contestó la voz. La conexión era tan límpida que las palabras sonaban como si las hubieran pulido.

—Confirmo código Janibeg 5. Cambio.

—Un momento, Señor Bufón. Cambio.

Se produjo otra espera. Dos minutos de siseo líquido. Bronzi miró a Soneka.

—Señor Bufón, Señor Bufón, aquí Honen. Bronzi, será mejor que esto no sea uno de tus pasatiempos. Cambio.

La voz sonaba penetrante por la superposición digital de la encriptación, pero no había posibilidad de confundirse respecto al ánimo encrespado de Honen.

—No lo es, uxor. Confíe en mí. Escuche: tenemos un cadáver aquí, y creo que se trata de un infiltrado nurtheno modificado mediante un procedimiento quirúrgico. Creo que nuestra seguridad ha quedado expuesta. Espero órdenes. Cambio.

Una pausa.

—Bronzi, dame más información con la que trabajar. Cambio.

—Uxor, creo que este fiambre debe ser examinado por tecnoadeptos, todo un equipo de ellos. Podría tratarse de un enorme fallo de seguridad. Opino que lo mejor sería enviar inmediatamente una aeronave hasta mi posición. Me encargaría de llevar en persona el espécimen hasta la flota. Cambio.

—Espere, Señor Bufón. Cambio.

Bronzi se apartó el micrófono de la boca.

—No se fía —comentó.

—¿Puedes culparla por ello, Hurtado? —le preguntó Soneka—. ¿Con todas las bromas que has gastado a lo largo de los años?

Ambos habían comenzado a sudar a pesar del frío de la noche. El enorme montaje del altavoz era una poderosa fuente de calor, y el aire en la estancia estaba cargado.

Pasaron otros cinco minutos antes de que el comunicador se activase de nuevo, y

a Soneka le pareció tanto tiempo que empezó a caminar arriba y abajo mientras esperaban.

—Señor Bufón, Señor Bufón, aquí PG23. Responda. Cambio.

Bronzi tomó de nuevo el micrófono y aguardó a que las cinco luces verdes de la consola se encendieran de nuevo, lo que indicaba que el proceso de encriptamiento estaba funcionando al máximo.

—PG23, aquí Señor Bufón. Cambio.

—Bronzi, ¿cuál es su posición? Cambio.

—PG345, uxor. Cambio.

—Escucha con atención, Bronzi. No puedo arriesgarme a enviar una aeronave al punto donde estás. Existen ciertos motivos para ello, y no puedo revelarlos ni siquiera con esta encriptación. Te sugiero que consigas un transporte terrestre y te pongas en marcha con rapidez y sin mucho equipo. Voy a consultar los mapas... Sí. Sal de Tel Khat y dirígete hacia el oeste por la ruta Sarmak. Si no te entretienes, llegarás a PG8291 al amanecer. Enviaré un escuadrón de caballería para que te recoja allí y te escolte. ¿Lo has entendido todo? Cambio.

Bronzi asintió, aunque ella no podía verlo.

—Entendido, uxor. Cambio.

—Bronzi, ¿lo ves factible? Cambio.

—Por supuesto. Cambio.

El comunicador emitió un siseo de trasfondo durante unos momentos.

—¿PG345? ¿Bronzi? Necesito que me digas quién está al tanto de todo esto. Cambio.

—Repita, por favor.

—Atamán, ¿quién conoce todos los detalles de este incidente? Cambio.

Bronzi frunció el entrecejo.

—Pues yo, el comandante del puesto, la doctora y quizá un par de ayudantes. Nadie más.

—Entendido. Gracias. Lo siento, Bronzi, pero de momento debemos mantener esto en el mayor de los secretos. ¿Estás listo para ponerte en marcha? Cambio.

—Sí, uxor. Señor Bufón, cambio y corto.

Las luces se apagaron y el siseo enmudeció. Bronzi pulsó los interruptores que apagaban el comunicador y se puso en pie.

—En marcha, entonces.

—¿Por qué no me mencionaste? —le preguntó Soneka.

—¿Qué?

—Cuando te preguntó quién más conocía la situación. ¿Por qué no me mencionaste?

—Porque tú te vas a quedar aquí —fue la respuesta.

Bronzi charló unos instantes con Koslov, y éste envió a un par de civiles para que acercaran un vehículo de la zona de aparcamiento que se abría en la parte posterior del grupo principal de habitáculos de Caras. A continuación, Bronzi se dirigió hacia el alojamiento que le habían asignado, y Soneka lo siguió.

—¿Qué quieres decir con eso de que me voy a quedar aquí? —le preguntó a Bronzi mientras éste empaquetaba todo de nuevo y con rapidez en su mochila.

—Déjalo.

—Bronzi.

En aquella simple palabra había todo un tono de advertencia por parte de Soneka. Bronzi dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia su viejo amigo.

—¿Era yo, o Mu sonaba realmente rara?

—No se fía, ya te lo he dicho.

Bronzi negó con la cabeza.

—Hay algo en marcha. Peto, necesito que seis mi comodín.

—¿Cómo?

—Que seas mi as en la manga. Si algo sale mal, tú todavía sabrás todo lo que yo sé. Por eso te quedas aquí.

—Nada va a salir mal.

Bronzi se echó a reír.

—¿Cuántos años llevamos siendo soldados, Peto?

—Los suficientes como para saber que nunca es una pérdida de tiempo cubrirse las espaldas —contestó Soneka. Negó con la cabeza—. No hay motivos para preocuparse.

—No. Estamos metidos en mitad de una guerra de mentiras, engaños y disimulos. Tenemos todos los motivos para preocuparnos.

Soneka no parecía convencido.

—Vamos —insistió Bronzi—. Por eso Geno Cinco-Dos ha sobrevivido tanto tiempo. Luchamos con inteligencia. Siempre lo hemos hecho. El cerebro nos ha sacado de más situaciones peligrosas que las pelotas.

—La verdad es que en tu caso no me fío ni de una cosa ni de otra.

Bronzi le guiñó un ojo. No iba a entrar al trapo. Cerró la mochila y se la echó al hombro.

—No vayas solo —le pidió Soneka.

—No lo haré. Me llevaré a Dimi Shiban. Puedo confiar en él, y sabe manejarse bien si se produce un brote de estupidez.

—Bien, de acuerdo.

—Entonces, en marcha —dijo Bronzi.

El transporte que proporcionó Koslov era un vehículo del tipo Scarab, un blindado de tamaño medio con un compartimento de tropa para almacenar equipo y

una torreta automática montada en la parte posterior. Su casco alargado y levemente curvo había sido pintado con colores de camuflaje para el desierto, pero cuando se deslizó hacia ellos surgiendo de la noche sobre sus potentes campos suspensores, parecía más un fantasma del desierto, de aspecto frío y azul oscuro. La dotación se bajó, pero los motores se quedaron en marcha. La doctora Ida metió el cadáver en el compartimento de carga y lo aseguró allí.

—Puedo proporcionarles un conductor —le ofreció Koslov.

—No hace falta —le aseguró Bronzi mientras arrojaba su mochila a través de la escotilla abierta—. Sé manejar uno de estos cacharros.

—Pero usted es de infantería —protestó Koslov.

—Soy un individuo renacentista —replicó Bronzi—. Existen pocas cosas en la galaxia que no pueda manejar.

—Y acabar fastidiando —añadió Soneka.

Shiban surgió a la carrera de la oscuridad y se reunió con ellos. Llevaba una mochila al hombro y una carabina láser de cañón doble.

—¿De qué va todo esto? —quiso saber.

—Te lo diré en cuanto estemos en marcha. ¿Está todo asegurado, doctora?

La doctora Ida se bajó de un salto del compartimento de carga y cerró la escotilla con rapidez.

—Lo he colocado entre bloques de hielo, pero a pesar de eso se deteriorará. Hay que ponerlo en una cámara de estasis cuanto antes.

—¿Y los órganos?

—Guardados de forma individual en bolsas selladas al vacío. Están en los contenedores situados debajo de la camilla.

—Gracias, doctora —le dijo Bronzi, con una sonrisa.

Shiban ya estaba subiendo a través de la escotilla de la cabina. Bronzi miró a Soneka.

—Odio las despedidas, así que... que te den.

Soneka se echó a reír. Bronzi se dio media vuelta. Luego se volvió de nuevo hacia su amigo con una expresión seria en el rostro.

—Escucha, Peto. Sí que hay una cosa que quiero decirte.

—¿Qué?

Bronzi lo miró fijamente a los ojos con gesto solemne.

—Peto, ¿tienes el dinero que me debes?

El aerodeslizador se alejó, levantando una tremenda polvareda, como el cortejo festivo de una boda, y desapareció en la fría noche del desierto. Koslov, Ida y el personal no combatiente se dieron la vuelta y se dirigieron de regreso al puesto.

Soneka se quedó a solas en la oscuridad helada, bajo la capa envolvente del cielo,

y se mantuvo mirando hasta que desapareció el último rastro de la existencia del aerodeslizador en mitad de aquella negrura.

Pilotaron el Scarab hacia el oeste, a lo largo de la vieja senda, y utilizaron tan sólo el auspex y los visores de baja intensidad conectados al panel de mandos. Los visores mostraban un mundo exterior de paisajes lunares de color verde, pero sólo disponían de un ángulo de visión de ciento diez grados por delante, por lo que cuando Bronzi o Shiban giraban la cabeza demasiado a la derecha o a la izquierda, la visión fantasmal se desvanecía para convertirse en una imagen borrosa llena de datos telemétricos confusos.

El Scarab avanzó a buena velocidad y llegó a viajar a ochenta kilómetros por hora en los terrenos más despejados. A Bronzi le encantaban los transportes gravitatorios, y siempre procuraba conseguirlo para los bufones cuando les encomendaban misiones de asalto mecanizadas. Dejó que Shiban pilotara las tres primeras horas, hasta que llegó la medianoche. Las estrellas salieron por encima del horizonte con una magnificencia poco común, que se vio incrementada por los visores.

—¿Vas a decirme alguna vez de qué va todo esto? —le preguntó Shiban.

—No.

Bronzi tomó la palanca de mando tres horas antes del amanecer. El mundo que se extendía ante él era una senda confusa y veloz de sombras teñidas de verde, interrumpida de vez en cuando por un peñasco de color esmeralda que se cernía ante ellos durante un momento antes de desaparecer a su espalda. Shiban se reclinó en el asiento del copiloto y tomó un pellizco de la caja que llevaba al cuello. Luego se puso a juguetear con los controles de la torreta automática y programó los sensores para que apuntaran los cañones a los peñascos y a las laderas rocosas que pasaban velozmente por su lado.

—Dimi, ponlo en control automático y échate una cabezada —le aconsejó Bronzi.

Shiban bostezó y no tardó en quedarse dormido. El movimiento de la nave lo acunó sobre el asiento de cuero.

Bronzi sintió envidia. Habían pasado muchos años desde la última vez que había logrado llevar a cabo el viejo truco geno de dormirse casi de inmediato. Era un proceso hipnótico que permitía descansar un poco en cualquier circunstancia. Bronzi también había recibido ese entrenamiento, pero había perdido la habilidad de conseguirlo.

Mantuvo firmemente agarrada la palanca de mando y contempló pasar fugazmente aquel mundo fantasmal y verde.

El sol salió por fin, una tormenta de fuego terrible que apareció por el sur. Todas las sombras del paisaje se alargaron y estrecharon de un modo lento y doloroso. Bronzi apagó los visores. La luz blanca se filtraba a través de las ventanillas

irregulares y agrietadas, y decidió utilizar tan sólo el auspex. Sólo quedaban veinte kilómetros. El cursor del mapa luminoso de la cabina siguió moviéndose con lentitud hacia su destino.

Soneka se despertó sobresaltado, pero eso no era nada extraño. El dolor apagado que todavía sentía en la mano lo había despertado de esa manera todas las mañanas desde que había llegado a Caras.

Se incorporó hasta quedar sentado en su camastro. La luz del amanecer, que ya brillaba y calentaba con fuerza, atravesaba en forma de rayos los huecos de la persiana de junquillo tejido. Había tenido un sueño muy extraño. Estaba jugando con Dimi una partida con las cabezas de diorita, y Lon le había traído una buena pieza. Había tomado la cabeza de las manos encallecidas de Lon y había bajado la mirada para estudiarla con atención.

El rostro tallado era el de Hurtado. Le sonrió con sus labios de piedra.

—Dime una cosa, Peto —le dijo la piedra—. De todas estas cabezas rotas, ¿hay dos iguales? ¿O son todas diferentes?

—No lo sé, Hurtado. Sal de mi sueño.

—Es importante. ¿Son todas iguales? ¿Son todas distintas? ¿Eso importa? ¿O no?

En su sueño, Soneka lanzó la piedra hacia la amplia llanura de cabezas rotas. Lo hizo con la mano izquierda. Una mano en la que tenía todos los dedos.

—Mierda —musitó Soneka entre toses.

Tenía polvo en los pulmones. Era el precio que había que pagar por el descanso en Caras.

Bajó la mirada hacia la mano incompleta y notó el movimiento de los dedos que le faltaban.

Se había dormido en ropa interior. Se puso los pantalones, los calcetines y las botas y salió a la primera luz de la mañana con el torso desnudo. El borde cegador del sol estaba asomándose por la loma de una cresta rocosa. El cielo era casi blanco, del mismo tono de color que el marfil envejecido. El paisaje tenía una tonalidad rosácea, interrumpida por las sombras de bordes agudos que se retorcían para esquivar el sol. Iba a ser un día muy caluroso. Sintió como el aire comenzaba a reverberar a causa de la temperatura. Los caballos locales, algunos de ellos todavía ensillados por la carrera del día anterior, estaban sueltos y pastaban libres en los escasos trozos de terreno herboso del lugar. Soneka se dirigió hacia el pozo, mientras se frotaba la cara con la mano sana. Necesitaba afeitarse. Afeitarse y tomarse un pomelo.

Todos los caballos alzaron la cabeza al mismo tiempo y se quedaron mirando en la misma dirección. Algunos de ellos siguieron masticando, pero luego todo el grupo salió corriendo y se dispersó.

El instinto de combate se apoderó de Soneka e hizo que se ocultara en la sombra

fresca de uno de los cobertizos de adobe. Miró a su alrededor, sintiéndose muy alerta de repente. ¿Dónde estaban los centinelas, los guardias del perímetro, las patrullas nocturnas?

La tonalidad rosácea del paisaje adquirió movimiento. Unas figuras semivisibles salieron, encorvadas y a la carrera, del borde del desierto.

Soneka tragó saliva. Se dio la vuelta y echó a correr a través del laberinto de sombras formado por los habitáculos en dirección a la habitienda del comandante del puesto. Quería dar la alarma, pero no quería que el enemigo supiera que había sido descubierto. Koslov disponía de un aparato de alarma silenciosa que hacía retemblar la muñequera que llevaban todos los residentes del campamento.

Soneka se deslizó de forma silenciosa en la calurosa oscuridad de la habitienda. Koslov estaba sentado a su mesa de campaña, con una mírada sorprendida clavada en el propio Soneka.

—¡Comandante! ¡Pulse la alerta de emergencia ahora mismo! —le dijo con un susurro.

Koslov no se movió. Continuó mirándolo con la misma expresión de leve sorpresa.

—¿Comandante Koslov?

Los ojos de Koslov no lo siguieron cuando avanzó un poco. Permanecieron clavados en la solapa de la abertura de la tienda por donde Soneka había entrado. El comandante no se movió en absoluto.

Soneka se echó de repente hacía un lado.

La falce que blandía el echvehnurth que se había escondido detrás de aquella solapa no le dio al atamán por escasos centímetros. La hoja se enterró literalmente en la tierra tras atravesar limpiamente el suelo de la habitienda. Soneka rodó sobre sí mismo y se puso en pie. El nurtheno sacó de un tirón la hoja y se lanzó a la carga contra él.

—¡Alarma! ¡Alarma! —empezó a gritar Soneka—. ¡Enemigos en el campamento!

Se lanzó de cabeza por encima de la mesa para esquivar de nuevo el arma de su oponente y cayó sobre Koslov. El comandante se desplomó hacia atrás y la mesa se derrumbó bajo el peso de Soneka. De la boca y la nariz de Koslov salieron unos delgados hilillos de sangre, y se quedó mirando con la misma expresión de leve sorpresa al techo de la habitienda.

Soneka rodó de nuevo para quitarse de encima el cadáver todavía caliente y manoteó de forma frenética para coger la pistola de Koslov de la funda.

El nurtheno blandió la falce tan hacia arriba que rasgó el techo de la habitienda. Bajó el arma con fuerza y Soneka se echó a un lado. La afilada hoja atravesó por completo el hombro izquierdo de Koslov.

—¡Alarma! —gritó de nuevo Soneka al mismo tiempo que se apartaba de un salto.

En el exterior empezaron a oírse gritos y el chasquido esporádico de los disparos de las armas láser.

Soneka le lanzó una silla de montar a su atacante, que la sibilante falce del nurtheno echó a un lado en mitad de su vuelo. Siguió retrocediendo a trompicones y le arrojó un maletín de escribiente. La falce lo partió por la mitad y provocó una lluvia de plumas, plumines y tinteros. Soneka se tiró al suelo de nuevo y la falce abrió un tremendo desgarrón en la pared de la tienda.

El entrenamiento geno volvió a aflorar de forma instintiva. En cuanto aterrizó, se puso a manotear en busca de un arma, de cualquier clase de arma, y los dedos tropezaron con una pluma de escribir que había salido despedida del maletín. Soneka la agarró, la sopesó de forma automática y la lanzó como si de un cuchillo arrojadizo se tratase.

La punta de la pluma se clavó en la mejilla izquierda del echvehnurth. El nurtheno dejó escapar un grito y retrocedió unos pasos. Soneka se puso en pie de un salto y agarró el asta de la falce. Luego le propinó un tremendo rodillazo en la entrepierna. Entonces sí que se tambaleó su oponente, que lanzó un aullido y agarró con menos fuerza la falce.

Soneka le arrebató el arma y la blandió en un arco corto con una sola mano. La cabeza del echvehnurth salió despedida de los hombros y un chorro de sangre saltó por los aires. El cuerpo se dobló sobre sí mismo y la cabeza rebotó contra el suelo de la tienda.

Soneka, sin soltar la falce, cruzó la habitienda en dirección al control principal de alarma. Lo pulsó con un golpe fuerte y seco, y las sirenas comenzaron a sonar por todo el puesto de Caras.

Regresó al cuerpo de Koslov y clavó la falce en el suelo, a su lado. Después desenfundó la pistola del oficial, un modelo láser pesado.

Dos atacantes nurthenos cruzaron a la carrera la entrada de la habitienda y Soneka les disparó a ambos en la cara. Los dos salieron despedidos de espaldas con las placas pectorales plateadas cubiertas de goterones de sangre.

El caos se apoderó del exterior de la habitienda de mando. Las tropas imperiales, recién alertadas por las sirenas aullantes y por sus disparos, se esforzaban por repeler los ataques de los nurthenos. El aire del amanecer se llenó con el siseo de los disparos y los chasquidos del impacto de las afiladas hojas. Soneka oyó varios gritos de dolor angustioso.

Salió al asfixiante exterior con la pistola en la mano. Un nurtheno echó a correr hacia él con la falce en alto, pero Soneka le voló la garganta de un solo disparo, que lo derribó en la arena. A su alrededor oyó las descargas de las carabinas puestas en

modo de fuego automático. Los gritos y los aullidos eran ensordecedores. Se dirigió a toda prisa hacia el almacén refrigerador.

La zona que rodeaba el edificio de adobe estaba sembrada de cadáveres. Eran soldados imperiales, la mayoría de ellos a medio vestir, y casi cortados en pedazos. Entró y abatió a los dos nurthenos que encontró en su interior. Uno de ellos se estrelló contra el apilamiento de cadáveres cubiertos con sudarios, y la placa pectoral se le desprendió al chocar. La pieza metálica aterrizó delante de Soneka con un repiqueteo, y el atamán vio los emblemas grabados de los juncos y del cocodrilo con las fauces abiertas.

—Sal... ga. Corra —jadeó una voz.

Se dio la vuelta. La doctora Ida estaba detrás de él. Tenía agarrado el mango de la falce que la atravesaba y la mantenía clavada a la pared del edificio. Tenía la túnica empapada de sangre, que, por primera vez, era la suya.

—¡Doctora!

—Es demasiado tarde para mí —dijo con un suspiro, y murió.

Un atacante nurtheno entró en tromba a su espalda. Soneka se volvió y lo silenció para siempre de un disparo.

Le siguieron unos cuantos más con las falces en alto, y Soneka volvió a disparar. La pequeña pantalla digital del arma le mostró que le quedaban veinte disparos. Diecinueve, dieciocho, diecisiete...

Bronzi detuvo el Scarab y activó los amortiguadores. El sol ya había salido por completo y lo abrasaba todo.

—Despierta —le dijo a Shiban, mientras se desabrochaba el arnés. Su compañero soltó un gruñido.

Bronzi se bajó de un salto del vehículo y miró a su alrededor. Le gruñía el estómago de hambre. ¿Dónde demonios estaba la caballería que le había prometido Honen? El desierto vacío se extendía en derredor, achicharrado por la luz ardiente del sol.

Vio una figura que caminaba por el sendero en su dirección. Era un individuo alto cuya silueta se desdibujaba en la distancia debido al efecto del calor en el aire. Bronzi esperó. Dos minutos. Tres. La figura siguió acercándose y no tardó en ser perfectamente discernible.

Era un marine espacial equipado con la armadura de combate completa. Era de color púrpura con rebordes plateados. Las insignias visibles en las enormes hombreras eran de color verde.

—Dioses... —murmuró Bronzi.

El enorme astartes se detuvo a unos diez pasos de él y del aerodeslizador. En las ranuras de visión brillaron unos puntos rojos semejantes a ascuas cuando centró la

mirada y la puntería en él.

—Volvemos a encontrarnos, Bronzi —emitió la rejilla de comunicación del casco.

—¿Señor?

El astartes empuñaba un bólter, pero lo mantenía pegado a su enorme pecho blindado.

—Te lo advertí. Eres todo un experto en crear problemas, ¿verdad, Hurtado?

Bronzi parpadeó.

—No lo entiendo. ¡Se trata de algo importante! No es...

—No es asunto tuyo, pero has metido las narices en ello, lo que ha sido un error colosal, y una pena, porque eres un buen tipo. Sólo queda una opción.

—¿De qué demonios está hablando? —gritó Bronzi. De repente, sintió un enorme deseo de haber bajado con un arma en la mano.

—Atrás, cabronazo —le advirtió Shiban, al tiempo que salía de detrás de la cobertura que representaba el aerodeslizador. Se había echado la carabina de doble cañón al hombro y la apuntaba directamente al pecho del gigante con armadura.

—¡Dimi, no lo hagas! —le gritó Bronzi.

—Nadie amenaza a uno de mis amigos —le respondió Shiban.

Siguió avanzando sin que el arma dejara por un instante de apuntar a la figura de armadura púrpura.

El astartes giró la cabeza con lentitud para mirarlo. Las ascuas rojas de los visores parpadearon un momento.

El astartes se giró con demasiada rapidez como para que Bronzi lo pudiera seguir con la mirada, y en el mismo movimiento disparó con el bólter. Dimiter Shiban, que recordaba todos sus sueños a la perfección, salió despedido de espaldas y estalló en el aire mientras volaba hacia atrás, esparciendo carne y sangre en todas las direcciones. Su cadáver retorcido se estrelló contra el suelo y se quedó allí, inmóvil.

—¡Oh, dioses! ¡Por Terra! ¡No! —aulló Bronzi.

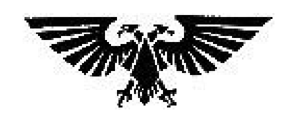
El astartes se volvió y le apuntó con el arma. Bronzi se desplomó de rodillas en el suelo.

—Por favor... —murmuró.

—Como ya he dicho —recalcó el astartes mientras se acercaba a Bronzi sin dejar de apuntarlo con el bólter—, sólo queda una opción.

—¿Por qué lo ha hecho? —le preguntó Bronzi, con voz suplicante.

—Por el Emperador —fue la respuesta del astartes.



TRES

Puerto de Mon Lo, Nurth, dos días más tarde

Aunque John Grammaticus tenía más de mil años, sólo hacía ocho meses que era Konig Heniker, y todavía le costaba hacerse a la idea.

Según su ficha, y según todos los métodos de escrutinio personal utilizados en el Imperio, Konig Heniker era un varón de cincuenta y dos años procedente de una región de Terra llamada Cáucaso, y servía en el Ejército Imperial como oficial de inteligencia adscrito al Geno Cinco-Dos Chilíada.

Grammaticus seguía considerándose esencialmente humano. Había nacido humano, había sido criado como un humano y era humano cuando, a todos los efectos, había muerto por primera vez. Las definiciones se complicaron un poco más desde ese momento. De una cosa estaba seguro: en algún momento indeterminado tras su primera muerte, probablemente debido a un proceso lento más que a un cambio repentino, había dejado de sentir una devoción tan intensa por los intereses de su especie natal.

Seguía teniendo un cariño sin complejos por la raza humana, y era un defensor fervoroso de sus cualidades menos ejemplares, pero llevaba mucho tiempo en la Cábala, y ellos habían compartido la Acuidad con él, una parte al menos. En esos momentos, se daba cuenta de que su raza natal carecía de lo que había dado en denominar «visión a largo plazo».

Grammaticus era uno de los pocos humanos que seguía actuando como agente de la Cábala. La organización había reclutado a muchos intermediarios humanos, pero la mayoría de ellos habían muerto hacía ya mucho tiempo, olvidados o repudiados.

La Cábala llevaba reclutando agentes humanos desde que empezaron a existir humanos a los que reclutar, algo que Grammaticus encontraba especialmente difícil

de aceptar. En el mismo principio de la historia de la humanidad, antes de la escritura, antes de Ur y de Catal Huyuk, antes de Mohenjo Daro y de Tebas, antes de la construcción de los monumentos perdidos, la Cábala ya había visitado Terra y había encontrado a una especie de homínidos mamíferos sin interés y poco prometedora que se ocupaba de dejar las primeras marcas en los troncos de los bosques primigenios con sus hachas de piedra y así establecer las primeras fronteras.

La Cábala había captado alguna cualidad concreta en esos mamíferos. Se dieron cuenta de que algún día se convertirían en una raza importante y que de forma inexorable cumplirían alguna clase de función vital en el esquema general del universo. La humanidad se convertiría en el arma más letal contra el Aniquilador Primordial o se convertiría en la mejor arma del Aniquilador Primordial. En cualquiera de ambos casos, la Cábala decidió que aquellos homínidos poco prometedores que estaban evolucionando en un planeta atrasado y aislado formaban una especie a la que debían tener en cuenta.

Grammaticus sabía que aquel hecho representaba una frustración para la mayoría del círculo interno de la Cábala. Todos sus miembros pertenecían a la Vieja Raza, y consideraban a las especies recién llegadas a la galaxia como algo efímero e inferior. Les dolía sobremanera aceptar que su destino y todos los destinos descansaran en las manos de criaturas que eran poco más que organismos unicelulares cuando la cultura de la Vieja Raza había alcanzado su madurez plena.

Gahet le había contado una vez que la Cábala había efectuado sus primeras maniobras sutiles respecto a la especie humana mucho antes de la llegada de la Era de Terra. Gahet lo había confesado con amargura, y con más amargura todavía había admitido que la Cábala había sufrido un fracaso tras otro en sus intentos de influir en el desarrollo de la humanidad.

—Siempre habéis sido unos salvajes testarudos y feroces —le había comentado Gahet—. Sorprendentemente dogmáticos respecto a vuestra propia valía. Intentamos dirigiros, influir en vuestro desarrollo, pero fue como... —Gahet se calló mientras buscaba en su mente un símil apropiadamente humanocéntrico—, como ordenarle a la marea que no subiese —acabó por decir.

Grammaticus había sonreído antes de contestarle.

—Somos seres tozudos, ¿verdad? —le respondió, con cierto orgullo—. ¿No pensasteis que quizás hubiera sido mejor efectuar una selección entre nosotros antes de que nos salieran los dientes?

Gahet había asentido o, más bien, había flexionado las ventanas secundarias de la nariz, lo que equivalía a un gesto de asentimiento.

—No era nuestro modo de actuar en aquel entonces. Todos considerábamos que un acto semejante era algo bárbaro. Todos excepto Slau Dha, por supuesto.

—Por supuesto. ¿Y ahora?

—Ahora me arrepiento de no haber acabado con vosotros cuando tuvimos la oportunidad. La destrucción se ha convertido en nuestra única herramienta en estos últimos tiempos. Echo de menos los métodos más sutiles.

Casi todos los humanos reclutados a lo largo de los años habían demostrado ser inviables o tener algún defecto. La mayoría fue directamente eliminada. Grammaticus estaba convencido de que él lo había conseguido, cuando tantos otros habían fracasado, gracias a su don.

John Grammaticus era un psíquico de nivel muy elevado.

—Ya puede pasar, atamán Heniker. La uxor lo recibirá —le anunció el subalterno, tocado con un chacó de piel.

—Gracias —le contestó John Grammaticus.

Se levantó de la silla de madera, que se encontraba al final del pasillo, y cruzó la larga estancia hacia la sala de reuniones mientras se alisaba la chaqueta cruzada y la capa que llevaba puestas. Se desabrochó los botones superiores de la camisa. Casi era mediodía, y el calor en el interior del palacio de terracota era asfixiante. Estaba situado a unos quince kilómetros de la bahía de Mon Lo, y en su interior se había establecido un puesto de control para el avance de las tropas. Sus viejas paredes conservaban el calor del día como si fuera un horno. Sobre las ventanas habían colocado cortinas rojas empapadas de agua para mantener fresco el interior del palacio, pero ya habían empezado a secarse.

El cuerpo de John Grammaticus no sentía la necesidad fisiológica de transpirar, pero permitió que lo hiciera. Todos los humanos que lo rodeaban estaban sudando a chorros, y no quería que se percataran de que no era como ellos.

Llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Entró. La estancia era alargada y ancha, con unas columnas situadas a lo largo de las paredes para sostener el techo revestido de azulejos. En el extremo superior de las columnas se veían rallas que representaban frondas de juncos o cocodrilos con las fauces abiertas, elementos decorativos muy comunes en la arquitectura nurthena. En el centro de la estancia habían colocado una mesa plegable metálica. La uxor Rukhsana, que estaba sentada a una de sus cabeceras, se puso en pie. Sus cuatro ayudantes se encontraban repartidos a cada lado de la mesa.

—Uxor, me alegro de verla —la saludó Grammaticus. Luego se dio un par de golpecitos en la garganta—. Le pido disculpas por ir desabrochado, pero este calor es insoportable.

—No se preocupe, Konig —le contestó ella.

Las ayudantes asintieron a su vez. Todas eran hembras, de entre trece y dieciséis años, futuras uxores. Sus óvulos ya habían sido cosechados y depositados en los bancos de almacenamiento de la Geno Cinco-Dos Chilíada. Estaban perfeccionando

sus poderes de percepción y actuando como amortiguadores de apoyo para la uxor que les habían asignado.

Grammaticus consideraba fascinante la estructura operativa de la Geno Cinco-Dos Chilíada. Las genos se formaron durante las salvajes guerras continentales que habían envuelto a toda Terra al final de la Era de los Conflictos. Habían demostrado ser una fuerza adaptable y enormemente efectiva. No era de extrañar que el Emperador hubiera permitido que siguieran existiendo después de la Unificación. Tampoco resultaba sorprendente que hubiera estudiado su sistema y lo hubiera copiado sin reparo alguno.

En las genos se practicaba la recolección genética. A Grammaticus lo habían informado de un modo extensivo al respecto. La recolección genética había sido un procedimiento esencial durante los períodos tóxicos de huracanes atómicos y de nubes radiactivas a la deriva. El núcleo de cada regimiento lo formaban las uxores, una línea sanguínea de hembras con una sensibilidad psíquica latente. A esas hembras se les retiraban los óvulos en la pubertad, y a partir de ellos se creaban los musculosos soldados de la unidad en tanques de incubación, y se utilizaban los códigos de las reservas genéticas de varios agnados robustos y de demostrada capacidad marcial. Las genos criaban guerreros resistentes, pero complementaban su fuerza bruta y mantenían la salud de las reservas genéticas mediante la importación de comandantes de valía probada procedentes de otras fuerzas. Los atamanes siempre eran individuos ajenos al proceso y que destacaban por sus tácticas y su capacidad estratégica.

Las uxores, situadas en lo más alto de la estructura de mando de la Chilíada, no eran capaces de concebir hijos por su cuenta, y esto, de un modo que no se entendía del todo, les liberaba la mente y les permitía actuar como perceptoras, coordinadoras operativas que eran capaces de captar, tal y como Gahet había expresado, «el comportamiento de sus hijos».

Como mucho, las uxores poseían capacidades psíquicas de bajo nivel. Cada una de ellas poseía un talento rudimentario llamado precisamente «la percepción», lo que les permitía ayudar a las tropas en combate y suministrarles una mayor comprensión de la situación. Ese poder las agotaba con rapidez. Para cuando tenían veintiséis o veintisiete años, tenían que dejar de ser uxores y eran destinadas a otras actividades. Durante su fase como perceptoras solían estar acompañadas por unas ayudantes que en realidad eran uxores en formación, y cuyos poderes psíquicos reforzaban los de la uxor mientras aprendían de ella.

Ninguna de las hembras que se encontraban en la estancia poseía siquiera una fracción de la capacidad psíquica de John Grammaticus.

En cuanto se sentó al extremo de la mesa opuesto al que ocupaba la uxor Rukhsana, exploró las mentes que lo rodeaban. Captó al instante los poderes

inmaduros de las ayudantes, sus mentes locuaces, la arquitectura mental húmeda e incompleta de las ayudantes púberes. La incapacidad absoluta de concebir había provocado que aquellas jóvenes fueran extremadamente promiscuas. Grammaticus sintió repulsión ante la oleada de pensamientos morbosos y superficiales que lo asaltó. Todas las ayudantes estaban pensando en el siguiente soldado joven con el que se acostarían o en lo genial que sería convertirse en una uxor.

Rukhsana era distinta. Grammaticus miró hacia el otro lado de la mesa, donde ella se encontraba. Para empezar, era una mujer, no una muchacha. Una mujer sorprendentemente atractiva. Tenía unos labios voluptuosos y llevaba el largo cabello rubio peinado con una raya por la mitad. Tenía los ojos de un color gris exótico y unas largas pestañas. Un maestro escultor no podría haber mejorado sus pómulos. Ya casi tenía veintiocho años, y se encontraba prácticamente al final de su servicio como uxor. Sintió con claridad que Rukhsana odiaba ese hecho. Estaba desmoralizada ante la idea de que no tardaría en convertirse en otra cosa: una doctora, una comandante del munitorum, una cartomante, una uxor emérita.

Sus poderes desaparecían. Su percepción se debilitaba y se esfumaba.

—¿Qué es lo que me trae, señor? —le preguntó ella.

Qué voz. Incluso las ayudantes se distrajeron. Algo ronca. No. Sedosa, suave como la miel. Grammaticus sabía que estaba un poco enamorado de ella, y se permitió disfrutar de ese hecho. Había pasado mucho tiempo, casi setecientos años, más o menos, desde la última vez que se había permitido responder a una hembra humana de un modo que no fuera puramente por necesidad física.

—Bueno, traigo bastante, uxor —le respondió mientras sacaba una carpeta de documentos de debajo del brazo y la abría.

—¿De verdad ha estado en el puerto Mon Lo? —le preguntó una de las ayudantes, mirándolo directamente a los ojos. Grammaticus notó una oleada de lujuria admirativa.

—Sí... ¿Cómo te llamas?

—Tuvi, señor —respondió la chica.

Era la mayor de las ayudantes de Rukhsana. Tenía unos diecinueve años. Era evidente que Tuvi creía que la presencia de un osado oficial de inteligencia era muy emocionante.

—Sí, Tuvi. Me hice pasar por un comerciante llamado D'sal Huulta, y he pasado los últimos cuatro días reuniendo información en los barrios interiores de la ciudad.

«Entre otras cosas», pensó.

—¿No ha sido extremadamente peligroso? —quiso saber otra de las ayudantes.

—Sí, lo fue.

—¿Cómo es que no lo descubrió el enemigo infiel? —le preguntó Tuvi.

—Silencio —ordenó Rukhsana—. No es adecuado preguntar a los agentes de

inteligencia cuáles son sus trucos.

—No importa, uxor —le dijo Grammaticus con una sonrisa. Se volvió hacia Tuvi —. *El-teh ta nash el et chey tanay*.

—¿Qué?

—En nurtheno significa «hablo el idioma local como un nativo del lugar».

—Pero... —empezó a decir Tuvi.

—Querida, no voy a contestarte a cómo lo he logrado, así que, por favor, ni me lo preguntes. ¿Puedo continuar?

Tuvi parecía estar a punto de añadir algo, pero Rukhsana la interrumpió con brusquedad.

—Deja que hable, Tuvi. ¿Heniker?

—Por supuesto. Bueno, respecto al lugar en sí... Como ya sabemos, los nurthenos no poseen tecnología orbital ni interplanetaria, ni jamás la han poseído. Sin embargo, aunque en la actualidad la zona conocida como puerto Mon Lo está inundada y se utiliza para el tráfico marítimo, se construyó originalmente para que funcionase como zona de aterrizaje para naves estelares.

La uxor Rukhsana parpadeó sorprendida.

—¿Para naves estelares? —repitió.

Estaba corriendo un ligero riesgo al compartir aquella información, pero la mente de John Grammaticus estaba entrenada de forma minuciosa para que clasificara y valorara los datos recibidos. Sabía con exactitud lo que podía revelar y lo que no. Creía que no tenía mucha importancia que los imperiales descubrieran que Mon Lo antaño había sido un lugar de paso extraplanetario. De hecho, lo había sido de forma intermitente. La Cábala solía pasar por allí, mucho, mucho tiempo atrás. Por eso conocían la existencia de la cultura nurthena.

—Para naves estelares, uxor.

—¿Está seguro? —insistió ella.

—Por completo —contestó Grammaticus—. Tengo unas fuentes excelentes.

—¿Y cuando dice «originalmente», Konig, qué significa?

—Significa entre ocho mil y doce mil años, el tiempo suficiente como para que el nivel de los mares cambie, que las tierras sumergidas emerjan y que un inmenso puerto interplanetario cortado en la roca se llene de agua y se convierta en un puerto de naturaleza más tradicional.

De hecho, eran once mil ochocientos veintiséis años, y las tareas de construcción habían durado dieciocho meses. Grammaticus había considerado prudente no mostrar toda la precisión de sus conocimientos.

Todas las ayudantes comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—Eso sitúa la construcción del lugar en la segunda Era de la Tecnología —dijo una de ellas.

—Alrededor del Primer Contacto y de las primeras guerras Alienígenas —apuntó otra.

—¿Existe alguna prueba de qué forma alienígena es responsable de su construcción?

—¿Saben los nurthenos cuál es su origen? —inquirió Tuvi.

—Tuvi es la que ha dado con la pregunta más importante —exclamó Grammaticus para acallar el alboroto—. ¿Lo saben? No creo que sea así. Tienen mitos y leyendas, como ocurre en todas las culturas, y en algunas de ellas se encuentran elementos que quizá se puedan interpretar como un recuerdo racial de un encuentro o intervención alienígena. Sin embargo, hasta que la 670ª Expedición llegó allí, los nurthenos creían que estaban solos en la galaxia. Hay que recordar que ni siquiera son conscientes de que los primeros de ellos eran colonos procedentes de Terra.

—Ésa es la verdadera tristeza de esta guerra —comentó Rukhsana al mismo tiempo que asentía—. No reconocen que somos parientes.

Grammaticus sintió su incomodidad ante aquello. El parentesco significaba mucho para las uxores. Lo cierto es que a él le preocupaba mucho aquel aspecto de la Gran Cruzada del Emperador. La humanidad se había extendido en su juventud por toda la galaxia, había colonizado miles de planetas y formado así la primera comunidad interestelar. Luego había llegado la Era de los Conflictos, aniquiladora como la cuchilla de una guillotina, y las tormentas de disformidad habían hecho imposible los viajes interestelares durante prácticamente cinco mil años. Los dominios exteriores de la humanidad habían quedado incomunicados, aislados, asediados. En todo aquel caos, los habitantes de muchos de aquellos planetas olvidaron por completo quiénes eran o de dónde venían. Era lo que había ocurrido en Nurth.

Después de que el Emperador, un personaje cuya aparición la Cábala había previsto mucho tiempo atrás, unificara las diferentes facciones anárquicas de Terra, se inició una Gran Cruzada (¡qué revelador era aquel nombre!) para buscar y unificar también esos planetas perdidos ocupados por la raza humana. Asombraba la cantidad de ocasiones en las que esos mundos perdidos se resistían a aquellos intentos de reunión. Era increíble cuántas veces habían tenido las flotas expedicionarias que entrar en combate contra las culturas que se suponía debían rescatar para conseguir lo que el Emperador había llamado «su conformidad». Siempre era, o eso decían las tesis oficiales, por su propio bien.

John Grammaticus había coincidido con el Emperador en una ocasión, cerca de mil años antes. En aquel entonces, el Emperador no era más que otro señor feudal entre tantos que lideraba a sus tropas con la armadura del trueno mientras se esforzaba por consolidar sus primeras victorias en la Era de los Conflictos.

Grammaticus era uno de los oficiales de combate de las Levas Caucásicas, una fuerza importante que fue obligada por la tregua y por un pacto a apoyar el ataque del Emperador contra los territorios del tirano panpacífico Dume.

Tras la conquista sangrienta de Baktria, Grammaticus fue uno de los cien oficiales caucásicos invitados a celebrar un triunfo en Pash, donde fueron alojados por el ejército del trueno y del rayo. Durante los festejos, el Emperador (que ya en aquella época era conocido sólo por ese título más que reprobable, no por el nombre) había paseado entre las mesas con actitud grandilocuente para dar las gracias en persona a sus aliados extranjeros y a los jefes de los clanes mercenarios. Grammaticus había sido uno de los centenares presentes que recibió su apretón de manos agradecido. Se dio cuenta en ese momento de contacto del motivo por el que el Emperador era toda una fuerza que debía ser tenida en cuenta. Se trataba de un psíquico de poder enorme, inconmensurable, en absoluto humano comparado con cualquier medida de esa época. Grammaticus, quien jamás se había encontrado con nadie que tuviera sus mismos poderes, se estremeció y se sintió como un insecto del enjambre en presencia del rey de la colmena. El Emperador había sentido el poder de Grammaticus en ese mismo segundo de contacto, y le había sonreído.

—Tienes una mente increíble, John —le dijo, sin tener que preguntarle su nombre —. Deberíamos hablar y tener en cuenta las opciones posibles para unos seres como nosotros.

Sin embargo, antes de que pudiera tener lugar esa conversación, Grammaticus sufrió su dolorosa y estúpida primera muerte.

Grammaticus pensó en ello y se preguntó si habría sido capaz de influir en los actos del Emperador si hubiera seguido vivo. Lo dudaba. Incluso en aquel segundo, en aquel breve instante de contacto, le había quedado claro que el Emperador no pensaba desviarse del camino de catastróficos derramamientos de sangre que se había propuesto seguir. Un día desencadenaría sobre la galaxia las máquinas asesinas más temibles de todos los tiempos: los astartes.

Qué irónico resultaba que la tarea en la que se encontraba embarcado en esos momentos fuera conseguir la cooperación de una de esas temibles legiones astartes.

Gahet le comentó en una ocasión que el Emperador era el único humano que habría sido un buen candidato para el círculo interno de la Cábala.

—Él ve a muy largo plazo —le había aclarado Gahet—. Comprende el ciclo inmenso y lento, y está dispuesto a permitir que siga su curso. Es capaz de apreciar la dinámica histórico-temporal de un cambio verdadero y radical.

—¿Has coincidido alguna vez con él? —había querido saber Grammaticus.

—No, John, no lo he visto nunca.

—Pues entonces no tienes ni idea del cabrón sanguinario que es en realidad.

Gahet le había sonreído.

—Es posible, pero es alguien que comprende a la perfección que el Aniquilador Primordial es el verdadero enemigo de todos, así que quizá necesitamos a un cabrón sanguinario de nuestra parte.

—¿Konig?

—Lo siento, uxor —se apresuró a responder Grammaticus.

Rukhsana le sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Estaba muy perdido en sus pensamientos.

—Así es. Le pido perdón. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Creo que ese puerto interestelar lo construyó una raza alienígena varios centenares de años antes de que este planeta fuera colonizado por los primeros humanos llegados en naves de exploración. Por lo que se refiere a los nurthenos, el puerto siempre ha estado ahí.

—Así que es un detalle intrigante, pero no es pertinente respecto a la evaluación de combate.

—En absoluto. Sin embargo, a pesar de su mentalidad provinciana, los nurthenos poseen una cierta comprensión de los asuntos extraplanetaríos. Han vivido desde siempre con el miedo al primer contacto, de ser descubiertos por seres procedentes de otros planetas. Según su doctrina, nuestra llegada no hace más que demostrarles la presencia universal del mal. No hay forma de llegar a un acuerdo con ellos.

—¿Ninguna en absoluto?

—Ninguna, uxor.

Le hubiera gustado poder decirles que estaban enfrentándose a una cultura humana que había sucumbido a la corrupción del Aniquilador Primordial, pero sabía que no serían capaces de comprender lo que significaba el Caos. Muy pocos humanos lo sabían. Era el caso de Grammaticus, pero él había compartido la Acuidad de la Cábala. Sentía en lo más hondo de su alma que el Emperador lo sabía muy bien.

Si era así, ¿por qué no se lo había explicado a ninguno de sus hijos? ¿Por qué no les había advertido sobre las abominaciones inmortales con las que se encontrarían si se aventuraban entre las estrellas?

La reunión se centró en asuntos de fortificaciones y emplazamientos de armas. Grammaticus sacó los planos que había dibujado cuidadosamente a mano. Empezaron a discutir cuál sería el mejor modo de atacar puerto Mon Lo. Tuvi lo sorprendió al sugerir las soluciones tácticas más adecuadas. No tardaría en convertirse en una uxor de rango completo, con su propio grupo de ayudantes. Rukhsana dejó que ella propusiera los planes y se dedicó a asentir de vez en cuando ante la maestría de su hija adoptiva.

Grammaticus decidió, mientras oía las discusiones, que había llegado el momento de intercambiar posiciones. Se puso detrás de los ojos de Rukhsana, quien estaba demasiado concentrada como para darse cuenta o resistirse a ello, y se miró desde el otro extremo de la mesa.

Vio lo que ella veía: un individuo atractivo y maduro, de espalda ancha y brazos fuertes, con un rostro hermoso y cabellos grises. Llevaba puesto un uniforme de chaqueta roja con chorreras en la parte central, y estaba sudando un poco.

«No está mal —pensó John Grammaticus—, nada mal.» No era el cuerpo con el que había nacido, pero al menos podía fingir que venía del Cáucaso, que era el lugar donde había nacido el primer John Grammaticus, hacia el final del vigésimo noveno milenio.

—Si vamos a efectuar un ataque —decía Tuvi en esos momentos—, necesitamos saber más sobre las posiciones enemigas a lo largo de estas líneas, y a lo largo de la muralla norte, aquí y aquí.

—No pude conseguir más datos —contestó Grammaticus—, pero tienes razón. Me infiltraré de nuevo mañana. Tendré la información necesaria dentro de tres días.

—Bien —comentó la uxor. Se quedó callada un momento—. ¿Va a entrar de nuevo?

—Creo que es absolutamente necesario, uxor.

—Entonces, que el Emperador lo proteja —le deseó Tuvi, y casi todas las ayudantes expresaron el mismo deseo.

«Estoy bastante seguro de que no lo hará», pensó Grammaticus.

—Eso es todo por hoy. Ya podéis marcharos. Yo acabaré la reunión —les ordenó Rukhsana.

Grammaticus sintió la rabia y la decepción de las ayudantes a medida que iban saliendo.

La puerta se cerró detrás de la última. Se produjo un largo silencio.

—¿Dónde estábamos? —inquirió la uxor Rukhsana.

—Estabas a punto de desvestirte —le respondió él en escitio demótico.

—¿Eso iba a hacer? —contestó en la misma lengua al mismo tiempo que se echaba a reír—. No sabía que hablaras mi idioma natal, ni que supieras que soy de Escitia. Eres muy inteligente, Konig.

«Y no tienes ni idea de la realidad. Hablo con fluidez al instante cualquier idioma o lengua con la que me encuentre. Es mi habilidad particular, y mi maldición.»

—Siento ser tan directo, pero he visto el modo en que me miras —le aclaró, de nuevo en escitio.

—Y yo he visto el modo en que me mira usted, señor.

—¿Tanto la he fastidiado?

Rukhsana sonrió.

—No. Es halagador, pero no soy una de esas ayudantes bobas. No estoy dispuesta a desvestirme por un triste encuentro amoroso en esta sala de reuniones. De hecho, ni siquiera estoy segura de estar dispuesta a desvestirme por ti.

Grammaticus permitió que una leve sonrisa asomara en el rostro de Heniker.

—Mi querida uxor, la simple presencia de una duda en esa frase es lo único que pido.

En los viejos tiempos, en los tiempos de la incoación, las razas levantaban sus moradas en lugares seguros y dejaban sin explorar los lugares más sombríos. La humanidad se había comportado así por instinto, y era lo que la había mantenido a salvo del lobo y del tigre de dientes de sable. Grammaticus deseó que su especie hubiera conservado esos instintos y que no los hubiese olvidado. Estaba bastante seguro de que había sido la influencia eterna del Emperador la que había acabado con aquel tabú en concreto.

Recordó los viejos mapas de Terra, con sus notas de advertencia infantiles: AQUÍ HAY DRAGONES. Eso había sido el resumen de la ignorancia de la humanidad sobre los lugares más sombríos de su universo.

—¿Qué es lo que has dicho? —quiso saber Rukhsana mientras se daba la vuelta, todavía adormilada.

—Nada.

—Konig, has dicho algo sobre dragones.

—Puede ser.

—No existen los dragones, Konig.

Ya estaba avanzada la tarde. Los edificios del palacio habían sufrido los embates del calor otro día más. Estaban tan cerca del mar que podían olerlo, pero a la vez se encontraban demasiado lejos como para que llegara su influencia refrescante.

El sexo había sido excepcional. La intimidad emocional casi le había hecho llorar. Se despreciaba a sí mismo por dejarse llevar tan lejos. Setecientos años era mucho tiempo, lo bastante como para olvidar las consecuencias de una relación en condiciones. Había sentido su ansia, su afán por demostrar que ella era algo importante aunque estuviese perdiendo sus facultades, como se pierde la piel muerta.

Se había permitido a sí mismo enamorarse de ella, le había permitido a ella que el sentimiento fuera recíproco, y se veía enfrentado a las consecuencias de su decisión.

—¿Konig?

Ni siquiera sabía su nombre verdadero. Quiso decírselo.

—¿Tienes que entrar de nuevo allí? —le preguntó, terminando de rodar sobre sí misma para colocarse tendida a su lado. Su cuerpo, esbelto y desnudo, hizo que Grammaticus se estremeciera, pero resistió la tentación.

—Sí.

—Estoy segura de que podemos diseñar el resto del plan táctico con observadores aéreos remotos y las evaluaciones de la flota.

—No se puede. Necesitáis que entre ahí.

—*John*.

—Oh, no.

—¿Oh, no, qué? —le preguntó ella, incorporándose un poco. Él se puso en pie.

—Nada, cariño. —Cariño. Eso suena muy en serio.

—*John*.

«Ahora no.»

—Kon, te has puesto muy pálido. ¿Estás bien?

Se levantó de la cama y se dirigió descalzo al cuarto de baño.

—Estoy bien. Muy, muy bien. Sólo necesito tomar un sorbo de agua.

Rukhsana se tumbó de nuevo y se quedó mirando al techo.

—No tardes —le dijo mientras se alejaba.

Grammaticus entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y se quedó quieto un momento, con la cabeza agachada y las manos apoyadas en el borde del lavabo de piedra.

—Ahora no, de verdad, ahora no —musitó en voz baja y gemebunda.

Notó en las palmas que la piedra estaba fresca. Echó un poco del agua de una jarra en el pilón. Sintió durante todo el proceso el espejo viejo y roto que colgaba de una pared a su espalda.

Se dio la vuelta.

Gahet le devolvió la mirada desde el otro lado de la superficie borrosa del espejo.

—*Has tomado una decisión equivocada, John Grammaticus. El lazo íntimo que has creado con esta hembra pone en peligro la misión*.

—Lárgate.

—*John, estás arriesgándolo todo. Sabes lo que está en juego. ¿Qué estás haciendo?*

—Ser humano, para variar.

—*John, hemos eliminado a otros agentes por mucho menos*.

—Seguro que sí, y no en los viejos tiempos, sino en estos mismos. Seguro que sí.

—*No te estoy amenazando, John*.

—Sí, sí que lo estás haciendo —le replicó al espejo.

—*La galaxia debe vivir*.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y yo no puedo vivir un poco en ella?

El rostro de Gahet se fue desvaneciendo poco a poco. Grammaticus se echó agua fría en la cara.

—Cabrones —exclamó.

La escolta que debía llevar a Grammaticus al punto de inserción llegó antes de amanecer, en la fresca penumbra de color malva. Grammaticus ya llevaba levantado una hora, y había empacado y desempacado su mochila en una serie de movimientos rituales. Le dijo a la escolta que lo esperara al lado del vehículo mientras él terminaba una serie de tareas que le quedaban por hacer. Se tomó la cafeína tibia y comió un

poco de fruta y pan que quedaba de la noche anterior.

Ella se levantó, y eso le sorprendió.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte?

—No —le mintió Grammaticus.

—Bien.

Rukhsana se apartó un mechón de cabello rubio de la cara y lo miró de arriba abajo. Grammaticus se había vestido con un sencillo uniforme de desierto de tela fina, con botas del ejército y una chaqueta de lona.

—No tienes aspecto de nativo.

—Esa parte viene después.

Lo único que ella llevaba puesto era la sábana de la cama.

—Bueno, entonces, adiós. El Emperador protege.

—Eso espero.

—Procura volver. Me gustaría verte otra vez.

—Volveré —le contestó Grammaticus, y esta vez no le mentía—. Porque quiero verte otra vez.

La uxor Rukhsana sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado. Se lo quedó mirando unos instantes.

—Konig, hay algo extraño en ti. Es como si me leyeras la mente.

—Eso ocurre porque es exactamente lo que hago.

La escolta, un bashaw joven de una compañía geno y tres soldados somnolientos, lo estaba esperando en uno de los patios posteriores del palacio. El vehículo era un aerodeslizador ligero, que tenía el metal del casco al descubierto debido ala abrasión de la arena y a la dureza del medio ambiente.

—Señor —lo saludó el bashaw cuando Grammaticus salió del corredor iluminado a la oscuridad del patio con la mochila echada al hombro.

Tardó un segundo en localizar el acento del bashaw... Yndonesia, del distrito administrativo Purwakarta, quizá de una de las colmenas Cianjur.

—¿A qué unidad pertenece? —le preguntó Grammaticus en malayo bahasa.

El bashaw parpadeó por la sorpresa y le sonrió.

—Arachne, señor. No sabía que era del Panpacífico, señor.

—No lo soy. Soy un poco de todos lados.

Subieron al vehículo y salieron del patio. Luego bajaron por los niveles descendientes del viejo palacio del desierto. Atravesaron puntos de control, puertas y barricadas nocturnas, donde los centinelas los observaron desde los círculos que formaban alrededor de los braseros con los rifles colgando de los brazos cruzados. Comprobaron en cada ocasión los documentos y las constantes biométricas.

Los nurthenos tenían una naturaleza subversiva. La experiencia le había enseñado

al Ejército Imperial que los nurthenos disponían de sus propios espías, y también de saboteadores. Le hacía sentirse raro ser un espía al que comprobaban cuando salía para una misión.

El aerodeslizador aumentó de velocidad una vez fuera del recinto y recorrió las avenidas bombardeadas y las calles cubiertas de polvo de la ciudad que rodeaba al conjunto del palacio. El sol ya amenazaba con salir al otro lado de las ruinas que pasaban velozmente a su lado. Grammaticus se había sentado en la parte de atrás e intentaba relajarse y concentrarse en la inmersión de personalidad mientras sentía en la cara la corriente de aire provocada por la velocidad del transporte. Empezó a arrepentirse de haberse mostrado amable con el joven bashaw. El oficial, que estaba sentado en la parte delantera, no hacía más que volverse hacia atrás y hablarle de lugares de Cianjur que Grammaticus jamás había visto y que no tenía intención de visitar. Grammaticus ya había estado en Cianjur, mucho, mucho tiempo atrás. Había pasado por allí como parte de un ejército que había arrasado el lugar quinientos años antes de que la colmena donde se había criado el bashaw fuera ni siquiera planeada.

Cerró los ojos y pensó en Rukhsana.

«Es como si me leyeras la mente.» Había mucho de verdad en ello. Su mente lo veía todo. Le hizo pensar en algo en lo que siempre trataba de no pensar: aquel día, tanto tiempo atrás, cuando conoció al Emperador, cuando le estrechó la mano, cuando captó su poder, cuando vio detrás del encanto de aquel rostro noble, hermoso, cuando vio...

Tan sólo por un nanosegundo.

Cuando vio...

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó el bashaw—. Se ha quedado muy pálido de repente. ¿Se ha mareado?

—Estoy bien. Muy, muy bien —le contestó Grammaticus.

Salieron de entre las ruinas y siguieron las rutas cubiertas de restos que serpenteaban por la retaguardia de las líneas imperiales fortificadas. El sol siguió ascendiendo y achicharró el borde inferior del cielo. Un kilómetro tras otro, bajo la sombra de esas fortificaciones, se extendían los emplazamientos de artillería, que se recortaban como sombras amenazantes contra el amanecer, así como millones de tiendas que cubrían el suelo, como ampollas. Delante de cada una brillaba una fogata dispuesta para preparar el desayuno. Pasaron junto a estandartes y banderas que colgaban lacias en mitad del aire cada vez más caliente.

—Ésa es mi unidad —gritó el bashaw al pasar a buena velocidad al lado de uno de los estandartes.

Grammaticus volvió la cabeza para mirarlo y vio a Arachne, una chica de cabello castaño y pechos sorprendentemente grandes, si la imagen del estandarte servía de referencia, que tejía su complicada red de sino y destino.

El punto de inserción era una de las salidas del viejo sistema de alcantarillado de la ciudad, que se encontraba a unos dieciocho kilómetros al oeste del palacio. Había quedado al descubierto unos tres meses antes debido a un bombardeo, y era un punto muy bien protegido. Aparte de los centinelas geno, unos servidores artillados y automatizados lo vigilaban sin cesar día y noche. Los nurthenos protegían el otro extremo con el mismo celo, pero Grammaticus no iba a llegar hasta la otra salida del trayecto.

El bashaw le presentó al oficial del puesto, un atamán de rostro enrojecido llamado Maryno. El atamán utilizó su vara de mando para hacer que los servidores quedaran en modo anulado-pasivo, y se quedó mirando junto al bashaw cómo Grammaticus se deslizaba por la ladera destrozada del cráter hasta llegar a la boca de entrada.

La oscuridad lo envolvió, como le había ocurrido tantas otras veces en la vida.

Diez kilómetros y noventa minutos más tarde salió por un conducto de ventilación que no se encontraba muy lejos de las murallas y las torres elevadas del puerto Mon Lo.

Ya había apagado la linterna y la había metido en la mochila, junto a la chaqueta de lona y las botas del ejército, y lo había escondido todo detrás de los ladrillos sueltos de una alcantarilla.

Su viaje a través del conducto sumido en la oscuridad le había proporcionado casi todo el tiempo que necesitaba para completar su inmersión de identidad. Ya no era Konig Heniker. Era D’sal Huulta. En total, había cambiado muy pocas cosas para disfrazarse: una especie de toga de color rosa sobre el uniforme, unos zapatos de fieltro en vez de las botas militares y un pañuelo típico del desierto que se había enrollado a la perfección alrededor de la cabeza para formar el tocado habitual. Tenía la piel bronceada, aunque no tanto como la mayoría de los nurthenos. Un seguidor estricto del Pa’khel habría llevado el cabello recogido en una redecilla bajo el pañuelo de la cabeza, y se hubiera ungido el cuero cabelludo, las axilas, las ingles y la barriga con aceites aromáticos.

Grammaticus jamás llegaba a esos extremos, a pesar de que sus jefes le recomendaban que lo hiciera. Sabía que su mente era más que capaz de superar cualquier tipo de imperfección. Además. todo aquello de los aceites de ungir recordaba de forma siniestra a una ofrenda ritual al Aniquilador Primordial, algo por lo que no estaba dispuesto a pasar.

Se colocó bien el cuchillo curvo que llevaban todos los nurthenos debajo del cinturón y luego se puso el ancho tahalí del que colgaban tres saquitos: uno para fluidos, otro para sal mineral y otro con moneda local. Luego hundió las manos en el polvo de un lado del camino para ennegrecerse las uñas. Aparte del cuchillo, no llevaba más armas, a excepción, claro está, del anillo.

El sol recorría con lentitud el cielo mientras él se encontraba recorriendo el mundo subterráneo y húmedo del conducto. Sintió su calor ardiente en la cabeza y en los hombros, pero ya estaba cerca del mar, lo suficiente como para notar su frescor y su olor, Le llegaron varias ráfagas de una brisa suave procedente del puerto tras recorrer serpenteantes el tramo de desierto que los separaba. Olisqueó la humedad. Comenzó a caminar hacia las torres almenadas y las murallas esmaltadas de la ciudad portuaria.

Había más gente haciendo lo mismo. Con guerra o sin ella, la vida continuaba. Varios grupos de comerciantes y de mercaderes, algunos con manadas de animales, se dirigían hacia Mon Lo, procedentes de tierra adentro, con la esperanza de cerrar algún negocio en los mercados de la ciudad. Los trabajadores inmigrantes se dirigían a su vez hacia el puerto en busca de trabajo. A todo ello se unían los refugiados y los desplazados, que se agolpaban delante de las puertas para escapar del avance imperial. Grammaticus se unió a aquella multitud.

Mientras caminaba comenzó la letanía psíquica en su cabeza, la progresión final que lo llevaría hasta la inmersión en otro dialecto y otra base cultural.

«Soy John Grammaticus, soy John Grammaticus, soy John Grammaticus, y finjo ser Konig Heniker. Soy Konig Heniker, soy Konig Heniker y finjo ser D'sal Huulta. Soy D'sal Huulta, y finjo *lem D'sal Huulta. El-chey D'sal samman Huultalem tanay ek. El-chey D'sal samman Huultalem tanay ek...*»

—¿Quién eres? —le preguntó uno de los guerreros echvehnurth de la puerta de la ciudad cuando se acercó.

El echvehnurth tenía apoyada hasta ese momento la falce sobre su placa pectoral plateada, pero la alzó en cuanto Grammaticus se acercó. Varios de sus compañeros hicieron lo mismo. Otros se dedicaron a detener y a registrar a algunos mercaderes de agua que salían al desierto por la arcada antigua.

—Soy D'sal Huulta —le contestó Grammaticus en nurtheno demótico al mismo tiempo que saludaba al echvehnurth con el gesto de sumisión a toda la luz solar—. Soy mercader.

El echvehnurth siguió con la falce colocada por encima del hombro izquierdo, listo para golpear, y miró fijamente a Grammaticus.

—Muéstrame las palmas de las manos, la cara y tus marcas.

Grammaticus simuló que lo hacía.

No soy un peligro, y has visto todo lo que necesitabas ver para asegurarte, le envió mentalmente al mismo tiempo.

El echvehnurth le indicó con un gesto de la mano que entrara en la ciudad. Con la misma mano le hizo una señal al siguiente individuo para que se acercara.

Grammaticus no le había mostrado absolutamente nada.

Mon Lo se estaba despertando. Puesto que era una ciudad que esperaba un ataque en cualquier momento, nunca estaba realmente dormida, pero sus hábitos seguían un flujo circadiano de altos y bajos.

Las murallas exteriores estaban bien defendidas por escuadras de echvehnurth, por morteros y bombardas de hierro y por pelotones de infantería nurthadtre regular. Los habitantes permanecían reunidos en grupos desorganizados y desiguales que se formaban cerca de los grandes peldaños de las gruesas murallas de la ciudad, o de pie al lado de las plataformas de combate observando al enemigo lejano e inmóvil a través de los catalejos. El palpitar rítmico de la urbe era más fácil de captar en el interior de la ciudad. Los mercados se despertaban. Los sacerdotes de potentes pulmones declamaban las oraciones matutinas. Los vendedores de agua gritaban ofreciendo sus servicios mientras recorrían con paso tranquilo las plazas, las calles y las vías serpenteantes.

Grammaticus recorrió el mismo camino que había seguido días antes en un intento de recordar la distribución específica del lugar tal y como la había experimentado la primera vez. Los mercaderes y los ancianos con los que se cruzó le hicieron el gesto de sumisión a toda la luz solar al reconocer su estatus social.

Él les respondió con el mismo gesto.

Grammaticus quería llegar al distrito norte, una zona llamada Kurnaul, para así poder tener una buena vista de la muralla norte de la ciudad. Tuvi le agradecería sus esfuerzos. Se echó a un lado para permitir el paso de una carreta tirada por groxes. Los barrenderos limpiaban las calles con escobas hechas con ramas y con cubos de agua, aunque para retirar el estiércol empleaban palas. Cantaban mientras trabajaban.

Las murallas de superficie vidriada de la ciudad portuaria relucían a su alrededor bajo el sol matutino y mostraban con claridad los mosaicos de reptiles y de juncos. Los nurthenos no ponían nombres a las calles, tan sólo un emblema pictórico. Miró un símbolo en concreto, un gran lagarto depredador dibujado con tejas de color rojo cereza, y supo, con la certeza que le proporcionaba el entrenamiento, que no lo había visto antes. Se había equivocado al girar en alguna calle. Mon Lo era una ciudad tan extremadamente compleja, tan extremadamente intrincada, que era difícil recordar su disposición callejera específica. Era igual que la telaraña de Arachne, la Arachne de cabello castaño y grandes pechos.

Se imagino que él era la aguja con la que entretejía la red del destino.

Se detuvo un momento para reflexionar. Su brújula interna había fallado. Miró hacia el sol para comprobar dónde se encontraba el Este. Respiró con mayor lentitud y permitió que su cuerpo transpirara durante un minuto para estabilizarlo. Se orientó de nuevo. Se había pasado una calle en dirección oeste, eso era todo. El distrito de Karnaul se encontraba a su izquierda.

Sólo que no lo estaba. Se detuvo de nuevo y se negó a dejarse llevar por el

pánico.

Un vendedor de agua se le acercó y le ofreció un cucharón lleno.

—No, gracias —le respondió Grammaticus.

—Que Dios te ame de todas maneras —le respondió el aguador, antes de alejarse.

Grammaticus se estremeció. Lo que le había dicho el aguador traducido de forma literal era «Que el Aniquilador Primordial inmole tu alma».

«Qué es lo que me pasa? —se preguntó Grammaticus—. La última vez que estuve aquí fui de calle en calle sin problemas. Esta vez me estoy comportando como un aficionado. La cabeza me da vueltas. Esto... esto es estúpido.»

Cruzó otras dos calles abarrotadas mientras buscaba algún punto de localización que le resultara familiar. Le dio la sensación de que el distrito de Kurnaul estaba más lejos que nunca. Tenía la sensación de que algo estaba distrayéndolo, anulando sus habilidades.

Siguió un impulso y se llevó la mano a la bolsa de sales minerales que llevaba colgada del tahalí. Cerró los dedos alrededor de la psicosemilla que iba oculta entre los granos de sal. La semilla tenía el tamaño de un lóbulo de oreja y estaba engastada en una pieza de plata. Gahet en persona se la había entregado. Aquellas semillas procedían de un árbol alienígena que crecía en uno de los mundos bajo la esfera de influencia de la Cábala, y eran sensibles a los poderes psíquicos. Si se elevaba su temperatura o se desecaban, era una señal infalible de que se estaba produciendo algún tipo de actividad psíquica cerca.

Grammaticus bajó la mirada hasta la psicosemilla. Siempre estaba algo tibia y seca debido a que respondía a su propia actividad psíquica, pero en esos momentos, estaba muy caliente y prácticamente reseca.

Estaba en apuros. La psicosemilla le advertía a gritos de que un psíquico estaba por allí cerca, que incluso algo lo estaba siguiendo.

—¿D'sal? ¿D'sal Huulta?

Grammaticus miró hacia atrás por encima del hombro y vio a un mercader obeso que lo saludaba con el brazo. El hombre estaba conversando con un grupo de sus colegas en la escalera de una casa de cambio, pero se apresuró a despedirse de ellos. Grammaticus ocultó con rapidez la psicosemilla.

«¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama? Ya has hablado en otra ocasión con él.»

—D'sal, amigo mío —lo saludó el grueso mercader al mismo tiempo que le hacía el gesto de sumisión a toda la luz solar, gesto que acompañó de una reverencia—. Te he echado de menos en los mercados estos últimos días. ¿Qué noticias me traes del negocio con ladrillos ígneos del que hablamos en nuestra última reunión? ¿Los ha traído tu suministrador?

«H'dek. H'dek Rootun. Así se llama.»

—H'dek, mi querido amigo, lamento decirte que mi suministrador se ha

convertido en un pozo sin fondo que se traga más de lo que da —le contestó con amabilidad—. Ahora resulta que no puede traerme esos ladrillos ígneos. Te pido disculpas.

H’dek meneó una mano rechoncha en el aire.

—¡No te preocupes! Lo entiendo. En estos tiempos de dificultades y opresión, con ese asedio alienígena a las puertas, es normal que ocurran cosas como ésa. —Miró a Grammaticus con un poco más de intensidad—. ¿Tienes mi capricho, la huella genética? ¿Sí? ¡Bien, ya hablaremos de ello más adelante! Estoy impaciente por recibir a tu enviado.

—Como siempre, soy tu servidor, H'dek —murmuró Grammaticus.

Hizo el saludo de sumisión a toda la luz solar y añadió el gesto del abrazo a las lunas cuando terminó la conversación.

Recorrió la calle, sintiéndose tan intranquilo y tan perdido como antes. Luego se apresuró a entrar en una plaza abierta donde había menos gente, con la esperanza de que la libertad de espacio le permitiría aclararse las ideas e incluso quizá identificar el origen de la actividad psíquica que la semilla había detectado. Sin embargo, la claridad siguió negándose de forma obstinada a aparecer.

Grammaticus se detuvo un momento y alzó la mirada.

Se encontraba en la Pa’khel Awan Nurth, la plaza donde se hallaba el templo más importante de Mon Lo. Un friso situado por encima del tímpano del templo mostraba en una serie de bajorrelieves las cuatro propiedades del Aniquilador Primordial: la muerte, el éxtasis, la mortalidad y la mutabilidad, todas enlazadas y formando un enorme símbolo horrendo de unidad.

¿Qué tremendo error había sido el que lo había llevado hasta allí? ¿Qué torpe giro de esquina? Era el último lugar de la ciudad que hubiera querido visitar de forma voluntaria.

El símbolo del tímpano pareció palpitar y apretarle los ojos hacia el fondo de las cuencas oculares. La luz del sol destelló y zumbó. Tuvo una arcada, pero obligó al reflujo de líquido caliente a mantenerse en el interior de su cuerpo. La visita anterior no se había parecido en nada a aquello. Esta vez tenía la sensación de que la ciudad se había percatado de su presencia, de que era un intruso, y de que se había convertido en una red, lista para atraparlo. Alguien, algo, estaba jugando con él.

El vómito no se mostró dispuesto a mantenerse dentro. Se apresuró a entrar en un callejón cercano y se dobló entre las sombras para soltar el chorro de líquido ácido. Salió con la fuerza de un géiser. Apenas tuvo tiempo de echarse a un lado el pañuelo con el que se tapaba la cabeza.

Se dejó caer de rodillas, temblando y escupiendo al mismo tiempo.

Dos figuras, dos hombres que eran poco más que dos sombras, bajaron por el callejón estrecho hacia él. No corrían, pero sus pasos mostraban una intención

urgente en sus movimientos. Grammaticus se puso en pie y marchó en dirección opuesta a ellos, también sin correr, pero con la misma urgencia.

Otras tres figuras doblaron la esquina del final del largo callejón serpenteante y se encaminaron hacia él. ¿Quiénes eran? ¿De la milicia? ¿Serían echvehnurth? ¿O quizá agentes de Pa'khel Awan, los fanáticos clérigos doctrinales del templo?

El callejón tenía un par de salidas laterales a lo largo del recorrido. Grammaticus tomó la primera y echó a correr en cuanto estuvo fuera de la vista de las figuras que se le acercaban. Llegó al final: sin salida. Era un patio cerrado situado detrás de unas cuantas casas altas y de aspecto elegante. Oyó pasos a su espalda. Intentó abrir las puertas, pero todas estaban bien cerradas, a excepción de una de madera pintada, con la representación de tres reptiles verdes que se entrelazaban y formaban un entramado helicoidal. Grammaticus abrió la puerta de un empujón y se metió de cabeza en la oscuridad tranquilizadora y fresca del otro lado. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Se quedó esperando, a la escucha, y oyó unos pasos y unas voces apagadas del exterior.

Una mano gigantesca envuelta en un guantelete de acero salió de la oscuridad y lo agarró por el cuello. Le dio la vuelta y lo estrelló contra la pared sin soltarle en ningún momento la garganta.

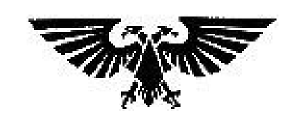
Grammatícus sintió que lo estrangulaban mientras sus piernas pataleaban en vano en el aire. La mano de acero lo aplastó contra la pared y notó que los ladrillos de terracota empezaban a clavársele en la espalda.

—Sospecho que me has estado buscando, John Grammaticus —le dijo una voz profunda que surgió de la oscuridad.

«Sabe mi nombre.»

—Es... es posible —logró contestar, jadeante, Grammaticus—. Aunque eso depende de quién seas.

—¿Mi nombre? Ya sabes mi nombre, cabrón traicionero. Me llamo Alpharius.



CUATRO

Casa de la Hidra, puerto Mon Lo, Nurth, a continuación

A Grammaticus le dio la sensación de que las arterias palpitantes llenas de sangre de la cabeza estaban a punto de estallarle. La tráquea se le había cerrado por completo.

Suéltame, ordenó mentalmente de forma desesperada.

La mano acerada lo soltó y Grammaticus se desplomó sobre el suelo de baldosas en una postura extraña. Dolorido y confuso, se obligó a pensar con rapidez. La vista se le fue acostumbrando poco a poco a la fría oscuridad azulada de la estancia.

Vio la gigantesca sombra de su atacante y el brillo rojizo del visor de un casco, pero no leyó mente alguna. Algo la estaba ocultando. A pesar de ello, su orden desesperada había atravesado la protección.

Retrocede y mantén las manos alejadas de las armas.

La sombra gigantesca dio un paso atrás.

—Haz que deje de hacer eso —gruñó la voz profunda de la sombra.

Había alguien más en la habitación, en aquel escondite que había demostrado no ser seguro en absoluto. Grammaticus vio que la segunda persona era un encapuchado, aunque en realidad no lograba verlo con sus propios ojos. La figura aparecía encapuchada en su propia mente.

Grammaticus intentó levantarse, y un chirrido líquido y penetrante, igual que un dedo húmedo al deslizarse sobre un cristal, le penetró en el neocórtex. Un dolor tremendo se extendió por todo su sistema nervioso autónomo y bajó, abrasador, por la espina dorsal. Soltó un gruñido y cayó de nuevo contra la pared.

—Es un luchador. Fuerte y bien protegido —dijo en voz alta la figura encapuchada.

—¿Es demasiado para ti? —le preguntó la sombra gigante.

—No.

—Pues mantenlo donde está.

El chirrido aumentó de potencia y Grammaticus se retorció en el suelo.

—John, tú y yo vamos a charlar —le dijo la sombra gigante, inclinándose sobre él de forma cercana y amenazante—. Quiero sacarte la verdad, o si no, simplemente te aplastaré ese cráneo lleno de poder psíquico. ¿Me has entendido?

Grammaticus se limitó a asentir. El dolor era increíble. Sintió que la sangre le salía de la nariz y le chorreaba hasta el labio superior.

—Bien. Shere va a soltarte. Eso estaría bien, ¿verdad? No quiero nada de trucos mentales una vez Shere te suelte. ¿Sigues entendiéndome?

—Sí —musitó Grammaticus, con la garganta dolorida y áspera.

—Suéltalo, Shere —ordenó el gigante.

El chirrido desapareció y con él la mayor parte del dolor. Grammaticus se dejó caer hacia adelante y apoyó las manos en el suelo al tiempo que jadeaba.

—Luces —añadió la voz profunda.

Se produjo un breve pulso de energía telequinética y varias docenas de velas situadas por toda la estancia se encendieron al mismo tiempo en una muestra aceptable de poder pirocinético. La luz de las velas era tenue y amarilla. Grammaticus pudo ver, gracias a su brillo, que estaba en un recibidor con las ventanas cerradas, un lugar típico de las casas nurthenas, con el suelo y las paredes de mosaico cubierto de barniz brillante y donde la luz de las velas rielaba, como si fuera el mar. También le mostró quiénes eran sus antagonistas: un gigante inhumano equipado con una armadura y un humano de tamaño normal vestido de negro cuya cara fue incapaz de ver a pesar de que no llevaba ninguna clase de máscara o de capucha física.

—¿Te llamas John Grammaticus? —le preguntó el gigante.

—Si usted lo dice.

—Si lo prefieres, puedo decirle a Shere que empiece de nuevo.

Grammaticus hizo un movimiento negativo con la cabeza tan bruscamente que unas cuantas gotas de sangre mancharon las baldosas que lo rodeaban.

—Sí, me llamo Grammaticus.

—Mírame —le ordenó el gigante.

Grammaticus alzó la vista. El gigante llevaba puesta una servoarmadura, parte del equipo de combate de metal y ceramita de los Astartes Imperiales. La armadura era de un intenso color púrpura con rebordes plateados. En las hombreras habían pintado los símbolos heráldicos, de color verde. El casco era del último modelo producido, con la parte frontal en forma de morro truncado. En las rendijas de los visores brillaba una luz roja tenue. A la izquierda del enorme astartes se encontraba la figura mentalmente encapuchada, diminuta en comparación.

—No, a mí —le insistió el astartes—. Mírame a mí. Deja en paz a mi psíquico. Así, mejor.

—Yo... —empezó a decir Grammaticus.

—Cállate —lo cortó el astartes, advirtiéndole con un enorme dedo índice—. Vas a decirme todo lo que quiero saber, no lo que quieres decirme.

Grammaticus asintió.

—Me has estado buscando. Por eso has estado viniendo a esta ciudad. Sabías que estaría aquí.

Grammaticus asintió de nuevo.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque fuimos nosotros quienes lo invitamos a venir —le contestó Grammaticus.

—¿Que fuisteis vosotros quienes me invitasteis a venir? ¿Y quienes sois vosotros?

—La Cábala, para la que trabajo.

El astartes se volvió para mirar a la figura encapuchada.

—Otra vez —le dijo.

El chirrido le atravesó de nuevo la cabeza y le hizo aullar de dolor.

—¿Qué es la Cábala? —inquirió el astartes.

Grammaticus gimió. Apenas podía contestar.

—Ellos... No lo sé... Son eternos y... y...

—Eso no sirve de mucho. Quizá debería pegarte un tiro y acabar.

—La Cábala... ¡La Cábala es la única esperanza! —imploró Grammaticus.

—Sigue.

—¡Por favor!

—Para un momento, Shere.

El chirrido volvió a desaparecer.

—¿De quién son la única esperanza —quiso saber el astartes.

—Mía. Suya. De la humanidad —replicó Grammaticus, con apenas un suspiro.

—¿Estás hablando del Imperio?

Grammaticus negó con la cabeza.

—Va más allá. De toda la especie humana.

—El Imperio es la especie humana —le contestó el gigante.

—No lo creerá de verdad, ¿no? Los mundos que han visto, los mundos que se han visto obligados a someter..., planetas como éste, ramas de la misma cultura humana pero desgajadas del tronco principal. La especie humana es mucho, mucho más que la tribu guerrera que ha surgido de Terra para llevar a cabo la visión del Emperador.

El astartes empuñó el bólter. Grammatícus no llegó a ver el movimiento en sí. Un momento antes, el arma estaba en el cinto del gigante, y al siguiente lo empuñaba con

la mano enguantada de metal y le apuntaba a la cabeza con ella.

—¿Estás loco? —le preguntó el gigante—. ¿Es que estás ciego? Mírame bien. Soy un guerrero astartes que ha jurado servir al Emperador y cumplir su voluntad. ¿Por qué dices algo que suena tan peligrosamente parecido a una traición?

—Pido disculpas si es a lo que suena. No pretendía ofender.

El bólter continuó apuntándole.

—Has dicho que esa Cábala tuya nos ha invitado a venir. Explícate. Grammaticus tragó saliva.

—La Cábala cree que de todas las legiones Astartes, la Legión Alfa sería la más receptiva a su mensaje.

—¿Por qué?

—Lo cierto es que no lo sé. No soy más que un intermediario. La Cábala quería que la Legión Alfa se viera involucrada en esta guerra de sometimiento, aquí, en Nurth, para que sus miembros pudieran ver las pruebas en persona.

—¿Ver qué, John?

Grammaticus se irguió un poco y miró con valentía el cañón del arma con que le apuntaba a la cara.

—Lo que está en juego. El verdadero enemigo. No los nurthenos, sino el Aniquilador Primordial que los tiene sometidos.

El astartes bajó poco a poco el arma.

—¿Te refieres a su magia de la disformidad?

—No es... —empezó a decir Grammaticus—. ¿Puedo ponerme en pie? El suelo está bastante frío.

El casco asintió. Grammaticus se puso en pie. El astartes seguía cerniéndose sobre él con toda su altura.

—No es magia. No es un simple truco. Es la manifestación visible de un poder enorme, una abominación universal e insidiosa.

—El Caos —contestó el astartes—. Si eso era lo que tus jefes querían que viéramos, la tuya ha sido una misión inútil. Ya conocemos al Caos, y lo hemos incluido en la letanía de peligros alienígenas.

Grammaticus negó con la cabeza con un gesto triste.

—Caos sólo es el nombre más simple que tiene. Así que está incluido en la letanía de peligros alienígenas, ¿no? Entonces no lo conocéis más que lo que un niño conoce su mundo. Siempre ha sido y siempre será; comparado con ello, nada, ni la humanidad, ni el Imperio, ni siquiera los grandes planes del Emperador, nada tiene importancia. Si no nos oponemos a ello, envenenará y acabará con toda la galaxia. La Cábala quería que lo vierais adecuadamente, que lo vierais con vuestros propios ojos, para que os tomarais en serio su mensaje. —Se calló un momento—. Y hacía falta que lo vierais cuanto antes.

—¿Por qué?

—Porque se avecina una gran guerra.

—¿Una guerra? ¿Contra quién?

—Contra vosotros mismos —le aclaró Grammaticus.

El gigantesco astartes se lo quedó mirando unos instantes. Grammaticus oyó el chasquido apagado del comunicador interno del casco al activarse. Estaba hablando en privado con alguien. Grammaticus esperó. Las llamas de las velas retemblaron. Un lagarto verde doméstico de pequeño tamaño correteó por el suelo de mosaicos y luego subió por una pared.

El gigante se volvió hacia Grammaticus.

—¿Cuál es el mensaje que tu Cábala quiere que nos tomemos tan en serio?

—No lo sé. Sólo me enviaron para que propusiera un diálogo.

El astartes miró al hombre de la máscara mental.

—Me reclaman. Llévatelo a la sala de estar y quédate con él. No le permitas que haga ningún tipo de truco.

El psíquico asintió.

El astartes se acercó a la puerta de madera, se agachó y la abrió para salir al exterior iluminado por el sol. Grammaticus vio justo antes de que la puerta se cerrara de nuevo que los reptiles verdes entrelazados pintados sobre la madera eran dragones, y cada uno de ellos tenía tres cabezas.

Hidras.

—Por aquí —le indicó el psíquico.

Siguió al psíquico a través de varias habitaciones de la casa. Las estancias y los pasillos mostraban la misma falta de lógica en su distribución que las calles de Mon Lo. Todas las habitaciones permanecían a oscuras y con las ventanas cerradas. Las pocas piezas de mobiliario estaban tapadas con sábanas para protegerlas del polvo. Grammaticus se dio cuenta de que era un lugar escogido por su seguridad, un piso franco. Lo habían dispuesto todo para que abriera la puerta por la que había entrado.

El psíquico encabezaba la marcha iluminado por una única vela titilante.

—¿Lo organizasteis todo para traerme hasta aquí? —le preguntó Grammaticus—. ¿Me nublarte la mente para que me perdiera y así poder dirigirme hasta esta casa?

—No lo hice yo solo —le contestó el encapuchado mental—. Eres un ser poderoso. Hemos captado a lo largo de estas últimas semanas que actuabas aquí, que nos seguías y que nos espiabas. Pensamos que había llegado el momento de preguntarte el motivo.

—No eres un astartes.

El individuo se volvió para mirarlo pero, a pesar de la luz de la vela, Gramrnaticus siguió sin ser capaz de distinguirle los rasgos del rostro.

—La Legión Alfa utiliza cualquier instrumento que le sirva para cumplir su

misión. Tengo el honor de servirles.

El psíquico llevó a Grammaticus hasta una sala de estar a oscuras donde se habían colocado diversos sillones y sillas a las que les habían retirado las sábanas. En una mesa tallada habían dejado un pichel dorado con vino nurtheno y algunas escudillas de plata labrada para beber junto a un cuenco de porcelana lleno de fruta en conserva.

El psíquico hizo un leve gesto de asentimiento y las numerosas velas distribuidas por la estancia se encendieron al mismo tiempo. La repentina luz hizo que un par de lagartos caseros corretearan hacia las sombras.

—No me gustan los lúmenes ni los globos de brillo —comentó el psíquico—. Matan a la oscuridad. Las velas la iluminan.

—¿Y la oscuridad es otro instrumento de la Legión Alfa? —preguntó Grammaticus.

Aunque no fue capaz de distinguir su rostro, supo que el psíquico estaba sonriendo.

—Nos has estado observando de un modo minucioso, ¿no es así?

—Es mi trabajo.

—Sírvete un poco de vino y come algo —le ofreció el psíquico antes de sentarse en uno de los sillones y de colocar en una mesita baja la vela que llevaba en la mano.

Grammaticus echó un poco de vino en una de las escudillas de plata. Necesitaba algo con lo que enjuagarse la boca, aunque hubiera preferido agua. Antes de tomar un sorbo de la escudilla concentró el sistema límbico para que anulara los efectos de alcohol. Luego se sentó enfrente del psíquico.

—Te llamas Shere, ¿verdad?

—Sí.

—Eres un pirocinético muy dotado. Es un poder que jamás se manifestó en mí.

Shere se encogió de hombros.

—John, trabajas con lo que tienes. Yo me siento mucho más impresionado por tu don. Habilidad logopsíquica. Es muy poco común.

—¿Puedes captar eso en mí?

—Por supuesto, pero no soy capaz de comprenderlo. ¿Se trata de cualquier lenguaje, o de un grupo concreto?

—Todavía no me he encontrado con un idioma en el que no sea capaz de expresarme.

—¿Incluidos los alienígenas?

Grammaticus sonrió.

—No son tan difíciles. Depende del órgano que utilicen para hablar. Puedo entender algunas, pero no soy capaz de responder porque carezco del órgano biológico necesario para producir los sonidos adecuados. Otros, simplemente me resultan abstrusos. Los eldars poseen en concreto un tiempo verbal con el que

siempre me equivoco.

—¿Y eres capaz de saber de dónde viene una persona simplemente por cómo habla? —le preguntó Shere al mismo tiempo que cambiaba con rapidez y habilidad del gótico bajo al sinhala.

—Buen intento —le respondió Grammaticus en un sinhala fluido—, pero tus sonidos palatales te delatan. Hablas muy bien el sinhala, pero capto vocales del farsi, y algo más. Eres uzbeco o azerbaijano.

—Uzbeco.

—Y algo más. Los diptongos alargados, eso es típico de Marte, ¿no es verdad?

—Pasé ocho años creciendo en los habitáculos de Ipluvian Maximal. Eres muy bueno. Supongo que, por tanto, eres muy bueno captando lo que es verdad y lo que es mentira.

Grammaticus asintió.

—Es muy difícil mentirme, algo que espero que menciones a tus señores cuando les informes sobre esta conversación. Soy muy bueno reconociendo la verdad, así que no estoy transmitiendo las mentiras de otros a la Legión Alfa.

Shere se echó a reír.

—Es posible que seas capaz de reconocer la verdad, John, pero no tenemos ninguna garantía de que la estés transmitiendo.

—Supongo que es una buena observación —reconoció Grammaticus antes de tomar otro sorbo de la escudilla que tenía en las manos.

—¿Cómo lograste que vinieran? Querrán saberlo.

—Hemos tardado unos diez años aproximadamente. Otros agentes como yo han estado colocando sugerencias e indicaciones. Hemos utilizado códigos y cifrados imperiales para añadir informes y mensajes en la arquitectura de datos de la cruzada, ciertos asuntos que pensamos atraerían a la Legión Alfa. Desviamos unas cuantas órdenes y anulamos unas cuantas instrucciones de mando. Nos aseguramos poco a poco de que cuando llegara el momento en que la 670ª Expedición solicitara ayuda para llevar a cabo la campaña de Nurth, sería la Legión Alfa la que respondería a la petición del comandante general Namatjira.

—Gran Terra —musitó Shere—. Es asombroso. El nivel de influencia, de acceso... La estrategia, la paciencia. ¡Increíble! ¡Qué manipulación tan sutil!

—Es el modo de actuar de la Cábala, Shere —le contestó Grammaticus—. Estrategia, influencia sutil, resultados a largo plazo. Son muy buenos en ese juego. Siempre han sido muy buenos en ello.

—También podrían haberlo pedido, sencillamente.

Grammaticus se echó a reír. Lo que hizo que la garganta le doliera.

—No es así como actúan! Además, ¿habría aceptado la Legión Alfa?

—Ni en un millón de años —reconoció Shere—. Mira, yo de ti tendría cuidado de

cómo explicarles todo esto. La Legión Alfa se enorgullece de saberlo todo. Valoran el conocimiento por encima de todas las cosas y odian la simple posibilidad de que alguien sepa más que ellos. Así es como ganan sus batallas. De hecho, lo único que odian más que eso es la posibilidad de que los manipulen.

—Lo tendré en cuenta, gracias. Ya había previsto que eso sería un obstáculo importante. —Grammaticus dejó la escudilla vacía en la mesa, al lado de la jarra—. Aunque vosotros tampoco os quedáis cortos a la hora de manipular a la gente. Hoy me habéis pillado. Desde que entré en Mon Lo os dedicasteis a desorientarme, a entorpecerme las ideas y a llevarme hasta donde queríais que acabase.

—Bueno, no tanto.

—No seas modesto. Lo has admitido hace un momento.

Shere lo miró fijamente bajo la luz de las velas. Era difícil centrar la mirada en su ausencia de rasgos faciales, pero Grammaticus se dio cuenta de que estaba alarmado.

—John, no soy modesto. Sí, te condujimos hasta aquí, pero sólo después de que te localizáramos y te identificáramos. Eso fue justo antes de que entraras en la plaza del templo por la calle del Lagarto Rojo.

—No, fue mucho antes de eso... —empezó a decir Grammaticus.

Shere se puso en pie.

—John, ¿me estás diciendo que alguien te estuvo influyendo desde el momento en que entraste en la ciudad?

—Pues...

—John, es importante! ¿Había algo controlándote desde que entraste?

Grammaticus tragó saliva. De repente tuvo la sensación de que las entrañas se le habían llenado de hielo.

—Sí.

—Mierda —murmuró Shere—. No éramos nosotros. No éramos nosotros. Te han descubierto.

—Shere, no...

—Cállate, por favor. Es posible que también nos hayan descubierto a nosotros.

Shere se acercó a la puerta de la estancia y se puso a hablar en voz baja y rápida por su microcomunicador. Grammaticus se quedó esperando, algo aturdido. Poco a poco se fue dando cuenta de la situación tan peligrosa en la que se encontraba. La Cábala y la Legión Alfa no eran las únicas fuerzas que habían estado actuando aquella mañana.

Shere se volvió hacia él en cuanto acabó de hablar.

—En marcha. Nos vamos de aquí.

—¿Qué está ocurriendo?

—Es lo que me temía. La ciudad se ha quedado en silencio. Los nurthenos te han identificado y te han utilizado como cebo para hacernos salir.

—Lo siento mucho.

—Tus disculpas no sirven de nada. Vamos.

Oyeron unas fuertes pisadas en el pasillo. La puerta se abrió y entraron tres hombres. Dos eran humanos normales, equipados con cotas de malla y turbantes. Iban armados con carabinas láser de aspecto rudimentario. El tercero, equipado del mismo modo que los otros dos. era un monstruo genético enorme que iba armado con un bólter.

—Abandonamos la casa —le dijo el gigante genético a Shere—. ¿Éste es el idiota que ha reventado nuestros planes?

El gigante se volvió hacia Grammaticus sin esperar confirmación y dio un paso hacia él.

—¡Déjele en paz, Herzog! ¡Señor! ¡Por favor! —le gritó Shere—. Es valioso. Pech me dijo que lo vigilase y lo mantuviese a salvo.

—Es una pena que este gusano no haya podido hacer lo mismo por nosotros —gruñó el gigante—. De acuerdo. Salgamos. A paso ligero.

Se colocaron a los lados de Grammaticus y lo obligaron a trotar por el pasillo. A pesar de lo atemorizado que estaba, procesó los datos que había ido recibiendo. Al parecer, el gigante genético se llamaba Herzog. Grammaticus captó los indicios de que se trataba de un astartes. Los otros dos, los humanos normales, le sugirieron que la Legión Alfa utilizaba toda clase de agentes, aunque no fueran astartes, para lograr sus objetivos, como el psíquico, Shere. ¿Qué era lo que había dicho? «La Legión Alfa utiliza cualquier instrumento que le sirva para cumplir su misión». Grammaticus se arriesgó a efectuar un rápido sondeo superficial de las mentes de los humanos normales y vio que eran soldados del Ejército Imperial, aunque había algo fuera de lo normal en las muestras biológicas que obtuvo. No se atrevió a profundizar en el sondeo.

Había algo más. Shere también había dicho «Pech me dijo que lo vigilase y lo mantuviese a salvo». Sólo podía referirse al gigante con armadura, pero el mismo gigante se había identificado como Alpharius. ¿Era otra mentira? ¿Cómo se relacionaban todos aquellos nombres?

Llegaron a la planta baja de la casa y Herzog alzó una mano para activar su microcomunicador.

Las contraventanas se abrieron. Se movieron con un estampido al estrellarse contra la pared y abrieron a su vez las ventanas, lo que dejó pasar la fuerte y caliente luz del sol al interior de la casa. Grammaticus se estremeció al notar el impulso residual del poder telequinético responsable de aquello. Tres pequeños lagartos verdes caseros entraron por el alféizar de una de ellas.

—Mierda —murmuró Herzog.

Empezaron a entrar más lagartos y pasaron por encima de los alféizares como un

chorro de agua para luego caer con leves chasquidos en el suelo. En menos de cinco segundos estaban entrando en tromba cientos de ellos, por las ventanas y por debajo de las puertas todavía cerradas, como si los estuvieran descargando por carretadas.

—¡Atrás! ¡Arriba! —ordenó Herzog.

Volvieron a subir por las escaleras. La marea de lagartos no tardó en cubrir el suelo de mosaico de la entrada y comenzó a seguirlos hacia arriba como una corriente de agua verde que desobedeciera la gravedad.

Grammaticus captó la malignidad que saturaba el aire. Era un leve rastro de calor empalagoso y de rabia, la señal inequívoca de un psíquico poderoso y enfurecido.

—Tenemos un problema —susurró.

Los demás no le hicieron caso, excepto Shere, que lo miró. Grammaticus logró ver durante un breve instante el rostro de Shere. Era la cara de un joven hermoso y asustado. Estaba tan atemorizado que había dejado caer su capucha mental.

Por las ventanas superiores también estaban entrando chorros de lagartos verdes. Las contraventanas y las ventanas del primer piso también habían sido abiertas de par en par. Las pequeñas siluetas verdosas fluían por encima de los muebles cubiertos de sábanas y se desparramaban por el suelo.

—Por los dientes del infierno —musitó uno de los agentes humanos.

—¡A la segunda planta! —ordenó Herzog—. ¡Dirigíos al puente!

La mente de Herzog quedó desprotegida por toda aquella confusión. Grammaticus se deslizó por su superficie y vio que el puente era en realidad una pasarela de ladrillo que unía aquella casa con la vecina. Todos echaron a correr. A su espalda, la marea de lagartos llenó los pasillos sin emitir ruido alguno aparte del repiqueteo de los miles de patitas pegajosas.

El grupo, encabezado por el astartes, llegó a la segunda planta. El torrente de lagartos subía por las paredes y cubría el techo como una alfombra de cuerpos escurridizos.

—¡Arkus! ¡Retrásalos! —gritó Herzog.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —se quejó uno de los agentes humanos.

—¡Hazlo! ¡Fuego de barrido!

El agente se volvió y ajustó el cañón de la carabina láser para que emitiera el rayo con la mayor anchura posible. Comenzó a disparar descargas de energía sin concentrar contra la escalera, donde quemó y achicharró la masa serpenteante de lagartos que avanzaban. Del techo y de las paredes empezó a caer una lluvia de pequeños cuerpos humeantes. El papel pintado se chamuscó. Arkus siguió disparando y acabó con cientos de figuras escurridizas. Apuntó a un lado y a otro para hacer frente a cada tentáculo del enjambre que se le echaba encima.

No fue suficiente. Jamás hubiera sido suficiente. Lo alcanzaron, y se puso a gritar y a retorcerse a medida que le subían por las piernas y le envolvían el cuerpo por

completo. Empezó a moverse de forma convulsa, cubierto de diminutas criaturas verdes de mandíbulas chasqueantes. Perdió pie y cayó por las escaleras hasta llegar a la masa principal del torrente verdoso. Su cuerpo desapareció bajo la oleada que se retorcía sobre sí misma.

Herzog no prestó atención a la horrible muerte de su agente y siguió corriendo por el pasillo. Su peso agrietó las viejas planchas de madera del suelo. Llegó a una puerta y se dispuso a abrirla de una patada.

Antes de que pudiera hacerlo, la puerta estalló hacia él convertida en una lluvia de astillas y lo derribó de espaldas. Un morro de dos metros de largo asomó por la abertura destrozada. A Shere se le escapó un chillido.

El cocodriliano era un ser enorme, el tipo de criatura que no tiene motivo alguno para encontrarse en la segunda planta de un hogar doméstico. Se lanzó hacia adelante al mismo tiempo que su cráneo gigantesco se ladeaba a izquierda y derecha mientras avanzaba. Su cuerpo, inmenso y alargado, junto con la tremenda cola, se extendían a lo largo de todo el puente hasta llegar a la casa vecina. La casa se estremeció bajo el peso de aquella masa titánica.

Herzog intentó apartarse de su camino. Shere se echó hacia atrás y resbaló al pisar uno de los cuerpos reptilianos que se escurrían bajo sus pies. Grammaticus lo agarró con una mano y lo puso en pie al mismo tiempo que, con la otra, le quitaba de la túnica unas cuantas de las pequeñas criaturas mordedoras.

El agente que quedaba disparó dos veces contra el monstruo que avanzaba. El cocodriliano alargó el cuello de escamas blancas y atrapó al agente, como lo haría con un rumiante en una poza de agua: con la enorme V de sus fauces. Desgarró al hombre de arriba abajo, y éste no dejó de chillar mientras las fauces lo sacudían como si fuera una muñeca de trapo.

Herzog, que estaba tumbado de espaldas, disparó con el bólter y le voló uno de los ojos a la criatura. El cocodriliano agitó el cuerpo de un lado a otro contra las paredes del puente y del pasillo, desconchándolas y haciendo que el edificio se estremeciera con fuerza. El cuerpo destrozado del agente salió despedido de sus fauces, que se lanzaron hacia adelante y atraparon a Herzog por la pierna. Los anillos metálicos de la armadura de malla se partieron y salieron disparados en todas direcciones al recibir la presión de aquellos dientes gigantescos.

Herzog lanzó un rugido de dolor.

Grammaticus jamás había oído gritar de dolor a un astartes, y decidió que no quería volver a oír ese sonido de nuevo. Empujó a Shere para echarlo a un lado, contra la pared moviente de lagartos, y se ajustó el anillo. Era un arma digital de los Ancestrales, un regalo personal de Gahet.

Lo activó, y un rayo azul incandescente salió disparado de la joya. La descarga de energía hizo explotar el cráneo del cocodriliano con un estallido húmedo de carne,

huesos y materia cerebral.

—¡Vamos! —les gritó Grammaticus.

Herzog extrajo la pierna de las mandíbulas destrozadas y se puso en pie. Condujo, cojeando, a Grammaticus y a Shere a través del puente. Para seguirle, tuvieron que pasar por encima del cadáver interminable del monstruo, que todavía se estremecía.

Llegaron a la escalera de la casa vecina y bajaron por ella. Herzog tenía la pierna gravemente herida y cojeaba mucho. Oyeron a su espalda el repiqueteo del avance de la marea de lagartos. Las primeras siluetas verdosas aparecieron por encima de ellos correteando por el techo. Algunas cayeron como gotas de lluvia por el hueco de las escaleras.

—¿Dónde has conseguido eso? —le preguntó Herzog a gritos.

—¿El qué? —replicó Grammaticus.

—¡Esa arma!

—¿Acaso importa ahora?

—¡Podrías haberla utilizado contra nosotros! —añadió Shere mientras bajaba las escaleras a trompicones por detrás de Grammaticus.

—Quizá el que no lo haya hecho os convenza de la seriedad de mi misión —replicó Grammaticus.

Abrieron la puerta de la casa que daba a la calle principal, salieron a la brillante luz del sol y se encontraron en mitad de una batalla. Dos guerreros astartes con servoarmaduras de color púrpura intercambiaban disparos con varias escuadras de tropas nurthadtre a través de las calles polvorientas. Grammaticus tuvo la certeza de que uno de los astartes era el gigante que un rato antes lo había interrogado. Una multitud de ciudadanos nurthenos aullantes animaban a los nurthadtre y lanzaban adoquines y otros proyectiles contra los astartes. Medía docena de agentes con cotas de malla y el rostro oculto por los turbantes apoyaban a los astartes, completamente superados en número. Los disparos láser y los proyectiles sólidos se cruzaban en la estrecha vía.

—¡Pech! —gritó Herzog.

Uno de los gigantes con armadura miró a su alrededor. «Así pues, no es Alpharius», pensó Grammaticus, a menos que «Pech» fuera un sobrenombre o un apelativo desconocido para la Cábala.

—¡Sal de aquí, Thias! —gritó el gigante—. ¡Los contendremos aquí y nos reuniremos con vosotros en cuanto podamos!

—¡Por el Emperador, Pech! —le respondió Herzog, quien se detuvo un momento para disparar con el bólter contra el enemigo—. ¡Vámonos! —ordenó a continuación, volviéndose hacia Shere y Grammaticus.

Echaron a correr de nuevo sobre los adoquines, calientes por el sol. El sonido del tiroteo que dejaron a la espalda siguió reverberando en las paredes de la calle.

—¿Adónde vamos? —preguntó Grammaticus cuando encontró el valor necesario para hacerlo.

—A cualquier lugar que sea seguro —le contestó Herzog, quien seguía cojeando mucho.

—No creo que haya ningún sitio seguro para nosotros en esta ciudad —gruñó Shere.

—No, yo tampoco —replicó Herzog, mostrándose de acuerdo—. Y eso gracias a él —añadió, mirando a Grammaticus.

—Esto no es culpa mía —insistió éste.

De repente, Grammaticus se detuvo en seco y se encogió de dolor cuando sintió una tremenda sensación angustiosa en el estómago por una actividad psíquica cercana.

Shere también la había sentido.

—¿Qué...? —empezó a decir.

El suelo por delante de ellos se abrió como si lo hubiera sacudido un tremendo terremoto. La superficie de la calle reventó hacia arriba y los trozos de adoquín llovieron como granizo.

Un enorme lagarto salió del agujero por delante de ellos y sacó el tremendo corpachón de la calle partida y de la tierra de más abajo. Los adoquines, los trozos de pavimento y los terrones de tierra le resbalaron por el pellejo a medida que emergía. La cabeza por sí sola tenía el tamaño de una cápsula de desembarco. La lengua, larga, seca y bifurcada en la punta, con el color rosado de la seda nurthena, salía y entraba de unas mandíbulas inmensas hasta la extravagancia. El pellejo del lagarto lo componían escamas de color rojo cereza. Les llegó el olor de la carne podrida entre sus fauces y sintieron la tierra temblar bajo sus pasos.

—Aquí hay dragones —musitó Grammaticus.

—¿Qué? —le preguntó Shere a gritos.

Aquí hay dragones. Ya no era una anotación de advertencia, ya no era el lema de la ignorancia de la humanidad respecto a los lugares más oscuros del universo. Los dragones existían de verdad, no eran dibujos desvaídos en mapas antiguos.

Grammaticus vio su interior, más allá del cuerpo gigantesco que lo albergaba, más allá de las escamas y de los músculos de la forma de varano que había escogido, o que le habían ordenado que tomara. Vio la furia absoluta de un corazón de demonio.

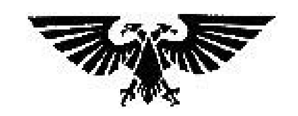
Herzog comenzó a disparar y, uno tras otro, varios proyectiles se incrustaron en la cabeza del monstruo. Del morro le salió un chorro de sangre y dos o tres dientes fueron arrancados de sus raíces. El dragón se lanzó a por ellos.

Shere gritó y descargó su poder pirocinético. La espalda y los costados del reptil quedaron envueltos por unos tremendos chorros de fuego. La inmensa bestia se

movió de un modo espasmódico de un lado a otro a medida que las llamas le quemaban las escamas. El fuego la cubrió por completo y la convirtió en un infierno derretido, demasiado brillante como para mirarlo. El cuerpo ardiente y la cola chasqueante se convulsionaron y azotaron los edificios cercanos, derribando las fachadas, que caían convertidas en torrentes de ladrillo y mortero seco.

El polvo se alzó, formando paredes sólidas y asfixiantes. Grammaticus perdió de vista a Herzog y a Shere. Echó a correr. A su espalda, los aullidos de la agonía del dragón sonaron igual que si estuviera demoliendo toda la ciudad.

Grammaticus siguió corriendo. No miró atrás.



CINCO

Puerto Mon Lo,
tres días más tarde

—¿Por qué está aullando la ciudad? —preguntó Namatjira. Nadie tenía una respuesta para esa pregunta, ni para la siguiente—. ¿Por qué esta ofensiva se ha convertido en un circo sin sentido? ¿Me puede contestar alguien? ¿Cualquiera?

Todos se removieron inquietos. Eran los oficiales de mayor rango de los regimientos del Ejército Imperial desplegados en el frente de Mon Lo. Namatjira los había convocado a una reunión en la mayor sala de reuniones del palacio de terracota, y todos se sentían intranquilos a causa de su malhumor. El comandante general Namatjira era famoso por su temperamento colérico.

También lo era por poseer una de las mejores hojas de servicio de todos los comandantes del Ejército de la Gran Cruzada: ciento tres campañas de sometimiento con éxito. Las últimas veinticuatro las había conseguido siendo comandante de la 670ª Flota Expedicionaria. Nurth iba a ser la vigésimo quinta victoria de la flota, lo que convertiría al planeta oficialmente en 6-70-25, es decir, el vigésimo quinto planeta en ser sometido por la 670ª Flota Expedicionaria.

En esos momentos, ese logro parecía estar en serio peligro.

Namatjira era un individuo de gran estatura y extremadamente atractivo, con unos rasgos propios de la estatua clásica de aspecto más noble. Su piel era tan negra que poseía una tonalidad brillante. Llevaba puesta una chaqueta-armadura de placas cromadas sobre un uniforme de color azul oscuro, y unas botas de montar negras con espuelas también cromadas. Una capa que llegaba hasta el suelo le colgaba de uno de los hombros. El soldado que estaba a su izquierda sostenía en las manos su chacó de piel con la misma reverencia que solía dedicarse a una reliquia sagrada.

El soldado era un veterano de los temidos Luciferes Negros, llamados así por sus

abrigos de terciopelo de color negro carbón y las armaduras corporales de color negro azabache. Los Luciferes, una brigada de élite de origen isquiano, tan antigua y famosa como los Jenízaros Byzantinos o los Sidthu Barat, habían quedado prácticamente aniquilados. La mayor parte de sus efectivos habían caído en los últimos años de las guerras de Unificación, y al carecer de la resistencia estructural de la Geno Chilíada, jamás se habían recuperado. Habían actuado en funciones ceremoniales a lo largo de la Gran Cruzada y habían proporcionado séquitos a los comandantes más famosos, como Namatjira.

Otros cinco luciferes se mantenían a la espalda del comandante general, con la mano en el pomo de sus sables. Uno de ellos sostenía un estandarte del que colgaban numerosos laureles y discos solares, todos estampados en oro puro, donde se enumeraban los numerosos triunfos de Namatjira. Otro tenía en la mano la correa dorada de la mascota del comandante general, un tilacino, una bestia pequeña y regia de piel de color caoba con manchas y rayas.

—¿No hay nadie? —preguntó de nuevo Namatjira.

En la estancia había casi un centenar de oficiales y de uxores, los comandantes de las unidades desplegadas en Mon Lo, unos tres cuartos de millón de soldados. Las dos docenas de uxores representaban a la Geno Cinco-Dos, y se mantenían con gesto solemne entre los diversos oficiales con uniforme de gala del Hort Zanzibari, del Torrente Sexto del Sind Creciente, las Espinas de Regnault, los Outremars y un puñado de destacamentos auxiliares y de apoyo. Nadie parecía estar muy dispuesto a darle una respuesta.

Honen Mu observó con cuidado al comandante general desde la parte posterior del grupo de oficiales. Había llegado a Mon Lo, el día anterior, a la cabeza de las fuerzas geno que habían quedado libres de misión tras la caída de Tel Utan. Llegó a tiempo de ver el desastre desmoralizador en el que se estaba convirtiendo Mon Lo, por lo que se sentía agradecida de que Namatjira no pudiera dirigir contra ella la furia que sentía. Lo que había sucedido en Mon Lo no había ocurrido durante su guardia.

Sintió lástima de Nitin Dev, el mayor general del Hort Zanzibari, un soldado magnífico según la experiencia que Mu había tenido. Dev tenía el mando de todo el sector de combate de Mon Lo.

Namatjira miró directamente a Dev.

—¿Mayor general? ¿Tiene algo que decirme?

Se produjo un silencio. El comandante general Namatjira bajaba en persona a una zona de combate en muy raras ocasiones, excepto para unirse a las celebraciones por la victoria al final de la guerra de sometimiento. Prefería dirigir las campañas desde la órbita. Que bajara a la superficie, que se arriesgara a ponerse en peligro con una visita a la línea del frente, era un detalle muy, muy revelador.

—No, mi señor. No tengo nada que decirle —respondió Dev.

—¿De verdad?

—Así es, mi señor. No puedo añadir nada a lo que ya sabe.

Honen Mu entrecerró los ojos en un gesto de admiración. El mayor general tenía unas pelotas de acero. Había visto en muchas ocasiones a otros oficiales gemir y deshacerse en excusas cuando sus superiores dudaban de su capacidad. Dev no mostraba intención alguna de escurrir el bulto. Se enfrentaba a ello cara a cara.

Namatjira se quedó mirando fijamente al mayor general. Dev se mantuvo erguido, con la espalda recta. Sus ojos, negros y de mirada brillante, se mantuvieron tan firmes como las bandas apretadas del turbante que mantenía asegurado el casco rematado en punta que llevaba en la cabeza. Dev desenvainó su sable con la mano derecha sin mostrar expresión alguna. Mantuvo la vaina en alto con la mano izquierda, y se quedó a la espera. Dev le estaba mostrando que se encontraba preparado para, con un simple gesto de asentimiento del comandante general, partir la hoja de su arma contra la vaina y simbolizar así su caída en desgracia y su destitución, con lo que renunciaría para siempre a su rango y a sus privilegios. Era una oferta muy valiente.

—Quizá otro día, mayor general Dev —le dijo Namatjira, con voz tranquila.

Dev envainó de nuevo el sable. El comandante general empezó a caminar y los oficiales allí reunidos se apresuraron a apartarse para dejarlo pasar entre ellos. Recorrió la estancia a través del grupo en dirección a la ventana que se encontraba al otro extremo de la misma. Sus luciferes lo siguieron. El tilacino trotó a su lado, delgado como un galgo corredor, con la lengua asomando entre sus largas fauces depredadoras.

—Ocho meses —dijo Namatjira mientras caminaba—. Ocho meses es el tiempo que llevamos atascados en este planeta, y a pesar de todo ese tiempo, esos cabrones siguen retrasándonos. Creí que seríamos capaces de romper el punto muerto cuando me enteré de que Tel Utan había caído. Creí que por fin estábamos a punto de conseguir la victoria y de acabar con ellos. Pero ahora me encuentro con esta tontería. Es como si hubiéramos dado un paso atrás. No, una docena de pasos atrás. Es como si acabáramos de empezar otra vez esta maldita guerra, y Terra sabe que ya nos ha costado más que suficiente. Nos ha costado sangre, nos ha costado soldados, nos ha costado tiempo. ¡No son más que unos bárbaros! ¡Esto debería haber acabado del todo a las dos semanas de empezar!

Se detuvo en seco en mitad de la estancia. Los luciferes se detuvieron con presteza y marcialidad y se quedaron a su lado, con los ojos brillantes. El tilacino dio un tirón de la correa dorada antes de sentarse. Namatjira se dio la vuelta con lentitud y paseó la mirada por los comandantes que tenía a ambos lados.

—Hace poco he tenido el privilegio de tener una comunicación con el primer primarca —les dijo con solemnidad—. ¿Sabe alguien dónde se encuentra lord Horus ahora mismo?

Nadie respondió.

—Yo se lo diré. El Gran Lupercal está luchando en una roca llamada Ullanor. Se encuentra al lado del Emperador, de nuestro glorioso Emperador, y juntos, por el futuro de la humanidad, están luchando contra los pielesverdes. Esos monstruos bestiales se han reunido en un número sin precedentes, y el Emperador se ha enfrentado sin miedo a su ataque. ¿Se lo pueden imaginar? Es posible que Ullanor acabe siendo la batalla más importante de toda la historia de nuestro nuevo Imperio. Puede que con el tiempo consideremos a Ullanor como la victoria definitiva de la cruzada, el momento en que la humanidad confirmó su supremacía en el universo, el momento en el que nuestros enemigos alienígenas se dieron media vuelta y huyeron para no volver.

Namatjira se calló un momento antes de seguir. Siguió dando lentamente vueltas sobre sí mismo, mirándolos a todos con los ojos brillantes por la pasión.

—Y en mitad de todo eso, el primer primarca encuentra el tiempo suficiente para contactar con todos los comandantes de la cruzada, comprobar sus avances y animarlos con sus esfuerzos. ¿Y qué es lo que le digo? ¿Qué le digo? Pues le digo: «Buena suerte con los pielesverdes. Nosotros estamos teniendo unos problemas terribles con un puñado de campesinos bárbaros.»

Dejó que las palabras se quedaran flotando en el aire y alzó las manos hacia el techo con los dedos extendidos.

—Allí arriba se están librando batallas inmortales en nombre de la humanidad. Las estrellas se estremecen con el poder del Emperador, y a pesar de ello, ¿esto es lo mejor que lo podemos hacer?

Empezó a caminar de nuevo y llegó hasta la ventana. La estancia se encontraba entre las más altas del palacio, lo que le proporcionaba una buena vista de la ciudad de Mon Lo.

Los oficiales y las uxores se agolparon detrás de él. No cabía duda alguna, ni siquiera desde aquella distancia: la ciudad estaba aullando.

Según las fuentes de Honen Mu, la ciudad portuaria había comenzado su aullar inquietante a primera hora de la mañana, tres días antes. En menos de media hora, las fuerzas asediantes se dieron cuenta de que estaba ocurriendo algo trascendental. Unas nubes negras, semejantes a la exhalación de vapor que se escapa de un volcán durmiente, se extendieron sobre Mon Lo. El viento tomó fuerza. Curiosamente, a pesar del viento, la capa de nubes situada sobre la ciudad disminuyó de velocidad, como si el planeta estuviese retrocediendo sobre su propia rotación inicial. Todos los recursos astrotelepáticos de la flota habían quedado cegados o habían sufrido un repentino estado de trauma. Se decía que una poderosa fuerza psíquica había nacido en Mon Lo, el último bastión de los nurthenos.

La ciudad había comenzado a emitir un alarido aullante, un grito que era audible

tanto para los soldados acampados en las afueras de la ciudad como para las mentes de los psíquicos, ya heridos, de la flota. El aullido, tanto el acústico como el psíquico, sonaba igual que los gritos de angustia de los condenados.

Las uxores y sus ayudantes habían notado una sensación especialmente incómoda, pero todos habían resultado afectados. Las comunicaciones habían perdido efectividad, y muchas de las unidades del ejército habían caído en un estado nervioso e indisciplinado. El mayor general supuso que alguna clase de calamidad estaba azotando la ciudad, por lo que ordenó efectuar un ataque de inmediato para aprovechar la situación. El ataque fue cancelado cuando una parte importante de la fuerza asediante se negó a avanzar.

Se oyeron otros rumores: de las salidas de las alcantarillas de la ciudad habían surgido auténticas plagas de lagartos y de ranas, y hasta las líneas imperiales habían llegado trozos de piel mudada de serpiente arrastrados por el viento. Los observadores avanzados insistieron en que habían visto criaturas gigantescas, unas grandes figuras reptiloides, que se movían a través de las tormentas de arena que habían estallado alrededor de las murallas de la ciudad. Las exploraciones orbitales habían revelado que la zona de los muelles de Mon Lo se había vuelto rosa de la noche a la mañana, y que la mancha rosácea se estaba extendiendo desde el puerto hacia mar abierto.

Y el aullido lastimero había seguido sonando mientras ocurría todo aquello.

Namatjira salió de la estancia principal y se retiró a sus aposentos privados. Dejó a un lucifer negro con una lista para que anunciara a las personas con las que quería hablar en persona.

—¡Atención! Mayor general Nitin Dev —empezó a enumerar el soldado, con su fuerte acento isquiano—, coronel Sinal Manesh, coronel Iday Pria, princeps Amon Jeveth, uxor Rukhsana Saiid, uxor Honen Mu.

Honen Mu se quedó helada.

—¿Qué?

—¿Sabes de qué va todo esto? —le preguntó Honen Mu a Rukhsana mientras cruzaban con paso apresurado la estancia en dirección a los aposentos privados del comandante general. No se conocían demasiado bien entre ellas, ya que habían servido en frentes distintos a lo largo de su carrera. Honen era mucho más joven y baja que Rukhsana, quien poseía unas largas piernas. Pero Honen tenía un mayor poder perceptivo que la uxor veterana, y despreciaba un tanto a Rukhsana, aunque no era su intención. Su compañera se encontraba ya en sus últimos días de mando y su poder perceptivo había desaparecido en buena parte. Rukhsana representaba para Honen Mu la fragilidad inevitable que esperaba a todas las uxores.

—No tengo ni idea, Mu —le contestó Rukhsana.

—Esto es un desastre, ¿no? —insistió Honen Mu al mismo tiempo que alargaba la zancada para mantener el paso de Rukhsana.

—Sí, sí que es un desastre. He oído que has logrado todo un éxito en Tel Utan, ¿verdad?

Honen Mu se encogió de hombros.

—Tuve suerte.

—Define «suerte», hermana.

Mu miró a su hermana a la cara. Los fuertes rasgos de Rukhsana estaban casi tapados por completo por su larga cabellera rubia.

—Me temo que se trata de algo confidencial.

Habían dejado a sus respectivos séquitos de ayudantes a la espera en una antesala lejana. Un lucifer de aspecto ceñudo les abrió la puerta situada al final del largo pasillo y les permitió el paso a la estancia del comandante general. Namatjira estaba sentado en un sofá bajo, con placas de datos y rollos de informes esparcidos a su alrededor. El tilacino se encontraba a sus pies, y Namatjira le rascaba el cuello y la nuca con fuerza. El animal tenía la cabeza echada hacia atrás y ronroneaba de placer. El mayor general Dev se mantenía en la parte posterior de la estancia, como un alumno castigado. Los luciferes negros vigilaban el lugar desde sus puestos, pegados a las paredes.

El princeps Amon Jeveth se marchaba justo cuando las uxores entraban. Regresaba a su legión de titanes con un feroz gesto iracundo en el rostro. Los coroneles Manesh y Pria se mantenían en posición de firmes mientras soportaban la reprimenda de Namatjira.

—No es suficiente —les decía Namatjira en ese preciso momento—. No es suficiente, señores. Sus fuerzas se acobardaron y se negaron a obedecer una orden directa. ¡Quiero un poco de disciplina en mi ejército!

—Sí, señor —murmuraron ambos.

—¡Una disciplina en condiciones! ¿Me oyen bien? ¿Me oyen bien? Quiero que esta campaña tenga un final rápido y brutal, y cuando llegue ese final, quiero a sus soldados listos para matar, y sin dudarlo ni un momento. Cuando diga que avancen, ¡avanzarán! No estoy dispuesto a que me fallen, como lo hicieron con Dev.

—Sí, señor.

—Quítense de mi vista.

Los oficiales se apresuraron a marcharse. El tilacino abrió sus enormes fauces de par en par y bostezó con languidez. Namatjira leyó con atención la placa de datos que uno de los luciferes le había entregado y luego levantó la vista.

—Uxores —las saludó con una sonrisa—. Acérquense, por favor.

Avanzaron juntas, hombro con hombro.

—Lo primero es conseguir que me haga una imagen completa de esta situación

—dijo Namatjira—. Rukhsana, me han dicho que usted es la responsable del reconocimiento y la exploración en Mon Lo.

—Ésa es mi misión señor.

—¿Dispone de agentes desplegados en la zona?

—Así es, comandante general. La mayoría son observadores y vigías avanzados.

Namatjira consultó la placa de datos.

—Pero disponía de al menos un oficial de inteligencia infiltrado en Mon Lo la mañana que comenzó todo este alboroto —apuntó al mismo tiempo que señalaba con un gesto vago hacia la ventana.

Rukhsana frunció los labios y bajó la mirada.

—Sí, señor. Así era. Konig Heniker.

—¿Heniker? Sí, lo conozco. Es un individuo fiable. ¿Qué le ocurrió?

—Ya había entrado en secreto una vez en la ciudad, y luego me informó, señor. Los detalles que proporcionó fueron de gran calidad. Se infiltró de nuevo esa mañana, muy temprano, con la intención de recabar información sobre Kurnaul y el sector norte de la muralla. No regresó.

—Ah, ya veo. —El comandante general dejó escapar un suspiro—. Gracias, uxor Rukhsana.

Honen Mu se puso tensa. La conexión perceptiva entre las uxores no solía ser muy fuerte, sobre todo entre una veterana en declive y una joven en alza, pero Honen Mu lo sintió de todos modos: una humedad pegajosa en la mente de Rukhsana. Estaba mintiendo o, en todo caso, ocultando alguna verdad.

Miró a Rukhsana, pero ésta no le devolvió la mirada y se dispuso a dar media vuelta para marcharse.

—Puede quedarse, uxor Rukhsana —le dijo Namatjira—. De todas maneras, no tardará en enterarse de lo que voy a decir. —Miró a Mu—. Uxor Honen, le felicito. Por supuesto, usted sabe algo que los demás no saben. Dígaselo, porque está a punto de convertirse en algo de conocimiento público.

Honen Mu carraspeó para aclararse la garganta.

—Tomamos Tel Utan gracias a la ayuda secreta de los astartes de la Legión Alfa.

El mayor general Dev se quedó con la boca abierta. Rukhsana parpadeó, sorprendida.

—Así es. Los astartes han enviado parte de sus fuerzas para ayudarnos —les confirmó Namatjira—. Y justo a tiempo. Lord Alpharius ha mandado varias unidades para ayudarnos a vencer en esta lucha. Nos reuniremos con ellos mañana, cara a cara.

El comandante general se puso en pie y las miró fijamente.

—Lord Alpharius me ha confiado en sus mensajes que el primer primarca en persona urgió a la Legión Alfa para que acudiera en nuestra ayuda. Y aún más: ha admitido que existe algo en Nurth que desafía cualquier método de ataque

convencional, y me ha asegurado que posee técnicas especiales que contrarrestarán la hechicería de los nurthenos. Al parecer, esas técnicas funcionaron en Tel Utan, algo que puede testificar la uxor Honen. Esperemos que funcionen también aquí. —Namatjira se volvió hacia el mayor general—. Así que no pasa nada, Dev. Los astartes vienen a rescatar su reputación —le dijo, sonriente.

—Gracias, señor, pero yo mismo me ocuparé de mi reputación —le contestó Dev.

—Bien dicho. Mu, es la única persona entre nosotros que ha tenido un trato directo con esa legión. ¿Qué opinión tiene de ellos?

—Creo que son tremendamente efectivos, señor —contestó Honen—. Después de todo, son astartes.

Namatjira asintió, pero no parecía muy convencido.

—No puedo evitar desear que hubiese sido otra legión la que hubiera acudido en nuestra ayuda —comentó—. Una de las primeras, de las iniciales. Lord Alpharius y sus guerreros son recién llegados en comparación con ellas. Apenas tienen unas pocas décadas de experiencia. Lo sé, lo sé, son astartes, y nuestro amado Emperador no habría fundado una legión sin tener una confianza absoluta en sus posibilidades, pero a pesar de eso...

—¿Qué es lo que le preocupa en concreto, señor? —le preguntó Honen.

Namatjira frunció el entrecejo.

—No son como las demás legiones. No luchan como las demás legiones. Libran las guerras de un modo muy insidioso. Guilliman me ha comentado en más de una ocasión que considera sus métodos poco claros y respetables. Son taimados y engañosos, e innecesariamente reservados.

—Quizá ése sea el motivo por el que lord Horus los considera ideales para esta guerra endemoniada —apuntó Dev.

Namatjira asintió.

—Quizá. Lo único que sé es que ya estaban actuando aquí, a escondidas, antes de que yo supiera nada al respecto. Que alguien me nombre un solo comandante general que estuviera encantado de descubrir que hay otros librando los combates por él, sin invitación alguna, sin consulta alguna, sin consentimiento alguno.

—Sin duda, es una falta de respeto que se hayan involucrado sin comunicárselo, señor —confirmó Dev.

—¡A la mierda el respeto! —estalló Namatjira—. ¿Qué hay de la estrategia? ¿Cómo puedo dirigir en condiciones una guerra si no sé en qué anda metida una parte de mis fuerzas? La posibilidad de un error y de un fallo catastrófico es inaceptable. Todo indica una manipulación, y eso es típico de la Legión Alfa. No me gusta que me manejen.

Se sentó de nuevo y se quedó mirando con gesto pensativo a su mascota.

—Hace que me pregunte sobre este último desastre. Espero que sea una

coincidencia que en el mismo momento que la Legión Alfa se entromete en mis asuntos todo se vaya al infierno a la velocidad de un aerodeslizador.

Había muchos asuntos que preparar todavía. El comandante general les indicó que se retiraran, y el mayor general salió acompañado por las dos uxores.

—Dinas —llamó Namatjira cuando las puertas se cerraron de nuevo.

Uno de los luciferes negros se apresuró a acercarse. Los luciferes no caminaban, se deslizaban con agilidad por el suelo, de forma tan silenciosa y fluida como los gatos. El tilacino se puso en pie y se apartó del camino del lucifer como si reconociera la presencia de un macho alfa.

—¿La uxor Rukhsana? —preguntó el individuo.

Namatjira sonrió.

—¿Tú también lo has notado?

Dinas Chayne parecía idéntico a los demás luciferes negros presentes en la estancia. La brigada no era partidaria de grandes demostraciones de rango o de indicadores de jerarquía. Tan sólo un experto en los regimientos de la última época de la Era de los Conflictos habría sido capaz de reconocer el trío de estampados en relieve de la hombrera metálica izquierda, que lo identificaban como un capitán bajolur.

—Su lenguaje corporal lo mostraba de un modo muy obvio, señor —respondió Chayne—. La inclinación de la cabeza, la posición de sus pies.

—¿Está ocultando algo?

—Sin duda alguna.

Namatjira asintió.

—Sí, a mí también me lo pareció. Ponla bajo vigilancia. Dinas, es un momento muy deprimente. Tenemos que andar vigilando a nuestras propias sombras.

—Existen sombras en nuestras sombras, señor —contestó Chayne, citando un viejo refrán isquiano—. Esta guerra se ha convertido en un asunto lleno de engaños y maniobras por la espalda. Manipulamos y somos manipulados.

El comandante general negó con la cabeza con un gesto triste.

—Eso último es lo que procuro evitar. Ponla bajo vigilancia.

—¿Uxor?

Rukhsana se detuvo de repente y miró hacia atrás. El pasillo del palacio estaba abarrotado de tropas y de sirvientes cargados con bandejas llenas de comida. Un servidor se encargaba de encender las lámparas nocturnas. Honen Mu estaba detrás de ella, a pocos pasos, y la miraba fijamente.

—¿Querías algo más, Mu?

—Siento que hayas perdido a tu agente —le dijo Mu.

—Yo también.

—¿Va... va todo bien?

—¿A qué te refieres?

La joven se encogió de hombros.

—No te conozco, uxor, pero soy tu amiga. Sentí tu tensión allí dentro.

Rukhsana se echó el cabello largo y lacio hacia atrás y se colocó los mechones de la frente detrás de las orejas.

—Nos llamaron para hablar con un comandante general enfurecido. Creo que sentir tensión era inevitable.

Mu asintió.

—¿Me estás acusando de algo? —preguntó Rukhsana, de golpe.

—Por supuesto que no. Tan sólo te ofrecía mi apoyo, de uxor a uxor. Si ese apoyo fuera necesario, claro.

—No lo es, pero gracias.

Se hicieron un gesto de asentimiento mutuo.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Honen Mu se quedó quieta y observando como Rukhsana se alejaba hasta quedar perdida entre la multitud. Luego se dio media vuelta y se puso a buscar a sus ayudantes.

Éstas se pusieron en pie con impaciencia, como pajaritos hambrientos, en cuanto entró en la antesala. Todas empezaron a hablar y a preguntar al mismo tiempo.

—¡Silencio! —les ordenó Mu.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Nefferti.

—¿Qué es lo que ha dicho el comandante general? —preguntó Jhani.

—¡Silencio! —repitió Mu, y esta vez utilizó su poder.

Todas se quedaron calladas.

—Tiphaine.

La mayor de sus ayudantes la miró con ojos emocionados.

—¿Sí, uxor?

—Busca a Boone y tráelo.

—¿A Boone? ¿De verdad, uxor?

—¡Tú ve y hazlo, muchacha! —le espetó Mu.

Tiphaine se apresuró a marcharse y cerró la puerta de la antesala al salir. Las demás ayudantes comenzaron a hablar entre murmullos.

«No pienso permitir que la Chilíada caiga en desgracia», pensó Mu. No estaba dispuesta. Si existía un cáncer entre sus filas, lo extirparía antes de que fuera visible. La Geno Chilíada, el fiable Viejo Centenar, limpiaría su propia casa. No dejaría que otros se encargaran de purificar una posible contaminación.

—¿Uxor? —la llamó Jhani.

—¿Qué?

—Hay un atamán que espera para que lo recibáis en audiencia. Lleva esperando tres horas.

—¿Un atamán? ¿Qué atamán?

—Soneka, de la Compañía de los Bailarines.

Mu entró en la habitación adyacente, donde sus ayudantes habían dejado esperando a Soneka. Las antorchas llameaban en los soportes de las paredes. En unos cuantos cuencos ardían suavemente unos montoncitos de mirra. Habían abierto las contraventanas, por lo que el aire nocturno, fresco y limpio, entraba a raudales. Mu vio a través del hueco de la ventana la silueta lejana de Mon Lo, reluciente en la oscuridad. El eco apagado del aullido le llegaba con el viento.

—Peto.

El atamán se levantó del sofá en el que estaba sentado. Se había aseado un poco, pero era evidente que estaba muy delgado y sin afeitar. Tenía las ropas rasgadas y desgastadas, y le habían proporcionado una chaqueta de lona que no pertenecía a uniforme alguno.

—Uxor —le respondió él, con un gesto de asentimiento.

Ella se le acercó directamente y lo abrazó. Su pequeños brazos apenas fueron capaces de rodearlo.

—¡Pensé que habías muerto! —exclamó contra su pecho.

—Yo también —admitió Soneka.

Ella retrocedió para mirarlo bien.

—¡Me dijeron que Tel Khat fue una matanza! Un ataque sorpresa... Dijeron que nadie había sobrevivido a la emboscada nurthena.

—Prácticamente nadie lo hizo. Tuve suerte. Me abrí paso con Lon, Shah y una docena más de soldados. Fue un día terrible. Nos... —Soneka se calló un momento—. Estuvimos a punto de morir a cada paso que dábamos. Huimos a las colinas que se alzan detrás de Tel Khat y nos escondimos en los estanques subterráneos durante un día y una noche. Nos atrevimos a salir cuando todo quedó en silencio. Los nurthenos ya se habían marchado. Todos los que encontramos de los nuestros estaban muertos, así que recorrimos el desierto y llegamos a PG668. Allí nos proporcionaron un transporte.

Mu se sentó en uno de los sofás y utilizó su poder.

Nefferti entró de inmediato.

—Trae comida y vino ahora mismo —le ordenó.

Nefferti salió corriendo para cumplir la orden de la uxor.

—Ya me han traído vino y comida, Honen —le dijo Soneka, mientras se sentaba en el sofá situado frente a ella.

—Tienes que estar muerto de hambre. Necesitarás más. ¿Dices que Lon y Shah

también lograron salvarse?

Soneka asintió.

—Los dos, y otros ocho soldados. Perdimos a Attix, a Gahz y a todos los demás bashaws. Fue una matanza.

Se pasó la mano que le quedaba por la boca. Una débil sonrisa apareció tras su paso, igual que en el truco de un ilusionista.

—Uxor, me temo que los Bailarines han danzado su último baile.

Honen agachó la cabeza.

—Al menos tú estás vivo.

—Sí, al menos eso. —Soneka inspiró profundamente y la miró fijamente—. ¿Qué ocurrió con el cuerpo, Honen? —le preguntó en voz baja.

—¿Con qué?

—Con el cuerpo.

Ella dudó un momento.

—No sé a qué te refieres, Peto.

Él la miró con el entrecejo fruncido.

—Sí, sí que lo sabes. Eso que te comunicó Bronzi sobre el PG345.

—¿Qué me comunicó? ¿Cuándo fue eso?

Soneka entrecerró los ojos.

—Hace una semana más o menos, el día anterior a la matanza. Bronzi estuvo hablando contigo mediante mensajes encriptados durante un buen rato.

Honen Mu le devolvió la mirada, pero cargada de cautela.

—Peto, te juro por la vida del Emperador que no tengo ni idea de lo que me estás hablando. No he recibido ningún mensaje de Hurtado.

La uxor miró al atamán como si éste hubiera perdido un poco la cabeza.

Peto Soneka tuvo una extraña sensación, como si el mundo se lo estuviera tragando poco a poco. Los cinco días anteriores habían sido prácticamente un infierno, pero lo había soportado todo concentrado en un pensamiento: lo último que le había dicho Bronzi.

«Eres mi as en la manga.»

—¿Dónde está Bronzi? —le preguntó Soneka.

—Escucha, Peto, por lo que parece, ha habido un desafortunado problema con los canales de comunicación. ¿Por qué no me lo cuentas todo desde el principio?

«No ha habido problema alguno —pensó Soneka—. Hablamos contigo. Oí tu voz por el comunicador. Tú eras la única que lo sabía. Y al día siguiente, Tel Khat fue arrasado. Mierda, tú eres parte del plan.»

La puerta de la estancia se abrió detrás de Mu.

—¿Uxor? ¿Me has llamado?

Mu se dio la vuelta. Franco Boone entró en la habitación. Caminó hacia Mu con

una sonrisa en los labios y luego parpadeó, sorprendido, al reconocer a Soneka.

—¿Atamán? ¡Por la gracia de los dioses, creía que había muerto!

—Por lo que parece, no es así —respondió Soneka, obligándose a sonreír.

¿Franco Boone, el latigeno? ¿Qué demonios hacía allí? A menos... que él también estuviera implicado.

—Estábamos hablando de eso —le contestó Mu—. Peto me estaba contando cómo había conseguido sobrevivir al ataque sorpresa.

—Me gustaría oírlo en persona —comentó Boone, con una sonrisa—. Seguro que es interesante. ¿Qué pasó, Soneka? Me han contado que fue algo muy sangriento.

Se sentó en el sofá que estaba al lado de la uxor y miró con impaciencia a Soneka. Boone era un individuo de constitución fornida, con una nariz semejante a una hoja de hacha y una pequeña perilla negra en la barbilla. Era un geno creado en uno de los tanques de incubación, pero su coeficiente intelectual, anormalmente elevado, y un aspecto regresivo que aparecía de forma ocasional en la reserva genética de la Chilíada lo habían cualificado para la función de latigeno. Los latigenos eran los reguladores estrictos del comportamiento de la Chilíada, y tenían la misión especial de mantener los niveles de conducta y de moral y de aplicar la disciplina y los castigos. Boone habría sido considerado en otra época un oficial político.

Peto Soneka decidió que había llegado el momento de callarse.

—Fue algo sangriento, sí, pero llevo demasiado tiempo en el desierto y me temo que la falta de comida ha confundido mis pensamientos, y eso sin mencionar el vino con el que las ayudantes de la uxor me han estado obsequiando. Tendrán que perdonarme, pero estoy agotado. Contaré lo ocurrido en otro momento.

—Peto, ¿qué hay de ese otro asunto? —le preguntó Mu—. Algo sobre Bronzi y un cuerpo.

Soneka hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Lo siento. Creo que he delirado un poco. Me pasa a menudo. Pregúntele a Lon. Hablo de sueños como si fueran reales. Es la fatiga. Discúlpeme, uxor, pero necesito dormir. —Se puso en pie—. Encontraré un alojamiento y descansaré hasta quitarme de encima la fatiga. Mañana es más probable que diga cosas con sentido.

—Peto, ¿seguro que estás bien?

—Que descanse, uxor —dijo antes de cerrar la puerta al salir.

Soneka se alejó por el pasillo. Estaba completamente despierto. Su mundo se deshacía a partir de un punto que él siempre había considerado inamovible.

Se dio cuenta de que, en esos momentos, no había nadie en quien pudiera confiar.

—¿A alguien le importaría explicarme este momento tan curioso? —preguntó Boone después de que Soneka se hubiera marchado. Luego se sirvió una copa de vino de la bandeja que Nefferti acababa de llevar.

—No estoy segura de poder hacerlo —le respondió Mu—. Creo que Soneka está

demasiado cansado. Me dijo algo sobre Bronzi.

Boone sonrió.

—Y sobre un cuerpo, si no he oído mal.

—Lo sé. No tiene sentido. El pobre debe de estar destrozado.

—Entonces, Soneka no es el motivo por el que me has hecho llamar —inquirió Boone antes de darle un sorbo a la copa.

—En absoluto.

—Entonces ¿por qué estoy aquí, exactamente?

Mu le contó su encuentro con la uxor Rukhsana.

—Estaba ocultando algo con sus poderes —finalizó Mu—. Algo que no quería que el comandante general supiera. Si existe la traición dentro de la Chilíada, debemos ser nosotros quienes acabemos con ella, por el honor del regimiento. No debe ser un asunto para extraños.

Boone asintió.

—No pareces sorprendido, Franco.

—Alguien ha estado jugando con nosotros desde que llegamos a este maldito planeta —dijo Boone—. Todos los latigenos somos conscientes de ello. La insurgencia. El enemigo está intentando destrozarnos desde dentro mediante subterfugios y astucia. Un subterfugio es como un iceberg. El verdadero peligro se encuentra oculto. Déjame investigarlo. Descubriré qué es lo que está ocultando la uxor Rukhsana.

Rukhsana entró en sus aposentos y cerró la puerta con el seguro en cuanto la atravesó. Se dirigió a su dormitorio y se quedó inmóvil.

John Grammaticus bajó poco a poco la pistola láser con la que la estaba apuntando.

—¡Por Terra! —murmuró ella.

—Lo siento.

—Estoy jugándomela por ti al tenerte aquí, Kon.

—Lo sé. ¿Se lo has dicho a alguien?

Ella torció el gesto.

—Claro que no.

—¿Nadie sabe que estoy aquí?

—¡No!

Grammaticus asintió y se sentó en el extremo de la cama, con la pistola en el regazo.

—Lo siento, Rukhsana —repitió.

Lo había dicho muchas veces desde que se había colado de nuevo en sus aposentos, dos noches atrás. El hombre que ella conocía con el nombre de Konig Heniker estaba sucio y desastrado, y claramente afectado por una experiencia de la

que ni siquiera quería hablar. Le había dicho que la situación se había complicado en Mon Lo y que había tenido que marcharse con rapidez. No había estado dispuesto a añadir mucho más, excepto para decir que su tapadera había sido descubierta y que no sabía en quién más podía confiar, aparte de ella.

—Creo que me he mostrado bastante paciente, Kon.

Grammaticus levantó la cabeza para mirarla.

—Así es. Sin discusión alguna.

Rukhsana se encogió de hombros.

—Cada vez me da más la impresión de que esto es algo que no debería estar haciendo. Esconderte aquí, negar que sé algo de ti... Me suena a traición.

—Supongo que puede parecerlo.

Grammaticus sabía que estaba pidiéndole mucho, y también era consciente, algo que lo incomodaba, de que era su aliada tan sólo por la relación de intimidad que compartían. Rukhsana estaba arriesgando toda su carrera. Se arriesgaba a ser ejecutada. Él jamás había querido que ella se involucrara en todo aquel asunto. La relación entre ellos había crecido hasta convertirse en algo más que una simple atracción. No la había cortejado para utilizarla.

«Pero ahora estás más que dispuesto a hacerlo, ¿verdad?», pensó, y se despreció por su propia debilidad.

Prácticamente todos sus instintos le advertían a gritos que se marchara, que abandonara Nurth y que se perdiera, que atravesara toda la flota pasando de una identidad falsa a otra, el mismo método que había utilizado para infiltrarse. Sin embargo, eso significaría abandonar la misión, algo que no podía hacer, ya que sabía lo vital que era. Le quedaba una oportunidad. Estaba situado en el lugar ideal, a pesar de los contratiempos, para lograr su objetivo. Con un poco de tiempo, la clase de tiempo que podía conseguir gracias a una uxor comprensiva, podría utilizar a sus contactos y poner en marcha los planes de la Cábala. Para ello haría falta realizar unos cuantos sacrificios. Grammaticus quería asegurarse de que Rukhsana no era uno de ellos. Se lo debía.

Lo que significaba que tenía tres opciones: abortar la misión y marcharse, utilizarla de un modo cruel, o decirle la verdad.

—No podré esconderte mucho tiempo más, Kon.

—Lo sé.

—¿Por qué no acudes al comandante general?

—No puedo.

—¿Cuándo vas a contarme de qué va todo esto? —quiso saber Rukhsana.

Grammaticus se puso en pie, se la quedó mirando y pensó cuidadosamente en todas sus opciones.



SEIS

Puerto Mon Lo, Nurth, al día siguiente

El cielo mostraba un color zafiro y la polvorienta tierra una tonalidad canela. Las fuerzas del Ejército Imperial de la Expedición formaron un pasillo bajo el sol alienígena. A un lado se encontraba la Geno Chilíada y el Hort Zanzibari; al otro, los Outremars, el Torrente Sexto y los Espinas. Las filas de guerreros con armadura se mantenían en posición de firmes, con noventa soldados de fondo. Los estandartes y las banderas ondeaban bajo el viento cambiante. Los carros de combate y los aerodeslizadores elevaron los cañones en un saludo silencioso. Las sirenas aullaron en la luz matutina. Los atabales resonaron de forma incesante. Los titanes de Amon Jeveth formaban un trasfondo gigantesco recortado contra el asfixiante sol nurtheno.

Las nubes bajas que cubrían el cielo giraron sobre sí mismas. El viento sonó con un siseo casi reptiliano, y el sonido de los tambores prácticamente ahogaba el aullido procedente de la ciudad situada a diez kilómetros de allí.

Namatjira llevaba puesta una armadura de placas dorada, con un abanico de plumas de avestruz enmarcándole la cabeza. Sus esclavos sostenían a su espalda una capa de diez metros de largo semejante a la cola de un pavo real. Sus maquilladores le habían pintado el rostro con trazos delicados de oro líquido, que se había secado para formar una máscara de espesor mínimo. Portaba en una mano una maza mughal plateada cuyas numerosas joyas reflejaban la luz del sol, y una saintie ritual dorada en la otra. El torso de la armadura había sido modificado para acoplarle dos pares más de extremidades cibernéticas, que estaban extendidas y empuñaban dos sables y dos dagas. Con los seis brazos extendidos, Namatjira se asemejaba a la diosa de la muerte de la mitología de la antigua Sind.

Los luciferes negros lo rodeaban con las espadas desenvainadas; habían adoptado

posturas rituales defensivas y estáticas. El tilacino se mantenía a los pies de Namatjira y se dedicaba a lamerse el lomo. Era un tigre marsupial de Taprobane, una de las muchas especies perdidas que se habían recuperado gracias a la ingeniería genética a partir de ADN recuperado durante la Era de la Unificación. La mascota de Namatjira se llamaba Serendip. Echó un vistazo a su alrededor a través del calor del día con los ojos entornados y faltos de interés.

El mayor general Dev se encontraba a la derecha de Namatjira. Iba equipado con una armadura de combate de bronce. El turbante, que le cubría a medias el casco plateado rematado en punta, era de color carmesí. Iba armado con una maza gurz y una espada de mango largo. A su lado estaba lord Wilde, del Torrente, cuyo equipo de combate de platino estaba cubierto de rubíes y esmeraldas. Los ojos cibernéticos de lord Wilde aparecían como unas rendijas verdes relucientes situadas en la parte superior de su máscara facial de cerámica blanca. Llevaba en persona el estandarte del Torrente, con un mástil dorado de cuatro metros de alto rematado por un pendón de rombos y el emblema dorado del Pontus Euxinus. El tercero de la fila era el general Karsh, de las Espinas de Regnault, con la armadura ritual cromada tan recubierta de pinchos y de garfios recurvados que más parecía un ejemplo de trampa sanguinaria que de un guerrero.

A la izquierda de Namatjira estaba el jedive Ismail Sherard, de los Outremars, un enano congénito vestido con una túnica de color gris grafito y una diadema de titanio. Su estatura no concordaba con su capacidad de influencia en el Ejército y en las altas jerarquías de Terra. Aunque los Outremars tan sólo habían proporcionado un contingente de cinco mil soldados de infantería a la expedición de Namatjira, muchos menos que el Torrente, la Chilíada o los Espinas, formaban la espina dorsal del Ejército Imperial, y constituían casi el siete por ciento del total de soldados del mismo.

Las tropas de Outremars servían en casi todas las expediciones y destacamentos militares, y sus jedives, todos enanos de la misma dinastía consanguínea de Sherard, eran famosos por su capacidad táctica y por su disciplina. El gran jedive, el tío-abuelo de Sherard, era uno de los principales consejeros y confidentes del propio Emperador. El jedive Sherard estaba de pie sobre un pequeño disco gravitatorio que flotaba a medio metro por encima de la arena. Dos esclavos eunucos sostenían a su espalda la cola de su túnica gris, con el borde cortado con la misma forma que el ala de un murciélago y cada uno de ellos tiraba con fuerza de un extremo para que diera la impresión de que Sherard estaba extendiendo unas grandes alas y se disponía a ascender por el cielo.

A su lado se encontraba Sri Vedt, quien tenía el rango de uxor primus de las unidades de la Geno Cinco-Dos asignadas a aquella expedición. Llevaba puesta una túnica con capucha de color rojo, e iba escoltada por trece de sus uxores más

veteranas, incluidas Honen Mu y Rukhsana Saiid.

Cuarenta servidores de metal bruñido mantenían en vertical largos mástiles que sostenían las telas blancas que ondeaban sobre los comandantes de la expedición y los protegían del sol achicharrador.

Una nave transatmosférica bajó por el cielo, pasó rugiente por encima de la multitud allí reunida y se posó con un aullido de los retrocohetes en un extremo del largo pasillo de tropas. Los tambores dejaron de tocar. Las sirenas dejaron de aullar. Se produjo un silencio sepulcral roto tan sólo por el chasquido de la tela de los palios que protegían a los comandantes y por el lejano grito de Mon Lo.

Una figura salió de la aeronave y comenzó a recorrer el pasillo formado en dirección a los comandantes que la estaban esperando.

Namatjira hizo un gesto de asentimiento y la enorme hueste de guerreros se arrodilló al unísono. Las banderas, los pendones y los estandartes se inclinaron hacia adelante en señal de respeto.

La figura solitaria se fue acercando poco a poco. Avanzó con paso firme sobre la arena del desierto mientras inclinaba la cabeza a un lado y a otro para demostrar su respeto a los soldados allí presentes.

Iba equipada con una servoarmadura púrpura con los rebordes plateados, y era un tercio más alto que el más alto de todos los guerreros geno allí reunidos.

Se oyó un murmullo de emoción. El astartes tardó casi ocho minutos en recorrer todo el pasillo que lo llevaba hasta Namatjira. Durante esa eternidad, lo único que se movió fueron los estandartes sacudidos por el viento, las nubes con su lento avanzar y el propio astartes.

El guerrero se detuvo a diez metros de Namatjira y sus comandantes. Se quitó el guantelete izquierdo con gesto lento y deliberado y lo caer en la arena caliente. Luego abrió los cierres del casco, se lo quitó y lo dejó caer también. La cabeza rapada que quedó al descubierto mostraba unos rasgos nobles, con un gesto poderoso y una piel cobriza. Los ojos eran tan brillantes como el cielo de color zafiro.

Desenvainó el gladio con la mano derecha y pasó el filo por la palma al descubierto de la mano izquierda. Echó a un lado la espada corta, se arrodilló y le mostró la palma herida a Namatjira. La sangre corrió por la herida y cayó en la arena.

—Respetado señor —dijo con el mentón clavado en el pecho—, honorable jefe de la 670ª Expedición, comprometo mis fuerzas y mi lealtad con vos, y os reconozco como representante de nuestro amado Emperador en este lugar. Tengo el honor de sumar la fuerza de la Legión Alfa a vuestra fuerza de combate. Unidos, aniquilaremos al enemigo común. Para ello, os ofrezco este tributo en sangre.

Namatjira extendió los seis brazos y dejó que los luciferes cogieran todas las armas. Uno de ellos también retiró el guantelete dorado que protegía la verdadera mano izquierda de Namatjira. El comandante general avanzó unos pasos y sus

esclavos soltaron la larga capa con aspecto de cola de pavo real para que flotara levemente en el aire con la brisa. Luego pasó la mano izquierda por uno de los pinchos de la armadura de Karsh para después ofrecerla, sangrante, a la mano del todavía arrodillado astartes.

Entrechocaron con fuerza las palmas ensangrentadas.

—Recibo vuestro homenaje —contestó Namatjira—, y respondo con mi propia sangre. La expedición se regocija de que os hayáis unido a nosotros. Bienvenidos. Soy Namatjira, y ésta es mi alianza. Por el Emperador.

Separaron las manos y el astartes se puso en pie. Se alzó enorme por encima del comandante general.

—Soy Alpharius. Por el Emperador, mi señor.

—¿De verdad eres tú? —murmuró Grammaticus para sí mismo. Observaba la reunión desde dos kilómetros de distancia mediante un visor de gran potencia con el que se había situado sobre el tejado plano del bloque de cocinas del palacio de terracota. Se mantuvo agachado, procurando evitar con cuidado las líneas de visión de los centinelas del palacio. El módulo interferidor que llevaba acoplado al cinturón bloqueaba de un modo sutil los sensores de campo y los servidores artillados allí desplegados.

El visor era un instrumento de tremenda calidad, una mira telescópica de un rifle de francotirador eldar, otro obsequio de la Cábala. Hacía que las imágenes reverberaran en el interior de su propio ojo, por lo que era igual que mirar desde detrás del hombro del mismísimo Namatjira.

No era capaz de captar sus palabras desde aquella distancia, pero podía leer los labios tan bien como cualquier logoquino de nivel elevado. «Soy Alpharius. Por el Emperador, mi señor.»

La capacidad de percepción de Grammaticus era tan aguda y especializada que podía captar los acentos incluso leyendo los labios. Alpharius estaba hablando en gótico bajo, y la entonación ascendente en las sílabas medias de «Alpharius» y «Emperador» insinuaban un acento basal gedrosiano o cyrenaico. Sin embargo, los movimientos de los labios sugerían algo parecido al cántico colmenar de Marte o incluso al odrometicano.

La Cábala le había informado muy bien, pero el problema era que no se sabía prácticamente nada del último primarca. A diferencia de los demás primarcas, Alpharius jamás había dicho cuál había sido su planeta natal. Peor todavía: no existía un retrato definitivo sobre él. La Cábala había conseguido numerosas imágenes, pero todas eran claramente contradictorias. Daba la sensación de que Alpharius tenía muchas cabezas distintas.

La cara que Grammaticus veía en esos momentos a través del visor correspondía, al menos, con algunos de aquellos retratos históricos. Existía un cierto parecido en los

rasgos con el rostro tanto de Horus Lupercal como del Emperador, lo que tenía sentido si la teoría del legado genético era cierta.

Grammaticus fue capaz, incluso desde aquella distancia, de calcular la altura y la masa. El ser que estaba observando era bastante más grande que Herzog o Perch, los astartes que había conocido en Mon Lo.

Quizá, ése era el verdadero Alpharius.

El recuerdo de Mon Lo le asaltó de nuevo, llenándolo de temor. Las manos empezaron a temblarle. Había tenido al dragón en la mente y en los sueños desde que había conseguido escapar. Por supuesto, no lo temía porque fuese realmente un dragón. Al menos, no temía a los dragones más de lo que los temía la gente normal. El verdadero temor profundo que le helaba el alma era saber lo que ese dragón representaba.

Amortiguó sus pensamientos cuando sintió otro barrido psíquico. Shere seguía con vida, y estaba por allí, en algún lugar, buscándolo de vez en cuando como una nave espía sin piloto que pasara por la zona. Grammaticus enroscaba su mente como un armadillo cada vez que una de las exploraciones de Shere pasaba cerca.

El sol siguió golpeándolo con fuerza. Oyó el lejano aullido. Aquella no era vida para un individuo con mil años de existencia. Grammaticus había comenzado a pensar que se había equivocado al aceptar el don de la reencarnación ofrecido por la Cábala. Había empezado a desear, de forma muy sincera, que su primera muerte hubiera sido su única muerte.

«Ojalá me hubierais dejado allí, desangrándome en el asfalto de la colmena Anatol. ¿Por qué me hicisteis regresar y meterme en un nuevo cuerpo? ¿Por qué? ¿Para esto?»

La Cábala no le respondió. No habían intentado ponerse en contacto con él desde que había regresado de Mon Lo. Cuando volvió a los aposentos de la uxor Rukhsana, había pasado horas mirando espejos y platos de agua, a la espera de que Gahet, o alguno de los otros, contactara con él mediante un conducto reflectante.

No habían acudido.

Pensó que había tenido una vida muy larga, pero demasiado corta para aquello.

Enfocó el visor de nuevo hacia el lejano encuentro.

De un modo furtivo bajo la cegadora luz del sol, Dinas Chayne trepó por la pared de terracota y pasó su cuerpo cubierto por una armadura negra por encima del parapeto que daba al tejado del bloque de cocinas. El último barrido de los sensores de la zona había captado algo.

O mejor dicho, no lo había hecho.

«Existen sombras en nuestras sombras, señor...», recordó sus propias palabras.

Chayne iba de camino a investigar los aposentos de la uxor Rukhsana,

aprovechando que ella se encontraba presente en la gran recepción cuando el puesto de seguridad le había advertido de la anomalía. El barrido de los sensores había captado un vago espacio en blanco en el tejado del bloque de las cocinas, un punto muerto que los sensores parecían incapaces de leer o explorar. Los adeptos encargados del puesto de seguridad le habían restado importancia y lo habían achacado a un aparato estropeado, pero Chayne no lo había tenido tan claro. En su opinión, esa lectura sugería la presencia de alguien o algo muy oculto, una presencia anunciada por su propia ausencia.

Dinas Chayne era un individuo precavido. Ya era soldado antes de ser adulto. Había nacido en Zous, una de las miles de colonias perdidas de Terra, un planeta que llevaba sumergido en una guerra mundial despiadada desde hacía casi un siglo. Chayne se había criado en el bando perdedor. Su bando tenía la economía en bancarrota por el esfuerzo militar, la industria destruida por los bombardeos de saturación y los ciudadanos varones diezmados por la lucha, por lo que su nación natal recurrió, llevada por la desesperación, a lo único que le quedaba: habían reclutado a las mujeres y a los niños. A la edad de once años, a Chayne le habían puesto el uniforme de la Juventud Nacional, le habían entregado un rifle automático y lo habían llevado a un puesto fronterizo a combatir. El soldado más joven de su compañía sólo tenía siete años. El jefe de la tropa tenía catorce.

Habían defendido el puesto durante veintiséis meses. El jefe había muerto a las tres semanas, dos días antes de cumplir los quince años. La tropa, quizá viendo algo que sólo los niños podían ver, se fijó en Chayne, en busca de liderazgo. Tomó el mando con apenas doce años. Para cuando cumplió trece, había matado a dieciséis hombres en combate abierto y era un veterano, endurecido y sin emociones, de aquel conflicto desesperanzador.

Por entonces, llegó la flota imperial. La guerra fue aplastada en seis días y todo el planeta fue sometido en seis semanas. Fue una de las primeras campañas de Namatjira. Los niños soldado fueron encerrados de forma gradual durante las operaciones de limpieza posteriores. Los más feroces de ellos desfilaron ante Namatjira para su disfrute.

El comandante general siempre dijo que había algo en el rostro de Chayne que lo distinguía de los demás chicos guerreros, sucios y feroces. Dinas Chayne no estaba muy seguro de a qué se refería, pero lo cierto era que lo habían puesto al cuidado de un oficial de los Luciferes Negros, quien lo crió como su hijo adoptivo.

Chayne se había unido a los Luciferes Negros a los dieciocho años. Veinte años después, servía como bajolur de la escolta de Namatjira, y era uno de los guerreros más condecorados y respetados del regimiento.

Namatjira tenía buen ojo para los guerreros natos.

Chayne se agazapó y desenvainó su espada corta y curva de templado acero

toledano. Los sensores del palacio estaban transmitiendo la información directamente a su visor, por lo que delante de los ojos le aparecían sutiles diagramas tácticos de color verde. Allí estaba el punto muerto, la ausencia. Veinte metros a la izquierda, sobre el borde del tejado.

Se encogió como un gato, antes de atacar, y saltó.

El borde del tejado estaba vacío. No había nadie allí. Nada.

No. Había algo. Encima del parapeto había un trozo de papel, sujeto por una pequeña piedra blanca.

MÁS SUERTE LA PRÓXIMA VEZ, decía la nota.

—Eh, que nos lo estamos perdiendo todo —le dijo Lon, moviéndole un poco.

Soneka se despertó.

—¿Qué?

—Llegamos tarde. Ya han empezado. Tenemos que ir, atamán. Los regimientos ya se han reunido para recibir a los astartes.

Soneka se irguió hasta quedar sentado. Se encontraba en el ala hospitalaria del palacio de terracota, adonde había llevado un camastro para estar al lado de sus hombres, los últimos diez bailarines. El lugar era asfixiantemente caluroso y apestaba a orina rancia.

—¿Está bien, atamán? —le preguntó Shah.

—Sí, estoy bien.

—Puede que ya no seamos una compañía, pero yo digo que vayamos allí y nos pongamos en fila como soldados. Como Bailarines.

—¡Sí! —exclamó Gin, mostrándose de acuerdo.

—¿Tienes la bandera? —preguntó Lon.

Shah asintió. Había llevado consigo el estandarte destrozado de los Bailarines, enrollado como un saco de dormir, desde que salieron de Caras.

—Bien, pues en marcha —dijo Lon—. ¿Viene, atamán?

Soneka se estaba vistiendo, y estaba pasándolo mal. No lograba encontrar los calcetines.

—Sí, ya voy. Un momento.

—Los astartes ya han aterrizado —comentó Sallom, que estaba mirando por la ventana de la estancia—. Mierda, ahí fuera hay muchos saludos de banderas y mucho «¿qué tal, cómo estamos?».

—Bueno, es que son astartes. ¿Qué te esperabas? —le soltó Shah. Soneka metió la mano debajo de la almohada manchada en busca de los calcetines. Sus dedos tropezaron con algo duro.

—¿Alguno de vosotros ha puesto esto aquí?

—¿Poner qué? —quiso saber Lon.

Soneka sostuvo en alto una pequeña cabeza de diorita, una de las centenares de miles que habían dado nombre a Caras.

Los últimos supervivientes de los Bailarines se encogieron de hombros.

—Debo de haber sido yo, entonces —decidió Soneka.

Ya se estaba arrepintiendo de haber dejado la nota. Había sido algo estúpido. Arrogante. Sí, arrogante era la palabra. Gahet siempre lo había reprendido por su arrogancia y su exceso de confianza en sus poderes psíquicos. Un agente de la Cábala nunca debía provocar a los asesinos que lo acechaban, sobre todo si esos asesinos eran buenos en su trabajo. Grammaticus conocía suficientes detalles sobre los Luciferes Negros como para saber que eran extremadamente buenos en su trabajo. Había sido un idiota por provocarlos de esa manera. ¿En qué estaría pensando?

¿En que era inmortal y nada podía matarlo? Mon Lo le había demostrado lo equivocada que era esa idea. «No puedes resistirte, ¿verdad, John? De eso se trata. No puedes resistirte a fanfarronear.»

Grammaticus pensó que no eran tan buenos. Al menos, comparados con él.

—No puede entrar —oyó decir a la ayudante, con un tono de voz insistente—. La uxor Rukhsana se encuentra en el Gran Recibimiento. Sus aposentos son privados.

Grammaticus se metió de nuevo entre las sombras de la columnata y se quedó a la escucha. Había tomado aquel camino para regresar de forma subrepticia al santuario que representaban para él los aposentos privados de Rukhsana, el único lugar donde se sentía a salvo. El palacio estaba en silencio, ya que casi todo el mundo se había marchado para recibir a la Legión Alfa. Al cruzar aquel pasillo había oído las voces.

Delante de la puerta de los aposentos de Rukhsana había tres individuos encapuchados que discutían con la ayudante.

—No lo entiende, ayudante —dijo el que llevaba la voz cantante—. Soy Tinkas, supervisor mecánico de la flota expedicionaria. Mi deber es revisar y evaluar de forma sistemática todas las propiedades capturadas o propiedad de la expedición. Estoy supervisando este palacio. Debo finalizar mi tarea y cumplir las órdenes del señor de la flota.

Le mostró a la ayudante alguna clase de documento.

Tuvi, no lo dejes entrar, le ordenó Grammaticus mentalmente. La chica dudó.

—La verdad es que ahora no es un buen momento, señor. La privacidad de mi uxor es...

—Tan sólo necesito un momento para revisar y evaluar. No es un procedimiento invasor. Una o dos mediciones. No nos interesa el contenido de los aposentos. Seremos muy prudentes.

Tuvi, no son quienes dicen ser. ¡Ten cuidado! Conozco a Tinkas. No lleva túnica y no tiene ese rango ni de cerca. Te están engañando.

—Bueno, supongo que no pasa nada —accedió finalmente Tuvi.

¡Maldita sea, Tuvi!

Grammaticus se puso en movimiento. Mientras los desconocidos entraban en los aposentos de la uxor y dejaban atrás a la ayudante, él retrocedió por la columnata y trepó por el primer arco. Llegó al tejado y cruzó la superficie de mosaico a la carrera pero manteniéndose un poco agachado en dirección al otro extremo del bloque.

—Denos un momento —le dijo el supervisor a Tuvi antes de entrar.

Ella asintió, y se quedó fuera.

La puerta se cerró y la dejó en el exterior. Franco Boone se quitó la capucha.

—Dos minutos —les indicó a sus camaradas latigenos—. Tenemos dos minutos antes de que esa pequeña pesada sospeche algo. Rápido y con cuidado, no desordenéis nada.

Sus compañeros, Roke y Pharon, se separaron y comenzaron a buscar por todo el lugar.

—¡Boone! —lo llamó uno de ellos, con un susurro.

Boone se apresuró a entrar en el dormitorio. Pharon sostenía en alto una chaqueta de lona, manchada y llena de polvo.

—¿Desde cuándo una uxor se pone algo así?

—Guárdala en una bolsa y métetela debajo de la túnica —le contestó Boone—. Buscaremos restos genéticos.

—¡Venid! —llamó el otro latigeno.

Boone entró en el vestidor y vio que Roke estaba mirando un montón de cuencos y de platos llenos de agua.

—¿De qué demonios va todo esto? —le preguntó Roke.

—¿Eres tú, Rukhsana? —preguntó Grammaticus, al tiempo que salía del baño y entraba en el cuarto completamente desnudo.

Se quedó inmóvil al ver a Boone y a sus hombres, y luego tomó una sábana y se cubrió de forma apresurada.

—¿Quiénes sois? —gritó.

Boone dudó, sobresaltado.

—Esto, el supervisor de...

—¿Latigeno Boone? ¿No es usted? —lo cortó Grammaticus con un gruñido.

—¿Lo conozco, señor? —preguntó Boone, bastante sorprendido.

—¡Debería! —le espetó Grammaticus—. ¡Kaido Pius!

—¡Oh, vaya! ¡Claro! ¡Lo siento, atamán Pius! —barbotó Boone—. Le pido perdón. No lo reconocí sin la ropa puesta.

—¿Qué demonios está haciendo en las estancias privadas de mi uxor, latigeno? ¿Está husmeando?

—Teníamos una pista, una pista que nos llevó a...

—¿Una qué?

Boone se calló, y luego sonrió.

—De acuerdo, atamán, me ha pillado. Me rindo. Quería investigar a la uxor Rukhsana, debido a una información que he recibido.

—¿Qué clase de información?

—Que quizá tenía tratos ocultos con alguien.

—Sí que los tiene. Conmigo. Las ayudantes no son las únicas a las que les gusta pasarlo bien, ¿sabe? —añadió, con una sonrisa.

—Señor, ¿no debería estar en el Gran Recibimiento? —dijo Pharon.

—Sí, debería —respondió Grammaticus, al que se le ensanchó la sonrisa—. Pero es más divertido estar aquí. ¿No deberían estar ustedes en el Gran Recibimiento?

El latigeno bajó la mirada al suelo.

—Bueno, creo que ya nos hemos avergonzado bastante los unos a los otros. Yo por estar aquí y ustedes por... entrar sin autorización. ¿Qué les parece si olvidamos todo lo ocurrido?

Boone asintió.

—Es una idea excelente, atamán.

—¿Ésa es mi chaqueta? Échemela. Llevaba un rato buscándola.

Pharon le lanzó la chaqueta.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó Grammaticus.

—Todos de acuerdo —asintió Boone.

—Bien. Ahora, salgan de aquí pegándose patadas en el culo y olvidaré lo que han intentado hacer.

—¿No se lo dirá a la uxor? —quiso saber Boone.

—¿Debería hacerlo?

Boone y sus hombres se apresuraron a marcharse.

Grammaticus dejó escapar un suspiro y se sentó en el borde de la cama. No se parecía en nada a Kaido Pius, el atamán de la Compañía de los Carnavales. Era increíble lo que se podía conseguir con un tono de voz confiado y claro. Ése era el poder de un logoquino. La voz de un logoquino era capaz de decirle a una persona qué está viendo a pesar de lo que le indicaran los ojos y su sentido común.

Pero le había costado caro. Grammaticus, exhausto, se dejó caer de espaldas sobre la cama y se quedó mirando al techo. Sabía que estaba a punto de desmayarse.

No le importó, a pesar de que sabía que volverían los dragones.

En el exterior, la multitud reunida para el Gran Recibimiento ya se estaba dispersando. Namatjira encabezaba con toda ceremonia a Alpharius y a los oficiales superiores hacia su pabellón para discutir los nuevos planes. Los enormes grupos de tropas regresaron a sus alojamientos y a sus posiciones.

Franco Boone se detuvo un momento al salir al sol. Mientras cruzaba de nuevo el palacio pensó en buscar a la uxor Mu y reprocharle que lo hubiera enviado con una tarea tan tonta. ¡Qué torpeza haber avergonzado a un atamán tan distinguido como Pius!

Al salir al exterior sintió que la cabeza se le llenaba de dudas. El encuentro en los aposentos de la uxor adquirió un matiz inquietante, casi onírico. Se dio cuenta de que apenas era capaz de recordar ningún detalle de la conversación.

—¿Pasa algo? —le preguntó Roke al llegar a su lado.

—Era Kaido Pius, ¿verdad? —le preguntó Boone.

Roke asintió.

—Con el culo al aire. Supongo que le gustan los hombres de muchos tipos.

—Además, Rukhsana es una tentación muy fuerte —añadió Pharon, el otro latigeno.

Boone asintió a su vez. No encontraría a ningún hombre en la Chilíada dispuesto a negar aquella afirmación.

—Pero era Pius, ¿verdad?

Roke y Pharon miraron al latigeno superior y se echaron a reír.

—¿Has visto algo aparte de lo que hemos visto nosotros? —bromeó Roke.

—Os he hecho una pregunta. ¿De verdad que era Kaido Pius?

—¡Que sí, Franco! —insistió Pharon, entre risas.

—Entonces, explícame eso, por favor —le pidió Boone, señalando hacia un punto.

A unos cien metros de ellos, entre la multitud de soldados, vieron a la compañía de los Carnavales romper filas para dirigirse a su base. Los hombres habían bajado los pendones y los estandartes y caminaban en grupos sueltos, charlando, bromeando, tomando pequeñas pizcas del polvo que llevaban en las cajas doradas colgadas del cuello.

En mitad del bullicio, bromeando con sus bashaws, estaba Kaido Pius.

—¿Peto? ¡Peto! —gritó Kaido Pius lleno de alegría. Dejó atrás a sus bashaws y se apresuró a abrazar a Soneka.

—Me alegro de verte —le respondió Soneka, medio asfixiado por su abrazo de oso.

—¿Me alegro de verte? ¡Me alegro de verte, me dice! —le gritó Pius a sus bashaws—. ¡Pensábamos que habías muerto!

Soneka sonrió y fue abrazando uno a uno a los bashaws.

—Casi acabé muerto.

—¿Lograste escapar de Caras?

Soneka asintió.

—Lo hice. Por los pelos.

—¿Dónde has estado metido?

—En el ala hospitalaria. Estoy allí con Lon y los demás. ¡Eh, Lon, Shah! ¡Venid aquí!

Pius negó con la cabeza.

—Fue una pena. Cuando nos enteramos de lo que pasó en Caras, nos quedamos de piedra. Mis chicos han bebido en recuerdo de los Bailarines muchas veces.

—Gracias, Kai. De verdad, me alegro de verte.

Pius miró a Soneka.

—Veníos con nosotros a nuestros alojamientos. Beberemos y charlaremos de los viejos tiempos.

—Más tarde, Kai. Iré a buscarte. ¿Dónde estáis destinados?

—Línea quince norte, bajo la percepción de la uxor Sanzi.

—Iré a buscarte más tarde, ¿de acuerdo?

—¡Si no vienes, nosotros iremos a buscarte, Peto! —le respondió Pius mientras desaparecía entre la masa en movimiento.

Soneka siguió avanzando entre los soldados y dejó atrás los estandartes de los Trilladores y de Arachne.

Vio otro estandarte, más adelante, ondeando por encima de la masa de tropas en movimiento. Los Bufones.

Soneka se abrió camino hacia la bandera hasta que llegó a las filas de los Bufones. Tenía una sensación inquietante, terrible.

—¿Hurtado? —susurró.

A cincuenta metros de allí, y a través del gentío, Bronzi se volvió y lo miró. El atamán de los Bufones estaba flanqueado por Tche y Leng, sus enormes bashaws.

Las miradas de ambos quedaron entrelazadas durante un momento través de la multitud en movimiento. Soneka y Bronzi.

—¿Hurtado? ¿Estás vivo? ¡Por Terra! ¡Hurtado!

Bronzi frunció el entrecejo, y luego dio media vuelta y se perdió entre la marea de cuerpos.

—¿Hurtado?

Soneka se quedó inmóvil mientras la corriente de soldados pasaba por sus costados. Se preguntó si debía seguir a Bronzi.

Decidió que probablemente sería muy mala idea.



SIETE

Puerto Mon Lo, Nurth, la noche de ese mismo día

Dinas Chayne se había empleado a fondo en la tarea de buscar por todo el palacio al autor de aquella nota insolente y provocadora. No había picado el anzuelo, ni había permitido que la furia lo distrajera, sino que la había utilizado para concentrar la mente. Chayne mantenía un control estremecedor sobre sus emociones, una capacidad que había adquirido entre los doce y los trece años. No permitía que sus emociones dominaran su comportamiento. Jamás. En vez de eso, las utilizaba para alimentar las fuerzas de sus actos.

Había regresado al puesto de seguridad para revisar todos los datos del entramado de sensores del palacio, pero uno de los adeptos le había entregado un mensaje cifrado del mismo comandante general donde le ordenaba que acudiera de inmediato a su presencia. Namatj ira estaba celebrando en su pabellón su primera reunión con el señor de la Legión Alfa, y quería que el bajolur de los Luciferes Negros observara y valorara la situación.

—Llévese esto y que realicen una batería completa de pruebas genéticas y biométricas —le dijo al adepto al mismo tiempo que le entregaba la nota que había encontrado—. Infórmeme directamente a mí, a través de mi canal personal. Traspapele esta prueba y haré que lo fusilen.

El adepto se apresuró a obedecer la orden de Chayne, y lo hizo con una expresión de nerviosismo y temor en el rostro.

Chayne se dirigió hacia el pabellón. Se trataba de una gran construcción de marquesinas de seda protegidas por escudos de vacío que habían erigido en una colina baja situada al sur del complejo palaciego. Los primeros signos del anochecer ya estaban decolorando el cielo, y las sombras se habían alargado, suavizando los

contornos. Habían colgado miles de lámparas de filamento a lo largo de la estructura del pabellón, y parecían una invasión de hiedra trepadora que titilara en la penumbra del anochecer creciente, como las luces de una colmena lejana. A Chayne le recordaron las murallas casi divinas del Palacio Imperial de Terra, los bastiones construidos en las laderas montañosas, los gigantescos muros iluminados por miles de millones de troneras y los grandes focos que lanzaban enormes chorros de luz hacia el cielo. Era un monumento que nadie podía contemplar sin experimentar una respuesta emocional, ni siquiera Chayne. En los tiempos antiguos se decía que la Gran Muralla de Zhongguo se podía ver desde la órbita de Terra. El Palacio Imperial se podía ver desde Marte.

Chayne entró en el pabellón por un portal de seguridad y permitió que lo cacheasen y lo registrasen. Dos años antes, en Sameranth, un destacamento de seguridad desplegado en el pabellón le había permitido entrar sin más, ya que no querían indisponerse con un lucifer negro. Chayne había ordenado que ejecutaran de inmediato al destacamento. Un uniforme de lucifer negro se podía robar o imitar. Nadie debía tener acceso al comandante general hasta que había demostrado que era quien aparentaba ser.

El bajolur se detuvo un momento en una de las tiendas exteriores para charlar con Eiman y Belloc, dos de sus luciferes más fiables. Les explicó el asunto de la nota y les ordenó que regresaran al palacio para continuar con la búsqueda. Para un extraño, su conversación habría parecido extraña. No hubo un solo signo de amistad o camaradería. Se limitaron a intercambiar unos breves informes de la situación y un par de órdenes. Los luciferes negros se relacionaban entre sí de un modo conciso y preciso, y sólo hablaban sobre datos objetivos. Esperaban que los demás efectuasen los cálculos especulativos y realizasen sus propias conjeturas.

Chayne ya había decidido lo que significaba la nota, y confiaba plenamente en que tanto Eiman como Belloc hubieran captado también sus implicaciones con los sencillos datos que les había transmitido. Tal y como había estado sospechando, había una red de espionaje en Mon Lo, y actuaba dentro del entramado de fortificaciones imperiales. Esos espías eran buenos, capaces, inteligentes y estaban bien equipados. No estaba claro para quién trabajaban. Chayne había sospechado en un principio de los nurthenos, pero ningún nurtheno habría dejado una nota escrita en gótico bajo, a menos que los imperiales hubieran subestimado de un modo enorme la capacidad del enemigo para la guerra psicológica.

La nota significaba muchas cosas, pero sobre todo implicaba un exceso de confianza, y eso era una debilidad fatal en cualquier persona. Una debilidad emotiva. Era todo un logro ser capaz de infiltrarse en el eficaz entramado de vigilancia de un sistema de seguridad imperial, pero era muy distinto hacer saber que habías estado allí, dejar un rastro, una marca, una firma propia. ¿Para qué evitar la detección, sin

problema alguno en este caso, para luego admitir que se ha producido al mostrar tu orgullo por ello? A Chayne se le ocurrieron dos razones: alguien quería sulfurarlo y jugar con él, o alguien se sentía tan seguro de sí mismo que aquella maniobra formaba parte del juego.

En cualquiera de los dos casos se trataba de un exceso de confianza. Una debilidad letal.

La nota en sí, aquel pequeño pedazo de papel, le diría todo lo que necesitaba: el lenguaje escogido, el uso de ese lenguaje, la fraseología, la psicología del significado, el peso de la pluma, la forma de escribir, el origen del papel, el tipo de pluma, el residuo de la tinta, el residuo genético, las trazas de fibras, la posición de la nota, el tipo y el origen de la piedra utilizada como pisapapeles.

El espía, la presa de Chayne, se había descubierto a sí mismo de un centenar de formas diferentes, y todo ello simplemente por ser arrogante. Y esa misma arrogancia era la mejor pista de todas.

Chayne se quitó el casco, lo sujetó con el hueco interior del codo y se adentró en la estancia principal del resplandeciente pabellón. En el interior, los señores de la humanidad hablaban con unos semidioses.

—¿Kon, cariño? —le susurró el dragón, y luego le lamió la frente con su lengua roja.

John Grammaticus logró abrirse paso para salir de las fauces del dragón y se despertó. Rukhsana le sonrió mientras le acariciaba la mejilla.

—Mierda. ¿Qué hora es? —le preguntó.

—Ya es de noche, Kon. Lord Alpharius está cenando en una de las tiendas del pabellón con el comandante general.

Grammaticus se irguió hasta quedar sentado y parpadeó con fuerza.

—Mierda! Tengo que irme. Tengo que estar allí.

—Quédate aquí conmigo, Kon.

—Ojalá pudiera.

Empezó a vestirse. Ella se recostó en la silla, rechazada y dolida. Miró a su alrededor.

—Creo que alguien ha entrado aquí —comentó Rukhsana.

—Sí. Los latigenos —respondió él, asintiendo con la cabeza.

—¡Terra! ¿Qué estaban buscando?

—A mí —contestó él, con una sonrisa.

Namatjira sonrió lentamente.

—No soy un experto, pero vos no podéis ser Alpharius.

Alpharius, o al menos el gigante que se había presentado a sí mismo como

Alpharius ante el comandante general durante el Gran Recibimiento, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Por supuesto que no, mi señor. Mi legión forma un solo cuerpo, y lo compartimos todo. La propia identidad se puede utilizar como un arma, así que al enemigo le mostramos diferentes caras. Sin embargo, aquí estamos entre amigos.

Namatjira se encontraba en uno de los extremos de la gran tienda, rodeado por sus luciferes negros. Los oficiales superiores de la expedición se agrupaban detrás de él formando una media luna. Las lámparas de filamento cubrían el techo del pabellón como una capa de estrellas, y los bancos de lúmenes iluminaban de forma suave las paredes de la tienda. Por el suelo se habían extendido, para que sirvieran de alfombras, pieles de animales de manchas y rayas que se solapaban formaban una moqueta de lujo. *Serendip*, el tilacino de Namatjira, se había tumbado en una de las pieles de manchas alejado dentro del margen de la cadena dorada, que colgaba floja.

Enfrente de él había cuatro astartes de armadura púrpura. Delante se encontraba Alpharius. Su piel cobriza relucía lustrosa bajo la luz dorada. Los otros tres se habían unido a la reunión, aunque nadie supo por dónde habían entrado, como más tarde se enteró, consternado, Chayne.

Éste entró por una abertura en la parte posterior de la tienda, por detrás del séquito de Namatjira. Vio a través de un hueco en las paredes del pabellón a los grupos de sirvientes vestidos con librea que esperaban que dieran las órdenes pertinentes para entrar con bandejas de dulces, vino y frutas. Los chambelanes les hacían esperar, preparados, hasta que llegara el momento.

—Soy Alpharius —dijo el gigante de piel cobriza, repitiendo lo que ya había dicho en el Gran Recibimiento—. He traído conmigo a Ingo Pech y a Thias Herzog, mi primer y mi segundo capitán.

Dos de los astartes que estaban a su espalda dieron un paso adelante, se quitaron los cascos con el típico chasquido siseante producido por los cierres de la gorguera e hicieron una reverencia. También ellos eran de piel cobriza y llevaban la cabeza afeitada. La mirada de un humano normal no hubiese sido capaz de distinguirlos y los habría considerado trillizos casi idénticos.

Chayne no los miró como un humano normal. Los valoró de forma rápida y eficiente. No eran trillizos idénticos, ni trillizos, ni siquiera hermanos uterinos. Las semejanzas aparentes eran importantes pero superficiales. Alpharius era notablemente más alto que sus dos capitanes. Además, existía una clara derivación étnica en la forma del cráneo, en la inclinación de la frente, en la masa del entrecejo. Chayne había estado en presencia del propio Horus Lupercal, y había visto esa fisonomía tan peculiar. También le llamaron la atención los ojos. Los de Alpharius eran un color azul helado, y brillaban con una inteligencia ártica que provocó un leve estremecimiento a Chayne.

De los otros dos, Herzog era levemente más alto. Chayne calculó su estatura por medio de los ángulos de los cables de tensión y los planos de las paredes del pabellón que se extendía a la espalda de ambos. Herzog y Pech no mostraban parentesco alguno. Chayne contó hasta dieciocho puntos de diferencia en los ángulos comparativos de ambos cráneos, de los ojos, de los labios, la estructura de los pómulos, la musculatura de los cuellos, las narices y, sobre todo, los lóbulos de sus orejas. Herzog tenía veinte años más. Pech era más pequeño, pero más fuerte e inteligente. Alrededor del cráneo rapado de Herzog se veía una leve pero delatadora sombra que sugería que su cabello tenía un color natural más oscuro, y que se rapaba la cabeza para parecerse a su primarca y a su camarada capitán. Los ojos de Herzog eran azules, como los de su primarca, pero los de Pech eran marrones con motas doradas.

—Bienvenidos, capitanes —los saludó Namatjira.

Ambos astartes respondieron con una inclinación de cabeza.

—¿Y ese otro? —quiso saber Namatjira.

El cuarto astartes se había mantenido apartado a la espalda del grupo sin quitarse el casco.

—Es uno de mis soldados —aclaró Alpharius—. Ha venido como escolta. Se llama Omegon.

El guerrero hizo una reverencia sin quitarse el casco.

«La primera mentira», pensó Chayne. Omegon no era un astartes normal.

El lucifer negro calculó la estatura del astartes, utilizando de nuevo la geometría de la estructura de la tienda como escala. El astartes era como mínimo tan grande como el propio primarca.

Chayne se preguntó quién sería. «¿Qué finges ser?»

—Hablemos de Nurth, mi señor, y de cómo podemos acabar con esta guerra —dijo Pech.

Namatjira sonrió.

—Se trata de buscar la adhesión del planeta —le corrigió.

—Es una guerra, señor, como estoy seguro que atestiguarán los valientes soldados del Ejército Imperial —le contestó Pech—. No la disfracemos con términos políticos. No pasemos por alto sus sacrificios.

El mayor general Dev y lord Wilde, del Torrente, carraspearon para indicar la gratitud que sentían por el reconocimiento por parte de Pech de sus esfuerzos. Algunos de los lugartenientes y oficiales golpearon con sus espadas contra los escudos para mostrar su aprobación.

Namatjira alzó una mano con rapidez para imponer silencio.

—Por supuesto que es una guerra, señor —le replicó el comandante general, con un tono de voz cortante—. Mueren soldados. Mueren mis soldados, pero esto sigue

siendo un acto de adhesión, ¿o estáis poniendo en cuestión la voluntad del Emperador?

Pech negó con la cabeza.

—No, señor. Sé que el Emperador defiende una estructura teológica para el futuro de la humanidad, y yo me esforzaré por defender esa estructura.

—Busca un ideal utópico —añadió Herzog.

—Desea unir y perfeccionar a la humanidad a través de una aplicación intensa de la violencia marcial —apuntó Pech.

—No nos parece mal en absoluto ese enfoque. Es el único modo demostrado en que la humanidad progresa —remachó Herzog.

—A pesar de que los objetivos utópicos terminan siendo contrarios a la supervivencia de la especie —añadió con rapidez Pech.

—Cualquier ambición política que es imposible de alcanzar por propia naturaleza termina siendo corruptora.

—No se puede llegar a la creación, o forzar la creación, de un estado de perfección —aclaró Pech—. Esa línea de actuación sólo lleva al desastre, porque la perfección es un absoluto al que no puede aspirar una especie imperfecta.

—El de Utopía es un mito muy peligroso, y sólo un loco lo buscaría.

—Es mejor dirigir y mantener los defectos de la humanidad en un proceso continuo.

—Decimos esto únicamente para reconocer la deuda de sangre contraída con el Ejército Imperial, que sufre y que muere con decisión en busca de ese objetivo —finalizó Herzog.

Se produjo un largo silencio. Justo cuando los oficiales empezaban de nuevo a golpear sus escudos con las espadas, Alpharius habló de nuevo.

—Animo a mis hombres para que exploren la filosofía del derramamiento de sangre, mi señor. Me gusta que comprendan la estructura intelectual que conforma sus matanzas. El Emperador, mi señor y mi vida, busca colocar a la humanidad en el pináculo de la galaxia como su especie más poderosa. No discutiré esa ambición, ni lo harán mis capitanes. Nos limitamos a reconocer los métodos forzados con los que persigue ese sueño. Un ideal utópico es un objetivo maravilloso en la vida de cualquiera, y algo excelente con lo que comparar los logros propios. Sin embargo, es algo que jamás se podrá conseguir.

—¿Está sugiriendo que el plan del Emperador... es erróneo? —le preguntó Namatjira.

—Ni por asomo.

—Mi señor Alpharius —dijo lord Wilde, con su aguda voz, afilada como un cuchillo—. ¿Cómo combatiremos contra esa... magia nurthena?

—Mi señor Wilde, no lo haremos. Acabaremos con ella.

Las bandejas con comida pesaban. No había forma de saber cuánto tiempo más se verían obligados a esperar allí, en las tiendas adyacentes a la zona principal del pabellón. Lo peor era que se había dado cuenta de que no lograba oír nada. Las voces de la tienda principal le llegaban apagadas. Grammaticus se dio cuenta de que debería haber llevado un aparato de escucha.

Había creído que se encontraría lo suficientemente cerca como para oír sin problemas la reunión. Tenía que revisar el plan con rapidez, o el tremendo riesgo que estaba corriendo no serviría para nada.

—¿Señor? —susurró.

Uno de los chambelanes recorrió la fila y se acercó a él.

—¿Qué pasa, muchacho? —le preguntó. Algunos de los otros portadores de bandejas se volvieron para mirarlo.

—¿Cuánto tiempo más debemos estar aquí, señor? —le preguntó Grammaticus.

—Todo el tiempo que haga falta —fue la contestación.

—Señor, esta salsa se está agriando. Hay que ponerla de nuevo en el fuego o se estropeará. No me atrevo a servirles comida en mal estado al comandante general y a sus invitados.

El chambelán de atuendo recargado asintió.

—Pues vuelve a la cocina. Date prisa. No tardarán en llamarnos.

—Sí, señor.

Grammaticus se salió de la fila y echó a correr con su bandeja hacia la abertura de la entrada de servicio de la tienda.

Una vez fuera, en la oscuridad, se detuvo y dejó caer la bandeja y su contenido en un contenedor de restos.

Nadie se fijó en él. Los guardias Outremars estaban lejos, patrullando el perímetro del pabellón. Se deslizó hacia las sombras azul oscuro de la noche desértica.

Grammaticus se quitó el tabardo de sirviente y lo arrojó a un lado. No se había disfrazado como uno de los sirvientes de la cena de un modo exhaustivo, ya que confiaba en que sus poderes le facilitarían el paso. Sin embargo, sabía que estaría a la vista de muchos ojos durante bastantes minutos, así que había robado un tabardo para colocárselo por encima del mono de combate ceñido al cuerpo y blindado para, de ese modo, reforzar su disfraz psíquico.

Sacó unas gafas de visión nocturna del bolsillo del muslo y se las puso. El mundo a su alrededor se llenó de inmediato de sombras borrosas de colores rojos y ocres. Captó las filas de cables tensos que anclaban las tiendas al suelo. Tenían aspecto de ciempiés gigantescos. También vio entre aquella red de líneas físicas un entramado de líneas intangibles: los rayos sensores y las alarmas armónicas que protegían la zona

que rodeaba a la gran tienda. Invisibles a la vista normal, aquellos finos rayos activarían una multitud de alarmas simplemente rozándolos. Grammaticus efectuó los ajustes necesarios en las gafas para captarlos todos mediante los códigos armónicos que había copiado de los archivos de Rukhsana sin que ella lo supiera.

Avanzó con sigilo a lo largo de una de las paredes del pabellón en busca de otra abertura por donde entrar. Se agachó y pasó por encima de los cables rígidos y de las líneas invisibles por igual. En muchos puntos tuvo que pasar en cuclillas o incluso arrastrarse para evitar interrumpir las líneas de luz y de sonido. La mayoría de ellas bajaban en diagonal desde los pequeños emisores instalados en el borde de la tienda, pero otras seguían el terreno o corrían a lo largo de la pared del pabellón, serpenteando a través de los emisores colocados en la arena. Las gafas lo guiaron. Aquel desafío era mucho más complicado que burlar el sistema de seguridad del techo del bloque de cocinas. Los rayos estaban activos y encendidos. Se detuvo en seco tres veces, cuando se dio cuenta de que estaba a punto de interrumpir uno de los rayos con la pierna o con el hombro.

No vio hueco o abertura alguna. Grammaticus acabó descubriendo un área de tela libre de alarmas y se arrodilló. Pegó la oreja a la pared de la tienda y utilizó la acústica de la tela tensa para escuchar las voces del interior.

Oyó varias voces que conversaban. No le fue difícil captar el tono de lord Namatjira, lo mismo que el de lord Wilde. Grammaticus distinguió la voz que debía de pertenecer a Alpharius y oyó por primera vez cómo sonaba. Poseía una cualidad que era muy característica.

En ese momento estaban hablando sobre cómo enfrentarse a la magia de los nurthenos y cómo combatirla. A Grammaticus lo divirtió y lo inquietó a partes iguales la condescendencia que se captaba en el tono de voz del primarca mientras le explicaba la noción del Caos al comandante general y a su séquito. Lo que estaba diciendo era una tremenda simplificación. La Legión Alfa apenas comprendía la verdadera naturaleza del Caos, y sin embargo allí estaba su jefe pretendiendo enseñar a otros individuos menos informados todavía que él. La Legión Alfa era la que tenía que aprender, y con rapidez.

Grammaticus estaba tan concentrado en escucharlo todo que captó la presencia del lucifer negro a su espalda con apenas unos segundos de tiempo para prepararse.

Se puso en pie y se volvió. El lucifer, que se había acercado en silencio, estaba ya alzando el sable para golpearlo.

—¡Idiota! ¡Soy yo! —le dijo Grammaticus, con un siseo.

El lucifer se detuvo en seco y luego se apresuró a bajar el sable.

—¿Chayne? ¿Señor?

—¡Sí! —le replicó Grammaticus, cortante—. ¡Vuelve a tu patrulla!

«Chayne». Grammaticus almacenó el nombre en su memoria para futuras

referencias.

—Lo siento, señor.

El lucifer se dio media vuelta para mezclarse de nuevo con la noche. Titubeó.

«Mierda», pensó Grammaticus. Sus habilidades logopsíquicas habían confundido por un momento al lucifer negro, pero tan sólo por un momento. Era evidente que los miembros de aquella compañía de élite poseían unas mentes de hierro y casi inmunes a la sugestión. El lucifer ya se había cuestionado lo ocurrido en el encuentro y se había dado cuenta de que lo habían engañado.

El lucifer negro llevaba puesta una armadura. Grammaticus no. Éste no podía contar con la posibilidad de propinarle un golpe rápido y definitivo capaz de matar al instante, y tampoco podía arriesgarse a utilizar el arma digital que llevaba en el anillo. La descarga de energía activaría todas las alarmas en un radio de diez metros.

Cuando el lucifer se volvió de nuevo hacia él, Grammaticus le propinó un golpe con la mano en forma de garra de lobo que aplastó la protuberancia del comunicador que sobresalía de uno de los lados del casco de color negro azabache del lucifer, lo que le impidió dar la alarma. Comenzó a gritar, pero su voz quedó ahogada dentro del casco. Grammaticus le propinó otro golpe, esta vez en un punto por debajo de la barbilla del casco, y le aplastó la laringe, lo que dejó mudo por completo a su oponente.

Grammaticus tuvo por un momento la esperanza de que ese golpe lo matara, pero el lucifer era más resistente de lo normal. Todavía tenía desenvainado su sable, y atacó a Grammaticus. Éste bloqueó el golpe con las bandas de adamantium que estaban entretejidas en la tela de los antebrazos de su mono de combate y luego lanzó un golpe con la palma de la mano derecha contra la placa pectoral del lucifer, un ataque tensoreflexivo que los eldars llamaban el *ilthradtaic*, o «toque sin aliento». El lucifer se tambaleó con la armadura partida. Mientras caía hacia atrás, Grammaticus le agarró la muñeca derecha con la mano izquierda y se la dobló con rapidez, lo que obligó a su oponente a soltar el sable. El arma cayó en la arena a un centímetro escaso de uno de los rayos sensores del suelo.

No había acabado con el lucifer. Grammaticus se había visto obligado a acercarse mucho para luchar, y el lucifer lo aprovechó para darle un golpe con la cabeza. El espía se tambaleó aturdido por el dolor, y un casco se estampó de lleno contra su cara. Trastabilló y estuvo a punto de activar un rayo con la cabeza. El lucifer, que tenía la mano derecha rota, intentó con torpeza desenfundar la pistola láser con la mano izquierda, que tuvo que pasar hacia el otro lado. En cuanto sacó el arma, Grammaticus le propinó una patada que la envió hacia la noche, más allá de la zona de la tienda. Se encogió por dentro al ver que la pistola pasaba justo entre dos rayos de la red de seguridad invisible.

Aquello tenía que terminar ya, con rapidez, antes de que activaran una de las

alarmas. Estaban tan encajonados que era igual que luchar dentro de una telaraña. Cualquier movimiento equivocado haría que la araña se les echara encima.

El lucifer le lanzó un puñetazo con la mano cubierta de acero y Grammaticus la esquivó hacia la izquierda. Luego dio un golpe seco con el canto de la mano en los riñones de su atacante. A pesar del entrenamiento y del refuerzo subcutáneo, las manos de Grammaticus ya sangraban por el hecho de golpear una armadura. Intentó colocarse detrás del lucifer, pero éste lo atrapó e intentó estrangularlo. Aquello habría acabado con la lucha en otras circunstancias, pero el lucifer lo estaba agarrando con una sola mano, la que tenía sana.

Grammaticus dejó escapar un gruñido y tensó los músculos del cuello para aguantar el estrangulamiento. El entrenamiento y la experiencia le decían que existía un modo limpio y eficiente de salir de aquel apuro: agarrar y lanzar a su oponente por encima de él. Sin embargo, gracias a las gafas vio que delante tenían un rayo sensor. Si lanzaba al lucifer, su cuerpo interrumpiría ese rayo.

En vez de eso, dio una fuerte patada hacia atrás y la nuca del lucifer se estrelló contra uno de los cables diagonales tensos que sostenían el pabellón. El impacto hizo que su cabeza saliera disparada hacia adelante y golpeara de forma involuntaria el cráneo de Grammaticus. El espía cerró los ojos por el dolor, pero el lucifer aflojó la presa. Se volvió, todavía aturdido por el golpe, y lo atacó con la mano en forma de lanza.

Los dedos índice y corazón de la mano derecha de John Grammaticus atravesaron la lente izquierda del casco del lucifer y le sacaron el ojo que había detrás. El lucifer, con la voz gorgoteante a causa de la garganta destrozada, cayó hacia atrás contra la pared de la tienda y se deslizó hasta quedar hecho un guiñapo.

Grammaticus se quedó quieto, semiagachado, preparado para salir corriendo si el impacto había activado alguna de las alarmas.

No se oyó alarma alguna.

El espía se irguió.

El lucifer cayó hacia adelante. De la cuenca ocular reventada salía una materia espesa como el pegamento. Empezó a arrastrarse por la arena.

Grammaticus se dio cuenta de que el lucifer se dirigía a uno de los rayos que se encontraban a ras de suelo. Alargó una mano cubierta por el guantelete para activarlo.

Se lanzó sobre la espalda del lucifer e intentó doblarle el brazo hacia atrás. Su oponente era monstruosamente fuerte, y tiró de Grammaticus mientras se arrastraba por el suelo en busca del rayo.

Grammaticus sujetó el brazo extendido de su oponente y le propinó otro golpe en la espina dorsal. Algo se rompió. Sin embargo, el lucifer siguió arrastrándose hacia adelante. A diez centímetros del rayo. A cinco. Los dedos extendidos se estremecieron mientras se esforzaban por llegar al hilo invisible.

El espía vio que el sable que le había arrebatado a su enemigo estaba en la arena, junto a ellos. Lo empuñó al mismo tiempo que tiraba con todas sus fuerzas del brazo que intentaba tocar el rayo. Alzó el sable, lo dejó caer y le cortó la extremidad a la altura del antebrazo.

El lucifer se convulsionó debajo de él. Intentó alcanzar el rayo con el muñón, pero ya estaba demasiado lejos. Grammaticus se apresuró a tapar con la palma de la mano izquierda la herida para evitar que los chorros de sangre que salían de ella llegaron a los rayos y lograran lo que la mano extendida del lucifer no había conseguido.

El cuerpo del lucifer sufrió una serie de espasmos. Grammaticus lo mantuvo inmovilizado con las piernas y siguió tapándole la herida con la mano izquierda. Sintió los embates de la sangre caliente que salía a borbotones.

—Lo siento —susurró.

El lucifer tembló. Grammaticus apoyó la punta del sable en la base del cuello, en la pequeña rendija que existía entre el borde del casco y la gorguera de la armadura, y apretó a fondo. La hoja atravesó limpiamente la garganta y se enterró en la arena.

El lucifer se quedó quieto de inmediato. Grammaticus esperó hasta que finalmente la presión de la sangre contra su mano desapareció y luego soltó el muñón. El brazo truncado cayó al suelo.

Se puso en pie. El olor a sangre en la noche era abrumador. Parte de esa sangre, una pequeña parte, era suya. Tenía las manos hinchadas y magulladas, el rostro cubierto de sangre y veía doble a causa del tremendo dolor que sentía. El cráneo le palpitaba por los golpes que había recibido. Estaba seguro de que tenía la nariz rota.

Procuró mantenerse erguido. Sentía náuseas. No tenía sentido continuar con la vigilancia. No tardarían en echar en falta al lucifer. Grammaticus debía marcharse, y de prisa. Se apartó del cuerpo, pasó por encima del entramado de rayos sensores que le mostraban las gafas y se alejó, tambaleante, hacia el desierto y la noche que lo envolvía todo.

Dinas Chayne se detuvo. Alpharius estaba diciéndole algo a Namatjira y a los oficiales allí reunidos sobre «contramedidas de protección», pero Chayne ya no le prestaba atención. Una luz de alarma había comenzado a destellar en la muñeca de su armadura de color negro azabache.

Se marchó de la reunión y salió por la tienda de servicio.

Se colocó de nuevo el casco bajo las estrellas nurthenas y activó el comunicador.

—Chayne. ¿Has enviado una señal?

—He perdido la señal de Zeydus.

—¿Su última posición?

—Lado oeste del pabellón, a veinte metros al norte del porche occidental.

—Envía a dos hombres a esa posición. De la reserva, no de los desplegados con el comandante general.

—De acuerdo.

Chayne recorrió la pared occidental del enorme pabellón con cuidado de no activar los rayos sensores que le mostraba su visor. Desenvainó el sable.

—¿Algún problema? —preguntó una voz a su espalda.

Chayne se volvió en redondo. La punta de su arma produjo un leve chasquido metálico al rozar la placa pectoral del astartes que se había colocado de un modo tan sigiloso a su espalda.

El enorme guerrero con armadura bajó la vista hacia la punta del sable, que siguió apoyada en su placa pectoral.

—Muy bien —comentó—. Muy rápido. Dinas Chayne, ¿verdad?

—¿Me conoces?

—A la legión le gusta conocer a todo el mundo.

—Eres Omegon.

El astartes se echó a reír, pero la risa sonó extraña, debido al altavoz instalado en el morro del casco.

—Eres bueno, Dinas Chayne. Ya nos lo dijeron. Sí, soy Omegon. Te vi salir de la tienda con cierta prisa.

—¿Me viste?

—Te estaba observando. Y tú me estabas observando a mí. Ahora no finjas que no lo estabas haciendo.

—No lo haré.

—Creo que nos gustan las mismas cosas, Dinas.

—¿Por ejemplo?

—La precaución. El sigilo. El secretismo.

—¿Cómo es que sabes mi nombre? —quiso saber Chayne—. Los nombres de los luciferes nunca se hacen públicos.

—Vamos, Dinas. ¿Es que te parecemos unos aficionados?

—No.

—Creo que ya puedes apartar eso —le indicó Omegon.

Chayne apartó el sable. La punta se había clavado un poco en la placa pectoral del astartes, por lo que tuvo que tirar del arma.

—Habría matado a cualquier otro hombre por mucho menos —le dijo Omegon, mientras observaba la melladura—. Por cierto, eso es todo lo que lograrás penetrar.

Chayne se encogió de hombros.

—¿Por qué te marchaste del pabellón con tanta prisa?

—Uno de mis hombres ha caído.

—Veamos. ¿Te parece?

El legionario tomó la delantera. Chayne se dio cuenta, alarmado, de que el astartes caminaba a través de los rayos sensores sin que éstos se activaran. Lo siguió, saltando y esquivando esos mismos rayos.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó Omegon por encima del hombro.

—Eres invisible a nuestro sistema de seguridad —le contestó Chayne.

—Como ya te he dicho, Dinas, ¿te parecemos unos aficionados?

El astartes se detuvo. Se acercaban dos individuos: los luciferes que Chayne había ordenado que acudieran. Les hizo un gesto con la mano para indicarles que debían mantenerse a un lado.

Omegon se agachó.

—¿Éste es tu hombre?

Zeydus estaba boca abajo al lado de la pared del pabellón, sobre una mancha de arena ensangrentada. Le habían amputado el brazo izquierdo por la mitad del antebrazo y lo habían clavado al suelo con su propio sable. La empuñadura casi estaba pegada a la nuca de Zeydus.

—Sí —respondió Chayne al cabo de un momento, y luego se agachó a su vez.

—Un combate duro —comentó Omegon al mismo tiempo que señalaba todo el cuerpo—. Su atacante le destrozó el comunicador para que no pudiera dar la alarma. Tiene la muñeca derecha partida, probablemente por una llave de desarme. —Omegon sacó el sable de un tirón y le dio la vuelta al cadáver—. También lo dejó mudo a él. Un golpe en la laringe. Y le ha sacado un ojo. Le ha partido la espina dorsal entre la tercera y la cuarta vértebra. ¿Lo ves? Alguien hizo un buen trabajo.

Chayne asintió. Zeydus había sido uno de sus mejores hombres.

—Tenía entendido que los luciferes erais gente muy dura.

Chayne torció el gesto.

El astartes se echó a reír.

—Tranquilo. Sé que sois duros. Quiero decir que quienquiera que hiciera esto, lo hizo desarmado.

—¿Cómo dices?

—¿Ves esa sangre en el comunicador? Es del atacante. Lo aplastó con el puño.

—¿Eres capaz de ver eso?

—Una lectura sencilla gracias al sistema óptico. Sí, puedo verlo. Deberíamos tomar una muestra para efectuar un análisis genético en condiciones, pero a primera vista diría que tu hombre fue eliminado por un humano desarmado.

Chayne se puso en pie.

—Dinas, ¿conoces a alguien que fuera capaz de hacer algo así?

—A nadie.

Chayne había respondido con sinceridad, pero tenía sus sospechas.

Unas enormes hogueras de vigilancia ardían a lo largo de las fortificaciones de asedio imperiales, y un millón de fogatas brillaban entre ellas. Por encima de ellas, el cielo nocturno, cubierto de nubes, giraba lentamente y en sentido contrario a las agujas del reloj.

El aire estaba cargado, caliente. Los carnavales allí reunidos lanzaban risotadas mientras se pasaban las botellas alrededor de la hoguera, bajo el estandarte que colgaba flácido.

—Así que Lon consiguió salvarse —dijo Kaido Pius.

Peto Soneka tomó un sorbo de la botella que acababan de pasarle antes de asentir y contestar.

—Pues sí, lo consiguió.

—¡El bueno de Lon! —exclamó entre risas Tinq, uno de los bashaws de Pius—. No hay nada que pueda matar a Lon.

Soneka volvió a asentir y a tomar otro sorbo de la botella antes de pasarla. Detrás de él, en algún lugar indeterminado, los hombres estaban tocando *gnawa* con fuerza con unos timbales y unos ghimbris. Alguien había arrojado unos cuantos palos de incienso en la hoguera para aromatizar el humo.

—Me alegro mucho de verte, Peto —le dijo Pius antes de tomar un gran sorbo de licor y eructar de forma estruendosa.

—Eso para ti, Kai —le soltó Soneka, entre risas.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó el bashaw Jenz.

Soneka se encogió de hombros.

—No lo sé. Podría buscar otra unidad que necesitara un oficial. No estoy preocupado por mí. Sólo quiero asegurarme de que Lon y los demás acaban en un buen sitio.

—Aquí tenéis sitio de sobra —le dijo Pius.

Soneka hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Kai, en esta unidad no hay sitio para dos atamanes como tú y yo —le respondió entre risas—. Acabaríamos matándonos.

—Quizá —admitió Kaido Pius.

—Lo sabes.

—Quizá.

—Lo sabes, Kai. ¡Terra! Eres un amigo y generoso hasta la exageración. Te lo agradezco, pero voy a buscar algo, quizá reconstruir la compañía o incluso pedirle a las uxores que formen una nueva. Mierda, ¿qué es esto que estamos bebiendo?

—Un brebaje de Jenz —le informó Pius mientras observaba la botella con expresión algo aturdida—. Básicamente es alcohol puro...

—Con una mezcla secreta de hierbas y especias —añadió Jenz—. ¡La receta especial de mi geneda!

—Está claro que tu geneda tiene problemas mentales —apuntó Soneka.

Pius soltó un bufido.

—He estado buscando a Hurtado. No lo he visto desde que llegué aquí. Está cerca, ¿verdad? ¿Los Bufones están cerca?

Pius asintió.

—Sí, Hurtado está cerca.

—Los Bufones están acampados en la línea diez sur, o eso creo —dijo uno de los bashaws.

—¿Qué hay de Dimi Shiban? —quiso saber Soneka, procurando que la pregunta sonara natural—. ¿Lo habéis visto?

Nadie lo había visto. A pesar del licor que le inundaba las venas y el calor de la hoguera, Soneka sintió que el intenso frío se apoderaba de su cuerpo.

—Bueno, amigos —dijo, poniéndose en pie con movimientos vacilantes—. Tengo que echar una meada, sea cual sea esa receta secreta.

Pius y sus hombres soltaron una carcajada y se burlaron de él mientras se alejaba tambaleante entre las hogueras en busca de la zanja de las letrinas. El estridente ritmo maghrebí del gnawa quedó atrás y el humo caliente y oloroso se diluyó en el frío aire desértico.

—Ése es Soneka —dijo Roke mientras le pasaba las gafas de visión nocturna a Boone.

Boone echó un vistazo y observó la zona que bajaba hacia el entramado de hogueras.

—Sí. Así que está con Pius, ¿no?

—No tiene nadie más con quien estar —comentó Roke con amargura—. Todos sus bailarines son ahora huesos en el desierto.

—Creo que deberíamos charlar un rato con Peto Soneka.

—¿Por qué? —quiso saber Roke—. Estamos vigilando a Pius, ¿no? Pius es quien te ha dado el mal pálpito.

Boone se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero es que Soneka se comportó de un modo muy raro la última vez que lo vi. Ahora aparece aquí, a partir un piñón con la mismísima persona que estamos vigilando. Sí que tengo un pálpito, Roke. Vamos.

Boone le hizo una señal a Pharon y los tres latigenos empezaron a bajar en silencio por la ladera.

Soneka se mantuvo en pie sobre los tablones de la zanja de la letrina. Se desabrochó la bragueta con la mano que le quedaba mientras arrugaba la nariz por el hedor a amoníaco. Se tambaleó mientras orinaba. A su espalda, los carnavales seguían agrupados alrededor de las fogatas, riéndose y gritando. El humo de color

ámbar subía con lentitud hacia la suave oscuridad del cielo nocturno.

Algo hizo que Soneka mirara a su alrededor. Se abrochó con rapidez mientras deseaba con todas sus fuerzas que la cabeza dejara de darle vueltas.

Un individuo caminaba hacia él por el borde de la letrina. Era una silueta recortada contra la luz de las hogueras que había detrás de ellos.

—¿Quién va? —gritó Soneka—. ¿Quién va?

Tuvo la esperanza de que Kaido lo oyera, pero sabía que los soldados estaban haciendo demasiado ruido.

—¿Qué tal vamos, Soneka? —le preguntó el hombre.

El individuo estaba envuelto en las sombras, pero sus dientes relucieron con el reflejo de las hogueras lejanas cuando le sonrió. Soneka lo reconoció. Era Pharon, uno de los matones de los latigenos.

—Estoy bien.

Se dio media vuelta para alejarse en dirección contraria a Pharon, pero descubrió que Roke le estaba bloqueando el camino.

—¿De qué va todo esto? —preguntó, aunque estaba seguro de que lo sabía muy bien. Empezó a despejarse con mucha rapidez.

—Oye, ¿tú y Pius sois muy amigos? —le preguntó Roke.

—Por supuesto. Nos conocemos desde hace mucho tiempo —replicó Soneka, con cautela.

—Entonces, lo conoces muy bien, ¿no?

—Sí.

Aquellas preguntas no iban por donde él se esperaba. Se preparó para cualquier clase de trampa verbal que le estuvieran preparando.

—Pues entonces sabrás lo suyo con la uxor Rukhsana, ¿verdad? —apuntó Pharon.

—¿Lo suyo?

—Ya sabes a qué nos referimos —comentó Roke, con un tono de voz burlón.

—¿Kai y Rukhsana? —Aquello casi le hizo echarse a reír—. Os equivocáis. Si estuvieran liados, todos lo sabríamos.

—¿Por qué? —inquirió Roke.

—Porque si Kaido Pius lograra acostarse con alguien que está tan buena, estaría todo el día fanfarroneando de ello.

—Quizá Kaido Pius no es quien parece ser —comentó Pharon mientras se le acercaba más por la espalda—. Nos encontramos a Kaido Pius esta mañana. Al menos, creo que lo hicimos.

—No sé de qué me estáis hablando. ¿Os habéis pasado con la bebida esta noche?

—¿Qué es lo que pasa con Pius? —insistió Roke, sin dar muestras de que le hiciera gracia el comentario.

—¿En qué anda metido? —lo presionó Pharon—. Tú lo conoces bien. ¿En qué está involucrado? ¿Tú también estás involucrado? ¿Por eso te muestras tan esquivo en las respuestas?

—¿Yo? No, no...

—¿De qué va todo esto, Soneka? ¿Cómo es posible que hayas sobrevivido a lo de Caras, cuando todos los demás acabaron despedazados? ¿Hay alguien que se preocupa por ti ahí fuera? ¿Es que alguien te avisó?

—Oye, tú... —empezó a decir Soneka.

—¿De qué va eso de un cuerpo? —le preguntó Roke.

Soneka se hundió de hombros, como si estuviera a punto de venirse abajo y confesar. Cuando Roke se inclinó sobre él, Soneka lo agarró por el brazo y lo arrojó al interior de la zanja de la letrina. Se oyó un fuerte chapoteo seguido de una ristra enfurecida de maldiciones y de juramentos. Pharon se abalanzó sobre Soneka, y en el intento acabó con el codo izquierdo del atamán en los dientes.

Soneka echó a correr. Pharon lo persiguió sin dejar de insultarle tanto como su camarada, que seguía en la zanja.

El atamán trepó por la ladera de las fortificaciones en la oscuridad y encontró el camino que llevaba a los alojamientos. Un rayo de luz lo siguió.

—¡No te muevas de ahí, Soneka! —gritó una voz.

Soneka la reconoció. Era el latigeno Boone. Echó a correr en dirección contraria a la luz y el oyó el chasquido del disparo de una pistola láser. Una columna brillante de polvo saltó del suelo cerca de sus pies.

—¡La próxima vez te daré en la cabeza, Soneka! —le advirtió Boone—. ¡No te muevas!

Soneka no se frenó. Siguió corriendo por el camino que llevaba a los alojamientos de la tropa mientras buscaba algún lugar donde ponerse a cubierto. De repente, se encendieron unas luces muy potentes que lo cegaron. Se detuvo, resbalando sobre la tierra, mientras se protegía los ojos del tremendo brillo. Oyó el rugir de un motor de turbina. Se abrió una puerta.

—¡Entra! —le gritó una voz.

Soneka parpadeó. Detrás de las luces estaba Bronzi, que lo miraba sentado a los mandos de un aerodeslizador del Estado Mayor algo estropeado ya.

—¡Peto, entra de una vez! —le repitió Bronzi.

Soneka se metió de un salto y el aerodeslizador salió disparado hacia la oscuridad, dejando a los latigenos muy atrás.



OCHO

Puerto Mon Lo, a continuación

—¿Adónde vamos? —le preguntó Soneka al cabo de un rato.

Bronzi pilotaba en silencio. Se había alejado de los barracones del ejército siguiendo un sendero borroso que se adentraba en un terreno baldío situado al sur del palacio de terracota.

—¿Bronzi?

—No hagas preguntas, Peto —fue la respuesta de Bronzi.

—Pues creo que las voy a hacer. Esto es...

—Es más grande de lo que tú te crees, Soneka, así que cierra el pico. Se suponía que estabas muerto.

—No pareces muy contento de descubrir que no es así.

—Por supuesto que lo estoy —le replicó Bronzi—. Eres mi mejor amigo. Claro que me alegro de que no estés muerto, pero esto lo complica todo.

—¿Qué complica?

—¿Quieres callarte ya? Sólo piensa que tu viejo amigo te acaba de rescatar de las desagradables atenciones de los latigenos.

—¿Cómo sabías que iban a por mí?

—Porque llevo todo el día siguiéndote.

Abandonaron el sendero y volaron por campo abierto recorriendo los cauces secos que se extendían entre los *tel* arenosos. Bronzi hizo que el aerodeslizador se elevara más. Los focos principales del vehículo iluminaron los matorrales y las dunas que se cruzaban con su resplandor níveo. Cuanto más se alejaban de las luces y de las hogueras del inmenso campamento imperial, más amplio y más negro se hacía el cielo nocturno, y más solo se sentía Soneka.

Bronzi disminuyó de velocidad tras veinte minutos de viaje y apuntó el morro del vehículo hacia un *wadi* profundo. Al final de la hendidura árida se alzaban unas viejas ruinas, un edificio que tanto podía haber sido un templo como un establo para ganado. Alguien había encendido una hoguera en su interior.

Bronzi detuvo el aerodeslizador y apagó el motor.

—Sal y sígueme. No hagas el idiota. Puedo protegerte, pero sólo hasta cierto punto. Por favor, tenlo en cuenta.

—¿De qué me estás hablando?

—Te estoy hablando de que querían matarte para mantener tapado todo el asunto, y yo les pedí que te dieran una oportunidad. Así que ahora mismo, aparte de tu vida, es mi credibilidad lo que está en juego. No nos fastidies a ninguno de los dos haciendo algo estúpido.

Cruzaron el tramo de arena que separaba al aerodeslizador de las ruinas. Soneka captó el olor de los bloques de combustible ardiendo. La luz del interior del lugar parpadeaba y bailaba entre las sombras.

Entraron. Una pequeña fogata de bloques de combustible y de puñados de hojas secas ardía en mitad del suelo de tierra. Había un hombre al lado del fuego, sentado sobre una piedra tumbada. Se estaba limpiando las uñas con la punta de una pequeña daga.

—Te presento a Thaner —le dijo Bronzi.

Thaner levantó la mirada, y su cara mostró muy poco interés por cualquiera de los dos. Llevaba el uniforme de un bajolur de los Outremars. Tenía el lado izquierdo de la cara marcado por una quemadura antigua de un disparo láser. Incluso sin aquella quemadura, su rostro habría sido mezquino y cruel.

—Te has tomado tu tiempo —dijo.

—Sí, bueno, pero está hecho —le contestó Bronzi.

—¿Tú eres Soneka? —le preguntó Thaner sin dejar de limpiarse las uñas con la daga.

—Sí.

—¿Saliste de Caras con vida?

—Sí.

El individuo frunció los labios.

—Eso te convierte en un cabrón muy duro o con mucha suerte.

—Quizá un poco de las dos cosas.

Thaner se puso en pie y envainó la daga. Luego se limpió el polvo de la pechera del uniforme.

—Voy a hacerte unas cuantas preguntas —le dijo a Soneka—. Si me das las respuestas correctas, todo irá como la seda. Si me das las equivocadas, no importa lo duro que seas ni la suerte que tengas: no saldrás vivo de aquí.

Soneka le sonrió.

—¿Es que han cambiado las reglas? No recuerdo ninguna ocasión en la que un bajolur de los Outremars se pusiera a amenazar a un atamán geno de ese modo.

—Sí, las reglas han cambiado. Por completo. Fíate de lo que te digo.

—No tengo razón alguna para fiarme de ti.

—Sí, sí que la tienes —intervino Bronzi—. Yo.

El fuego chasqueó.

—Estoy esperando —dijo Soneka al cabo de un momento.

—¿A quién se lo has contado? —le preguntó Thaner—. Lo del cuerpo en el PG345.

—A nadie.

—Vamos, vamos, no vas a engañarme. ¿A quién se lo has contado?

—A nadie —insistió Soneka—. Ni siquiera a mis hombres, a los que consiguieron escapar conmigo de Caras. Bronzi lo sabía. Yo lo sabía. Todos los que sabían algo al respecto murieron en Caras. Excepto Dimi Shiban, y no sé qué ha sido de él. —Soneka se volvió hacia Bronzi—. ¿Qué le pasó a Dimi, Hurtado? Tú sí tienes que saberlo. ¿Qué le pasó?

Bronzi se quedó mirando al suelo y no le contestó.

—Así que me estás diciendo que no se lo has contado a nadie.

Soneka se limitó a asentir.

—¿Qué hay de la uxor Mu?

Soneka se encogió de hombros.

—Vale, es cierto. Saqué el tema cuando la vi ayer, después de llegar. Pero ella ya lo sabía.

—¿Ya lo sabía?

—Bronzi y yo nos pusimos en contacto con ella desde PG345 y...

—Cuando se lo dijiste, ¿se comportó como si ya lo supiera? —lo interrumpió Thaner.

—No.

—No —repitió Thaner, asintiendo con la cabeza.

Soneka carraspeó. La luz parpadeante del fuego comenzaba a jugarle malas pasadas. Se mantuvo tenso, con la sensación de que veía cosas con el rabillo del ojo, sombras dentro de las sombras de los bordes de las ruinas. Allí fuera había algo, alguien.

—Mira, no sé por qué decidió negarlo. Supuse que se sentía confusa o que tenía sus propios planes...

—Lo negó porque no sabía nada al respecto —lo volvió a interrumpir Thaner.

—Pero si Bronzi habló con ella. Yo mismo oí la voz de la uxor.

—No, no lo hiciste.

—¡La oí!

—No lo hiciste, en realidad —apuntó Bronzi en voz baja. Le puso una mano en el hombro—. Interceptaron la comunicación. No estábamos hablando con Mu en absoluto.

—No es posible. Utilizó los códigos y las encriptaciones correctas, todas las...

—Nos tienen completamente controlados, Peto. Conocen todos los códigos. Haznos caso.

Soneka se volvió de nuevo hacia Bronzi.

—¿Quién es esa gente, Hurtado? ¿De qué demonios va todo esto?

Bronzi miró a Thaner.

Thaner hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Será mejor que uno de los dos empiece a explicarme de qué va todo esto —les advirtió, con un gruñido.

—Peto... —lo avisó a su vez Bronzi.

—¡Lo digo muy en serio, Hurtado! Que alguien me lo explique ya. ¿Qué le pasó al cuerpo? ¿Lo entregaste?

—Sí, lo entregué. Se lo devolví a la gente que lo había creado.

—No sé qué me quieres decir con eso —le espetó Soneka—. No sé qué narices me quieres decir con eso, Bronzi. ¿Qué le pasó a Shiban? ¿Dónde está? ¿Ha muerto?

Bronzi se quedó mirándolo. Había una expresión de dureza en aquella mirada.

—Estaba muerto antes de subirse al transporte —le contestó.

—Y tampoco sé qué me quieres decir con eso —gruñó Soneka.

—La herida que sufrió, la de metralla, aquí —le explicó Bronzi, señalándose la garganta—. Una parte era de hueso, hueso nurtheno.

—Lo sé. A veces ocurre.

—No sabes nada de nada, Peto —le respondió Bronzi con un tono de voz inquieto—. Estaba dentro de él. Estaba dentro de él y tan sólo era cuestión de tiempo que lo cambiara. Lo sabían. Le pegaron un tiro. Habrían tenido que hacerlo de todas maneras.

—Sigues hablando de una gente a la que no conozco. ¿Quién demonios son ellos?

—No tenemos por qué contártelo todo... —comenzó a decir Thaner.

Peto Soneka siempre había sido muy veloz. Tenía la pistola de cañón chato en la mano y apuntada contra Thaner antes de que éste o Bronzi tuvieran tiempo de reaccionar.

—Empieza a explicarme todo este lío —le ordenó Soneka—. Ahora mismo.

—Peto, por favor... —le suplicó Bronzi.

—Tú cállate. No creas que no soy capaz de apuntarte con esto también a ti.

—Guarda eso —le indicó Thaner.

—Antes quiero unas cuantas respuestas.

Thaner dejó escapar un suspiro. Mantuvo las manos bien a la vista para que Soneka viera con claridad en todo momento lo que iba a hacer. Las llevó a la cintura, se sacó la camisa y la camiseta que llevaba debajo y dejó al descubierto la parte superior de su cadera derecha. Soneka fue capaz de distinguir con bastante claridad la marca.

—Oh... mierda —musitó el atamán.

—El cuerpo era de uno de los nuestros —le aclaró Thaner mientras se bajaba la camisa—. Se lo llevaron del campo de batalla antes de que nuestros equipos de recuperación pudieran localizarlo. Necesitábamos recuperarlo.

—Iba uniformado como uno de mis hombres —le dijo Soneka.

—Era un sargento del Hort Zanzibari llamado Lyel Wilk —le aclaró Thaner con toda naturalidad—. Estaba operando bajo la cobertura de pertenecer a tu unidad.

Soneka tenía un millón de preguntas, y sabía que todas y cada una de ellas tenía una respuesta desagradable. No llegó a hacer ninguna de aquellas preguntas. Quedó aturdido por la sensación de que el universo que conocía había descarrilado a su alrededor. Desde aquel sangriento amanecer en Caras y, sobre todo, desde su charla con Mu la noche anterior, aquella sensación de dislocación había estado amenazando con apoderarse de él. En ese momento, todo en lo que confiaba desapareció, y no quedó nada debajo, ni respuestas ni explicaciones, nada en lo que pudiera confiar o que pudiera reconocer.

Un pánico elemental se apoderó de él. Apuntó la pistola a la cabeza de Thaner y apretó el gatillo. Algo se estampó contra su costado y el disparo salió desviado al caerse al suelo. Ese algo era Bronzi. Le había propinado un puñetazo en las costillas.

Antes de que Soneka tuviera tiempo de procesar esa información, Thaner le había quitado la pistola de la mano de una patada. El arma desapareció, repiqueteando entre las sombras. Thaner le lanzó otra patada, esta vez al estómago, para mantenerlo en el suelo. Fue un golpe brutal. Todo el aire que Soneka tenía en los pulmones salió despedido fuera, y sintió un tremendo dolor interno que sólo podía significar la rotura de algún órgano.

—No nos sirve de nada —oyó que le decía Thaner a Bronzi mientras desenvainaba la daga.

—¡No lo hagas! —le advirtió Bronzi.

—Es un peligro. No podemos utilizarlo.

Soneka se retorció en el suelo, jadeante e incapacitado por el dolor. Vio que Thaner se le acercaba empuñando la daga para asestarle el clásico golpe de clavarle el arma y luego retorcer la hoja dentro del cuerpo.

—Ya que lo hemos traído hasta tan lejos, ¿por qué no le enseñamos el resto? —dijo una voz—. Si sigue poniendo objeciones, podrás clavarle eso en el corazón, Thaner.

Los pulmones de Soneka comenzaron a funcionar de nuevo. Inhaló una bocanada de aire entre toses mientras las lágrimas le bajaban por las mejillas.

—¿Peto? Peto, mírame. ¿Peto? —lo llamó Bronzi.

Soneka levantó la vista. Bronzi se había levantado la camisa. Su cadera derecha estaba mucho más provista de carne que la de Thaner, pero la marca era exactamente la misma.

—Oh, Terra... —jadeó Soneka—. No... Tú también no, Hurtado.

—Es la marca de la hidra —dijo la misma voz de antes—. Es la marca que les concedemos a nuestros amigos, a los amigos en quien podemos confiar.

Soneka oyó el sonido de unos pasos pesados que aplastaban el suelo de tierra. Una sombra cayó sobre él y le tapó la luz de la hoguera.

El atamán lo reconoció a pesar de que sólo se veía una silueta. Era un astartes con toda la armadura puesta.

—La Legión Alfa... —susurró.

—Exacto. —El astartes se agachó sobre Soneka—. Peto, creo que eres un buen hombre, sincero y de confianza. Creo que podríamos ser amigos. No siento deseo alguno de matarte, pero lo haré sin contemplación alguna si mantienes esta actitud de resistencia.

—Entonces, dejad de mentirme —gimió Soneka, con la voz contraída por el dolor.

—No voy a mentirte, Peto.

—¿Cómo te llamas?

—Alpharius.

Peto Soneka comenzó a reírse. Fue un sonido desgarrado, doloroso.

—Mentiras, mentiras y más mentiras. Sé con certeza que lord Alpharius está en el gran pabellón ahora mismo, en una reunión con el comandante general Namatjira. Me has mentido, así que será mejor que me mates ya y acabemos de una vez.

—Thaner, dame tu daga —dijo el astartes.

—Para seguir adelante con la campaña de Mon Lo, necesitaré un acceso ilimitado a sus astrotelépatas, señor —dijo Alpharius.

—¿Por qué?

Los allí reunidos estaban sentados en sillones bajos. Los sirvientes se apresuraban con la comida. Namatjira se quedó sorprendido por la delicada agilidad con que los astartes se llevaban la comida a la boca con los enormes guanteletes que llevaban puestos. A pesar de su tamaño, aquellos seres eran hábiles y refinados.

—El poder psíquico es un arma clave para anular esa amenaza nurthena —le explicó Pech.

—Esa amenaza... Ya nos han hablado de esa fuerza, el Caos, pero me temo que

suena como las tonterías de la superstición propia de las épocas oscuras.

Alpharius sonrió mientras extraía la carne de un caracol, que quedó empequeñecido en su guantelete motorizado. Se llevó la carne rosada a la boca.

—Ya habéis visto con vuestros propios ojos cómo actúa, mi señor. ¿Cómo lo explicáis? Lord Wilde insiste en llamarlo magia.

—No es magia —apuntó Herzog.

—Y a la vez lo es —añadió Pech—. Es la propia sustancia de lo que la humanidad ha llamado magia desde el principio de la historia.

—Lo que Ingo y Thias quieren decir es que hay una fuerza primigenia en nuestra galaxia que desafía toda comprensión. Es maligna y poderosa, y existe en paralelo a nuestro plano de referencia. Reside en el espacio disforme.

—¿Y eso es a lo que vos llamáis el Caos? —le preguntó Namatjira.

—Utilizamos esa palabra, Caos, pero es un término muy impreciso. Se trata de un poder primordial, y que puede ser utilizado por aquellos que han caído bajo su influencia.

—¿Ya lo han visto antes?

—Sí, mi señor, una o dos veces. Es una maldición cósmica, un efecto nocivo que fluye de forma libre en algunos lugares. Subvierte la mente y corrompe la voluntad.

—¿Nos corromperá a nosotros?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Alpharius, echándose a reír antes de engullir otro cuerpo de molusco—. No se trata en absoluto de una plaga. Sin embargo, está profundamente arraigado en la sociedad nurthena. Les permite el acceso a una serie de habilidades que nosotros consideraríamos ocultistas. Los psíquicos son nuestra mejor defensa ante el Caos. Nos permitirán acabar con la ventaja del enemigo. Por esa misma razón, me gustaría que la Geno Chilíada fuera desplegada en la vanguardia del asalto cuando éste se produzca.

—¿Por la misma razón?

—Las uxores de la Chilíada son psíquicas de bajo nivel. Eso nos proporcionará una cierta ventaja.

—Que así sea —confirmó Namatjira. Miró fijamente a Alpharius—. Mi señor primarca, confío en vos. Espero que saquemos una victoria limpia de este asunto tan desastroso.

—Su confianza está bien depositada, mi señor —le contestó Alpharius.

Dinas Chayne apareció detrás de lord Namatjira y le susurró algo al oído. El comandante general asintió.

—Os pido disculpas, mi señor primarca. A pesar de que encuentro esta conversación fascinante, debo retirarme. Ciertos asuntos reclaman mi atención.

Alpharius asintió.

—Lo entiendo. Yo también debo irme. Omegon me ha enviado una señal. Gracias

por este festín, mi señor. Ha sido una bienvenida cálida y excelente.

Los dos se pusieron en pie, y el silencio se apoderó del pabellón.

—Atención. Atención todo el mundo, por favor —gritó Namatjira—. Continúen disfrutando de esta noche. Que nada estropee este descanso tan merecido. Lord Alpharius y yo debemos retirarnos a pensar en los días venideros. ¡Coman y beban a placer!

Se oyó un rugido de aprobación en todo el pabellón.

—He tenido el gusto de conocerlos a todos —les dijo Alpharius—. Estoy seguro de que juntos habremos acabado esta campaña dentro de una semana. Señoras, señores, a disfrutar.

Alzó la copa y bebió un largo trago.

Un sirviente tomó la copa vacía de manos de Alpharius.

—Comandante general —saludó finalmente Alpharius, con un elegante gesto de asentimiento.

—Lord Alpharius, esta noche he aprendido mucho. Mi visión del orden cósmico ha cambiado. Espero poder hablar más con vos sobre este tema.

—Por supuesto.

—Que Terra os dé descanso y el Emperador os proteja —le deseó Namatjira.

Salieron del pabellón en direcciones opuestas. El festín continuó tras su marcha.

Namatjira salió a la fría noche por el porche sur. Sus luciferes lo estaban esperando.

—Informadme. ¿Habéis descubierto algo respecto a la uxor Rukhsana?

—No, mi señor —le contestó Chayne—. Sin embargo, no hay duda alguna de que un agente externo está actuando en nuestro seno. El espía ha matado a uno de mis hombres, justo fuera del pabellón. Ha estado demasiado cerca y es tremendamente bueno. Tenemos que purgar nuestras filas de inmediato.

Namatjira asintió.

—Ocúpate de ello. Tienes mi autorización. Por cierto, ¿qué sacas en claro de los astartes?

Dinas Chayne miró con frialdad a su señor y comandante.

—Todos y cada uno de ellos estaban mintiendo.

Alpharius, Pech y Herzog salieron por el porche occidental. Omegon los estaba esperando. Había ordenado a los guardias del perímetro que se marchasen para poder estar solos. Las cuatro figuras enormes acoplaron el paso y cruzaron las dunas bajo la fresca oscuridad en dirección a su nave.

—¿Qué tal estuve? —preguntó el astartes que había desempeñado el papel de Alpharius toda la noche.

—Imperial —le contestó Pech.

—Autoritario —añadió Herzog—. Pero es que tú tienes cierta ventaja, Omegon. Además, creo que disfrutas haciendo de primarca.

—¿No lo hacemos todos? —bromeó Pech.

—Bueno, Sheed —dijo Omegon, mirando al astartes que se había hecho pasar por él esa noche—. ¿Qué es lo que ha pasado?

Sheed Ranko, el señor de la élite de exterminadores de la Legión Alfa, era un astartes especialmente robusto y grande. Era un buen doble tanto de Omegon como de lord Alpharius en circunstancias diplomáticas. Las enormes placas de armadura de las hombreras subieron y bajaron cuando se encogió de hombros.

—Grammaticus estuvo aquí e intentó espiar la reunión. Eliminó a un lucifer negro.

—Entonces es bueno —apuntó Omegon.

—Es muy bueno —aseguró Herzog.

—Pero está herido —añadió Ranko—. Y está quemado. He analizado su sangre.

—¿Has conseguido una identificación? —preguntó Pech.

—Sí: Konig Heniker. Al parecer, es un espía del Ejército. Un agente encubierto, un especialista.

—¿Él es Grammaticus?

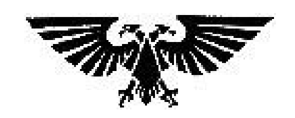
Ranko asintió.

—Eso creo. Es muy astuto, y está muy capacitado. Los luciferes le tienen un poco de miedo, y hay muy pocas cosas capaces de dar miedo a esos cabrones. Tenemos que encontrarlo, y hacerlo antes de que lo hagan ellos. Le he ordenado a Shere que lo busque.

—¿A qué estamos esperando? —quiso saber Herzog.

—¿Dónde está Alpharius? —preguntó a su vez Omegon.

—En el desierto —le contestó Sheed Ranko—. Está atando otro cabo suelto.



NUEVE

Puerto Mon Lo, Nurth,
justo antes del amanecer del día siguiente

John Grammaticus forzó la apertura de las mandíbulas del dragón que estaba tragándoselo gracias a la pura fuerza de voluntad y al tenso poder muscular de sus brazos, y salió rodando del horno de sus mandíbulas para caer en la fría arena.

Estaba demasiado débil para seguir luchando, pero no importaba. El dragón se había marchado, como sucede en todos los sueños en el momento en que una persona se despierta.

Grammaticus se quedó tumbado y temblando durante un rato en la cuenca que se abría detrás del solitario *tel*. Las heridas que había sufrido la noche anterior eran peores de lo que había pensado. Tenía las manos desolladas, y la mayoría de los dedos se negaban a doblarse, bien porque estaban demasiado hinchados, bien porque estaban rotos. Los antebrazos estaban cubiertos de señales azuladas por los golpes que había sufrido al desviar las acometidas de sable del lucifer, pese a la armadura que le protegía los brazos. Tenía la cara irritada e hinchada, tumefacta alrededor del puente de la nariz, que estaba rota, lo que hacía que tuviera los ojos medio cerrados. Los orificios nasales estaban negros por la sangre reseca y la parte posterior de la cabeza era una gran contusión demasiado sensible como para poder tocarla.

La noche anterior había sentido dolor, pero también había estado caliente e impulsado por la adrenalina. Dormir al raso había reducido su temperatura corporal y lo había privado de cualquier sensación que no fueran náuseas y un dolor lacerante.

Grammaticus había huido hacia el desierto tras su enfrentamiento con el lucifer. No le parecía demasiado seguro dirigirse hacia el palacio de terracota. Sabía que estaba siendo perseguido por, al menos, dos poderosos enemigos, la Legión Alfa y la escolta del comandante general. Había encontrado un lugar donde refugiarse en el

mar de dunas, y se había dispuesto a dormir, especulando sobre la mejor forma de continuar su misión.

Sin embargo, bajo aquel gélido amanecer, tembloroso y herido, Grammaticus comenzó a pensar que su misión ya no era viable. Las pocas posibilidades que podía tener de redimirse a sí mismo y acabar su misión seguramente se habían desvanecido. Temía estar demasiado herido y demasiado comprometido en su identidad falsa como para arriesgarse a continuar. Tal vez era el momento de abandonar la misión y marcharse. La Cábala tendría que encontrar otra forma de alcanzar sus designios.

Se levantó de forma insegura. Una débil luz comenzaba a asomar por el horizonte mientras el amanecer se abría paso por el cielo. Seguiría haciendo mucho frío durante una hora más o menos, luego el sol habría salido en su totalidad, como un punto blanco en un papel secante rosado, y la tierra se convertiría en un horno. Y él estaría muerto.

Pero John Grammaticus no había huido ciegamente hacia el desierto desolado. Podía leer los mapas tan bien como leía los labios. Antes de sumergirse en la ofensiva contra Mon Lo se había pasado tres días explorando los límites del desierto a veinte kilómetros al sur del palacio. Había cavado diligentemente agujeros de contingencia, y cada uno de ellos estaba preparado para desempeñar su función en cualquiera de las estrategias de huida que pudiera verse obligado a emprender.

Sí, decidió, había llegado el momento de marcharse. Había dado lo mejor de sí mismo, y había fallado. Había sido un estúpido por permanecer tanto tiempo como lo había hecho, especialmente después de su encuentro con el dragón. Sus expectativas se habían reducido a tres simples posibilidades. Podía escapar vivo e intentar persuadir a la Cábala de que su fracaso en Nurth no era un pecado capital. Podía escapar y ocultarse de la Cábala tanto tiempo como le fuera posible. O podía morir en el desierto. La Cábala no era el amo generoso que había sido antaño, pero en cualquier caso, la primera opción parecía la mejor. Rezaba para que siguiera siendo suficientemente útil como juguete para que lo perdonaran.

Caminó hacia el oeste durante un kilómetro, liberando un poco de estimulante para despejarse y afinar sus sentidos. El estímulo químico lo ayudó a amortiguar el dolor de los brazos, los nudillos y la cabeza. Cuando su mente se aclaró, se detuvo y verificó su posición gracias a los puntos de referencia que había memorizado pacientemente durante su reconocimiento: un apilamiento de seis piedras planas, un cráneo con cuernos de varias décadas de antigüedad, unos matorrales que parecían el mapa de Crimea.

En menos de quince minutos encontró el pozo.

Se encontraba en el fondo de un *wadi* especialmente profundo, un pozo de la lluvia invernal que el largo verano no había evaporado. El pozo tenía menos de un metro de profundidad en el centro, y el agua se había reducido a poco más que un

cieno salobre y amarronado. No era potable, pero estaba lo suficientemente limpia como para limpiarse con ella. Se estremeció cuando las sales minerales del agua quemaron y esterilizaron sus heridas.

Gruñó con los dientes apretados cuando se pasó el líquido por la parte posterior del cráneo con las heridas manos.

Los primeros rayos del sol naciente empezaron a golpear en la fría negrura del barranco como lanzas láser. Grammaticus siguió con cautela la pared del *wadi* alrededor de un punto marcado con dos fragmentos de ónice. Cavó torpemente la arena con sus destrozadas manos y tiró del paquete que había enterrado allí.

Era una mochila estándar del ejército, cubierta con una tela impermeable. En su interior había dos botellas de litro de fluido rehidratante, un paquete de barritas alimenticias que empezó a comer inmediatamente, una cápsula médica, un cuchillo plegable, una pistola láser con dos cargadores adicionales, tres bengalas químicas, un autolocalizador, un mono corporal limpio, enrollado alrededor de un montón de documentos envueltos en plastek, y una placa de datos para escribir.

Se sentó y se dedicó a masticar una de las barritas alimenticias y a tomar pequeños sorbos del fluido de una de las botellas. Luego rebuscó entre los documentos: tenía dos identidades alternativas ya preparadas, junto con dos placas en blanco que podía configurar rápidamente mediante las muestras génicas cargadas en la placa de datos.

Repasó una de sus estrategias de huida. La comida y el fluido le permitirían llegar hasta su siguiente depósito de suministros, situado ocho kilómetros al sur. Entonces debería utilizar el autolocalizador para llamar a una nave de rescate de la flota. Las bengalas ayudarían a la nave a encontrarlo. Estarían ansiosos por recoger a su precioso Geno Cinco-Dos perdido en el borde del desierto, y eso era precisamente lo que uno de los documentos previamente preparados decía que era. Había sido muy cuidadoso al preparar unos documentos con la identidad de un atamán perdido durante las semanas anteriores. Peto Albari Soneka, atamán de los Bailarines, perdido en acción desde la incursión PG345. Grammaticus practicó el acento feodosiyaco. Podía hacerlo sin ningún problema.

Para cuando alguien se diera cuenta que no era Peto Soneka, se habría desvanecido tras dos o tres identidades distintas, y se habría perdido en el laberinto de datos de la flota. Y entonces, ¿qué? ¿Una litera en una nave de suministros que se dirigiera hacia las regiones centrales? Algo simple. Algo poco exigente. Un centenar de naves iban y venían cada día para abastecer las descomunales necesidades del avance de la 670ª Flota. Podría marcharse en una de ellas antes de que nadie sospechara, y en alguna colonia perdida, a más de noventa años luz de allí, saldría de la nave y desaparecería para siempre. Para siempre.

Pensó en utilizar la cápsula médica para curarse las heridas, pero consideró que

esas mismas heridas sucias reforzarían la historia del superviviente que estaba intentando tejer.

Grammaticus suspiró y empezó a recoger las cosas. Trató de no pensar más en Rukhsana Saiid. Gahet, ese viejo cabrón, tenía razón. Ése había sido un mal paso. No había comprometido su misión tanto como sus posibilidades de supervivencia. Era probable que ella pagara el precio de su desaparición. Una vez más, despreció sus propias debilidades. La había utilizado tan mal, tan a conciencia, y aun así la triste realidad era que realmente sentía algo por ella. Quizá, una vez hubiera regresado a la flota y estuviera actuando bajo una nueva identidad, podría arreglarlo para ponerse en contacto con ella. Podía sacarla de allí y llevársela con él. Evidentemente, eso implicaba el riesgo de quedar expuesto..., tal vez demasiado expuesto.

—¡Soy un cobarde! —gritó al desierto, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Sí que lo eres —le replicó el desierto.

Grammaticus se puso de pie de un salto, con el corazón latiendo rápidamente. Obligó a sus dedos rotos a sostener la pistola láser, y apuntó con ella.

A la nada.

Pistola en mano, miró a su alrededor, tratando de localizar la fuente de la voz.

Muéstrate, proyectó.

—Estoy aquí mismo, John.

Miró hacia abajo, hacia el oscuro pozo. La Cábala estaba utilizándolo como reflejo. Esta vez no era Gahet. Esta vez habían enviado a Slau Dha.

—Has estado callado durante mucho tiempo —dijo osadamente Grammaticus, pese a que la visión de Slau Dha lo aterrorizaba—. Os llamé y nadie respondió. ¿Y ahora venís?

Slau Dha asintió. Su reflejo era extraordinariamente puro, como un holograma proyectado desde el agua del pozo. El autarca miró a Grammaticus a través de las aberturas de su resplandeciente casco de color blanco hueso. Era tan delgado como alto. Las plumas blancas de sus gigantescas alas captaban la luz creciente. A pocos metros por delante de la gigantesca figura blanca se encontraba G'Latrro, el pequeño interpolador xshesiano de Slau Dha.

—¿Qué queríais, mi señor? —le preguntó Grammaticus.

Slau Dha murmuró algo.

—Quiere saber porque te estás rindiendo ahora, cuando estamos tan cerca del objetivo —tradujo G'Latrro al ppfif'que común, aunque no era necesario hacerlo. Grammaticus hablaba la lengua eldar bastante bien.

—Mi posición ha quedado comprometida. Debéis entenderlo. No puedo acercarme más. No puedo hacer lo que queréis que haga.

Slau Dha no replicó. Siguió mirando a Grammaticus.

—¿Estás dando por concluida esta misión? —preguntó el pequeño xshesiano en

ppfif’que.

Grammaticus cambió a la lengua eldar haciendo caso omiso del jorobado insectoide y mirando directamente al autarca.

—He dicho que no puedo...

—Ya sabe lo que has dicho, John —lo interrumpió G’Latrro. El xshesiano tenía que mover sus componentes bucales de forma rápida y ágil para emitir sonidos aproximadamente humanos—. Pensaba que la Cábala te había entrenado bien. Que te había proporcionado todos los detalles. Que había compartido toda la Acuidad contigo.

—Lo hizo, pero...

—Pensaba que comprendías la importancia de esta maniobra.

—Lo comprendo, pero...

—¿Por qué estás abandonando, John?

Grammaticus negó con cabeza y tiró la pistola láser al interior de la mochila.

—No soy el adecuado para vosotros. Esta situación ya ha dejado de ser viable. He tratado de acercarme más a la Legión Alfa y no puedo. Son demasiado cautelosos. Deberíais utilizar a otro agente e intentarlo en otro lugar. ¿Tal vez otra legión?

—¿Ahora estás haciendo planes por nosotros, John Grammaticus? —G’Latrro prefirió no traducir la pregunta de Slau Dha. En vez de ello la transmitió directamente. La pregunta era simple, pero envuelta en la forma acusativa eldar sonaba a amenaza de muerte.

—Nunca me atrevería, mi señor —dijo Grammaticus temblando.

—Dos años del universo real, eso es todo el tiempo que tenemos antes de que empiece —dijo G’Latrro, transmitiendo los susurros de Slau Dha—. Como máximo una década antes de que termine. Ésa es nuestra ventana de oportunidad. Nuestra única posibilidad de convertir a tu irresponsable raza en un instrumento del bien.

—Jamás os han gustado demasiado los humanos, ¿verdad, honorable señor? —le preguntó Grammaticus.

—*Mon-keigh* —dijo el autarca, con desprecio.

—Sois mala hierba, renacuajos —glosó el xshesiano.

—No, decidme lo que pensáis de verdad —insistió Grammaticus. Slau Dha murmuró.

—Sois la plaga de la galaxia, y seréis sus destructores o sus salvadores —dijo G’Latrro.

—Por eso me encantan nuestras conversaciones —le contestó Grammaticus, con una sonrisa—. Es muy enriquecedor hablar con un ser que considera toda mi especie como una aberración temporal en la evolución de la galaxia.

—¿No lo eres? —inquirió Slau Dha en gótico bajo con un marcado acento.

—¿Sabes qué? Jódete, estirado cabrón eldar. ¡Vete a la mierda! Y escóndete en

cualquier esquina del cosmos que consideres segura. Déjame en paz. Deja de reflejarte y acosarme.

Grammaticus escupió. Su escupitajo aterrizó en el pozo y causó unas ondas que se propagaron y rompieron alrededor de las blindadas espinillas de Slau Dha.

—John —dijo G'Latrro—. ¿Qué te ha hecho pensar que estaba reflejándose aquí?

Grammaticus retrocedió rápidamente, tartamudeando.

—¡No, no... no!

El autarca dio un paso hacia él, sobrepasando al encapuchado xshesiano y removiendo el sedimento del pozo con los pies.

Grammaticus se abalanzó hacia su mochila, pero el eldar, como había sucedido desde el principio de los tiempos, fue mucho más rápido. Un borrón blanco llegó junto a él en un instante y lo agarró por el cuello. Unos dedos largos y blindados le apretaron la garganta y lo obligaron a doblegarse.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Aghh!

Slau Dha apretó con más fuerza el cuello de Grammaticus.

—No me supliques, *mon-keigh*.

—¡Ghnn! ¿Habéis venido... habéis venido... en persona?

—Sí, John —respondió G''Latrro, poniéndose a su altura—. Lord Slau Dha ha venido en persona porque es muy importante.

—Dos años, eso es todo el tiempo que tenemos —dijo el insectoide, transmitiendo los casi inaudibles susurros del gigante blanco—. Dos años, John. La Cábala lo ha visto claramente, utilizando los talentos de nuestro vidente y los visionistas. Incluso el Drahendra lo ha visto, y ya sabes lo lentamente que se mueve.

Grammaticus asintió. El Drahendra era la más silenciosa e inescrutable facción representada en la Cábala. Polvo energizado inteligente, prácticamente extinguido, los últimos de ellos existían como una piel membranosa alrededor de moribundos gigantes de gas. Incluso ellos percibían el rápido cambiar del destino universal.

—Vamos a morir todos. Sólo los *mon-keigh* pueden alterar el curso de los acontecimientos.

—Me gustaría que dejaras de llamarnos así —dijo Grammaticus a G'Latrro, frotándose la dolorida garganta.

—Se denominará una herejía —replicó Slau Dha a través del interpolador. Las piezas bucales del insectoide se movían febrilmente—. Detendrá de golpe el crecimiento de vuestra especie. Incluso vuestro glorioso Emperador se perderá en ella.

—¿Perdido?

—Va a morir, John.

—¡Oh, gloria! ¿Estáis seguro?

—Ha sido augurado. Morirá para siempre. Y su eterna muerte es lo que queremos

evitar. Pese a lo insignificante que es, vuestro Emperador es un elemento vital en esto.

—¿Y Horus?

—Un monstruo. Todavía no, pero pronto. Un monstruo que engullirá todos los monstruos.

—¿No se le puede detener? ¿Hacerle frente con otra legión, quizá?

—John, los hemos probado a todos, uno por uno. Al principio los Ángeles Oscuros, hace siglos. Hay demasiada corrupción inherente en ellos. Las debilidades de las semillas genéticas de las legiones más antiguas se han incrementado por la necesidad de mantener sus efectivos para la Gran Cruzada. Todos ellos se han debilitado de una forma u otra. Son vulnerables. Pero la Legión Alfa, la última, la que queda..., todavía son lo suficientemente puros. Novatos, receptivos a los cambios.

—¿Seguro...?

—John, escúchalo —dijo G'Latrro—. Dejó que la Cábala entrara en la Biblioteca Negra para que pudieran leer esta verdad. Rompió todos los antiguos edictos para que esto sucediera. Está predeterminado. La Cábala ha perdido cientos de agentes por tratar de reclutar a los astartes.

—¿Agentes humanos?

—Sí, John, agentes humanos. Agentes de todas las especies. John, la Legión Alfa es nuestra última esperanza. Son los recién llegados. Su semilla genética no ha quedado diluida por las guerras terrestres y alienígenas. John, debemos...

Slau Dha habló de nuevo, interrumpiendo a su interpolador.

—Tu primera muerte —dijo, hablando en la lengua eldar, conocedor de que Grammaticus no tenía necesidad de intérprete.

—Mi primera muerte —repitió Grammaticus en la misma lengua—. Colmena Anatol. Jamás os pedí que me salvarais, autarca. Fuisteis vos quien decidió hacerlo, ¿recordáis? Vos decidisteis recubrirme de piel y convertirme en vuestro agente. No oséis pedir la devolución de favores que yo jamás pedí.

Se produjo un largo silencio.

—Debo hacerlo, John —replicó Slau Dha.

Empezó a susurrar de nuevo.

—Esto ya no tiene nada que ver con la misión —tradujo G'Latrro—. La misión sigue siendo vital, pero otro factor ha entrado en escena, un factor impredecible.

—¿De qué se trata? —preguntó Grammaticus.

—Es algo que anteriormente era invisible para la Acuidad de la Cábala. La Cábala eligió Nurth como una oportunidad ideal para demostrar los efectos del Aniquilador Primordial de la Legión Alfa. Al final ha resultado que, tal vez, sea demasiado para una demostración.

—No lo entiendo —dijo Grammaticus—. ¿Qué queréis decir?

—Es por eso que he venido en persona —respondió tranquilamente Slau Dha.

—Hace poco hemos descubierto —intervino G'Latrro—, que los nurthenos poseen un Cubo Negro.



DIEZ

Puerto Mon Lo, Nurth,
más tarde esa misma mañana

Seguida de sus ayudantes, Honen Mu salió al brillante sol que bañaba uno de los amplios patios del palacio de terracota. Caminaba como ella siempre hacía, como si estuviera llegando tarde a algo importante y nada pudiera detenerla.

Otras uxores, así como los atamanes superiores, ya estaban reuniéndose en el patio, charlando en pequeños grupos o leyendo informes de datos. La reunión matinal con Sri Vedt y el mayor general Dev debía empezar en menos de media hora, y las expectativas eran grandes. Con todo el poder de una fuerza de combate astartes en liza, dirigida personalmente por el primarca de esa legión, todo el mundo esperaba un rápido incremento de las operaciones, probablemente un asalto a gran escala, y muy pronto. Todos sabían que el comandante general estaba muy enojado por el teatro de operaciones de Mon Lo, y esperaba que la Legión Alfa lo tomara rápidamente y lo limpiara, acabando así con todos sus problemas.

Sus ayudantes le hablaban atropelladamente. El día era soleado pero frío, debido a las ráfagas de viento que soplaban procedentes del desierto. El cielo parecía que estuviera moviéndose hacia atrás aún más lentamente que antes. La mancha de vapor encima de Mon Lo permanecía tan oscura e inmóvil como siempre, pero los gritos parecían haber disminuido un poco. El sonido persistía al límite de lo audible, como si estuviera debilitado. Honen Mu se detuvo de repente.

—¡Callad! —les ordenó, y sus ayudantes se callaron—. Sólo una a la vez.

—Dos intentos de incursión a lo largo de las defensas durante la última noche —dijo Tiphaine—. Uno en PG412, alrededor de medianoche, repelido por un contingente de los Outremars tras un tiroteo intermitente; el otro, un ataque en PG416, repelido fácilmente por la compañía Knaves.

—¿Bajas?

—Ninguna en ambos casos, uxor —le informó Jhani.

—¿La estimación de fuerzas enemigas? —quiso saber Mu.

—Ambas incursiones fueron realizadas por incursores nurthadtre —dijo Leeli—, con una fuerza aproximada de no más de treinta individuos. Eran unidades skiritari ligeramente armadas, perros del desierto, cada una de ellas probablemente dirigida por un echvehnurth de élite. Se fundieron con el desierto tan rápidamente como pudieron.

—Están poniendo a prueba nuestras líneas, buscando puntos débiles —apuntó Jhani.

Honen Mu miró de reojo a la chica. Jhani bajó la cabeza.

—Como evidentemente vos ya habréis deducido, uxor —murmuró.

—¿Algo más? —preguntó Mu.

—Hay unos informes fragmentarios sobre un espía que fue expulsado del pabellón la pasada noche —informó Tiphaine.

—Define «expulsado» —dijo Mu.

—Un agente insurgente llegó a encontrarse cerca del pabellón durante la reunión del comandante general con los astartes —continuó Nefferti—. Fue descubierto y huyó, probablemente hacia el desierto.

—¿Ha sido confirmado?

—No es más que un rumor. El personal del comandante general no parece dispuesto a admitir que tal osadía tuvo lugar.

—No me extraña, un agente acercándose tanto... —musitó Mu.

—El rumor también indica que ese agente podría haber acabado con un lucifer negro —añadió Erikah.

Honen Mu dirigió la vista a Erikah. La chica no se amedrentó ante la dura mirada de Mu. A Mu le gustaba la fuerza de Erikah. Era mucho más joven que Tiphaine, la ayudante principal de Mu, la más joven de todas ellas; Erikah poseía un gran potencial. Le recordaba a Mu como era ella misma: imperturbable, fuerte, decidida.

—¿El agente enemigo mató a un lucifer?

Erikah asintió.

—Justo en el exterior de la tienda, y nadie en el interior oyó nada. Evidentemente, el personal del comandante general lo niega, pero ya sabéis cómo se propagan estos rumores.

—Conozco un bajolur de los Outremars que dice haber visto cómo retiraban el cuerpo a toda prisa —afirmó Leeli.

«Me hago una idea de cómo llegaste a "conocer" a ese bajolur», pensó Mu.

—Mierda —susurró—. ¿Incineraron al lucifer?

—Aunque el personal del comandante general se ha negado a comentar el rumor

—dijo Tiphaine—, el mando operacional de seguridad ha sido puesto en código de alerta seis desde alrededor de la medianoche de ayer.

Mu asintió. Código de alerta seis era el máximo nivel de seguridad posible.

—Nos hemos enterado de que el comandante general ha autorizado que los miembros de los Luciferes Negros realicen una purga total de seguridad en todas las unidades del Ejército —dijo Jhani—. Todo el mundo debe estar dispuesto a ser interrogado por ellos sin previo aviso. El comandante general está claramente dispuesto a acabar con cualquier espía antes de que se inicie el asalto.

—Eso es exactamente lo que yo haría —suspiró Mu.

«He de limpiar algunas cosas antes de que esto suceda», pensó. He de limpiar las filas de la Chilíada rápida y efectivamente, antes de que los malditos luciferes encuentren que nuestro regimiento no da la talla. Noto en los huesos que en nosotros reside una debilidad. Rukhsana, Rukhsana, esa mala zorra, seguro que ella oculta algo, y lo descubriré antes de que el Viejo Centenar quede manchado y en desgracia.

Levantó la mirada hacia el cielo y observó cómo se deslizaba hacia atrás, lenta y antinaturalmente, como una pictoalimentación de hielo que se convirtiera en agua fundida y se moviera hacia atrás. El viento del desierto agitó sus capas.

—¿Uxor? —la llamó Nefferti.

—Esperad aquí, por favor —dijo Mu, y avanzó a paso rápido por el patio. Sus ayudantes se quedaron donde estaban, susurrando y cotilleando.

—Latigeno —dijo Mu.

Franco Boone volvió la mirada hacia ella. Estaba conversando con la uxor Sanzi y sus ayudantes.

—Uxor —saludó con la cabeza—. Estaba a punto de ir a buscaros.

—¿Me permite un instante? —dijo Mu.

Se alejaron a pie de la multitud, hacia el borde sur del patio, bajo la sombra de la columnata.

—Algo apesta —soltó Boone, manteniendo baja la voz.

—Prosiga —le replicó ella.

—Déjeme preguntarle algo —dijo Boone—. Respecto a la uxor Rukhsana. Me dijo que ella estaba ocultando algo. ¿Podría ser una aventura amorosa con el atamán Pius?

Mu lo miró atentamente.

—Puede ser, no tengo ni idea de lo que oculta. ¿A quién le importa?

Boone se encogió de hombros. Abrió la cajita dorada que colgaba de su cuello y tomó un pellizco del polvo.

—La cosa es —dijo, mientras lo aspiraba por la nariz—, que registramos las pertenencias de Rukhsana para encontrar alguna prueba de lo que decís. Encontramos al atamán Pius allí, osado como el bronce y el doble de desnudo.

Mu se rió. Se sintió aliviada. Si eso era todo, explicaba el comportamiento de Rukhsana, y ella se había preocupado por nada.

—Ahí tenéis vuestra respuesta —dijo ella—. Me disculpo por haberos puesto en este brete.

La siniestra mirada de Boone no se había apaciguado.

—El problema no ha hecho más que empezar, uxor —afirmó—. Lo cierto es que no podría haber sido Pius, a no ser que Pius sea capaz de estar en dos sitios a la vez. Fuera quien fuera, me engañó totalmente a mí y a dos de mis mejores hombres.

—No lo entiendo —manifestó Mu. De repente, y pese a su capa, notó el gélido viento y se estremeció.

—Y yo tampoco, mi señora —admitió Boone—. Me pasé toda la noche vigilando a Pius. ¿Sabe a quién vi con él? —Boone se rascó el extremo de su aguileña nariz y le dirigió una mirada significativa.

—Tendréis que decírmelo, Franco —le replicó ella.

—A Soneka.

Ella se quedó mirando al latigeno.

—¿Y qué? Son viejos amigos.

Boone hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Soneka tiene la palabra «sospechoso» escrita en la frente, Mu. Él salió vivo de Tel Khat y vino a vos con no se qué historias. ¿De qué iban? ¿Sobre un «cuerpo» y Hurtado Bronzi? Soneka, Pius, las piezas no encajan.

—Estoy seguro de que lo harán —le aseguró ella.

Boone negó, una vez más, con la cabeza.

—No de una forma que me haga sentir cómodo, uxor.

Mu se mordió los labios y miró hacia el lento cielo, parpadeando ante la intensidad de la luz.

—La historia de Peto era una invención —dijo ella—. Él mismo lo admitió. Estaba delirando después de todo su sufrimiento y...

—Nosotros nos dirigimos a él para hablar —la interrumpió Boone—. Simplemente para hablar. Y él nos atacó y huyó.

Mu no replicó.

—Está ocultando algo —afirmó Boone—. Soneka está confabulado con Pius, o con quien esté pretendiendo ser Pius. Me gustaría tomármelo a broma, pero estamos hundidos hasta el cuello. Los luciferes se están acercando mucho. Una purga. Si desentierran cualquier trapo sucio, nuestras cabezas rodarán, literalmente. Ya sabéis lo compasivo que puede ser Namatjira. Habría destripado alegremente al geno si eso pudiera servir de ejemplo para cualquier traidor.

Mu miró a Boone tan directamente que éste se vio obligado a apartar los ojos.

—Franco, Peto Soneka no es el problema. Es un buen hombre, un hombre

realmente cabal que ha pasado por un infierno en las últimas semanas. Estaba temblando y delirando cuando hablamos con él. No es un espía. Huyó porque lo asustaste. Apostaría mi vida en ello.

Boone finalmente encontró el coraje para devolverle la mirada.

—Huyó, Mu. Nos atacó y huyó. Desapareció, y esta mañana Bronzi también había desaparecido. Sus bashaws no saben dónde está. No le han visto el pelo desde ayer al amanecer. Se ha largado lejos de nuestro alcance. Juro que están juntos en esto, Mu... Soneka, Pius y Bronzi, tres de nuestros mejores atamanes. No estamos hablando de jóvenes genos recién llegados. Son atamanes con acceso de encriptación; conocen todos los datos de nuestro ejército. Si se descubre que han desaparecido, el escándalo acabará con el regimiento.

Honen Mu se arrebujó en la capa para protegerse mejor del viento.

—Franco, ¿puedes venir conmigo? —le preguntó.

Ella lo condujo a través de la columnata hacia una sombría escalera de piedra que conducía al techo plano de uno de los edificios que rodeaban el patio. En el tejado el viento era más fuerte y la luz más brillante. Dos hombres estaban esperándolos al borde del techo. Ambos se pusieron en pie cuando Mu y Boone se acercaron.

Boone parpadeó consternado y desenfundó su arma.

—Hurtado Bronzi, Peto Soneka..., consideraos bajo arresto y...

—Aparta eso, Franco —le ordenó Mu—. Están aquí por su propia voluntad. Ellos me pidieron que arreglara esta reunión para poder hablar contigo directamente.

Boone bajó el arma, pero no la guardó.

—Estoy esperando —les dijo.

—Latigeno —empezó Bronzi, haciendo un casual pero respetuoso saludo namaste hacia Boone—. Mi viejo amigo Peto quiere pediros perdón. ¿No es cierto, Peto?

Soneka asintió.

—Fui un estúpido huyendo anoche, un estúpido total y absoluto. Estaba fuera de mí. Mi mente estaba en otro lugar. Lo siento mucho, latigeno Boone.

—La excusa no es suficientemente buena —dijo Boone.

—Está diciendo la verdad —intervino Bronzi. Sacó un fajo de documentos de un bolsillo—. Mirad, ¿veis? Informes médicos. Lo han dejado ir esta mañana después de una revisión. Fatiga de combate.

—Una historia muy adecuada —gruñó Boone, mientras levantaba una vez más su arma.

—Mirad, me he pasado el último día y medio buscándolo —dijo Bronzi—. Porque es mi mejor amigo y no quería verlo deambular sin rumbo. Está hecho un lío, nada más.

—¿De verdad? —le preguntó Boone.

—Su compañía sufrió una emboscada terrible en Tel Utan. Y los que quedaban fueron masacrados en Tel Khat. No es de extrañar que Peto sufra fatiga de combate —dijo Mu.

—Este tipo de trauma puede hacer que cualquiera huya si los latigenos presionan los botones equivocados —añadió Bronzi—. Vuestros hombres estaban sugiriendo que la masacre de Tel Khat era culpa suya.

Boone bajó su arma.

—Supongo... —empezó a decir. Arrebató los papeles de la mano de Bronzi y les echó un vistazo. Las hojas ondearon al viento.

—No quiero que Bronzi o mi uxor se inventen excusas por mí —anunció Soneka —. Puedo caminar por mí mismo. Siento haber sido tan violento con sus hombres, latigeno. Por Terra, realmente lo siento.

—No quiero ver a Peto colgado cuando no ha hecho nada, Boone —insistió Bronzi—. Como ya he dicho, me pasé la mayor parte de ayer buscándolo, y cuando al fin lo encontré, lo convencí de que se entregara, para hacer las paces con usted y aclarar todo este asunto.

—Con mi apoyo incondicional —intervino Mu—. Hurtado me planteó el asunto a primera hora de la mañana y me explicó lo sucedido.

—Hurtado me convenció de que era mejor entregarme y hablar con usted —manifestó Soneka—. Me doy cuenta de que jamás debería haber huido. Esto me hacía parecer totalmente culpable.

Boone enfundó su arma. Miró a los tres y volvió a colocar los papeles en la mano de Bronzi.

—De acuerdo, de acuerdo, pero todavía no me siento satisfecho.

—Es evidente que no —admitió Soneka.

—Es por eso que queremos ofrecerle algo a cambio —propuso Bronzi—. Como compensación por los problemas que le hemos causado y como agradecimiento por su comprensión.

—¿Como qué? —les preguntó Boone, con un tono de voz agrio.

—Kaido Pius —dijo Soneka—. Hurtado y yo somos sus más viejos amigos. Podemos sacarle información que ustedes, los latigenos, jamás le arrancarían, sobre él y la uxor Rukhsana, sea lo que sea lo que oculta.

—Sólo tiene que dejarnos un día o dos —afirmó Bronzi—. Volveremos y le informaremos de todo lo que hayamos encontrado.

Boone miró a la uxor Mu.

—Todavía no me fío de ninguno de ellos.

—Yo confío plenamente en ellos —replicó Mu—. Son mis dos mejores atamanes. Déjalos ir, Franco. Ellos encontrarán el cáncer que se oculta entre nosotros. Y si tratan de engañarnos, yo misma los mataré.

—Seguro que lo hará —dijo Soneka.

—De eso no tengo ninguna duda —asintió Bronzi.

Boone rechinó los dientes.

—Yo tampoco lo dudo, pero si vosotros dos, cabrones, sois tan amigos de Pius como decís, ¿por qué estáis dispuestos a traicionarlo?

—Si Kaido ha traicionado la Chilíada —afirmó Soneka—, no importaría que fuera mi propio hermano. Lo desollaría vivo.

—La compañía lo primero, el Imperio lo segundo —dijo Bronzi—. Geno antes que gen.

—De acuerdo —admitió Boone—. Dos días después de eso haré que el infierno se desate sobre vuestras cabezas.

—Es justo —dijo Bronzi.

—Totalmente justo —asintió Soneka.

Boone se volvió para marcharse, pero se lo pensó mejor.

—Soneka. Realmente lo siento. Una compañía es algo realmente duro de perder.

—Sí que lo es, latigeno —le respondió Soneka.

Boone los dejó en el tejado y regresó al patio. Honen Mu se quedó mirando a los dos atamanes. Se apartó un mechón de pelo que le cubría los ojos.

—Tengo que asistir a la reunión —les dijo.

Ellos asintieron.

—Gracias por hacer todo esto por nosotros —declaró Soneka.

—Una uxor debe ayudar a todos los suyos —replicó ella. Luego hizo una pausa —. No me defraudéis. No hagáis que me arrepienta de haber arriesgado mi cuello hoy.

—No lo haremos, Honen —le aseguró Bronzi.

—De acuerdo —admitió ella—. Quiero la casa de la Chilíada totalmente limpia en veinticuatro horas, antes de que los luciferes empiecen a tirar de nuestros cabos sueltos. Empezad por Rukhsana. Como he dicho, está ocultando algo. Por eso envié a Boone a por ella en primer lugar.

—Si averiguamos algo, vos seréis la primera en saberlo —dijo Soneka.

—Y todos podremos ir juntos a contárselo a Boone —sonrió Bronzi.

—Más que nada por curiosidad, ¿creéis que Pius está comprometido? —les preguntó Mu.

—¿Kaido? —preguntó Bronzi—. Ni por asomo.

—¿Y Rukhsana?

Bronzi se encogió de hombros.

Mu se volvió para marcharse.

—Ah, Peto —añadió—. A pesar de tus certificados médicos, ¿estás preparados para ocupar tu puesto?

—Conseguimos los papeles únicamente para convencer a Boone —recalcó Soneka—. En realidad ya debería estar trabajando.

Ella asintió.

—Con Shiban desaparecido, los Payasos necesitan un atamán ejecutivo, especialmente si vamos a entrar en acción. Haré que redacten los documentos, un destino temporal para ti y tus bashaws hasta que pueda encontrar un nuevo atamán permanente. ¿Tal vez podrías ir hacia la línea y realizar una incursión más tarde? Necesitan desesperadamente ponerse en forma antes de entrar en combate. Allí está...

—Fug de Strabo —dijo Soneka, asintiendo—. Lo sé.

Ella le sonrió.

—Bien, excelente. Sigamos.

Mu se alejó caminando, con los tacones repiqueteando en el tejado cubierto de ceniza, y desapareció por el hueco de la escalera.

Bronzi observó a Soneka e hizo una mueca.

—La turba de Shiban. Esto es...

—Irónico —acabó Soneka.

Bronzi soltó una risita ahogada. Miró por el borde del tejado hacia la distante e infernal vista de Mon Lo.

—¿Crees que los hemos engañado? —le preguntó Soneka. Bronzi levantó la mano. Los dedos medio e índice estaban cruzados.

—Verás, yo soy nuevo en todo esto —apuntó Soneka.

—Yo apenas puedo considerarme un veterano —le replicó Bronzi—, pero sí, creo que estuvimos bien. Será mejor que sigamos con ello.

Se volvió para marcharse, pero Soneka lo retuvo con una mano. Se trataba de su mano destrozada y, por alguna razón, Bronzi lo consideró terriblemente revelador.

—No estoy preparado para tolerar nada que traicione al geno —afirmó Soneka—. Y absolutamente nada que pueda herir a Mu.

—Entonces estamos en el mismo bando, ¿no, Peto? —concluyó Bronzi—. Sigamos con nuestro trabajo.

Chayne estaba sentado, meditando, en la sombría oscuridad de su celda privada. La celda, situada en lo más profundo de los subterráneos de palacio, era húmeda y fría, pero Chayne no había encendido el pequeño brasero de hierro ni ninguna de las velas.

Le gustaba el frío. El frío había sido su amigo en Zous cuando era un niño guerrero, especialmente durante el último y largo invierno de su decimotercer año de vida. El frío había afinado sus sentidos y lo había obligado a fortalecerse. El frío era un instrumento que un hombre, o un niño, podía utilizar para templarse a sí mismo.

Respiró lentamente, deconstruyó los hechos, y luego volvió a montarlos uno por uno. La uxor Saiid. La Legión Alfa. Omegon. La nota. Su lucifer muerto. La increíble

habilidad del esquivo espía. La increíble arrogancia del esquivo espía. Eso. Su arrogancia sugería que el espía estaba seguro de su cobertura.

¿Dónde se ocultaba el espía? A plena vista. ¿Cómo actuaba? Sin atraer la atención sobre sí mismo, siendo lo que era de forma natural, para evitar preguntas y comentarios. La mejor forma de hacerlo era ser exactamente lo que se suponía que era. Eso le facilitaría mucho el mantener su historia falsa.

La mejor cobertura que podía tener un espía era ser un espía.

Chayne ya había decidido hacerle una visita a la uxor Saiid. Había hecho que sus hombres la vigilaran desde que recibió las órdenes del comandante general, pero sin éxito. Ahora que Namatjira había aprobado una purga de seguridad, Chayne se sentía obligado a llamarla para interrogarla.

La reunión de la mañana acabaría en media hora. Ella regresaría a sus habitaciones. Se encontraría personalmente con ella allí, y no le mostraría ninguna compasión. Ella era, de alguna forma, la clave. Ella había ocultado algo durante su reunión con el comandante general, había encubierto a alguien.

Chayne tenía memoria fotográfica. Respiró con mayor lentitud todavía e hizo descender su ritmo cardíaco a niveles inhumanos para recordar lo sucedido en la reunión.

—Rukhsana —había dicho Namatjira—. Me han dicho que sois la responsable del reconocimiento y exploración en Mon Lo.

—Ésa es mi función, señor.

—¿Disponéis de agentes sobre el terreno?

—Los tengo, comandante general —había replicado Rukhsana—. La mayoría son observadores y vigías avanzados.

Namatjira había consultado la placa de datos.

—Pero disponíais de al menos un oficial de inteligencia infiltrado en Mon Lo la mañana que comenzó todo este alboroto.

Él había movido distraídamente la mano en dirección a la ventana. Rukhsana se había mordido los labios y mirado al suelo.

—Sí, señor, lo tenía. Konig Heniker.

—¿Heniker? Sí, lo conozco. Es un hombre de fiar. ¿Qué le sucedió?

—Ya había entrado encubiertamente en la ciudad una vez, señor, y me había informado posteriormente. Sus informes de inteligencia eran de buena calidad. Se introdujo esa mañana muy temprano, intentando recopilar datos sobre el Kurnaul y las zonas amuralladas del norte. Jamás regresó.

—Ah, ya veo —dijo el comandante general, y suspiró—. Gracias, uxor Rukhsana.

Dinas Chayne abrió los ojos en la oscuridad. Era tan obvio, ¡tan obvio! Había sido un estúpido por no haberlo visto antes.

«La mejor cobertura que puede tener un espía es hacerse pasar por espía.»

Llamaron a la puerta que había detrás de él. Hizo caso omiso. Sus hombres sabían que no se le debía molestar mientras meditaba.

Otro golpe. El cursor de alerta de la muñeca de su armadura, apilada en el suelo delante de él, empezó a parpadear.

—¿Quién es? —preguntó Chayne.

—Eiman, señor. Tenemos algo.

—Espera.

Dinas Chayne sólo necesitó cuarenta y seis segundos para vestirse completamente con su armadura, negra como el azabache.

Abrió la puerta. Eiman estaba en el exterior, junto a Treece. Estaban equipados con la armadura completa y flanqueaban a un nervioso joven, el adepto del puesto de seguridad al que Chayne le había dado la nota la noche anterior. El adepto estaba claramente aterrorizado ante el pensamiento de molestar a un lucifer negro.

—Dime —dijo Chayne.

—Señor, he completado las pruebas que me habíais ordenado. He realizado un chequeo de comparación de la escritura de todo el personal de la expedición. He encontrado una coincidencia, señor. Es...

—Konig Heniker —lo interrumpió Chayne.

El adepto parpadeó asombrado.

—Sí. ¿Cómo podíais saberlo?

Chayne apartó al adepto de su camino y empezó a avanzar por el corredor. Eiman y Treece lo siguieron.

—¿Instrucciones? —le preguntó Eiman.

—Ocho hombres —ordenó Chayne—. Rodead las dependencias de la uxor Saiid y traédmela. Su espía es nuestro espía.

Cruzaron los patios superiores del palacio, sorteando atareados torrentes de sirvientes que cargaban sacos de mandioca y hojarrubia hacia las cocinas, pasaron junto a una banda de música que estaba ensayando en un pequeño cuadrado y un grupo de oficiales de artillería que recibían instrucciones en una terraza bañada por el sol. Se apresuraron a subir las escaleras de las dependencias de Rukhsana.

El calor del día empezaba a aumentar, y la calidez ya rezumaba de los ladrillos. Los esclavos estaban empapando las persianas, de color rojo, con agua.

Golpearon con fuerza la puerta de las habitaciones de Rukhsana. Un ayudante abrió la puerta y llamó a su uxor en cuanto vio quiénes eran. La uxor Rukhsana acudió de inmediato.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, extrañada.

—Sentimos molestarla, uxor —dijo Soneka—. Creo que se ha producido algún fallo en el sistema administrativo. Acabo de ser asignado temporalmente a los

Payasos, y estoy en camino hacia la línea para reunirme con ellos. La cuestión es que la cosa se ha torcido. Los papeles que me han entregado dicen que los Payasos han sido transferidos a vuestro mando.

—Eso no es cierto —dijo Rukhsana—. Los Payasos están bajo el mando de Honen Mu.

—Lo sé, lo sé —asintió Soneka, encogiéndose de hombros—. Pero ella está fuera, en algún lugar, y necesito que esto quede resuelto urgentemente. Si no os importa acompañarme, vos podéis autorizar los pases y yo podré seguir cumpliendo con mi trabajo.

Rukhsana frunció el entrecejo.

—Soneka, ¿no es verdad?

—Así es, uxor.

—Y ¿Bronzi?

—Buenos días, uxor —la saludó Bronzi, con una sonrisa.

—Es obvio que algo ha ido realmente mal —dijo ella.

—¿Os importa? —preguntó Soneka.

—Claro que no —respondió ella. Recogió el largo chal del desierto de la antesala y comunicó a sus ayudantes que esperaran—. Volveré en seguida —le dijo a Tuvi.

Los atamanes escoltaron a Rukhsana por la columnata superior del palacio desde la que se veían los patios con terrazas. El sol estaba atravesando las lentas e inmóviles nubes.

—Se producen muchas confusiones estos días —dijo ella, arropándose en el chal.

—Oh, es terrible —asintió Bronzi.

—Es la escala de la operación, supongo —dijo Rukhsana—. A veces me pregunto si Táctica y Logística están preparados para el trabajo.

—Debe de ser una pesadilla logística —argumentó amablemente Soneka—. Sabe, aprecio mucho lo que está haciendo, uxor.

—Oí lo sucedido con los Bailarines, atamán —le respondió ella—. Lo siento mucho. Eran una gran compañía.

—Estas cosas suceden en una guerra —replicó Soneka, con una apreciativa inclinación de cabeza—. Tan sólo me alegro de volver a estar en activo de nuevo. Me proporciona un objetivo. Además, vamos a necesitar hasta la última de las unidades al máximo de potencial en los días que se avecinan y, sin Shiban, los Payasos están confusos.

—Peto los pondrá en forma —gruñó Bronzi.

Ella titubeó un momento.

—Perdona, atamán Bronzi, pero no estoy segura de... ¿por qué está aquí?

—Apoyo moral —respondió Bronzi, haciendo una educada reverencia—. Peto estaba nervioso por tener que molestaros esta mañana.

Ella lo miró como si no estuviera totalmente convencida.

—Es extraño —empezó a decir—, no pareces el tipo de hombre que...

De repente se calló. Sus ojos habían captado algo. Se adelantó a los dos, dirigiéndose hacia la barandilla de piedra de la columnata, y miró hacia los patios inferiores.

—¿Qué está pasando allí abajo? —preguntó con curiosidad.

Los atamanes se reunieron con ella en la barandilla y miraron hacia abajo. Debajo de ellos, en el extremo opuesto del patio, ocho figuras con armadura negra subían apresuradamente las escaleras hacia el nivel su perior, moviéndose como sombras bajo la penumbra del tejado.

—Alguna tontería, estoy seguro —apuntó Bronzi.

—Son luciferes negros —dijo ella.

—Sí, creo que lo son —corroboró Soneka—. Lo siento, ¿podemos continuar? Mi conductor está esperando.

—Se dirigen hacia mis dependencias —declaró ella.

—No lo creo —replicó con seguridad Bronzi—. Probablemente están respondiendo a una alerta de las estaciones de vigilancia de lo alto de la torre.

—No —repuso ella, con firmeza. Se volvió para dirigirse apresuradamente por donde había llegado. Soneka le estaba bloqueando el camino, con una sonrisa tranquila pero decidida en la cara.

—No es nada, uxor. ¿Nos vamos? —dijo él.

Ella miró hacia su derecha. Bronzi también se le había acercado.

—¿Qué es esto? —preguntó, al darse cuenta de que estaba atrapada entre dos atamanes más que veteranos.

Soneka miró a Bronzi.

Bronzi asintió rápidamente.

—¿Qué demonios es todo esto? —exigió saber Rukhsana.

—Heniker —dijo Soneka.

Rukhsana se quedó helada.

—Heniker nos envía —afirmó Bronzi—. Los luciferes os están buscando a vos. Él nos ha enviado para sacaros de aquí.

—Por favor —le rogó Soneka—, apenas queda tiempo.

Ella los miró a ambos.

—¿Heniker?

Bronzi asintió. Sin dudarlo, ella permitió que la alejaran de allí por la columnata. Los tres empezaron a correr.

Tuvi y las otras chicas se estremecieron cuando las puertas de la habitación se abrieron de golpe. Los luciferes negros entraron rápidamente en la habitación y las apuntaron con las armas que empuñaban.

—Exijo saber... —empezó a decir Tuvi.

—Cállate —la atajó uno de los luciferes, apuntándola directamente con su arma.

Dinas Chayne entró en la habitación, desplazándose entre sus hombres.

—¿Rukhsana? —preguntó en voz alta. Su voz surgió del desagradable altavoz de su casco. Las ayudantes se estremecieron, aterrorizadas. La más joven empezó a llorar—. ¿Dónde está? —siseó Chayne.

Todas estaban demasiado asustadas para responder. Chayne hizo un rápido gesto y cuatro de los luciferes rompieron la formación para registrar las estancias contiguas.

Chayne miró directamente a Tuvi, que estaba consolando a la joven ayudante, una niña de apenas trece años de edad.

—Tú eres la líder. ¿Dónde está tu uxor? —le preguntó.

Tuvi tragó saliva y le devolvió la mirada, desafiante.

—No está aquí —declaró Tuvi—. La han requerido para unos asuntos geno.

—¿La han requerido? —repitió Chayne, avanzando unos pasos hacia ella y bajando su arma.

—Vino un atamán. Un atamán que precisaba de su autorización o algo parecido —replicó Tuvi.

—¿Qué atamán?

—No estoy segura —dijo Tuvi.

—Podrían haber sido dos atamanes —remarcó otra de las chicas.

—Podría ser —admitió Tuvi—. En realidad no los vi. —Tuvi era una chica ambiciosa, pero también era precavida. Hasta que comprendiera totalmente lo que estaba pasando, no quería dar más información de la necesaria. Pese a su juventud y su ambición de mando, creía firmemente en el adagio: «La compañía lo primero, el Imperio lo segundo. Geno antes que gen.» Había sido educada de esa forma.

Chayne la sujetó por la cara con su mano izquierda. Ella gimió quedamente y cerró los ojos. Parecía tan gentil como el toque de un amante, pero el dolor de la presión que él estaba ejerciendo era inmenso.

—¿Cuánto tiempo hace? —inquirió con voz suave.

—Diez minutos, n... no más de diez minutos.

—¿Con quién se fue?

El apretón hizo que Tuvi reevaluara rápidamente sus prioridades.

—So... Soneka —respondió.

Los zapadores del ejército habían excavado una profunda rampa a nivel del suelo, hacia el este del complejo del palacio, y habían demolido la pared lateral de una gigantesca sala ceremonial para habilitar un enorme recinto para vehículos. El muro derruido había sido reemplazado por pesadas puertas neumolíticas y fortificadas con planchas antifragmentación y piedra pómez balística. Los camiones y los demás

transportes recorrían arriba y abajo la rampa durante todo el día, en medio de una gran polvareda, siguiendo las indicaciones de los guardias y del personal de seguridad. El humo procedente de la combustión se acumulaba en el techo y era absorbido con lentitud por los poderosos sistemas de ventilación que habían sido añadidos a la cámara. Unos anillos lumínicos colgaban de sus enganches por toda la sala. El lugar resonaba con el estampido de los martillos neumáticos y los motores de presión.

—Ése —dijo Bronzi, echando a correr. Soneka y Rukhsana salieron de detrás de un transporte oruga con torreta pintado con los colores de los Espinas y cruzaron junto a Bronzi hacia un correteador blindado y disimulado con el camuflaje del desierto. Bronzi abrió la escotilla y subieron a él. El atamán se situó en el reducido espacio de la cabina.

Bronzi había clasificado el vehículo como no disponible en el control del depósito de vehículos. Si hubiera utilizado su propia clave biométrica, o la de Soneka, o incluso la de la uxor, en esos momentos estarían sonando todas las alarmas. En vez de ello, había utilizado la clave que ellos le habían dado.

Soneka cerró la escotilla detrás de ellos, y se ató el cinturón de seguridad junto a Rukhsana. Ella estaba pálida a causa del pánico, pero contenía su agitación.

—Vamos, Hurtado —dijo Soneka.

Bronzi puso en marcha los motores y activó el correteador. Éste se levantó sobre sus veinte patas y avanzó con todas las unidades motoras de forma sincopada, corriendo por el suelo de tierra como un ciempiés gigante.

Pasaron por la puerta del depósito. Un guardia leyó su firma biométrica y les hizo gestos rápidos con un bastón luminoso para que avanzaran.

Corrieron por la rampa, siguieron por el muro hacia la salida oeste, y se dirigieron hacia el desierto.

El sistema de propulsión del correteador proporcionaba una suave y tranquilizante sensación de viajar, pese a la elevada velocidad con la que Bronzi atravesaba las dunas. El viento levantaba una columna de fino polvo en la cresta de cada pendiente. Bronzi consultó el control de navegación. Estaban a sólo uno o dos kilómetros. No estaban lejos, nada lejos...

—¿Konig está bien? —le preguntó Rukhsana a Soneka.

—¿Konig?

—Heniker —dijo ella.

—Oh, lo siento. Realmente yo sólo lo conozco como Heniker.

—¿Está bien?

—Sí, está bien.

—¿De verdad está bien?

—Sí.

La uxor reflexionó sobre ello. Él estaba seguro de que no le creía del todo.

—¿Cómo te viste implicado en esto? —le preguntó.

—No puedo decírselo.

—Creo que sí puedes —insistió ella.

—De verdad que no puedo —replicó él—. Lo siento, uxor, pero es un asunto de inteligencia militar.

Ella lo miró con gesto duro.

—¿Inteligencia militar? ¿Me estás diciendo la verdad?

—Sí.

—Pero...

—¿Pero qué, uxor?

«No era un asunto de inteligencia militar, era un asunto de la Cábala.» Ella se dio cuenta que se estaba dirigiendo a algún lugar para morir. Trató de tragar el nudo que secaba su garganta.

—Estoy haciendo esto únicamente porque lo amo —dijo ella.

—¿A Heniker?

—Sí, a Heniker.

—No lo sabía —repuso Soneka. Parecía preocupado e incómodo—. Lo siento mucho, realmente no sabía nada. Verá, nosotros... —empezó a decir.

—¡Preparaos, ya casi hemos llegado! —les gritó Bronzi.

El correteador descendió por un banco de arena blanda hacia un *wadi* profundo y se detuvo. El sol se encontraba en su cénit y lo quemaba todo como un láser de baja potencia. La luz era dura y no había sombra alguna.

—¿Qué estabas diciéndome? —insistió Rukhsana.

—Lo siento —se excusó Soneka—, eso era todo. No hay tiempo para decir nada más. No nos queda tiempo.

—Creo que a mí tampoco —replicó ella.

Él la observó mientras se quitaba las sujeciones y se levantaba.

—Jamás he tenido intención de haceros daño, Rukhsana —dijo él—. Por favor, esto es para bien.

—Eso espero. —Ella le sonrió con una sonrisa valiente y cautivadora pese al terror de su expresión—. Pero no tengo demasiadas esperanzas —añadió.

Bronzi abrió la escotilla y ambos salieron al ardiente agujero de la base del *wadi*. No había nadie alrededor. El ardiente sol quemaba la arena y sus cabezas.

—Vamos —los urgió Bronzi, mirando alrededor con impaciencia.

—Mientras esperamos —dijo Rukhsana—, ¿por qué no me explicáis esa mentira que me habéis vendido? Como un último favor, por decir algo. Me gustaría saber a dónde me estoy dirigiendo. Decidme algo de Konig. ¿Cómo conocisteis a Konig?

—Todo es como ya le he dicho —replicó Bronzi, con torpeza.

—Oh, Hurtado, por favor, no insultes mi inteligencia —repuso ella—. Nada es como me habéis contado.

Se produjo un suave y sibilante sonido, el sonido de la arena al resbalar sobre la arena.

Cuatro astartes, ocultos entre las dunas que los rodeaban, se pusieron en pie y la arena resbaló por los contornos de sus armaduras como si estuvieran emergiendo de trampas ocultas.

—¿Es ella? —preguntó uno.

—Sí, señor —replicó Bronzi.

Soneka se dio cuenta que Rukhsana había empezado a temblar de forma incontrolada.

—Bien, nosotros nos encargaremos de ella a partir de aquí —dijo otro de los astartes.

—Oh, gloria —susurró Rukhsana—. Por favor...

—Todo está bien —le aseguró apresuradamente Soneka. Miró a los gigantescos guerreros que se dirigían hacia ellos—. Ella estará bien, ¿verdad?

—Tú ya has hecho tu trabajo, amigo —le dijo uno de ellos—, y te damos las gracias por ello. Nosotros nos encargamos a partir de aquí.

—Pero... —empezó a protestar Soneka.

—Nosotros nos encargamos a partir de aquí, agente —le repitió el gigante. El astartes colocó su gigantesca manaza alrededor de los frágiles hombros de Rukhsana y la condujo por la arena.

Ella miró una vez más hacia atrás.

—¡Peto! —gritó.

—Lo siento, yo...

Pero ella ya había desaparecido en las profundas sombras de la base del *wadi*.

Uno de los legionarios pasó junto a ellos.

—Buen trabajo —les dijo.

Bronzi asintió.

—¿Ella estará bien? —quiso saber Soneka.

—Claro que sí —afirmó el astartes con su voz profunda—. Ella está con nosotros.

—Eso no es lo que he preguntado —insistió Soneka.

—¿Nosotros estaremos bien? —preguntó a su vez Bronzi, mirando al gigante.

—¿Habéis hecho lo que os dijimos que hicierais?

—Sí.

—¿Utilizasteis el biométrico?

—Sí —respondió Soneka.

—Entonces mantened vuestra historia y todo irá bien —replicó el legionario—. Creedme, y gracias.

Se volvió para marcharse, pero los miró una vez más. Su gigantesca figura enmarcada por la luz del sol.

—Habéis hecho lo correcto. Si las cosas se ponen feas, os sacaremos de allí. Ahora sois de los nuestros.

Se alejó caminando. En menos de dos minutos los legionarios se habían desvanecido en el desierto sin dejar rastro.

Bronzi miró a Soneka y le sonrió, pero Soneka vio claramente que se trataba de una sonrisa forzada.

—Unos cabrones aterradores, ¿no?

—Unos cabrones aterradores —asintió Soneka. Ambos se dirigieron hacia el correteador.

—¿Hay algo que te preocupa? —le preguntó Bronzi.

Soneka hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Todo esto no te gusta nada, ¿verdad?

—Claro que no me gusta —dijo Soneka.

Regresaron al correteador y se dirigieron hacia el palacio. A medio kilómetro de la salida oeste una sombra se cruzó por delante de ellos y las alarmas de objetivo del correteador se dispararon.

—Correteador, correteador —crepitó el altavoz—. Deténgase y abra las escotillas. Estamos apuntándoles con todas las armas.

Bronzi apretó el freno y apagó el motor espinal. El correteador se detuvo en seco.

—Salid. Contra el vehículo. ¡Ahora mismo! —exigió el comunicador.

Bronzi miró a Soneka.

—¿Seguro que sabes lo que tienes que hacer?

Soneka se limitó a asentir.

Abrieron la escotilla, salieron y se tumbaron de cara al sol a pocos metros del vehículo con las manos detrás de la cabeza. Una tormenta de arena creada por una cañonera Chacal al dar vueltas a su alrededor empezó a azotarlos. Una segunda cañonera aterrizó cerca, en medio de un rugido de turbinas, como si se tratara de un gigantesco cuervo esquelético. Sus ocupantes corrieron hacia ellos.

—¡Levantaos!

Soneka y Bronzi se levantaron con las manos sumisamente detrás de la cabeza. Los rodearon algunos luciferes negros, que les apuntaron con las armas que empuñaban. El aire estaba tan cargado de la arena levantada por la cañonera que Bronzi y Soneka empezaron a toser con fuerza.

—¿Atamán Hurtado Bronzi y atamán Peto Soneka? —les preguntó el lucifer más próximo.

Ellos asintieron, con las manos firmemente detrás de la cabeza.

—Quedáis arrestados por orden del comandante general.

—¿Esto es por lo de la uxor Rukhsana? —gritó Bronzi por encima del rugir de la cañonera.

—Claro que sí.

—Entonces, decidme —gritó Bronzi en respuesta mientras los luciferes empezaban a conducirlos hacia una de las cañoneras—: ¿Dónde demonios se ha metido?



ONCE

Puerto Mon Lo, Nurth, esa tarde

—¿Y bien? —preguntó Namatjira, mirándolo desde su escritorio.

—Los hemos dejado marchar a los dos —dijo Dynas Chayne.

—¿Por qué?

—Sus historias concuerdan. Los atamanes estaban buscando a la uxor Rukhsana, siguiendo las mismas sospechas que nosotros. La metieron en un vehículo para alejarla del palacio con la intención de interrogarla en privado. A los geno les gusta proteger a los suyos, señor.

Namatjira colocó la pluma que había estado utilizando en su pozo de energía y se levantó, al tiempo que se golpeaba los labios con el dedo índice izquierdo. Era un gesto discreto, ideado para dar la impresión de que estaba pensando, pero Chayne sabía muy bien que no era más que un mecanismo que el comandante general utilizaba para controlar su temperamento. Observó mientras Namatjira se paseaba en dirección a la ventana de la sala, hacia el tenue resplandor de la luz proyectada por el sol poniente, que hizo que su larga túnica bordada en oro brillara.

—Pero el vehículo —preguntó Namatjira—, ¿no fue utilizado con una biométrica en blanco para evitar su detección?

Chayne negó con la cabeza.

—La biométrica era la de Bronzi. Por alguna razón no se leyó bien en el escáner. Me han dicho que esto sucede bastante a menudo: fallos en el escaneo causados por este polvo omnipresente. Ahora que la hemos comprobado a conciencia es evidente que era la de Bronzi.

—¿Y Rukhsana? —preguntó Namatjira. Se dio unos golpecitos en el muslo, y su tilacino se levantó de la alfombra y trotó hacia él—. ¿Qué pasó con ella?

—Se escapó y huyó hacia las dunas.

—¿Se escapó de dos atamanes de primera línea?

—Creo que subestimaron su determinación, señor —opinó Chayne—. Cuando los interrogué, ambos atamanes parecían francamente avergonzados de que se les hubiera escapado. La estaban buscando cuando los encontramos nosotros.

—¿Te crees toda esta historia, Dinas?

—No tengo motivos para no hacerlo, señor. Los hechos concuerdan perfectamente. Sin embargo, he de admitir que estoy intranquilo cuando algo así sucede.

—¿Los tienes bajo vigilancia?

—Sí, señor.

Namatjira se dejó caer en el sofá y acarició tiernamente las orejas del tilacino con ambas manos. El animal cerró los ojos de placer.

—¿Y qué hay de Rukhsana?

—Estamos interrogando a sus ayudantes, pero parece que no estaban al tanto de ninguna indiscreción, y, obviamente, la estamos buscando a ella.

—¿Puede sobrevivir en el desierto?

—Sin víveres ni ropa protectora, no. No sobrevivirá más de un día. Creo que lo único que encontraremos de ella serán los huesos.

Bronzi puso un poco de znaps en dos vasos y le pasó uno de ellos a Soneka. Levantó el vaso para brindar y Soneka hizo lo propio, aunque con reparos.

—Por la piel de nuestros viciados dientes —dijo Bronzi, tratando de alegrarlo. Llevaba intentando animarlo desde hacía un buen rato, pero Soneka estaba de pésimo humor, y Bronzi odiaba eso.

—Por Rukhsana —le replicó Soneka—. Por que algún poder la proteja del destino al que la hemos entregado.

Bronzi se encogió de hombros y bebió por eso.

—La tratarán bien, Peto —afirmó—. Sólo quieren respuestas.

—No son tiernas criaturas, Hurtado —le replicó Soneka—. Usarán cualquier método del que dispongan para alcanzar sus objetivos. Dejaron que mis bailarines fueran masacrados simplemente para pillar al enemigo desprevenido. Por Terra, ¿qué te hace pensar que utilizarán a Rukhsana de forma menos cínica?

Bronzi no pudo encontrar una respuesta a eso.

Soneka dio otro sorbo y miró su vaso.

—Esto no te preocupa en absoluto, ¿verdad, Hurtado? ¿Por qué?

Bronzi dio un respingo.

—No lo sé. Son los astartes, supongo. Haber sido elegido por ellos, haber sido distinguido por ellos para hacerles un servicio, es un honor para mí. Los astartes son

la imagen del Emperador, al que adoro, y a cuyo servicio he consagrado mi vida. Servirlos a ellos es servirlo a él. No hay una misión mejor.

—¿Suceda lo que suceda —le preguntó Soneka—, la Compañía lo primero, el Imperio lo segundo, y geno antes que gen?

A Bronzi se le agrió la mirada y encogió sus anchos hombros.

—Eso no es más que algo que decimos, ¿no?

—Pensé que era algo en lo que creíamos —le replicó Soneka. Bronzi apuró la bebida y se sirvió otra.

—El Emperador es el Emperador —dijo—, y los astartes son sus elegidos, los más brillantes y los mejores. Estoy cómodo trabajando para ellos.

—Siempre que estén de tu bando —apuntó Soneka.

—¿Qué significa eso? —gruñó Bronzi.

Soneka negó con la cabeza.

—Nada, es que me disgusta esta sórdida intriga, Hurtado. Soy un soldado, no un espía, y últimamente me he estado preguntando cuál de estas dos palabras describe mejor a la Legión Alfa.

Bronzi negó con la cabeza a su vez y decidió que era un buen momento para cambiar de tema. Miró a Soneka de arriba a abajo, de forma aprobadora.

—El uniforme te sienta bien.

—Ya hace bastante tiempo —replicó Soneka al tiempo que se ajustaba el cuello de su uniforme de gala.

—¿Cuándo te vas?

—En diez o quince minutos.

—Los Payasos tienen suerte de tenerte —dijo Bronzi.

La puerta que había detrás de ellos se abrió y Mu entró en la sala seguida de Franco Boone.

—¿Un trago? —le preguntó Bronzi, con despreocupación.

Ella los miró a ambos. Boone se adelantó a Mu y se sirvió uno.

—¿Ésta era vuestra idea de sutileza? —les preguntó Mu.

—Bueno, demostramos que ella tenía algo que ocultar, ¿no? —respondió Bronzi.

—Fuisteis arrestados e interrogados por los Luciferes —gruñó Mu.

—Quienes, me permito recordarle, nos soltaron libres de cargos —contraatacó Bronzi.

—¿Cómo se escapó Rukhsana?

—¿Cómo hubiera escapado usted de nosotros, Honen? —le preguntó Bronzi llanamente—. Porque sabe que usted lo habría hecho.

Mu dudó.

—Las uxores pueden ser muy tenaces cuando quieren serlo —prosiguió Bronzi, cogiendo la botella de las manos de Boone y sirviéndose otro vaso.

—¿Habéis venido a arrestarme a mí? —le preguntó a su vez Soneka al latigeno—. ¿O puedo ir a reunirme con mi nueva unidad?

—Puede marcharse —dijo Boone—. Me hubiera gustado un final más limpio para cerrar este asunto, pero se ha resuelto de forma adecuada. Rukhsana era una mala semilla, pero la Chilíada ha salvado su honor.

—¿Cómo? —inquirió Mu en tono irónico.

—Estos dos fueron atrapados mientras la estaban persiguiendo —dijo simplemente Boone, volviendo a su bebida—, prueba evidente de que estábamos tratando de limpiar nuestra propia casa para erradicar cualquier corrupción. En estas circunstancias, probablemente su arresto ha sido lo mejor que nos podría haber pasado. Puede haber sido por accidente o por incompetencia, pero Bronzi y Soneka han protegido la reputación del regimiento.

—Primero la Compañía, el Imperio lo segundo, geno antes que gen —rió entre dientes Bronzi. Soneka le dirigió una dura mirada.

—¿Qué? —preguntó Bronzi.

Soneka dejó su vaso y recogió la mochila.

—Debo irme.

—Te acompaño —dijo Mu.

—Marcha hacia la buena suerte, Peto, y lleva a los Payasos contigo —se despidió Bronzi.

Soneka asintió y dejó la sala junto con Mu.

—¿Otra? —le ofreció Bronzi a Boone.

Boone miró al atamán con una expresión dura.

—¿Y Pius? ¿Está limpio?

—Proverbialmente —replicó Bronzi—. Fuera quien fuera con quien Rukhsana estaba en la cama, estaba jugando contigo. ¿Un velo subliminal, un truco mental, quizá? No lo sé. Pius es de fiar. —Bronzi meneó la botella—. ¿Un trago?

—Sea, pues —dijo Boone.

Caminaron juntos hacia el patio inferior, donde lo que quedaba de los Bailarines estaba esperando junto a un transporte rápido de ruedas bajo la ya escasa luz diurna.

Soneka saludó con la cabeza a Lon y dejó que Shah cogiera su mochila y la colocara en el compartimento del transporte. El conductor puso en marcha el motor del camión.

—¿Hay algo que no me hayas dicho, Peto? —le preguntó Mu, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Como qué?

Ella se encogió de hombros.

—Hurtado es un pillo y no me fiaría mucho de él para ciertos asuntos, pero tú,

atamán, eres tan rígido como un muerto. Siempre lo has sido. No creo que seas capaz de urdir mentiras. Y si lo haces te costará un gran esfuerzo, así que no te esfuerces más. ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—No. No hay nada.

Ella asintió.

—Bien. Ponte en marcha. Pon a los Payasos en forma y ve en busca del destino. Espero tus informes preliminares mañana.

—Sí, uxor.

—Si te hacen alguna trastada, avísame y los pondré en vereda.

—Gracias, pero no será necesario.

—No dejes que el recuerdo de los Bailarines te acose, Peto. No llevas ninguna maldición que pueda afectar también a los Payasos. Nuevo comienzo, nueva página. Haz que el Viejo Centenar esté listo y preparado para el infierno que está a punto de desatarse.

—Lo haré.

Mu sonrió. Hizo una pausa, y entonces se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Sé que lo harás.

Soneka subió al transporte, y éste se alejó rodando por el patio hacia la puerta.

La diminuta e infantil figura de Honen Mu permaneció entre las alargadas sombras y observó hasta que el vehículo se perdió de vista.

—Así que ahora somos payasos, ¿verdad? —preguntó Lon por encima del ruido del motor del transporte.

—Eso parece —respondió Soneka mientras el vehículo se tambaleaba por el irregular camino. Soneka y los otros daban bandazos en sus asientos.

—¿Está bien, atamán? —quiso saber Shah.

—Sí. ¿Por qué?

—No deja de rascarse la cadera. ¿Tiene una irritación por el calor o una rozadura de la arena?

—No —respondió Soneka, negando con la cabeza—. Es sólo esta maldita chaqueta de gala, que me roza.

Soneka se puso de lado y miró por el sucio ventanuco hacia el desierto, que estaba empezando a teñirse de un brillo marrón tras haberse puesto definitivamente el sol por el horizonte.

La marca de la hidra en su cadera todavía estaba fresca y en carne viva.

La cueva era fresca y de ángulos muy remarcados. Rukhsana supuso que había sido

tallada en la roca con herramientas de fusión o algún tipo de taladro de precisión. Era un cubo de diez metros por diez, iluminado por una serie de orbes lumínicos colocados junto a la base de las paredes. La luz que proporcionaban salpicaba las paredes y la hacía sentir como si estuviera bajo el agua o en una luna sin atmósfera. El aire olía a polvo y a piedra fría. El aire olía a desesperanza.

Estaba temblando y aterrorizada, y ese terror magnificaba sus reacciones corporales, potenciando el descenso de su calor corporal. Trató de controlar la respiración.

La habían sentado en un banco de madera con las manos esposadas a la espalda, en el centro de la caverna. Y la habían dejado allí, sola.

Sentía como si hubieran pasado horas, pero sospechó que no hacía más que unos pocos minutos.

Una figura hizo acto de presencia por la única entrada.

Era mucho más grande de lo humanamente posible para una persona de sexo masculino. Era un gigante: un astartes gigante. Iba vestido con un sencillo mono oscuro que, de alguna forma, enfatizaba su constitución y su fuerza muscular más contundentemente que cualquier servoarmadura. Llevaba la cabeza al descubierto, rasurada, sin pelo, poderosa, de color cobrizo. Sus ojos eran tan brillantes como un cielo de color zafiro.

Avanzó lentamente por la cueva y se quedó de pie frente a ella. Rukhsana lo miró.

—¿La uxor Rukhsana Saiid?

El sonido de su voz le hizo pensar en unas brasas ardiendo. Sus palabras surgieron tan gentilmente como la miel rezumando de la cuchara.

—Sí.

—Soy Alpharius, primarca de la Legión Alfa.

—Sé quién es Alpharius —replicó ella, sintiendo en el pecho un pálpito de pánico que apenas podía controlar.

—¿Sabe por qué está aquí?

Ella asintió.

—Dígalo, por favor.

—Konig Heniker —dijo ella—. Estáis buscando a Konig Heniker, y pensáis que yo sé dónde está.

—¿Lo sabe, uxor?

Ella negó con la cabeza, deseando fervientemente que sus manos estuvieran libres para poder presionarse el pecho con ellas y tratar de persuadir a su corazón para que fuera más despacio.

—Ya veremos. ¿Conoce el verdadero nombre de Konig Heniker?

Rukhsana miró bruscamente al gigante.

—Veo que no. Nadie puede fingir una respuesta como ésa. El nombre real de su

querido Konig es John Grammaticus.

—¿John?

—Grammaticus. John Grammaticus. ¿Le suena el nombre de la Cábala, uxor? ¿Qué sabe de la Cábala?

—No sé qué es —replicó ella.

—Sé que lo sabe. Igual que no pudo simular la primera respuesta, no puede ocultar la segunda. Conoce la Cábala.

Rukhsana se mordió el labio.

—Él la mencionó, eso es todo.

Alpharius la miró directamente. Su expresión era casi bondadosa.

—Ayúdeme a ayudarla, uxor. ¿Dónde está Konig Heniker?

—No lo sé, de verdad que no lo sé. Estuvo conmigo un tiempo, pero ayer desapareció, justo después del Gran Recibimiento. No sé dónde se encuentra.

—Ya lo veremos —dijo Alpharius. Hizo un gesto con la cabeza y una figura encapuchada mucho más pequeña entró en la sala y se detuvo junto al primarca. Rukhsana parpadeó y trató de concentrarse. Aunque podía ver directamente a la figura encapuchada, no podía distinguir su cara.

—Éste es Shere —dijo Alpharius—. Él la ayudará a exorcizar sus dudas. Y anímese —añadió.

El control de seguridad central del palacio de terracota era una sala grande de techo bajo llena de los chirridos y destellos de los cogitadores y de adeptos muy atareados. El olor que desprendían las máquinas era acre y áspero pese a que las paredes estaban cubiertas de sistemas de ventilación.

Al anochecer los turnos cambiaban. Llegaban nuevos adeptos con sus vestimentas rojizas y se hacían cargo de la lista de las operaciones que les tocaban, firmando con sus datos biométricos al ocupar las estaciones mecánicas.

Él se sentó en la máquina asignada, que aceptó su biométrica. El operador saliente al que había reemplazado le deseó buenas noches.

—Saludos, adepto Ahrum —se leyó en la pantalla.

Eso estaba bien. Ése era él.

El adepto Ahrum tecleó sus códigos de acceso. Los datos empezaron a aparecer en la pantalla litográfica. Se acomodó los ropajes rojizos y se acercó para estudiar los gráficos.

—¡Atención! —gritó el adepto superior desde el estrado central; todos los operadores se pusieron firmes.

—Prosigan —dijo Dinas Chayne, que entraba en la sala y se dirigía hacia el adepto superior.

El adepto Ahrum se arriesgó a mirar por encima del hombro. Chayne estaba de

pie, hablando tranquilamente con el adepto superior en el estrado. Se encontraban apenas a cinco metros de distancia.

El adepto Ahrum decidió proseguir con su trabajo.

Tecleó rápidamente utilizando su biométrica autorizada para obtener material confidencial: UXOR RUKHSANA... REGISTRO OFICIAL... OPERACIONES DE LOS LUCIFERES NEGROS EN LAS ÚLTIMAS QUINCE HORAS...

«Oh Rukhsana... oh, mi amor, ¿qué te he hecho?»

—Usted —dijo una voz a su espalda.

El adepto Ahrum miró rápidamente hacia arriba. Dinas Chayne estaba de pie junto a él.

—¿Señor?

—¿Por qué está accediendo a este material? —le preguntó Chayne.

—Porque mi superior me ha dicho que lo haga, señor. Es una petición de la uxor primus de la Geno Chilíada.

—Supongo que están tratando de limpiar su casa.

—Imagino que es algo así. La Chilíada es muy consciente de que se ha encontrado un traidor entre sus filas.

Chayne asintió.

—De acuerdo. Prosiga. Envíe esos datos a la uxor primus, pero primero envíeme los detalles.

—¿Señor?

—Es una orden.

—Sí, señor.

Chayne se alejó y reanudó su conversación con el adepto superior.

El adepto Ahrum siguió tecleando. Obtuvo el informe del interrogatorio presentado por los Luciferes esa tarde. Allí aparecían dos nombres.

Quitó la llave de su puesto y se puso de pie. Tanto el adepto superior como Dinas Chayne lo miraron.

—¿Adepto? —lo llamó el adepto superior.

—Solicito permiso para acceder al archivo de expedientes.

—Haga lo que tenga que hacer, Ahrum —dijo el adepto superior y siguió con su conversación.

El adepto Ahrum abandonó la habitación. En la antesala exterior se desprendió de sus ropajes rojizos y envolvió con ellos su biométrico. John Grammaticus arrojó el hato a una sala fuera de la vista y caminó por el corredor bajo la luz de las lámparas.

Dos nombres: Soneka y Bronzi.

Dinas Chayne interrumpió bruscamente al adepto superior.

—Ese hombre, el de ese puesto —dijo, señalando al cogitador vacío.

—¿Ahrum, señor? Es un individuo eficaz, muy bueno en su trabajo. ¿Qué problema hay, señor? —le preguntó el adepto superior.

—Algo en él me resulta familiar —murmuró Chayne.

—¿Señor?

—Vuelvo inmediatamente —dijo Chayne, y abandonó la sala. En el exterior, la antesala estaba vacía.



DOCE

Puerto Mon Lo, Nurth, antes del amanecer

La primera persona en darse cuenta de que algo iba terriblemente mal fue un subandar del Hort Zanzibari llamado Lec Tanha. Tanha se había despertado temprano, antes de la primera luz del alba, con la cabeza dolorida y un ardiente deseo de seguir durmiendo. Como era un tipo responsable, se había puesto las botas y la capa y había subido hasta el terraplén que rodeaba el campamento para supervisar el cambio de guardia.

Se tomó un restaurador pellizco de peck. Era el momento más fantasmal del día, con la primera luz del sol tiñendo el lechoso cielo. Soplaba un ligero viento que cubría la tierra entre el gran terraplén y la ciudad asediada con una niebla espectral que se movía como el humo al quemar los campos.

Tanha comprobó su arma, tomó otro furtivo pellizco de peck y conversó con dos oficiales de servicio. Entró en el reducto de observación, una plataforma fortificada al borde del terraplén. El reducto estaba abierto al aire, por lo que el viento alborotaba el pelo de Tanha. Cogió unos prismáticos de campaña y los dirigió hacia Mon Lo.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —le replicó el oficial de comunicaciones del reducto.

El distante ulular apagado por el viento seguía sonando como un dolor de cabeza ininterrumpido. Había un olor en el aire parecido al ajenjo.

—Ese olor —dijo Tanha.

—Los malditos infieles están quemando algo —afirmó el oficial de comunicaciones—. ¿Incienso?

—No —repuso Tanha—. Es otra cosa.

Miró hacia arriba y prestó atención al viento. Un distante sonido se mezclaba con

el aullido. Tanha puso la mano sobre el borde cubierto de sacos terreros del parapeto del reducto. Notó un profundo y ominoso temblor.

—Ponme en contacto con el mayor general —dijo rápidamente.

—¿Qué? —exclamó el oficial de comunicaciones—. ¿A esta hora?

—Quiero a Dev al aparato, ¡ya! —le ordenó Tanha.

El oficial de comunicaciones corrió hacia su puesto. Tanha levantó una vez más los prismáticos y los dirigió hacia el espeso banco de niebla. El subandar Lec Tanha vio lo que se les venía encima.

Con un desesperado y aterrorizado tartamudeo logró decir las dos primeras sílabas del nombre de su esposa.

Y después murió.

Un kilómetro al oeste, y exactamente treinta segundos después, Dynast Cherikar, el veterano comandante de la Segunda División de las Espinas de Regnault, se volvió abruptamente hacia su tribuno, Lofar.

—¿Normalmente podemos oír el mar desde aquí? —inquirió.

El tribuno negó con la cabeza.

—No, señor.

—¿No oyes eso? ¿Como una ola rompiendo contra la playa?

Lofar parecía dubitativo.

—He oído algo —admitió.

Ambos estaban caminando por la parte superior del terraplén, realizando su habitual patrulla matutina. Cherikar se volvió y miró hacia el este. Una gran nube, como niebla o vapor de agua, había cubierto la parte superior del terraplén un kilómetro más adelante. Estaba flotando en el aire, como una pálida colina que antes no hubiera estado allí.

—¿Qué es eso? —preguntó Cherikar. Lofar no respondió. Las planchas sobre las que caminaban habían empezado a temblar.

Dynast y su tribuno instintivamente levantaron los pinchos de su armadura, cubriéndose con las psicorreceptivas púas de acero que daban su nombre al regimiento. Totalmente cubiertos de letales cuchillas, desenfundaron sus armas y se dieron la vuelta para enfrentarse a la matanza.

Los sistemas mecánicos de cuchillas de sus antiguas armaduras no los salvaron, como tampoco lo hicieron las armas que empuñaban.

—¡Levántese! —rugió Tche—. ¡Levántese ya!

—Lárgate de aquí o te mataré —le soltó Bronzi a su bashaw mientras se daba media vuelta bajo la manta.

Tche pateó a su atamán en el trasero, que presentaba una razonablemente generosa superficie de contacto.

—¡Levántese! —insistió Tche.

Bronzi se puso de pie, frotándose la parte ofendida y parpadeando a la media luz de la tienda. Tenía la mente confusa. Trató inútilmente de distinguir lo que era real de lo que no era más que un sueño.

Estaba razonablemente seguro de que los bashaws geno no solían despertar a sus atamanes plantándoles una bota en el fondillo de los pantalones.

—¿Qué? —preguntó Bronzi.

Tche lo miró. Había una cierta ansiedad en los ojos del bashaw. Era el tipo de mirada que ningún hombre tan grande y musculoso como Tche debería tener que mostrar jamás.

—Vamos afuera, atamán —le urgió Tche.

Bronzi se dirigió hacia la entrada de la tienda, saltando mientras trataba de correr y ponerse las botas a la vez. Ya podía oírlo, tan claramente como el día.

El murmullo.

Desde lejos, la guerra produce un extraño sonido. El temblor del suelo, el rugir de los motores, el repiqueteo de las armas, el golpear de las detonaciones, el gritar de las voces; todos esos ruidos se mezclan en una especie de murmullo ominoso, como el salvaje rugido de un monstruo que se despertara detrás de la siguiente colina.

Hurtado Bronzi había oído ese murmullo docenas de veces en su vida. Siempre había augurado días en los que la suerte le había permitido seguir viviendo, u horas que jamás podría olvidar.

Una vez en el exterior, lo deslumbró la primera luz del día. La conmoción recorría el campamento mientras los Bufones se preparaban. Bronzi miró hacia el cielo. Las lentas nubes estaban teñidas de rosa, como sangre diluida en agua o seda nurthena. Olió el ajenjo en el aire. Hacia el este, lo que parecía una vasta y lenta tormenta de arena había envuelto las líneas defensivas, y ocultaba incluso la oscura forma del terraplén.

Bronzi se movió entre el enjambre de sus hombres, gritando órdenes y pidiendo un comunicador. Los bashaw se separaron de él como la metralla de una granada, llevando a cabo y propagando esas órdenes en tonos inequívocos, dando forma y solidez a una compañía tomada por sorpresa.

Mientras seguía pidiendo un comunicador, Bronzi subió por la escala de una de las torres de observación. Cuando estaba a medio camino miró hacia abajo, a Tche, y lo llamó por su nombre. Tche le lanzó sus prismáticos. Bronzi los cogió con una mano, los abrió y los dirigió hacia el este.

Un grupo de infantería de los Outremar se estaba reuniendo junto a sus tiendas, situadas al lado del campamento de los Bufones. Mostraban los mismos movimientos

erráticos que acuciaban a los geno. Más allá de ellos... sí, ya lo veía.

Los esporádicos destellos de las explosiones eran como si alguien estuviera utilizando una lámpara de señales bajo el manto de polvo. Las detonaciones se producían tan rápida y frenéticamente como fuegos artificiales. Oyó el repiqueteo de las armas pesadas y el latido rítmico de las posiciones artilleras al despertarse. También oía tambores, tambores reales tocando salvajes y rápidos ritmos. Unos pocos segundos más tarde, las baterías láser de los reductos del sureste empezaron a vomitar disparos incandescentes contra la nube de polvo, añadiendo sus gritos al murmullo comunal.

Bronzi vio movimiento en los tenues bordes de la tormenta de arena que iban cobrando forma.

—¡Aire sagrado! —susurró.

Una vez, durante su infancia en Edessa, Bronzi había visto el enjambre de una plaga en movimiento. Durante siglos, las grandes extensiones de Osroene y el delta Mesop habían sido cultivados con cereales génicos como parte del programa del Emperador para mejorar los cultivos de alimento para un mundo que estaba regenerándose; cada pocas décadas se producía una masiva eclosión de insectos a causa de las sobreabundantes cosechas. Ese enjambre había oscurecido el cielo, convirtiendo el día en noche, como un denso río de langostas de setenta kilómetros de largo.

Jamás había olvidado el sonido de un trillón de alas haciendo un ruido muy similar al murmullo de la guerra. Jamás había olvidado esa visión.

Y en ese momento no le quedó más remedio que acordarse de ella.

Los nurthenos estaban saliendo de la nube cambiante en gran número, un maldito enjambre de infantería corriendo y caballería cargando que se propagaba por el terraplén y se sumergía en las líneas imperiales como una avalancha. Los guerreros echvehnurth encabezaban la hueste, con sus falces brillando en la curiosamente mortecina luz. Una oleada de nurthadtre los seguía. Entre el polvo y la tenue luz, sus sedas rosadas parecían negras, como los cuerpos de un enjambre de langostas. Bronzi vio ondear estandartes de juncos y de cocodrilos, estandartes de piel de lagarto que se movían como un fragmentado metal verde, tótems que mostraban escamas, dientes y lenguas bífidas.

No había ninguna organización regimental ni orden de batalla. La caballería nurthena cargaba mezclada con las masivas hordas de infantería. Vio lanceros gritando y aullando montados en acorazados galopantes del tamaño de un grox. Unos caimanes gigantes, oscuros como el carbón y con las escamas dorsales y dientes bañados en oro, avanzaban dificultosamente, cargando castillos atestados de arqueros echvehnurth en sus amplias espaldas. Primitivos cohetes de pólvora salían disparados de entre la hueste como fuegos artificiales y explotaban en medio del campamento.

Los dardos caían como una lluvia infernal.

El murmullo había dejado de ser un murmullo para convertirse en un rugido.

Bronzi saltó de la escala y aterrizó entre sus hombres. Fuera cual fuera el elemento del ejército que había acampado al este del grupo de infantería de los Outremar, ya había sido engullido por la tormenta nurthena, y Bronzi había visto lo suficiente como para saber que los soldados de Outremar estaban cayendo a puñados, como un cultivo génico bajo una hambrienta plaga de langostas, a medida que la tormenta se dirigía hacia su posición. Bronzi fue consciente de que disponía de menos de cinco minutos, antes de que el asalto nurtheno los alcanzara.

—¡Formación Akkad! —gritó a sus bashaw—. ¡Seis líneas, cañones al frente! ¡Los morteros en la loma! ¡Pasadlo!

Los bufones se movieron como un intrincado mecanismo, formando estructuras sobre el terreno al sur del terraplén. Se colocaron dos sólidas líneas de picas y de carabinas alternadas a lo largo del borde norte, tras los corrales del ganado y las letrinas. Las dotaciones de los cañones resoplaron mientras trataban de emplazar sus pesadas armas, cajas de munición y trípodes en la nueva ubicación. Los hombres pasaban rápidamente junto a ellos, cargando los tubos de hierro de los morteros sobre sus hombros.

—¡Adelante! ¡Adelante! —les gritó Bronzi a los grupos de fusileros.

No dejó de mover su sable por encima de la cabeza. Tche apareció y le pasó un comunicador a Bronzi.

—¡Bufones, bufones, bufones! —vociferó Bronzi—. Incursión masiva en PG88 y hacia el este. ¡Informo de un asalto en masa que está teniendo lugar en estos momentos! ¡Nos estamos preparando para resistir! ¡Solicito apoyo!

—Comandante bufón, lo sabemos —replicó el comunicador—. Esté preparado. Estamos redesplegando fuerzas hacia su posición.

—Resistiremos —le espetó Bronzi, y lanzó el comunicador a Tche—. ¡Izad bien alto el maldito estandarte!

Bronzi volvió a mirar a la muerte que se apresuraba para engullirlos. Se dio cuenta de que no era la gran masa de fuerzas enemigas lo que realmente lo atemorizaba, pese a su número, sino la lenta nube de polvo que llegaba con ellos y que parecía vomitarlos, y sobre todo su colosal altura, diez veces más alta que la rampa del terraplén.

Era igual que si una montaña estuviera a punto de caérseles encima.

La sala del palacio de terracota utilizada como centro de operaciones se había convertido en una poco digna marabunta de gritos y de personal gesticulando. Una multitud de uxores y oficiales superiores habían invadido el lugar y exigían información mientras se daban empujones para tratar de ver el mapa estratégico

principal, un mapa hololítico que dominaba el centro de la sala. Algunos de ellos estaban a medio vestir, con los ojos entrecerrados por el sueño; otros todavía estaban abotonándose las camisas o ajustándose los vestidos. Alrededor de los muros de la sala, los adeptos de comunicaciones tácticas y de abastecimiento anunciaban las comunicaciones de sus estaciones cogitadoras con unas voces que se sumaban a los gritos de la multitud.

—¡Informe de incursión en PG88 y hacia el este!

—¡Asalto en masa!

—¡Estaciones de apoyo combatiendo! Tenemos...

—¡No recibimos respuesta de PG89 ni de PG90!

—¡Exige un informe de situación al Cuarto de Húsares!

—Informes de bajas en PG91 y...

—¡Repita eso! ¡Repita!

—Pierdo su señal, PG90...

—¡PG93 informa de contacto enemigo!

—¡Silencio!

El mayor general Dev entró por la puerta occidental.

—Ocupen sus puestos y compórtense de acuerdo a su rango —gruñó.

Las uxores y los oficiales, atemorizados por su tono y su autoridad, se callaron y se pusieron respetuosamente firmes.

El ayudante de Dev cogió el casco y la espada del general, y Dev avanzó hacia la mesa para observar con detenimiento la situación.

—¿Nos han tomado por sorpresa?

—Completamente, señor —dijo el adepto superior.

—¿Estimaciones? —preguntó el mayor general, inclinándose sobre el borde del mapa para observarlo mejor. El brillo de su superficie le iluminó la cara.

—Todavía estamos esperando la valoración orbital —replicó el adepto superior —. Existe una peculiaridad atmosférica que...

—No pienso esperar al informe orbital —dijo Dev, fríamente—. ¡Que alguien me haga una estimación viable!

—Una incursión de gran calibre ha abierto brecha en el terraplén a lo largo de una línea de once kilómetros entre PG88 y PG96, en el *wadi* Ghez, también llamado Pequeño Sumidero —dijo Sri Vedt, la uxor primus, siguiendo con su dedo el mapa hololítico—. No podemos estimar la fuerza exacta, pero parece ser que se cuenta por decenas de miles.

—Estoy de acuerdo con la primus —apuntó la uxor Bhaneja—. Sus fuerzas atacaron hace ocho minutos y han arrasado las defensas con el mero peso de su número.

—¿Y nos han tomado por sorpresa? —preguntó Dev—. ¿Una fuerza de ese

tamaño? ¿Simplemente han ocultado una división de guerreros y han saltado sobre nosotros? ¿No les parece poco realista?

—Estaban ocultos por una nube de vapor —le explicó la uxor Sanzi—. Sin duda se trata de algo más que el polvo levantado por su desplazamiento. La nube golpeó el terraplén en primer lugar, con la fuerza cinética de un maremoto.

—¿Más ayuda mágica? —sugirió un oficial del Torrente.

—No permita —dijo Dev, iracundo, levantando un dedo hacia él—, no permita que el comandante general le oiga pronunciar esas palabras.

El oficial del Torrente hizo un rápido gesto de respeto y se retiró.

Dev miró a las uxores que había congregadas alrededor de la mesa.

—Gracias por una estimación tan franca, uxores. ¿Cuál es su nivel de precisión?

—Nuestras estimaciones son buenas —afirmó la uxor Sanzi.

—Lo sentimos así —añadió la uxor Bhaneja—. Tengo una compañía en PG90, los Ases. Calculo que ya deben de estar muertos.

Dev asintió.

—Siento su pérdida, uxor Bhaneja.

Bhaneja le devolvió el saludo y, con lágrimas en los ojos, aceptó el abrazo consolador de Sri Vedt.

—Todo el mundo lamentará más pérdidas antes de que haya acabado el día, señor —apuntó Sri Vedt.

—Estamos movilizando la caballería acorazada hacia PG713 —anunció Dynast Kheel, de los Espinas—, así como las reservas de los Outremar en Tel Sherak.

—Sri Vedt ha ordenado a cuatro compañías geno que se desplacen a lo largo de la línea para apoyar las fuerzas en CR88 —dijo Honen Mu—. Pero en mi opinión necesitaremos más.

—Suponiendo que vengan con apoyo blindado —puntualizó un oficial de Hort—, lo que necesitamos son blindados...

—Los blindados no bastarán —respondió Mu—. Una respuesta contundente de infantería podrá organizarse mucho más rápidamente. Se trata de guerreros con bajo nivel tecnológico, armados con espadas y bombas de pólvora negra, y...

—¡Dejen de perder el tiempo discutiendo! —gruñó Kheel, interrumpiendo a la delgada uxor—. ¡Todo esto es inútil! ¡No existe una coordinación de mando!

Honen Mu miró a Kheel directamente a los ojos, o al menos lo que ella podía llegar a ver bajo las gigantescas espinas de su visor.

—Dynast, creía que era el mayor general Dev quien estaba al mando —dijo ella, con voz seca y sin entonación alguna.

—Eso creía yo también, Kheel, así que apartaos y mordeos la lengua —dijo Dev, con un gesto despectivo de la mano—. Superior, ¿dónde se encuentran los titanes más próximos?

—El princeps Jeveth ya ha ordenado a los tres titanes más próximos a la incursión que se dirijan al combate —replicó el adepto superior.

—Bendito sea ese viejo chivo por no esperar órdenes —asintió Dev—. Necesitamos golpear con toda la fuerza de las unidades del Hort y del Torrente a esa maldita oleada.

Empezó a dibujar líneas de despliegue sobre el mapa iluminado, de acuerdo con los adeptos y oficiales. Sri Vedt observaba, aprobando sus decisiones o corrigiendo gentilmente algunos detalles que ella consideraba poco adecuados.

Mu se preguntó si la complacencia era la culpable de todo. Las fuerzas asediantes muchas veces sufrían ese problema. La Expedición había ocupado un planeta entero y había arrinconado los restos de resistencia en una única ciudad para que murieran. Nadie había esperado que los nurthenos volvieran a la ofensiva.

No, no era complacencia, decidió. Se recordó a sí misma que los nurthenos no pensaban de la misma forma que los humanos imperiales. Sus acciones venían determinadas por valores totalmente ajenos a Mu y los suyos. Conducidos al borde de la derrota, los nurthenos no se habían resignado a su inevitable destino.

Habían contraatacado, como una bestia acorralada habría hecho.

«Ya hemos subestimado demasiadas veces a las criaturas de este mundo a lo largo de la campaña —pensó Mu—. Por favor, que no vuelva a repetirse.»

El hedor a ajenjo era opresivamente fuerte, y el rugir de la hueste que se aproximaba había aumentado tanto que Bronzi ya no podía oír las voces de los hombres que rezaban a su alrededor.

Miró a derecha e izquierda, supervisando las líneas. Los Bufones habían cumplido sus expectativas. A pesar de lo extraordinario del momento y de la velocidad con que se habían visto obligados a reunirse, la compañía había formado perfectamente. Estaban preparados, con las picas y las carabinas en posición.

Bronzi apostó consigo mismo que los Bufones iban a ser la primera unidad del ejército que esa mañana se enfrentaría al asalto enemigo con algún tipo de coordinación y disciplina. Cómo actuaran los Bufones en los siguiente treinta minutos sería decisivo. No había ninguna posibilidad de que la compañía geno consiguiera detener el asalto, pero si lo frenaban o lo retrasaban, posiblemente eso decidiría lo que iba a suceder el resto del día.

Una compañía completa de regulares de Outremar, enarbolando el estandarte de Samarcanda, había corrido a ocupar su posición en el flanco derecho de los Bufones, formando una línea a lo largo de la carretera del campamento y el amplio valle del sur que se abría al desierto. Una segunda unidad de Outremar, más pequeña pero dotada de servidores de combate, se estaba desplegando detrás de ellos, y el comunicador dijo que la Sexta Unidad Blindada del Torrente, con apoyo de infantería, estaba a un

minuto o dos de las posiciones de los Bufones.

El flanco izquierdo de los Bufones era el muro del terraplén. Hábilmente colocados por Bronzi y sus bashaws, los Bufones se habían desplegado por los bordes superiores y los montículos del irregular terreno del campamento. Estaban recibiendo adecuadas instrucciones tácticas a través de los comunicadores, y el poder de su uxor estaba con ellos. Bronzi vio cómo sus hombres reforzaban y ajustaban sus despliegues ligeramente a medida que la sabiduría de Mu los alcanzaba.

Bronzi asintió para sí mismo. Su compañía estaba tan preparada como jamás podría llegar a estarlo. Alzó el sable y lo mantuvo en alto. Se produjo un fuerte chasquido al amartillarse las armas.

El maremoto de guerreros enemigos se encontraba a menos de un cuarto de kilómetro de distancia, con la tormenta de arena avanzando con ellos. Docenas de soldados de Outremar huían ante su avance, perseguidos desde sus arrasadas posiciones. Corrían frenéticamente hacia las líneas geno, pasando filas de tiendas abandonadas y atrincheramientos vacíos. Bronzi se dio cuenta de que los pobres estaban perdidos. Estaban en la línea de fuego, y no se podía permitir que sus hombres esperaran a disparar hasta que los Outremar estuvieran a salvo.

La guerra obliga a los hombres a tomar decisiones. En Tel Utan, la Legión Alfa había demostrado lo cínicas que esas decisiones podían llegar a ser. La compasión era una debilidad que, por salvar una vida, podía condenar a otro centenar a morir como consecuencia.

Bronzi miró hacia el estandarte de su compañía, que colgaba flácidamente en el aire seco. Contempló la figura del estandarte, el bufón cósmico, el engañoso dios Trisumagister, con sus variopintas travesuras y con un báculo con cascabeles en una mano y unos anteojos en la otra. El dios bufón sabía muy bien lo caprichosa e irresponsable que puede ser la suerte, y lo rápido que pasa el tiempo por aquellos que se han perdido en sus caprichos. Bronzi creía que conocía igual de bien a la Dama Fortuna. Tú pagas por su tiempo y usas sus servicios, y sabes que estará con otro hombre en cuanto así se le antoje.

El cielo sobre sus cabezas se había oscurecido tanto que se había tornado del color de la sangre arterial.

—¡Geno! —gritó.

Los hombres corearon la palabra con todas sus fuerzas.

Había llegado el momento.

Bronzi volteó el sable en el aire, realizando rápidos y cortantes golpes. La primera señal.

En la loma baja a su derecha, los servidores de los morteros de la compañía empezaron a soltar los proyectiles en los tubos y a continuación apartaron la cabeza cuanto pudieron. Un ruido sordo, explosivo y hueco, empezó a sonar. Los proyectiles

de mortero silbaron hacia la formación enemiga, apuntados con ojo experto. Bronzi observó las detonaciones y destellos de los impactos con un asentimiento de satisfacción. Cada impacto lanzaba por los aires un chorro de humo blanco y cuerpos desmembrados.

Movió el sable hacia adelante y hacia atrás. La segunda señal.

Los cañones, montados sobre trípodes, y las armas de dotación empezaron a cantar, e inundaron al enemigo con trazadoras y rayos láser. Secciones enteras de las primeras filas enemigas fueron diezmadas. El humo y los torrentes de sangre bañaron a los nurthenos que presionaban hacia adelante, mientras fragmentos de metal retorcido llovían sobre ellos. Bronzi vio a la élite echvehnurth vibrar y desintegrarse cuando el fuego pesado atravesó sus filas. Vio cómo caía destripado un enorme lagarto lanzado al galope que aplastó a su jinete bajo su peso.

Bronzi bajó de golpe su sable. La tercera señal.

La línea de rifles abrió fuego. La primera andanada de proyectiles sonó como si se rompieran un millar de ramas. Una tras otra, todas coordinadas por los gritos de los bashaws y el poder de Mu, las hileras de fusileros apuntaron, dispararon, volvieron a apuntar y volvieron a disparar.

El efecto fue devastador. Quinientas carabinas láser anatolias, robustos disparadores de pulsos desarrollados a partir del omnipresente rifle de combate Urak-1020, que había sido el arma más utilizada por todos los ejércitos de los señores de la guerra en la Era de los Conflictos, manejadas por soldados profesionales entrenados hasta alcanzar la perfección, dispararon contra los nurthenos. Los Bufones eran especialmente conocidos por su puntería, una característica que Bronzi consideraba un orgullo personal. Cada fusilero bufón era un tirador de élite dentro de los estándares del Ejército. No había ni uno solo de ellos que no fuera capaz de alcanzar a un pájaro en movimiento a novecientos metros de distancia. Bronzi regularmente recibía peticiones de los otros regimientos para que les dejara uno o dos fusileros para sus programas de entrenamiento. Amargamente se lamentó de que Giano Faben y Zerico Munzer, sus dos mejores tiradores, no estuvieran junto a él esa mañana. Los había cedido como tutores al regimiento Gedrosiano en Salkizor, hacía ya quince meses. Lo último que había oído de ellos era que estaban de regreso en un convoy de naves una vez terminado el entrenamiento.

Giano y Rico se estaban perdiendo toda la diversión. Qué cabrones con suerte.

Las andanadas acabaron de forma experta con las primeras ocho filas de la hueste nurthena, derribando al mismo tiempo a la infantería y a los jinetes reptilianos. Pese a que un puñado de soldados de Outremar que huían también habían sido abatidos, Bronzi se sintió satisfecho al comprobar que la gran habilidad de sus hombres había logrado evitar darle a la mayoría de sus camaradas. Los outremars supervivientes estaban llegando en esos momentos a las líneas geno, llorando y pidiendo ayuda.

Tche miró a su atamán.

—Seguid disparando —dijo Bronzi por encima del ruido—. Fuego sostenido hasta que no quede suficiente distancia.

Tche asintió.

Bronzi levantó su sable y lo mantuvo recto frente a él a la altura de la cabeza. La cuarta señal.

Los piqueros, colocados entre las filas de rifles, retrocedieron un paso con el pie izquierdo y bajaron sus armas, formando una valla letal. Reforzadas por campos de fuerza gravimétricos, las picas telescópicas se extendieron hasta que todas ellas alcanzaron los diez metros de longitud. Los piqueros mantuvieron su pie derecho sobre el contrapeso gravimétrico en la base del asta de la pica.

Las púas láser en la punta de las hojas de las picas empezaron a zumbar con su cortante poder.

«Corred hacia ellas, cabrones —pensó Bronzi—, y descubriréis cuánto daño puede causaros realmente una compañía geno.»

Como si obedecieran a su voluntad, la hueste nurthena hizo exactamente eso.

La línea frontal del vasto enjambre atravesó los últimos metros de terreno abierto, perdiendo más hombres ante las andanadas sostenidas que recibían a cada paso. Diez metros, cinco, dos, y seguían acercándose pese a las bajas. Por cada baja nurthena había dos más que ocupaban su puesto, los cuales a su vez morían y eran reemplazados por cuatro más.

Los nurthenos alcanzaron el muro de picas.

Los primeros en llegar fueron partidos por la mitad, seccionados y descuartizados. Las siguientes oleadas quedaron empaladas con sus cuerpos atravesados en las hojas de las picas como souvlakis vivientes. Los piqueros geno cedieron ante el peso y los múltiples impactos. Algunos incluso gruñeron cuando con sus alargadas picas levantaron cuerpos enteros del suelo, temblando como peces agonizantes, mientras otros luchaban y caían bajo la grandes masas de cadáveres que empujaban la picas hacia abajo. Los contrapesos gravimétricos se cortocircuitaron causa del esfuerzo a que se vieron sometidos, y las astas se partieron cuando los campos que soportaban su increíble longitud desaparecieron. Los piqueros empezaron a utilizar las secciones rotas de sus armas para golpear a la marea incesante de enemigos.

«Este es el momento de la verdad», pensó Bronzi.

El impacto de la carga nurthena contra la línea geno provocó ondas de choque entre las ordenadas filas de Bronzi. Por un instante, los bufones resistieron, como una presa ante una riada, pero la presión creció rápidamente. Los nurthenos iban acumulándose, con centenares de ellos apiñándose contra la barrera geno. Los guerreros nurthenos cortaron y golpearon a través de los agujeros abiertos por las picas rotas. Los bufones caían destrozados por chirriantes falces o aplastados contra

las filas posteriores. Las carabinas disparaban metralla a quemarropa. Presionados hacia atrás por la capa de muertos y moribundos de las primeras filas, los bufones trataron de mantener sus posiciones. Los muertos de ambos bandos formaron una fantasmagórica cresta por la que los nurthenos trataban desesperadamente de subir.

—¡Espadas, espadas! —gritó Bronzi.

El bashaw Fho, uno de sus hombres más veteranos, se volvió para dar la orden. Un dardo de hierro le atravesó la cabeza y cayó de bruces. Las flechas nurthenas empezaron a llegar de repente del cielo, como una lluvia torrencial. Todos los hombres en el campo de visión de Bronzi fueron alcanzados por uno de aquellos dardos. Bronzi sintió un corte en el muslo derecho y otro se le clavó en la bota izquierda.

Rugió y se lanzó hacia adelante, el sable en una mano y el revólver parto en la otra.

El sentido común desapareció. El instinto tomó el mando. Disparó su pistola y vio estallar la cabeza de un echvehnurth. Golpeó con la espada y cortó la parte superior de un cráneo. Algo lo alcanzó en la barriga. Sin respiración, se dio la vuelta y destripó a un nurtheno con la espada. Apartó a otro con su peso y disparó a su oponente en la cabeza para aumentar su cuenta personal. Giró sobre sí mismo y atravesó a otro en el pecho, y tuvo que tirar del arma con fuerza para poder liberarla.

En veinte segundos su pistola estaba descargada. La lanzó contra un nurtheno y gruñó cuando ésta rebotó en el cráneo del hombre. Desenfundó su otra arma de mano, una pistola de repuesto con seis cañones.

La caballería nurthena cargó contra el denso bosque de cuerpos y atacó con un impulso indiscriminado que aplastó tanto a nurthenos como a imperiales bajo sus patas. Los reptiles corcovearon y se tambalearon por encima de las cabezas de la infantería, como si fueran jinetes conduciendo sus monturas por un río de fuerte caudal. Las picas atraparon a algunos, arrancándolos de sus sillas, y las monturas sin jinete se sumergieron en la masa de cuerpos al tiempo que mordían y aplastaban cuanto veían. Más dardos de metal silbaron desde la penumbra, abatiendo hombres a docenas. El convulso suelo estaba cubierto de flechas, como si estuviera creciendo un nuevo y extraño cultivo.

Los primeros caimanes monstruosos surgieron del ondulante vapor. Bronzi jamás había visto animales tan grandes, con cabezas del tamaño de vehículos terrestres y cuerpos parecidos a tanques imperiales. Sus colas parecían no acabarse nunca. Los arqueros nurthenos, vestidos con sedas azules y cotas plateadas, disparaban andanada tras andanada de dardos de metal con sus pequeños arcos de doble curva desde los decorados castillos y plataformas de combate montados en sus gigantescas espaldas.

Los caimanes eran inexorables. Los proyectiles de las armas de fuego de pequeño calibre rebotaban en sus escamas negras y las astas de las picas se partían sin

dañarles; aquellas criaturas, simplemente, pisoteaban cualquier cosa que se cruzara en su camino.

Bronzi envainó el sable y apuntó con su arma de fuego. La ropa se le estaba volviendo pesada, y sabía que era por el peso de la sangre que la empapaba. Apuntó al castillo del cocodrilo más cercano y disparó los seis cañones a la vez.

Bronzi preparaba sus propios cartuchos, rellenándolos con trozos de monofilamento, adamantium y perdigones de xygnite. Seis de ellos fueron suficientes para hacer explotar y destruir al castillo y a todos los que había en él. Los trozos despedidos y los monofilamentos hirieron al animal, que se estremeció y movió su pesada masa lentamente al reaccionar al dolor. Bronzi abrió su arma, que expulsó de forma automática los cartuchos gastados, e introdujo, con dedos temblorosos, seis cartuchos más.

El caimán estaba volviéndose hacia él, lanzando hombres por los aires con su largo morro. Bronzi volvió a cerrar el arma y apuntó, con el pulgar pegado a la mejilla. Volvió a disparar, y los pequeños pero letales componentes de su munición destrozaron la garganta y el hombro derecho de la criatura, provocando una lluvia de carne y sangre. El caimán se desplomó y hundió el largo morro en el suelo, como un arado, con los cuartos traseros agitándose de forma convulsiva. La cola golpeó a un lado y otro, alcanzando a tres docenas de cuerpos, que salieron volando por los aires.

Estaba a punto de recargar, pero no tuvo la oportunidad. Dos echvehnurth se abalanzaron contra él con sus faltes. Logró bloquear el primer golpe con el arma descargada y luego la soltó para enzarzarse con el nurtheno. El hombre le gritaba, pero Bronzi agarró la falce por la empuñadura y lo acercó para darle un cabezazo que le partió la nariz. El nurtheno quedó aturdido, y Bronzi aprovechó que lo tenía agarrado por la falce para girar al guerrero como si fuera un escudo. El otro echvehnurth había lanzado un ataque con su falce contra Bronzi, pero el arma atravesó la espalda de su compatriota.

La falce quedó de repente en manos de Bronzi. La arrancó de los dedos muertos, la hizo girar, y la lanzó contra el segundo echvehnurth. Su largo filo se hundió en la mejilla izquierda del hombre, y la punta salió por la parte posterior de su cabeza. Bronzi liberó la poco familiar arma y golpeó salvajemente a un tercer echvehnurth que se le acercaba por la izquierda. Erró el golpe, pero el echvehnurth cayó igualmente muerto.

Tche cogió a Bronzi por el hombro. Su disparo de pistola había matado al guerrero enemigo.

—¡Atrás, atamán! —le gritó Tche—. ¡Hemos de retroceder!

Bronzi sabía que Tche tenía razón. Era un caos. Todo parecido con las filas y el orden había desaparecido; los bufones se habían visto divididos en grupos de combate y los nurthenos se abalanzaban sobre ellos. Las posiciones de los morteros

habían sido abandonadas y arrasadas, y en el flanco derecho parecía que los Outremar se hubieran desintegrado por completo.

El muro de polvo que avanzaba junto a los nurthenos como un sudario estaba cubriendo poco a poco las posiciones de los bufones.

Habían hecho todo lo que habían podido. Hurtado Bronzi tenía la sensación de que habían estado luchando durante treinta o cuarenta minutos, pero en realidad habían pasado poco más de diez. El poder de la uxor estaba apremiando a los geno que luchaban para que se retiraran y reagruparan.

—¡Hacedlo! —le gritó Bronzi a sus bashaws—. ¡Destrabaos y retroceded! —Estaba imaginándose que sus hombres podrían alejarse y reagruparse en núcleos de hostigadores para acosar los flancos nurthenos. Pero el polvo los estaba envolviendo, y había guerreros nurthenos por doquier. Comprendió que tendrían suerte si conseguían salir con vida.

No había ni rastro de la famosa rabia de lord Namatjira. Estudiaba minuto a minuto los informes que Táctica le proporcionaba, de forma tranquila y reflexiva. Era un rasgo curioso, uno que sin duda había contribuido positivamente al ascenso de Namatjira hasta el mayor rango militar posible. En medio de una auténtica crisis, una calma glacial lo envolvía. Lord Namatjira no tenía tiempo ni energías que perder en diatribas o recriminaciones. Éstas podían llegar más tarde, una vez acababa la crisis. En el ardor del conflicto se necesitaba un enfoque frío y analítico.

—Nuestra primera línea de resistencia, que incluía la compañía geno de los Bufones, ha quedado eliminada —le dijo el mayor general Dev—. Outremar 234, Outremar 3667 y el 18° de Hort han sido eliminados o puestos en fuga.

Namatjira asintió. El mayor general Dev y los oficiales superiores esperaban que hablara. De todas partes llegaba el ligero murmullo de los adeptos y el zumbido de los cogitadores.

—¿Y los titanes? —preguntó Namatjira.

—Seis minutos para el contacto —replicó lord Wilde—. Deberían ser capaces de cambiar el curso de la batalla.

Namatjira se volvió y salió de la sala. Su séquito lo siguió. Chayne hizo una pausa y le hizo un gesto de asentimiento a Dev, indicándole que debía seguirlo.

Saltando con la vitalidad de un hombre mucho más joven, Namatjira subió de dos en dos los escalones hasta la plataforma de observación, cogiéndose los faldones de sus ropajes rakematiz. Sus luciferes redoblaron el paso para mantenerse a su ritmo.

Salieron al exterior, a la luz del amanecer. Una gran terraza con un muro bajo en la parte superior del palacio había sido habilitada como puesto de observación. Se habían colocado unos catalejos pesados y unas mallas de detección a lo largo del parapeto, y habían plantado unos elevados grupos de mástiles de comunicaciones en

el centro de la terraza. Las dotaciones de observación hicieron respetuosas reverencias cuando el comandante general apareció.

—Prosigan —les dijo, con un solemne movimiento de cabeza. Caminó a lo largo de la sección oriental del parapeto, y dos adeptos se inclinaron y se apartaron del catalejo de alta resolución montado en un servidor trípode.

—Quiero verlo por mí mismo —dijo tranquilamente Namatjira cuando Dev se le unió.

—Sí, señor.

Namatjira miró por el visor del catalejo y ajustó cuidadosamente la resonancia mientras lo giraba lentamente de izquierda a derecha.

La cresta del terraplén cubría el horizonte al nordeste. Hacia el sur, en el amplio barranco en que los zapadores imperiales habían construido la carretera más allá de los muros del palacio, una larga línea de transportes y tanques estaba avanzando hacia el este siguiendo el camino, en dirección a la tormenta que se acercaba. Un grupo de Chacales, que zumbaban por encima en formación cerrada, giraron hacia el sur para realizar pasadas de ametrallamiento. Pese a la gran resolución del catalejo, Namatjira no podía ver al enemigo, pero podía ver el amplio velo de vapor en movimiento que lo envolvía y cubría el cielo.

—Extraordinario —dijo Namatjira incorporándose. Miró a Dev. Sus ojos brillaban, casi excitados—. Cuando un individuo considera la guerra aburrida es que le ha llegado el momento de retirarse del servicio —manifestó—. Esto me recuerda por qué estoy contento de poder servir al Imperio durante algún tiempo más.

—¿Señor? ¿Por qué dice eso?

—Porque es un desafío, Dev, una revelación. El enemigo ha hecho lo inesperado, y eso nos pone a prueba. De todos los escenarios previsibles, ¿alguna vez llegamos a considerar la posibilidad de que el enemigo lanzara una contraofensiva total?

—No, señor. Pequeñas incursiones y asaltos en línea, tal vez ataques devastadores contra algunas posiciones, pero nada parecido a esto. No éramos conscientes de la cantidad de fuerzas que les quedaban.

—Nos han enseñado una lección sobre qué esperar —afirmó Namatjira—. Los tenemos asediados, los superamos en número, y poseemos una clara ventaja en tecnología. Y aun así son ellos los que nos invaden.

—Un acto de desesperación —sugirió Dev—. Estamos a punto de arrebatarles su mundo. Es su última resistencia, tal vez un último intento de expulsarnos.

—Y un acto muy valiente —replicó Namatjira—. Pese a que actúa en nuestro beneficio.

Dev dudó.

—¿En nuestro beneficio?

—Han roto el asedio. Han salido a descubierto y presentado batalla campal. Les

daremos eso y los aniquilaremos. Nurth será un dominio imperial al caer la noche. Tras meses de una demoledora y molesta guerra, nos han proporcionado una victoria final rápida y total.

Dev asintió.

Namatjira observó el cambiante cielo.

—Es casi como si ésa fuera su intención —murmuró—. Por muchas bajas que hayan causado inicialmente gracias a su brutal asalto, tienen que saber que nuestra superior potencia de fuego acabará por masacrarlos. Da la sensación de que estuvieran realizando una carrera suicida, como si quisieran morir en una última tormenta de fuego en vez de languidecer hasta una ignominiosa derrota.

Namatjira se volvió hacia las escaleras.

—Moviliza a los Hort y al Torrente en su totalidad para que sigan a los titanes y aplasten al enemigo. Sin cuartel, mayor general —hizo una pausa—. Por cierto, ¿dónde está la Legión Alfa?

—Yo... no lo sé.

—Envíeles un aviso, mayor general —ordenó Namatjira. Por un segundo se vislumbró un pequeño destello de su cuidadosamente reprimida rabia—. Pregúnteles por su situación y pregúnteles, respetuosamente, si tienen intención de unirse a nosotros.

Era muy posible que Hurtado estuviera muerto.

Soneka estaba de pie en la cima de una duna, ocho kilómetros al oeste de la batalla, y sentía que ese presentimiento calaba en él. Lo notaba en los huesos. Hurtado estaba muerto. Táctica le había informado de que los Bufones habían sido atrapados justo en medio del camino de la masacre enemiga. Había solicitado dos veces permiso para desplegar a los Payasos a lo largo de la vía de servicio sur para apoyar a la línea del frente, pero ambas veces se lo habían denegado. Los Payasos debían mantener su posición.

—En estos momentos desconocemos si el enemigo tratará de penetrar nuestras líneas por otros puntos.

Soneka sabía que eso tenía sentido. El Ejército debía mantener una formación defensiva a lo largo del terraplén, o sería culpable de un pecado capital en cualquier ejército. Aun así, a la velocidad que la nube de polvo iba avanzando, los Payasos probablemente también se verían implicados en, aproximadamente, una hora.

Sin embargo, deseaba fervientemente poder acudir en ayuda de su amigo.

Había tenido menos de ocho horas para conocer a su nuevo regimiento. El transporte había dejado a Soneka y sus bashaws en el campamento de los Payasos mucho después del anochecer la noche anterior. Los Payasos ya habían empezado a divertirse junto a los fuegos, y habían recibido a su comandante temporal con gran

entusiasmo. Eso había durado hasta muy avanzada la noche, alimentado por el inagotable suministro de znaps de los Payasos.

Soneka había estado hablando durante dos horas con Strabo, el Fug de Strabo, que resultó ser un hombre mucho más competente y fiable de lo que Dimi Shiban había sugerido. Strabo había hecho todo lo que estaba en su mano para mantener la compañía en funcionamiento y preparada en ausencia de un atamán superior. Al finalizar su conversación, Soneka había sentido una envidiosa admiración por el bashaw, debido a que era evidente había logrado mantener a los Payasos unidos gracias un pegamento compuesto por carisma y coacción. Hablaron de Shiban, y Soneka relató algunas de las cosas que habían pasado entre él y Dimi en Tel Khat. Decidió no contarle a Strabo la verdad sobre la muerte de Shiban. ¿Cómo podía un hombre explicar que un buen oficial como Dimiter Shiban había sido ejecutado por la Legión Alfa y que eso no sonara a traición?

Soneka observó el terreno a la luz del amanecer. Allí donde el sol se había levantado, el ominoso paño de vapor colgaba del horizonte. El cielo se había congelado en una marea de nubes marrones y ámbar, y todas ellas avanzaban lentamente contra el viento y el sentido común. El vapor era más brillante que el cielo, una masa cremosa como un profundo desierto de dunas captado a la luz del mediodía. Soneka podía oler algo en el viento, un aroma resinoso similar a la mirra o el ajenjo.

Había estado pensando mucho en Shiban en los últimos días. Si hubiera detectado algún cambio en él, algún signo que mostrara que Shiban no era él mismo... ¿Cómo puede alguien detectar las trazas del Caos? La Legión Alfa, si es que se podía creer en ellos, tenían un método infalible.

Si se podía creer en ellos. Soneka chasqueó la lengua. Después de todo lo sucedido, y todavía no confiaba totalmente en ellos.

Mientras bebía con Strabo la noche anterior, Soneka había recordado una conversación informal que había tenido con Shiban en Caras. No había significado nada en ese momento, pero en retrospectiva, Soneka se preguntaba si era algún tipo de signo o síntoma.

—Últimamente he estado soñando —había dicho Dimi—. En mis sueños oigo un verso.

—Un verso, ¿eh? —le había replicado Soneka.

—Te explicaré cómo es, ¿vale?

—Entonces, ¿lo recuerdas?

—¿Tú no recuerdas tus sueños palabra por palabra?

—Nunca —le había contestado Soneka.

Shiban se había encogido de hombros.

—Mira por dónde.

—¿Y el verso?

—¿Eso?, dice así...:

Del harapiento y hambriento trasgo,

Que jirones te haría,

Y del espíritu que acompaña al hombre desnudo,

¡El Libro de la Luna te defendería!

—Conozco esa canción.

—¿Ah, sí? —le había preguntado Shiban, entre risas—. ¿De verdad?

—Mi madre solía cantármela cuando era niño. La llamaba La canción de la locura. Hay más estrofas, pero ahora no las recuerdo.

—¿De verdad? ¿Y eso qué significa?

Soneka se había encogido de hombros.

—No tengo ni idea.

Y seguía sin tener ni idea, excepto por el terrible sentimiento que había tenido de que los restos de hueso nurtheno que tenía Dimi Shiban alojados en la garganta habían dado forma a sus palabras, y no el propio Dimi Shiban.

Aquellos fragmentos de hueso habían estado contaminando a su amigo, corrompiéndolo. Los astartes de la Legión Alfa lo habían visto inmediatamente y dirigieron sus armas contra él. El Caos había clavado sus garras venenosas en el alma de Dimi Shiban.

Si eso era cierto, ¿por qué Soneka conocía esos versos? ¿Por qué también los conocía su madre?

—¿Señor?

Soneka salió de su ensimismamiento y miró hacia la izquierda. Lon se estaba aproximando, con la carabina colgando de su larga correa.

—¿Alguna noticia? —le preguntó Soneka.

Lon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El mando repite sus instrucciones de que nos mantengamos en este lugar. Dos unidades de Outremar están dirigiéndose hacia aquí desde el este para consolidar la posición como defensa de retaguardia.

Soneka asintió.

—Gracias. Preparémonos para dejarles sitio.

—Oh, y Strabo quiere verlo, señor —añadió Lon.

Soneka siguió con la mirada la cima de la duna. Los Payasos estaban formados en filas, encarados hacia la sedosa herida en la nube de polvo por donde el sol debería estar saliendo. Sus picas brillaban bajo aquella luz venenosa, y los estandartes de la compañía colgaban como velas moribundas. Strabo estaba subiendo por el polvo de color cinabrio de la duna, dirigiéndose hacia ellos, seguido por dos fusileros y un hombre alto que llevaba el uniforme de un atamán geno.

Soneka no reconoció al atamán.

—Señor —dijo Strabo al llegar, mientras saludaba—, este atamán acaba de llegar a nuestras posiciones y pide robaros unos instantes de vuestro tiempo.

—¿Su nombre?

—Estoo... —empezó a decir Strabo.

—Shon Fikal —respondió el atamán, ofreciendo la mano. Soneka se la estrechó. El nombre no le decía nada—. ¿Podríamos hablar en privado? —le pidió Fikal.

Soneka asintió. Miró a Lon.

—Que los Payasos se pongan en formación —le ordenó—. Formación Akkad, con líneas de reserva Lycad. Cuando lleguen, que las fuerzas Outremar se coloquen hacia el sur, desplegadas en nuestro flanco izquierdo. Después me reuniré con sus oficiales. Pásalo a todos, especialmente...

—¿A *Fug* de Strabo? —lo interrumpió Strabo.

Soneka hizo una mueca.

—Sí, especialmente a él.

Lon y Strabo se rieron y se dieron la vuelta para bajar la colina hacia su compañía.

—¿Shon Fikal? —repitió Soneka, llevándose el atamán aparte—. ¿En qué compañía sirve?

El atamán se encogió de hombros.

—Sin duda me conocerá mejor por otro nombre —dijo—. Konig Heniker.

Soneka lo miró. Su mano empezó a moverse hacia la funda de su arma.

—No hay necesidad de eso —afirmó Heniker. Miró a Soneka a la cara—. Mi nombre real es John Grammaticus, y necesito hacer llegar un mensaje a la Legión Alfa. Por lo que tengo entendido, usted puede encargarse de ello.

—¿Por lo que tiene entendido?

—No sea evasivo. ¿Es cierto o no?

—Es posible —respondió Soneka con cautela.

—Esperemos que sea así. Y rápido. Éste es el Amanecer Negro y nos queda muy poco tiempo.

Bronzi alcanzó un *tel* dos kilómetros al sur de la línea de combate con casi la mitad de su compañía. Todos estaban exhaustos y cubiertos de polvo. Habían necesitado treinta minutos de brutales escaramuzas para romper la línea de la hueste que los envolvía. Le dolía la cabeza por aquel combate tan demencial, y Bronzi sabía que no era el único que no podía aclararse la mente o hacer que sus manos dejaran de temblar.

Dos unidades Outremar habían logrado llegar al *tel*, fragmentos de fuerzas aniquiladas, junto a una veintena de artilleros del Torrente que se habían visto

obligados a abandonar su artillería y huir. Bronzi se puso al frente de todos ellos, informando de su número y posición al mando. Hizo que sus bashaws comprobaran que los artilleros estuvieran armados, aunque sólo fuera con un cuchillo o un radio de rueda roto.

Bronzi pudo ver, gracias a sus prismáticos, un largo abanico de blindados imperiales que atravesaban el desierto desde el oeste, levantando pequeñas columnas de polvo con sus rechinantes orugas. Eran del Hort Zanzibari a plena potencia, presionando desde los campos del *wadi* Suhn. Se preguntó por qué parecía que estuvieran retrocediendo. Era habitual que el mayor general Dev lanzara sus blindados rápidos contra las cohortes de infantería enemiga como si se tratara de caballería pesada, y sin duda había reunido el número suficiente para marcar la diferencia, aunque parecía que estaban entreteniéndose a un kilómetro más o menos del enemigo principal.

Pronto se hizo evidente la razón.

Unos gigantes surgieron en el oeste en medio del polvo ocre, avanzando lentamente por el gran *wadi* Ahn Aket. Aparecieron a la vista, emergiendo del fondo del desierto, como monstruos dorados que caminaran igual que dioses. Los titanes de Jeveth habían llegado a la línea de combate.

Había tres titanes. El polvo que levantaban era tal, que sus distantes formas, pese a su escala, quedaron fuera de la vista en varias ocasiones. Bronzi oyó el ocasional crujido del metal de su gigantesco y pesado chasis. Caminaban entre las expectantes formaciones de tanques pesados de la blindada Hort con un paso infatigable, empequeñeciendo a los tanques pesados y las plataformas artilleras que avanzaban en línea hacia la hueste nurthena.

Los primeros empezaron a disparar.

Bronzi se estremeció y bajó los prismáticos. Los pulsantes destellos de las monturas en las extremidades del titán eran cegadoramente brillantes, y dejaron una mancha indeleble en sus retinas.

—Gran Terra —murmuró.

Unos gruesos rayos de energía lumínica empezaron a surgir de sus cañones, rápidamente apoyados por gigantescos y bombeantes rayos de luz, como si dispararan estrellas, y proyectiles de artillería pesada. Los titanes parecían sacar humo de la cabeza a los pies, pero no era más que el polvo que levantaban. La constante vibración del retroceso de sus sistemas de armamento era tan grande que el polvo y la arena acumulados durante su marcha hacia el frente estaba saliendo disparado en forma de grandes masas polvorientas.

Bronzi distinguió con claridad los chirridos y los aullidos de sus armas láser y el tronar de sus cañones. Los sonidos llegaban hasta él, desincronizados respecto a los destellos y explosiones de luz. Ya había visto titanes combatiendo con anterioridad, y

su visión jamás había dejado de llenarlo de pavor. Nunca había estado preparado para la asombrosa rapidez de sus cadencias de fuego, el zumbante torrente de pulsos y los destellos de luces verdes, ámbar y blancas que surgían de sus brazos y hombros.

Por delante de su lento avance, el suelo empezó a vibrar y distorsionarse, como si repentinos bosques de polvo florecieran de pronto, levantando la tierra y explotando en bolas de fuego. Una temblorosa y cambiante alfombra de destrucción se propagaba por delante de ellos, levantaba oscuras columnas de humo y vaporizaba la arena en los límites de la pálida niebla que los nurthenos habían traído con ellos. Bronzi sintió el incesante temblor de la masacre agitando sus vísceras. El suelo temblaba.

Los hombres a su alrededor empezaron a vitorear y gritar, pero Bronzi podía sentir su intranquilidad. No era una escena que un hombre pudiera contemplar sin un involuntario escalofrío de miedo.

Se preguntó cuántos de los aullantes enemigos habrían perecido en el primer instante, cuantos en el segundo, o en el tercero. Era imposible de saber, incluso con los prismáticos. No podía distinguir nada excepto el ardiente humo, los irregulares parpadeos de los violentos impactos, las repentinas cadenas de bolas de fuego, encendiéndose, expandiéndose y solapándose. Por un instante vislumbró una forma oscura, que debía de pertenecer a un caimán gigante, surgir por encima de las detonaciones para, a continuación, sumergirse de nuevo, como el casco de un barco hundido.

El olor a ajenjo había desaparecido. En su lugar quedaba el hedor a gases sobrecalentados, a fyceleno, a arena fundida y cristalizada, y a carne quemada.

Los titanes siguieron avanzando, pisando en medio de la chamuscada devastación que habían causado, como un hombre caminando entre la niebla baja. Su bombardeo no cesó. Tras ellos, los blindados Hort empezaron a avanzar, y Bronzi pudo oír el distante ululular de los cañones de los tanques al disparar.

Los titanes llegaron al borde de la tormenta nurthena y penetraron en su pálida niebla. Por primera vez desde el amanecer, esa ominosa nube empezó a retroceder y a plegarse sobre sí misma, como si las tres gigantescas máquinas de guerra fueran una fresca brisa del desierto que barriera poco a poco su presencia.

Soneka condujo a Heniker, o cualquiera que fuera su nombre, hacia el *wadi*, al lugar donde se encontraban los vehículos de apoyo de la compañía. Se sentía profundamente intranquilo, como si estuviera embarcándose en algún tipo de inconsciente traición. También sabía que era demasiado tarde para tener en cuenta estas consideraciones. Había hecho su elección, y debía vivir con ello.

—Te están buscando —dijo.

—¿Quién? —preguntó Heniker.

—Todo el mundo —anunció Soneka.

—Lo sé. Y también sé quién quiero que me encuentre.

—¿Los astartes?

Heniker asintió.

—¿Por qué? —quiso saber Soneka.

—Es complicado. La respuesta más sencilla es que creo que me escucharán. Tus jefes en el Ejército Imperial simplemente me ejecutarán como el agente nurtheno que creen que soy.

Heniker miró a Soneka con una extraña sonrisa.

—Excepto que ya no son tus jefes, ¿verdad? Ya no lo son. Me refiero a que no son aquellos ante los que respondes en primer lugar, ¿me equivoco?

Soneka no contestó.

—¿Cómo fue? —insistió Heniker—. ¿Has sido agente suyo desde hace mucho tiempo, o es algo reciente? ¿Te reclutaron o te obligaron a ello?

—Ya es suficiente.

—Sólo estoy interesado en cómo trabajan, cómo funciona su maquinaria.

—No estás preguntando al hombre adecuado —replicó Soneka—. Espera aquí.

Heniker asintió y se detuvo donde se encontraba. Soneka subió a un semioruga descubierto de mando y le dijo al conductor que se fuera a dar un paseo.

—¿Señor?

—Necesito utilizar el comunicador —dijo Soneka—. Confidencialidad máxima.

—Sí, señor —obedeció el hombre, saltando de la cabina y dirigiéndose a un grupo de conductores que estaban sentados a la sombra de un transporte.

Soneka conectó la unidad de comunicaciones del vehículo y dejó que se calentara. De vez en cuando miraba hacia Heniker, pero el hombre no mostraba ningún signo de ir a desaparecer. Cuando el comunicador hubo acumulado suficiente energía, Soneka buscó en su bolsillo el biométrico. Lo miró un instante. Sería muy fácil ponerlo en la ranura, contactar con Mu y hacer un informe. Muy fácil. La Compañía lo primero, el Imperio lo segundo, geno antes que gen. ¿Ya era realmente demasiado tarde para ello?

Suspiró. Puso el biométrico boca abajo en el aparato e introdujo un canal de siete dígitos. El comunicador silbó durante unos instantes, y luego contestó una voz.

—Hable e identifíquese.

—Lernaean 841 —dijo Soneka.

El comunicador murmuró. Mientras Soneka esperaba, las luces encriptadoras del panel se iluminaron una tras otra.

—Hable.

—¿Este enlace es seguro?

—Eso puede comprobarlo usted mismo.

—¿Este enlace es seguro?

—Sí, Peto. Puede estar seguro de ello. ¿Tiene alguna información para nosotros?

Soneka tragó saliva.

—Tengo a Konig Heniker.

Se produjo una pausa.

—Repita, Peto.

—Tengo a Konig Heniker —insistió Soneka.

—¿Detenido? —preguntó la voz.

—En mi compañía. Se me entregó hace diez minutos. Dice que tiene un mensaje para ustedes, aparentemente vital.

Se produjo otra pausa.

—¿Cuál es su localización, Peto?

Soneka dio sus coordenadas en el mapa.

—Tráiganoslo.

—No puedo simplemente...

—Tráiganoslo.

—Escuche, estoy en una posición de combate. Mi compañía está en el campo. ¿Han visto lo que está sucediendo aquí fuera?

—Lo hemos visto.

—No puedo simplemente dejar mi puesto, tengo un deber...

—Sí, lo tiene —replicó el comunicador—. No hay alternativa. Confíe en nosotros. Lleve a Heniker a PG583 inmediatamente. Nosotros le cubriremos.

—Yo... —empezó Soneka.

—¿Comprendido?

—Mire, no es como si yo pudiera...

—¿Comprendido?

—Sí —respondió Soneka, con voz queda.

—Por favor, confirme que lo ha entendido.

—Sí, lo he entendido.

—Por favor, confirme las coordenadas en el mapa.

—PG583.

La conexión se cortó. Las luces de encriptación se apagaron una tras otra.

Soneka se reclinó en el respaldo e inspiró profundamente. Apagó el aparato, recuperó su biométrico y salió del vehículo.

—¿Y bien? —se interesó Heniker—. No parece feliz.

—No diga nada. Sólo cállese y sígame.

Bajaron trabajosamente hasta la arena blanda del *wadi*, y Soneka hizo que Heniker esperara mientras llamaba a Lon.

—¿Qué ocurre? —inquirió Lon, trotando hacia él.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —se sorprendió Lon—. ¿Irse? ¿Irse adónde?

—No puedo explicártelo. Es... es clasificado.

Lon lo miró.

—¿Clasificado? ¿De qué está hablando, atamán? ¿De repente forma parte de la inteligencia militar?

—Algo así. —Soneka señaló con la cabeza en dirección a Heniker—. Escucha, Lon, creo que este tipo tiene información —susurró—. Creo que incluso podría ser uno de los espías sobre los que todo el mundo cuchichea.

—¿Qué?

—Sólo escucha. Tengo que entregarlo a los latigenos o a alguien.

—¿Cuánto tiempo estará fuera? —quiso saber Lon.

—Media hora. No lo sé. Estás al mando. Dile a Strabo que estás al mando, con toda mi autoridad.

—Sólo ha estado con los Payasos unas pocas horas —empezó Lon.

—Entonces no me echarán mucho de menos, ¿verdad? —replicó Soneka—. Esto es importante. Estaré de vuelta tan pronto como pueda.

El bashaw no parecía feliz. Finalmente encogió sus pesados hombros, magnificados por heterosis.

—Lo que crea más oportuno, señor —dijo.

—Gracias.

—¿La uxor Mu sabe todo esto?

Soneka negó con la cabeza.

—No puedo fiarme del comunicador, ni siquiera encriptado.

—¿Y si ella me pregunta por usted? ¿Y si el comandante pregunta por usted?

—Diles que esperen. Diles que he dejado mi puesto para tratar un asunto crítico, y que les informaré en cuanto pueda.

Lon asintió.

—Avance hacia la fortuna —dijo Soneka.

—Usted también, atamán.

Soneka requisó un atav ligero del puesto de suministros y se dirigieron hacia el suroeste a través de un trozo de desierto abierto que parecía una playa seca. La luz diurna había tomado una tonalidad aún más inquietante, y el cielo se había vuelto del color del cobre martillado.

—No va a aclararse —murmuró Soneka mientras conducía.

—¿Se ha dado cuenta? —le replicó Heniker.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es el Amanecer Negro?

—Algo totalmente inesperado. Algo vil. El último regalo que recibirá de los nurthenos.

—¿Para mí personalmente?

Heniker soltó una risita.

—Para la expedición imperial.

—Interesante elección de palabras —replicó Soneka mientras luchaba con el volante al desplazarse por una ladera irregular—. Implica que usted no es imperial.

—No lo soy.

Soneka se arriesgó a mirarlo.

—Entonces, ¿qué demonios es?

—Soy humano. Al menos lo suficientemente humano para sus necesidades. No soy su enemigo, eso ha de tenerlo claro. Estoy luchando por la misma causa que usted.

—¿Qué es...?

—La supervivencia de la especie. Mi único deseo es salvar a la especie humana de la lenta y atormentadora muerte que está a punto de dominarnos.

—Sería magnífico si empezara a ser un poco más específico —dijo Soneka.

—Se acerca una guerra —afirmó Heniker.

—Estamos constantemente en guerra. Es el estado natural de la humanidad en esta era.

Heniker miró hacia los matorrales del desierto, que pasaban rápidamente junto a ellos.

—Éste es un tipo especial de guerra. Una que hará que todas las demás parezcan pequeñas y fútiles. Una para la que el Imperio no está preparado.

Soneka comprobó el mapa y giró unos puntos hacia el oeste, pasando por el borde de una gran depresión en la que el viento estaba levantando arena blanca como si de un río se tratara.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Heniker.

—Pruebe.

—¿Rukhsana está viva?

Soneka dudó antes de responder.

—Sí, creo que sí. Lo estaba la última vez que la vi.

—Los astartes hicieron que se la entregara, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Soneka—. Por su propia seguridad.

—Si eso es lo que ellos le dijeron —remarcó Heniker—, debe de ser verdad.

—Ella... —empezó Soneka—. Lo siento, era reticente a entregársela, y desde entonces me he arrepentido. Inteligencia militar estaba a punto de capturarla. Ellos habrían descubierto la conexión entre ustedes dos.

Heniker asintió.

—Peto Soneka... —dijo él.

—¿Qué?

—Nada. Es gracioso. No hace mucho casi decidí ser usted.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Estoy hablando de tomar prestadas identidades de los muertos. Pero resultó que usted no estaba muerto.

PG583 era un bastión nurtheno en ruinas situado en un peñasco de arena desde el que se dominaba un amplio mar de dunas. El peñasco estaba al norte, formaba salientes escalonados y se unía con el terreno al descender hacia las zonas costeras de Mon Lo. La irregular masa del mar de dunas que se alejaba hacia el sur se había vuelto de color gris argénteo bajo la malevolente luz, como si se tratara de una cota de mallas expandiéndose hasta donde la vista podía alcanzar. No hacía calor, tan sólo un frío e incesante viento.

Soneka detuvo el atav bajo la sombra del peñasco y bajaron del vehículo. El bastión formaba parte de una cadena de antiguas torres de vigilancia nurthenas que antaño habían servido para controlar los límites del desierto abierto, pero había sido abandonado y dejado que cayera en ruinas siglos antes de la llegada de la Expedición. Estaba construido con grandes bloques de roca, gastada y desmenuzada en algunos lugares. Los niveles superiores habían desaparecido, y solitarias aspilleras observaban las dunas como cuencas de ojos vacías.

Subieron por la cuesta de un erosionado pedregal. Muchos de los fragmentos más grandes eran bloques de la torre que hacía tiempo se había derrumbado. El lugar estaba rodeado de escalofriantes ecos. Mientras sus botas desplazaban pequeños guijarros y piedras sueltas, sus repiqueteos resonaban todo alrededor, espectrales y huecos.

—Esto me da mala espina —declaró Soneka, desenfundando su pistola.

—No van a arriesgarse en ningún caso conmigo —lo tranquilizó Heniker.

Soneka levantó la mirada hacia los toscos muros del bastión que se levantaba por encima de ellos. No parecía demasiado convencido. Treparon un poco más, hasta el pie del bastión.

—Allí, ¿lo ve? —dijo Heniker—. Éste es el lugar.

Señaló. Una pequeña pero característica señal había sido marcada al fuego en un bloque suelto delante de él. El símbolo coincidía con el grabado en la carne de Soneka.

—Otra casa de la hidra —murmuró Heniker.

—,Qué?

Heniker lo adelantó y trepó por un muro de arena hacia la puerta abierta de la torre. Al pasar junto al bloque marcado lo tocó.

—Todavía está caliente —añadió—. No hace mucho que han llegado.

Pasaron bajo el pesado dintel de piedra y entraron en la torre. Sus pisos y escaleras interiores habían desaparecido, dejando un vacío tubo de piedra abierto al

cielo. Sus ojos necesitaron unos instantes para acostumbrarse a la penumbra. Por los agujeros de las ventanas y el techo abierto podían ver trozos de frío y pálido cielo.

—Hola —llamó Heniker.

—Hola, John.

Dos astartes permanecían de pie en la oscuridad, esperándolos. Iban equipados con la armadura completa, pero sin los cascos. En aquella media luz, Soneka se dio cuenta de que no podía diferenciarlos. Eran como gemelos.

—Herzog, Pech —dijo Heniker, saludándolos con la cabeza.

—¿Cómo...? —empezó a decir Soneka.

—John Grammaticus es un ser maravillosamente perceptivo —dijo una voz profunda detrás de ellos. Un tercer astartes salió de entre las sombras.

—Alpharius —dijo Heniker. Soneka sintió cómo la confianza abandonaba la voz del espía.

—¿Puedes estar seguro? —preguntó el tercer astartes.

Heniker recuperó levemente la compostura.

—Sí, he oído tu voz anteriormente, en el pabellón. Jamás olvido un patrón vocal, y vuestra constitución es apreciablemente superior a la de vuestros capitanes. Vos sois el primarca Alpharius. Señor, me ha costado mucho tiempo, esfuerzos y problemas encontrarme con vos.

—Por la forma en que nos has evitado, John, parecería que estaba ansioso por posponer este instante —observó Alpharius.

—Las cosas han cambiado —replicó John Grammaticus—. Más que nunca, necesito hablar con usted, y usted necesita escucharme.

—Entonces retirémonos y hablemos —lo invitó Alpharius. Los dos gigantescos capitanes avanzaron y flanquearon a Heniker, conduciéndolo hacia la puerta de la torre. Heniker miró por encima de su hombro hacia Soneka.

—Gracias —dijo.

Soneka se encogió de hombros. Los astartes acompañaron a Heniker fuera de la torre.

—Bien hecho, Peto —lo felicitó el gigante acorazado.

Soneka enfundó su arma e hizo una solemne reverencia.

—Debo regresar a mi unidad, señor —apuntó—. Cuanto antes retome mis obligaciones, tanto...

—No, Peto. Lo siento. No puedes.

—¿Por qué no? —preguntó Soneka.

—Peto, hay una pregunta que no te has hecho todavía.

—¿Y cuál es? —replicó Soneka.

—¿Cómo sabía Konig Heniker que tú eras un agente de la Legión Alfa? ¿Cómo supo cómo encontrarte?



TRECE

El último día en Nurth

Bajo tierra hacía frío. Soneka había creído que los desiertos de Nurth eran áridos y sin agua, pero en las profundas tolvas y cisternas de roca la humedad cubría las paredes y goteaba del techo, como una saliva negra.

Los túneles que siguieron habían sido tallados recientemente, y no tenían más que algunas semanas de antigüedad. Los muros y el suelo mostraban las marcas de los taladros de fusión y los talladores de roca. ¿Cuánto hacía que la Legión Alfa estaba aquí, se preguntó Soneka, y qué meticulosos preparativos habían realizado antes de revelar formalmente su presencia?

Casi de repente, o así se lo pareció a Soneka, abandonaron la oscuridad de los túneles y dejaron atrás los ecos de sus pisadas para salir a cielo abierto. Miró a su alrededor, parpadeando.

Habían surgido en una depresión rocosa profundamente excavada. Una corona de acantilados fosilizados se levantaba a todo su alrededor. Por encima de sus cabezas, las nubes cobrizas se arremolinaban y combinaban en formas tumorales, y se notaba un hedor en el viento. Incluso los astartes parecían notar la forma en que el clima estaba deteriorándose rápidamente, como si el planeta estuviera enfermo.

—Este planeta está deshaciéndose —remarcó Grammaticus.

Alpharius le lanzó una mirada. Ésa era la primera oportunidad de Soneka de ver los rasgos del primarca a la luz del día. Su cara era hermosa y fuerte y llevaba la cabeza pulcramente afeitada. Bajo la extraña luz, su oscura piel parecía gris verdosa y sus ojos semejaban el duro tungsteno.

John Grammaticus estaba ocupado en estudiar los detalles de su entorno. No podía ver a Shere ni a ninguno de los psíquicos de la Legión Alfa, pero podía sentir al menos a dos de ellos muy cerca, observándolo preparados para silenciarlo si se

aventuraba ni que fuera un milímetro fuera de su cráneo.

Abajo, en la depresión rocosa, Grammaticus vio una docena de legionarios, la mayor cantidad que había visto reunida en un mismo lugar. Estaban poniéndose las armaduras, comprobando los bólters y sacando armas de apoyo de cajas de acero. Aproximadamente una docena de humanos normales se movían entre ellos, ayudándolos a ponerse la armadura, o cargando munición y herramientas. Muchos de los humanos iban vestidos con uniformes militares de distintos tipos, pero algunos llevaban el chal y las ropas propias del desierto. Ninguno de los astartes ni de los operativos miraron hacia el grupo cuando éste surgió del túnel entre los acantilados.

En el otro extremo de la depresión había una nave de desembarco pesada levantada sobre sus garras de acero y cubierta con redes de camuflaje. La nave no era de un modelo estándar, o al menos no era de un modelo con el que Grammaticus estuviera familiarizado.

John Grammaticus pudo notar la sorda vibración de los poderosos transmisores de comunicaciones. Olía las transmisiones a su alrededor: flujos encriptados, cápsulas de comunicación, ríos de datos fluyendo hacia el mar de la información. La Legión Alfa estaba en guerra, y éste lugar no debía de ser más que uno de los muchos depósitos de reserva preparados para su movilización.

«El tiempo se acaba.»

—Mi señor primarca... —empezó Grammaticus.

Ingo Pech le lanzó una dura mirada y Grammaticus se calló. Alpharius se dio la vuelta y se alejó de ellos, bajando por la rocosa ladera hacia donde sus guerreros se preparaban. Uno de ellos se levantó, con la armadura a medio colocar, y empezó a hablar con él.

Grammaticus lo observó con creciente interés. Estaban demasiado lejos para poder oír su conversación, y el ángulo no era el adecuado para leer los labios, pero podía descifrar el lenguaje corporal. Y lo que era más importante, podía compararlo. El guerrero con el que Alpharius estaba hablando era grande, incluso para los estándares de híbrido vigor mostrado por los astartes. Era parecido al primarca en todos los aspectos. Su lenguaje corporal era idéntico, hasta su último gesto. Y sus caras... Eran como gemelos.

Grammaticus se preguntó si se había equivocado, o si lo habían inducido deliberadamente al error en su identificación. ¡Quién era el primarca aquí? ¿Quién era Alpharius? ¿Cuántas capas de engaño había tejido la legión sobre sí misma?

—¿Quién es ése? —le preguntó a Pech.

—¿A quién te refieres? —replicó el primer capitán hoscamente.

—Al hermano que está hablando con Alpharius.

Pech miró a Herzog, quien se encogió de hombros.

—Omegon —respondió Pech.

—¿Omegon? —repitió Grammaticus.

—Comandante de la Escuadra de Infiltración —dijo Herzog. Él y Pech se rieron, como si hubieran hecho un chiste privado.

Grammaticus se dio cuenta de que sabía quién era. Sus ojos se desorbitaron. Sabía que debía probarlo. Proyectó su mente.

Un grito telequinético penetró en su cabeza y atenazó la parte superior de su cráneo. Aulló y cayó de bruces.

No, no lo harás, dijo una voz en su interior. La voz pertenecía a Shere.

Soneka avanzó, alarmado. De repente, Heniker había sufrido convulsiones y se había derrumbado.

—Está bien, Peto —lo tranquilizó Pech—. Simplemente ha querido ser demasiado curioso.

—No lo entiendo —dijo Soneka—. No ha hecho nada.

—Nada que pudieras ver —aclaró Herzog.

Heniker estaba tendido con la cara hundida en el polvo, temblando y gimiendo. De las orejas le salía un hilillo de sangre.

—¿Lo habéis matado de alguna forma?

—Hace falta algo más que eso para acabar con alguien como él —afirmó Herzog. Levantó su bólter pesado de una forma que sugería que él sabía, al menos, una forma alternativa.

Soneka apartó de un empujón al gigantesco segundo capitán y se arrodilló junto a Heniker. Herzog se rió ante la afrenta y miró a Pech.

—El atamán tiene pelotas.

—Por eso lo elegimos —replicó Pech.

Soneka colocó a Heniker en una posición adecuada para que se recuperara y se aseguró de que podía respirar. Un poco de saliva le colgaba de la comisura de los labios.

—Sólo respira, Heniker —dijo—. Sólo respira lentamente.

—Sé... —balbuceó el hombre.

—Shhhh.

—Sé... —insistió Heniker, con voz pastosa—. Sé cómo... recuperarme de un... ataque psíquico. Sólo dame... unos instantes.

Abrió los ojos. Uno de ellos estaba inyectado en sangre.

—Es John, señor.

—¿Qué?

—Mi nombre, mi verdadero nombre, es John. Siempre lo ha sido.

Soneka asintió.

Alpharius y el guerrero con el que había estado hablando estaban subiendo la cuesta hacia ellos.

—Ha llegado el momento de tener una charla, John Grammaticus —manifestó Alpharius.

—Está herido —protestó Soneka.

—Está suficientemente bien —replicó el astartes que se encontraba al lado de Alpharius.

Éste levantó la mano.

—Tu compasión te honra, Peto. Gracias.

Con ayuda de Soneka, John Grammaticus se dio la vuelta y se sentó, limpiándose la boca mientras observaba a las gigantescas figuras.

—Sois tan iguales —dijo.

—Eso nos da más fuerza —afirmó Alpharius—. El anonimato en identidades compartidas. Todos hacemos un esfuerzo para parecernos.

Grammaticus se rió entre dientes y tosió.

—No es eso a lo que me refiero.

—A los ojos de los humanos no heterósicos todos los astartes parecen iguales —apuntó Herzog.

—Tú no puedes leer nuestros rasgos o distinguir nuestras diferencias —dijo Pech—. Para ti somos cosas inhumanas forjadas en un mismo molde.

Grammaticus negó con la cabeza.

—Tampoco es eso a lo que me refería. —Apoyándose en Soneka, se puso en pie—. Sois demasiado iguales. Más iguales que el resto. Cara, voz, constitución, gestos. Como gemelos.

—Es imposible que leas o distingas las sutiles diferencias en... —empezó a decir Alpharius.

—Sí, sí que puedo. Realmente puedo hacerlo. Eso es lo que hago —afirmó Grammaticus—. Sí, todos parecéis iguales a ojos de los simples humanos. Todos te parecen iguales, ¿no es verdad, Peto?

—Todos y cada uno de ellos —corroboró Soneka.

Grammaticus asintió.

—Parecéis el mismo para Peto, pero yo puedo distinguiros. Él es tres, tal vez tres centímetros y medio más alto que el hombre que está a su lado. Él tiene más pronunciados los huesos de la mejilla. Él tiene el cuello más grueso y mayor tendencia a que le crezca el pelo. Esos dos son iguales, excepto alrededor de los ojos, lo que permite distinguirlos.

—Rasgos del modelo genético —dijo Pech.

—No —replicó Grammaticus—. Esfuerzos cosméticos por parecerse el uno al otro. Excepto vosotros... —miró a Alpharius y a Omegon—. Vosotros sois realmente idénticos.

—Las diferencias entre nosotros simplemente son demasiado sutiles para que las

detectes —declaró Omegon.

—Lo dudo. Realmente lo dudo. ¿Cuál de los dos es Alpharius?

—Yo —respondió Alpharius.

—Muy bien, déjenme rehacer la pregunta —solicitó Grammaticus—. ¿Cuál de ustedes es el primarca?

Alpharius sonrió.

—Creo que ya es más que hora de que nosotros empecemos a hacer las preguntas, John. Viniste a buscarnos, nos perseguiste, y nos encontraste. Después hiciste todo lo posible para evitarnos. Ahora vienes una vez más a nosotros. ¿Por qué?

—Fui enviado para llegar a un acuerdo con ustedes, con la Legión Alfa —explicó Grammaticus.

—¿Por la Cábala que describiste? —preguntó Pech.

—Sí. Ellos me enviaron. Sabía que mi misión era peligrosa, y que os resistiríais a mi propuesta, así que estaba preocupado. Sin embargo, la situación ha cambiado, y por eso he venido a vosotros abiertamente.

—¿La Cábala conoce tu cambio de táctica? —quiso saber Herzog.

—Fue la Cábala quien me ordenó este cambio de táctica —replicó Grammaticus —. El acuerdo puede llegar más tarde. Estoy aquí para advertiros. A este mundo le queda un día de vida. Debéis huir antes de que os destruya.

—Debemos dirigirnos al oeste —dijo Bronzi. Tche asintió, sosteniendo el mapa desplegado sobre una piedra.

—Hacia el oeste —confirmó.

—El camino de servicio posiblemente...

Tche negó con la cabeza.

—No, bajando por el *wadi* y a través del lecho seco. Si pasamos más al norte nos arriesgamos a quedar atrapados aquí.

—Oh, vamos —exclamó Bronzi—. Ya se ha acabado todo. Deja de contar bajas.

—¿De verdad? —replicó Tche—. ¿Habéis visto el cielo?

—¡A la mierda el cielo! —le espetó Bronzi.

—Ya, bien. El *wadi* nos protegerá de cualquier acción potencial, eso es lo único que digo —contestó Tche.

—Hmm. Me gusta eso —admitió Bronzi. Los elementos que había reunido estaban demasiado débiles y desconcertados para verse nuevamente envueltos en el combate. Si podía conducirlos hacia el oeste hasta el palacio, o al menos sus alrededores, las uxores podrían redesplegarlos adecuadamente para reforzar otras secciones.

—De acuerdo, en marcha —ordenó Bronzi a su principal bashaw—. Despiértalos y diles hacia dónde vamos.

Tche se adelantó para comunicar las instrucciones. Los otros bashaws se pusieron en marcha y empezaron a dar órdenes. Los Bufones, obedientemente, reunieron su equipo y armamento. Los soldados Outremar parecían demasiado confundidos como para cumplir las órdenes.

—¡Espabilad y moveos! —les gritó Bronzi—. ¡Vamos, flojuchos, hora de marchar!

La mayoría de ellos, incluidos los Bufones, habían pasado los últimos cuarenta minutos observando un espectáculo que podrían contar a sus bisnietos. Titanes y blindados de Hort aplastando al enemigo con toda su potencia bélica. Sin duda, se contarían historias sobre aquello al lado del hogar, y despertarían la admiración por los abuelos y bisabuelos cuando las contaran.

Era una visión increíble, titanes creando un infierno en aquel pedazo de tierra, avanzando lentamente hacia el vapor con los tanques del Hort Zanzibari pisando sus gigantescos talones. Bronzi no podía ni imaginarse las toneladas de munición que se habían disparado contra las filas enemigas. Si quedaba algún nurtheno vivo, sería toda una sorpresa. El Ejército Imperial, combinado con una legión de titanes de Marte, el fraternal gemelo de Terra, ¡que el Emperador bendiga al Mechanicum!, habían cumplido con la misión para la que estaban diseñados. Habían aplastado. Habían aniquilado.

Habían destruido el último conato de resistencia de Nurth.

El gran espectáculo había terminado. Los titanes y su línea de apoyo de tanques blindados habían vencido a la nube de vapor. Bronzi todavía podía oír los disparos, todavía podía ver los destellos y sentir el distante retumbar de las detonaciones.

La tormenta nurthena, el velo que tan demoledoramente había superado la línea del terraplén al amanecer, estaba encogiéndose y desapareciendo. Bronzi se imaginó campos de arena quemada cubiertos de nurthenos muertos y restos de reptiles reventados, marcados con las humeantes huellas de los monstruosos titanes.

—¡Venga, nos vamos! —gritó—. ¡Moved el culo, idiotas! ¡Nos ponemos en marcha! ¡Por el valle y hacia el oeste!

Miró hacia arriba.

De repente se dio cuenta de lo negro y oscuro que se había vuelto el día.

—Los nurthenos poseen un aparato denominado el Cubo Negro —dijo Grammaticus.

—Explica el término —insistió Pech.

—No puedo. No lo entiendo. Sólo sé lo que hace. Es un artilugio, un artilugio muy antiguo. Es más antiguo de lo que es concebible, un arma construida antes de la aparición de la humanidad. La Cábala cree que se utilizó en antiguas guerras entre las razas de los primeros llegados, en la juventud de la galaxia.

—Otro portentoso mito sin ninguna base... —empezó a decir Herzog.

—¡Escuchadme! —gritó Grammaticus. Estaba utilizando su voz de la forma más formidable y persuasiva de que era capaz. Ya no quedaba tiempo para contenerse. Tenía que hacer que escucharan y entendieran. Modificando su tono y volumen con una habilidad adquirida a lo largo de los siglos, hizo que Soneka se sobresaltara y que los astartes lo miraran—. La Cábala cree que no existen más de cinco de estos artilugios infernales —dijo—. Es un arma que requiere un ritual del Caos. Un Cubo Negro, una vez activado, crea el Amanecer Negro. A partir de ese punto, ninguna forma de vida ni planeta está a salvo.

—¿Cómo se activa el cubo? —preguntó Pech.

—Con sangre —declaró Grammaticus—. Con un sacrificio de sangre. ¿No lo veis?, los nurthenos quieren que los maten. Quieren que los masacren. Eso activa su arma.

Una ráfaga de viento hediondo sopló alrededor de la depresión rocosa. En el fondo de la depresión, los astartes que estaban equipándose y sus agentes se detuvieron en mitad de lo que estaban haciendo. Algunos se habían puesto en pie. Ellos también estaban escuchando.

—,Cómo podemos detenerlo? —quiso saber Alpharius.

—No se puede, ya no —afirmó Grammaticus.

—Entonces ¿qué podemos hacer?

—Debéis abandonar inmediatamente esta misión —insistió Grammaticus—. Debéis abandonar este mundo de inmediato y retiraros hasta un lugar seguro. Todavía existe la posibilidad de salvar la Legión Alfa. Además, si sois lo suficientemente persuasivos, todavía se podrían salvar las fuerzas de la Expedición.

—Namatjira no querrá... —empezó a decir Alpharius.

—¡Vos sois el primarca! —le espetó Grammaticus—. Uno de los dos lo es, en cualquier caso. ¡Usad vuestra influencia, e incluso el comandante general os escuchará! O eso, o reducid vuestras pérdidas abandonadlos a su suerte. Lo importante es que... La Legión Alfa es un recurso demasiado valioso para que se pierda de una forma tan estúpida.

—Entonces, estás aquí para salvarnos, ¿no es cierto, John? —apuntó Omegon.

—¿Por qué te preocupas tanto? —inquirió Alpharius. Grammaticus suspiró.

—Porque fui enviado aquí como embajador para iniciar un diálogo entre vosotros y la Cábala. Eso ya os lo he dicho. Se lo dije a Pech, lo he dicho hasta que me he quedado sin palabras. El momento para las persuasiones sutiles ha acabado. Venid conmigo, huid de este mundo, escapad de la muerte, y os llevaré a un lugar de revelaciones.

—No vamos a huir de un combate —rehusó Alpharius—. Tengo obligaciones. No voy simplemente a minimizar mis bajas y huir cuando he jurado ayudar aquí.

—¿De verdad?

Grammaticus y el astartes miraron a Soneka.

—¿Has dicho algo, Peto? —preguntó Pech.

Soneka dudó.

—Sí. He dicho... quiero decir... que eso es lo que hacéis. Eso es lo que os he visto hacer.

Los ojos de Alpharius se entrecerraron.

—¿Peto?

—Pragmatismo, pragmatismo sin sentimientos; ésa parece ser la cualidad que os define. No estoy, perdonadme por lo que voy a decir, no estoy cuestionando vuestro honor o valor, pero hacéis lo que tenéis que hacer. Hacéis lo que es necesario para conseguir el objetivo primordial.

Alpharius dio un paso hacia él.

—¿Te has convertido de repente en un experto en la ética militar de la Legión Alfa?

Soneka negó con la cabeza.

—Sólo digo lo que he visto con mis propios ojos. Sin reparos ni reservas, hacéis lo que es necesario para ganar. Los Bailarines que dejé en la arena de Tel Utan pueden atestiguarlo.

—Haces que parezcamos cínicos e implacables —dijo Alpharius.

—Sois el mecanismo de combate más efectivo que Terra ha producido jamás —afirmó Grammaticus detrás de él—. ¿Tan mala es esa descripción?

Se produjo un largo silencio, roto únicamente por el soplo del nocivo viento. Alpharius miró a Omegon, y entonces asintió brevemente. Se volvió hacia Herzog y Pech.

—Ordenad a la legión que se detenga y que se prepare para una retirada. Modelo evacuación inmediata, política estándar de reconstitución. —Alpharius miró a Grammaticus—. ¿Qué puede considerarse una distancia segura?

—El límite del sistema sería lo más prudente —manifestó Grammaticus.

Alpharius se volvió hacia sus capitanes.

—Política estándar de reconstitución —prosiguió— en la helio-pausa. Moveos.

Ambos saludaron y se movieron con urgencia, murmurando cadenas de órdenes por los comunicadores de sus armaduras.

—Llamad al comandante general y decidle que estaré allí dentro de treinta minutos —le dijo Alpharius a Omegon. Entonces se volvió para mirar a Grammaticus.

Éste miró a los ojos del primarca.

—Si al final resulta que has estado jugando con nosotros de cualquier forma, John —lo amenazó Alpharius—, si se demuestra que esto es un truco o una artimaña, supervisaré personalmente tu ejecución y después perseguiré y exterminaré tu

preciosa Cábala.

—Eso, mi señor, es totalmente razonable —replicó John Grammaticus.



SEGUNDA PARTE

EL LUGAR DE PASO



UNO

Alrededor de Hydra 42, cinco meses después de la caída de Nurth

La placa de lectura situada junto a la compuerta reconoció su mano y la leyó con un suave destello de luz; la compuerta se deslizó hasta abrirse. Recogió la pesada mochila de lona, se la colgó del hombro y entró.

—Buenos días, John —dijo.

John Grammaticus sonrió.

—Hola, Peto. ¿Ya ha pasado otro día?

—En efecto —contestó Peto Soneka, dejando la mochila en la mesa de acero.

—Es difícil llevar la cuenta aquí —dijo Grammaticus, como de costumbre. Se había convertido en una frase habitual entre ellos que sólo sufría pequeñas variaciones con el paso de los días, un símbolo de su camaradería.

La celda era rudimentaria, pero lo suficientemente grande como para pasar las horas recorriéndola de un lado a otro. Un catre, dos sillas, la mesa, un lavabo en la pared y un inodoro químico eran sus únicos muebles. No había ninguna ventana, y las luces estaban encendidas todo el tiempo. Después de semanas de quejas calladas, le habían permitido a Grammaticus usar una visera, de forma que pudiera simular el paso de la noche.

Soneka no cerraba nunca la compuerta. Permanecía abierta durante toda su visita, tentadoramente abierta. Un deliberado efecto psicológico, se imaginaba. Soneka no cerraba la compuerta porque le habían dicho que no la cerrara.

Con su aire reciclado, el persistente olor del inodoro y la mala iluminación, la celda era desagradable y carecía de atractivo alguno, pero a pesar del entorno en el que le hacían vivir, Grammaticus parecía siempre limpio y con buen aspecto. Le daban ropa para cambiarse cada tres días, y se aseaba en el lavabo. La barba le había

crecido, espesa y gris, otorgándole un aspecto distinguido, como el de un anciano general. No le permitían tener una cuchilla.

Soneka abrió la mochila y comenzó a sacar lo que había dentro.

—¿Qué tenemos hoy? —preguntó Grammaticus, con falsa alegría.

—Fiambres y queso —respondió Soneka, sacando unos pequeños paquetes envueltos en papel encerado—. Una jarra de alcaparras en vinagre, una botella de vino, una barra de pan y los acostumbrados suplementos vitamínicos.

—Un auténtico festín —dijo Grammaticus.

—El queso es especialmente bienvenido —coincidió Soneka.

Se sentaron a ambos lados de la mesa y comenzaron a compartir la comida. Soneka tomó dos platos, dos tazas, dos cuencos, dos cuchillos y dos cucharas de la bolsa y después la dejó en el suelo. Grammaticus usó uno de los cuchillos para cortar el bloque de queso. Soneka descorchó la botella de vino y lo sirvió en las tazas. Inclinaban las tazas para echar el vino de forma relajada y sumisa, como un matrimonio que ya conoce los gustos del otro por mera intuición. Cinco meses de compartir comidas tenían ese efecto.

—¿Has dormido bien? —preguntó Soneka, pasando una de las tazas a Grammaticus.

—Peto, no he dormido desde hace mil años —contestó Grammaticus—, pero no me quejo. Tengo razones para creer que mi misión está a punto de verse realizada.

—¿De verdad?

Grammaticus tomó un trozo de pan, dio un sorbo de vino mientras masticaba y colocó la taza en el centro de la mesa entre ambos. Se quedó señalándola.

—¿Qué? —preguntó Soneka, añadiendo una loncha de queso a su generoso trozo de pan.

—Las ondas, Peto, las ondas.

Una vibración distante, demasiado sutil para poder sentirla, se transmitía por la cubierta hasta la mesa y la taza. Unas ondas diminutas y concéntricas se movían rítmicamente por la superficie del vino como el dibujo de un sensor.

—El impulso de aceleración ha cambiado —dijo Grammaticus—. Creo que hemos encendido los motores para frenar antes de entrar en la traslación.

Soneka se puso un par de gruesas alcaparras en la boca y asintió con un gesto.

—Entraremos en traslación dentro de una hora. No se te escapa nada, ¿verdad, John?

Grammaticus alzó las cejas con gesto sarcástico mientras seguía masticando.

Cuando acabaron de comer, Soneka volvió a llenar la mochila y despidió con un gesto a Grammaticus. Mientras cerraba la compuerta, vio cómo Grammaticus lo miraba fijamente desde su sitio en la mesa.

Soneka sintió cómo volvía a caer sobre él su profunda soledad en cuanto cerró la

compuerta. Aunque no podía calificar, en verdad, a Grammaticus de amigo, el agente de la Cábala era lo más cercano a una compañía humana real que había sentido durante el último medio año.

Vivir con los astartes era una experiencia extraña, y la novedad se había pasado hacía ya mucho tiempo.

El primer capitán estaba practicando las técnicas de combate a corta distancia en sus estancias. Vestido con un traje monopieza, dio un paso y giró suavemente con una serie de pases, bloqueos y estocadas con una espada de prácticas de madera. A su alrededor, ocho agentes repetían sus movimientos en perfecta sintonía. Era impresionante observar la precisión de los movimientos. Soneka permanecía en pie en la entrada, observando la sesión, hasta que Pech hizo una ligera señal para hacer un alto.

Los agentes pasaron junto a Soneka y salieron uno tras otro. Uno de ellos era Thaner, el hombre hasta el que lo había llevado Bronzi en aquella fatídica noche. Thaner saludó a Soneka con una ligera inclinación de cabeza.

No había ninguna camaradería entre los agentes. Cada uno de ellos vivía en su propio mundo, aislado y silencioso, de servicio y obligaciones. Soneka no esperaba entrar en combate con los astartes, ya que eran una raza aparte y las diferencias entre ellos y los humanos normales eran totalmente obvias, pero el comportamiento de los agentes lo desconcertaba. Todos seguían siendo humanos, humanos unidos por un propósito común, pero no compartían nada. Soneka no había conocido nunca a una compañía de hombres tan dispares. Los hábitos normales de la camaradería militar brillaban por su ausencia. Nadie hablaba de quién había sido o de dónde venían; nadie compartía un trago o una broma. A su manera, parecían menos humanos que los propios astartes.

Pech le hizo una seña a Soneka.

—¿Cómo está John hoy, Peto? —preguntó, volviendo a colocar la espada en el soporte.

—Prácticamente igual que siempre: contenido, paciente. Ha deducido que estamos en el punto de llegada. Parece que eso le ha levantado un poco el ánimo.

Pech asintió.

—¿Algo más?

Soneka se encogió de hombros.

—Sí, una cosa. Hoy no me ha preguntado por Rukhsana.

—¿No?

—No puedo recordar ningún otro día que no lo haya hecho en los últimos cinco meses. Yo siempre le digo que se le permitirá verla, pero hoy no me ha preguntado.

—Bueno, al menos no has tenido que mentir —replicó Pech.

—Siempre queda eso.

Pech comenzó a abrocharse un par de pesadas botas.

—Quiero que estés a mi lado los próximos días, Peto —dijo—. Están a punto de comenzar las operaciones y te necesito cerca para que me facilites los datos de los que dispongas sobre Grammaticus. Tú has pasado más tiempo con él que cualquier otro.

—No pretendo conocerlo —contestó Soneka—. No confía en mí prácticamente nada.

—Ninguno de nosotros lo conoce —admitió Pech, poniéndose una pesada túnica que lo cubría hasta las rodillas. Suspiró—. A veces me gustaría que le hubiéramos arrancado los secretos de la cabeza. A Shere le habría encantado.

Soneka sabía que la Legión Alfa había debatido la mejor forma de tratar a Grammaticus. Se había decidido que no sería prudente arriesgarse a dañar o acabar con su único vínculo con la Cábala.

—Hemos llegado muy lejos —declaró Pech—, pero seguimos sin saber si está mintiendo.

—No mentía sobre Nurth —apuntó Soneka.

Cinco meses antes, Nurth había muerto, exactamente como dijo John Grammaticus que ocurriría. El último día no tuvo un auténtico amanecer y se alargó, haciéndose cada vez más oscuro y denso, hasta convertirse en una noche espesa. La atmósfera se había coagulado hasta convertirse en una caldera tóxica de cenizas y hollín y vientos huracanados que habían despellejado la superficie del mundo y calentado hasta hacer hervir a los océanos.

Lord Namatjira había rechazado tajantemente en un principio las órdenes de Alpharius de abandonar Nurth. Se había reído burlonamente a la cara del primarca ante la sola idea de renunciar a la victoria tan costosa que tenía en sus manos. Sin embargo, su risa desdeñosa se había vuelto hueca al empeorar las condiciones, y llegó el momento en que le pareció claro, incluso a él, que sería suicida quedarse. Poseído de una furia tan violenta como las tormentas de perdición que se cernían sobre ellos, Namatjira ordenó la retirada.

A continuación, la confusión se adueñó de todo. No podía ordenarse un despliegue o retirada fácil de una fuerza del tamaño de la 670ª Expedición, ni siquiera siguiendo los protocolos de emergencia. Las oleadas de naves de desembarco y de transbordadores pesados desafiaron el azote del viento para aterrizar en puntos de reunión improvisados donde se concentraban de forma apresurada las compañías del ejército, abandonando los puestos fortificados del Imperio y los vehículos. Se perdieron unidades enteras en la oscuridad invasora en su lucha para llegar a los puntos de encuentro para la evacuación. Algunos transbordadores, totalmente cargados, no lograron atravesar la avalancha de furia atmosférica y regresar a la órbita. Otros volvieron a la flota con las bodegas vacías, después de haber sido

incapaces de localizar un lugar de aterrizaje o algo que mereciera la pena ser rescatado.

La pesadilla alimentada por el pánico de la evacuación había llegado por fin a su término después de diecisiete horas. Casi la mitad del grueso de la expedición no consiguió salir viva de Nurth. Las dificultades logísticas para la evacuación de los vehículos pesados hicieron que las compañías de blindados sufrieran pérdidas especialmente importantes. El princeps Jeveth acusó abiertamente a Namatjira. La falta de unos supertransbordadores especializados fue la culpable de la pérdida de seis de sus titanes. Una semana después de la caída de Nurth, Jeveth retiró sus fuerzas de la 670ª Expedición y regresó a Marte, advirtiendo al comandante general de que era probable que nunca más recibiera ayuda del Mechanicum.

Nadie de la expedición imperial llegó a ver el objeto que acabó con Nurth. Nunca se pudo confirmar su tamaño, construcción o proceso, ni siquiera si era realmente un cubo. Nadie pudo explicar su efecto, o relatar el terrible destino que desató, excepto que estaba relacionado de alguna forma de enfermedad invasiva, una plaga que se había llevado por delante las estructuras orgánicas e inorgánicas.

Sin embargo, las mentes imperiales pudieron sentirlo. Su silbido derretido escapó de los bordes de la atmósfera de Nurth y corroyó las órdenes astrotelepáticas de la flota. Sembró la locura y el delirio. Las uxores de la Geno Chilíada no lo percibieron con tanta intensidad, pero también lo sintieron. En privado reconocían que sonaba como el aullido de algún tipo de demonio, despierto y atrapado en el achicharrante foso de cenizas privado de toda iluminación en que se había convertido Nurth.

Peto Soneka seguía soñando con el caos de aquel día. Desde entonces no había conseguido dormir bien. Cuando no soñaba con turbias nubes negras que avanzaban aniquilándolo todo, lo torturaron sueños de cabezas de diorita y los versos alojados en la garganta de Dimi Shiban.



DOS

Órbita alta, Hydra 42 Tertius, el siguiente ciclo diario

Grammaticus ya estaba vestido y preparado para cuando llegó Soneka. Estaba sentado a la mesa metálica y mostraba cierta excitación nerviosa.

—Me imagino que está preparado para hablar conmigo —apuntó Grammaticus.

—Lo está.

—Por fin —dijo Grammaticus, y se puso en pie—. ¿Estamos en órbita alta?

—En órbita alta sobre Hydra 42 Tertius. Una elección interesante, John.

Grammaticus sonrió.

—Se ha seleccionado de forma muy especial, como muestra de respeto a la iconografía de la Legión Alfa. ¿Lo aprueban?

—Creo que el nombre les hace sospechar. Aunque claro, todo les hace sospechar.

Grammaticus se rió, pero Soneka podía notar cierto nerviosismo en su risa.

—John —dijo—, no entiendo realmente de qué va todo esto, pero si quieres que las cosas salgan bien, si quieres tener éxito en la misión, tienes que controlarte. Has estado aquí demasiado tiempo. Estás histérico. Intenta calmarte. Por favor, no te muestres hiperactivo ni intentes bromear con ellos.

Grammaticus asintió y se aclaró la garganta. Inspiró profundamente.

—Entiendo —dijo—. Gracias por el consejo. Estoy un poco tenso.

Dejaron juntos la celda. Grammaticus le echó un último vistazo, como si esperara encontrarse a sí mismo dentro de ella.

Soneka lo condujo hacia la entrada metálica del bloque de detención, dejando atrás las compuertas vacías de las demás celdas y a través de dos puertas de rejilla que se abrieron de par en par cuando movió la mano frente a las placas de lectura.

—¿Qué tal está la mano? —se interesó Grammaticus.

—Mejor que la vieja —contestó Soneka.

Siguieron andando por uno de los pasillos longitudinales de la barcaza de combate. La cubierta era de rejilla, y el pasillo era tan amplio que un tanque podría recorrerlo con toda comodidad. Las paredes metálicas. divididas en bandas por barras horizontales de glaciales luces malva, parecían prolongarse hasta el infinito. Las pisadas resonaban en el metal. No había nadie más alrededor.

—Confían en ti —comentó Grammaticus.

—¿Qué?

—Te mandan a buscarme, sin escolta.

—Ésta es una barcaza de combate de los astartes, John, una de las naves de guerra más fortificadas y seguras del espacio humano. ¿Adónde exactamente podrías ir?

—Tienes razón. Aun así, confían en ti —insistió Grammaticus—. ¿Nunca te has preguntado por qué te dejan hacer esto?

—¿Hacer qué?

—Confraternizar conmigo. Comer todos los días conmigo.

—No pregunto. Prácticamente he sido tan prisionero como tú.

—Tienes que haber pensado en ello —insistió Grammaticus.

—Supongo que sí —reconoció Soneka—. Piensan que te relacionas conmigo mejor que con cualquiera de ellos, de humano a humano.

—O sea lo que sea lo que soy —apuntó Grammaticus, con una sonrisa entre dientes.

Soneka le lanzó una mirada.

—En realidad, les he pedido permiso. No son como yo. Ni siquiera comen, o por lo menos yo no lo he visto. Los primeros días comía solo y luego te traía a ti la comida. Parecía estúpido no combinar las dos cosas.

—¿Y dijeron que sí?

—Dijeron que sí —asintió Soneka—. Por supuesto, en seguida se me ocurrió que eso era lo que querían en realidad. Querían que desarrolláramos un entendimiento, el tipo de entendimiento que ninguno de ellos podría intentar personalmente.

—¿No les preocupaba que yo pudiera... influir en ti?

Soneka lo miró fijamente a los ojos.

—Creo que eso era lo que esperaban que ocurriera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grammaticus.

—Tú no te atreverías a intentar nada con un astartes, pero ¿y con un agente de bajo rango? Creo que les interesaba saber lo que podrían aprender de ti si intentabas algo.

Grammaticus frunció los labios.

—Eso es muy perspicaz por tu parte, Peto. ¿Entonces crees que estás a mi merced?

Soneka se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo? Sé que eres un hombre peligroso, John, y que puedes conseguir con palabras lo que un comandante general no puede conseguir con titanes. Siempre me ha parecido que hablábamos como amigos. Dudo que lo hubieras admitido de otra forma.

Grammaticus asintió.

—Por supuesto que no —dijo.

Un poco más adelante, Grammaticus se detuvo y miró por encima del hombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Soneka.

—No sé... —comenzó a decir Grammaticus—. Creí haber oído...

—¿Qué?

—Creí haberla oído, llamándome —dijo.

—Era tu imaginación, John —repuso Soneka.

En el largo camino del bloque de detención a la cámara de reuniones no vieron ningún signo de vida, salvo por el par de pulidos servidores aracnoides que trabajaban en un panel de la pared y un ocupado robot teledirigido que pasó zumbando por encima de ellos y desapareció en el inmenso pasillo.

La compuerta era un gran escudo estanco con el emblema de la Hidra grabado sobre su superficie engrasada. Soneka había visto muchas partes de la barcaza durante el tiempo que había estado a bordo, y todas ellas eran muy austeras, funcionales y utilitarias. Éste era el único elemento de decoración con el que se había encontrado.

Según se acercaban, la compuerta se abrió, elevándose como el rastrillo de una fortaleza.

La cámara situada al otro lado estaba prácticamente en total oscuridad, aunque ambos podían sentir sus grandes dimensiones. A veinte metros de ellos, iluminado por un único globo luminoso ámbar, Alpharius estaba sentado sobre un pesado trono de acero sin decoración alguna. Llevaba puesta la armadura completa, y el casco descansaba en el amplio brazo del trono junto a su mano derecha. Los miraba fijamente.

—Acercaos.

—John Grammaticus, mi señor —dijo Soneka.

—Gracias, Peto. Quédate, por favor.

Soneka asintió, y se apartó a un lado.

—John —dijo Alpharius.

—Gran señor —contestó Grammaticus.

—Creo que va a llegar el momento de la verdad —comenzó Alpharius—. Se espera que prestes cooperación.

—Y la prestaré; haré todo lo que pueda —declaró Grammaticus.

—Estamos en órbita alta sobre el mundo que seleccionaste —manifestó el primarca—. La flota de la Expedición viene detrás, a unas nueve horas. Tan pronto como llegue y se organice, comenzaremos con el despliegue sobre la superficie.

Grammaticus tragó saliva rápidamente.

—Eso suena a estado de guerra, como vuestra armadura.

Alpharius asintió.

—No me aventuro en lo desconocido sin armas, John. Tú me dijiste que esta Cábala tuya te pidió que me trajeras. Dices que quieren hablar de asuntos importantes. Me parece bien, y agradezco el reto de conocer nuevas mentes y nuevas ideas, pero no soy tonto. El Ejército Imperial y mis fuerzas se reunirán y estarán preparados. Al menor signo de falsedad o traición, tu Cábala, si es que realmente está aquí, se enfrentará a un duro castigo.

—Debéis hacer lo que creáis conveniente, mi señor —afirmó Grammaticus—. Como muestra de cooperación, yo diría que la Cábala no considera especialmente atractivas las posturas amenazantes. Yo creo que preferiría acordar sus tratos con vos sin la presión de la presencia militar, aunque pienso que hará concesiones. Valoran el hecho de que seáis un señor de la guerra y que os comportéis de acuerdo con vuestra naturaleza. Después de todo, es esa misma naturaleza lo que les interesa.

Alpharius volvió a asentir.

—Entonces tenemos cierto grado de entendimiento —manifestó, y levantó el guantelete izquierdo.

Una serie de golpes profundos y metálicos y un rayo de luz se adueñaron de la cámara a medida que toda la pared de estribor comenzaba a replegarse en el techo. Soneka comprendió que eran unas inmensas contraventanas estancas lo que se estaba abriendo poco a poco para descubrir un inmenso puerto de observación estelar. La luz amarillenta, suave pero intensa como la bruma del verano, penetró por debajo de las contraventanas e inundó lentamente la cámara.

La cámara de reuniones era tan grande como esperaba, con un suelo de rejilla negra, pesados mamparos de metal sin tratamiento alguno y techo abovedado. Toda la estancia estaba bañada por un resplandor neblinoso y dorado que procedía del exterior. A lo largo de la pared interior, junto al ciclópeo trono de Alpharius, había treinta y cinco astartes de la Legión Alfa dispuestos como estatuas monumentales. Habían estado allí todo el tiempo, silenciosos en la oscuridad.

Todos ellos eran capitanes o líderes de escuadras. Soneka reconoció a Pech y a Herzog, por los símbolos de sus compañías, a Omegon, vestido con su armadura prácticamente negra; y a Ranko, vestido con la monstruosa coraza de los Exterminadores. Bajo la luz dorada que los iluminaba parecían una visión elísea.

Grammaticus también los había visto. Soneka percibió la punzada de un miedo evidente en sus ojos.

Alpharius se puso en pie. Las contraventanas se detuvieron sin llegar a abrirse del todo. La vista desde el gigantesco puerto de observación era tan impresionante como los guerreros post-humanos que allí había. La bóveda del espacio, con una profundidad que Soneka no había visto nunca, estaba tachonada de distantes estrellas que brillaban como motas de polvo a la luz del sol. Serpentinas radiantes de gas, tan delicadas y multicolores como alas de polilla, se desplegaban por el campo de estrellas como velos, haciendo que algunas estrellas brillaran como joyas talladas y que otras se empañaran y desdibujaran como piedras sin tallar.

Cerca, tal vez sólo a ciento cincuenta millones de kilómetros, brillaba un sol rojo pálido, la estrella del sector y fuente de la luz que los bañaba y que teñía de ámbar la vista que tenían ante ellos y la cámara. Más cerca aún, amenazante a sus pies, se observaba la cara nocturna de un planeta.

Alpharius señaló a la estrella. Unos gráficos hololíticos se iluminaron inmediatamente por todo el puerto de observación, perfilaron la estrella y dibujaron su contorno. Unas columnas de números se deslizaron de arriba a abajo por el puerto, seguidas de un bloque de datos estadísticos.

—Alto ahí. Atenuar resplandor y aumentar seis veces —ordenó Alpharius.

La proyección hololítica parpadeó, y apareció una imagen aumentada de la estrella con la luminosidad atenuada en el centro de la pantalla del puerto.

—Hydra 42 —dijo Alpharius—. Es una estrella antigua de población II, y de escasa metalicidad. Su vida está llegando a su fin. Hydra 42. ¿Te gustaría comentar algo, John?

Grammaticus no encontraba las palabras.

—¿Mi señor? —intervino Soneka.

—Habla, Peto.

—Tal y como yo lo veo, Hydra 42 ha sido seleccionada como un signo de homenaje a la legión. Una broma entre ellos, si quiere. Creo que es posible que, en retrospectiva, John lamente la frivolidad del gesto.

Alpharius asintió.

—Sí —dijo Grammaticus, tosiendo pero recuperando cierta compostura—, se trata de eso, mi señor. No había ninguna intención de faltar al respeto o de burla. Se escogió Hydra 42 por el emblema de la legión.

—¿Éste es el simbolismo y sutileza que podemos esperar de la Cábala? —preguntó Pech.

—No —aseguró Grammaticus.

—Bien —replicó Omegon—. Porque es algo infantil.

—Hydra 42 tiene seis planetas —continuó Alpharius—. El tercero, llamado Alpha 42 Tertius, es al que nos has dirigido, John. Estamos en su órbita.

—Sobre Eolith —precisó Grammaticus.

—¿Repite?

—Eolith —repitió Grammaticus—. El nombre de la Cábala para este mundo, Hydra 42 Tertius, es Eolith.

—Aislar y ampliar.

Los gráficos devolvieron la estrella a su posición original y luego rodearon el globo oscuro que tenían a sus pies, lo dividieron y lo acercaron al centro del puerto. Otros gráficos se mostraron sobre la proyección.

—Pequeño y nada fuera de lo corriente —dijo Alpharius—. Está azotado por un clima pestilente y lluvias ácidas. Desierto. De acuerdo con nuestro barridos vitales, las sondas automáticas tan sólo detectan fauna alienígena básica. —Hizo una pausa —. Distinguir —ordenó.

La pantalla mostró la superficie del planeta en términos de imágenes topográficas sobre las que se habían superpuesto unos patrones climáticos estriados. El mundo parecía un iris gris y moteado.

—Un páramo, en otras palabras —declaró Alpharius—. Totalmente hostil para los humanos. Y aun así... —Hizo una pausa de nuevo—. Ampliar.

La pantalla amplió rápidamente una pequeña sección del mundo y lo perfiló. Aparecía una espiral circular de vapor blanco como una isla en la masa de nubes veteada de gris.

—En el hemisferio sur —continuó Alpharius— hemos detectado una zona con un diámetro de trescientos kilómetros que cuenta con una atmósfera rudimentaria y soportable para los humanos. Algo que es muy poco probable.

—Cierto —contestó Grammaticus.

—¿Te importaría explicarlo? —preguntó Alpharius.

Grammaticus respiró profundamente de nuevo para tranquilizarse y permanecer en calma.

—Ése es el sitio. Hace unos cinco años se activaron unos procesadores elementales para preparar la zona de la reunión. Apenas han tenido tiempo para fabricar un microclima decente, pero es lo bastante sostenible.

—¿Ingeniería atmosférica? —preguntó Herzog.

—Sí, señor —contestó Grammaticus.

—Aumentar la zona —ordenó Alpharius.

El recuadro de imagen del vapor blanco parpadeó media docena de veces al tiempo que aumentaba la escala, resolviendo primero los detalles de las masas de nubes y las formaciones individuales después, hasta que la pantalla atravesó los jirones de nubes blancas para llegar al nivel de la superficie. Soneka escrutó la imagen. No estaba seguro de lo que se suponía que estaba viendo: una cadena de colinas, tal vez montañas, frías y grises, vistas desde encima, y bolsas profundas de valles en sombras. En el centro de la imagen, acurrucada entre los picos más altos, se

podía ver una especie de dibujo poco definido, el perfil de algún tipo de estructura.

—Esto me parece especialmente interesante —dijo Alpharius—. Esta estructura me ha recordado algo. —Volvió la mirada hacia el puerto y levantó la mano—. Mostrar y comparar el registro de archivo N6371.

Junto al primer gráfico apareció un segundo que mostraba otra imagen orbital tomada en condiciones diferentes. Era evidente que era otro mundo. Una red de líneas gráficas unía rápidamente las áreas de ambos recuadros, hasta que fue evidente que se identificaron cientos de similitudes contextuales. Los recuadros se intercambiaron y se superpusieron. Las estructuras de las superficies concordaban con una precisión desconcertante.

—Archivo N6371 —indicó Alpharius—. Es una vista orbital del Puerto Mon Lo.

Se hizo un largo silencio.

—Una estructura de ese tipo fue el epicentro de un diluvio atmosférico que casi nos aniquila —afirmó Alpharius—, y tú nos traes a su imagen gemela, en un mundo donde la manipulación atmosférica ya está en marcha.

—Entiendo que pueda parecer extraño —admitió Grammaticus.

—¡John! —exclamó Soneka, entre dientes.

Grammaticus lanzó una mirada a Alpharius e inclinó la cabeza en signo de respeto.

—Perdonadme, mi señor.

Avanzó hacia la pantalla y se detuvo lo suficientemente cerca para señalar los detalles.

—Son iguales porque ambos mundos son lugares de paso.

—Define el término —le exigió Pech.

—Por supuesto —admitió Grammaticus—. La Cábala es muy antigua y está compuesta de varias... lo que llamarían especies alienígenas. No comparten origen o mundo original alguno. Desde los primeros tiempos, desde la época de su formación, han sido nómadas y se desplazan de un mundo a otro, como las cortes de los antiguos reinos de Terra.

—¿Cuánto tiempo se quedan en cada lugar? —preguntó Omegon.

—No siempre el mismo, señor —contestó Grammaticus—. El que sea necesario. Durante mucho tiempo han construido lugares de paso en los muchos mundos que han formado sus largas rutas ortoténicas. Zonas de aterrizaje, ¿entienden? En algunos mundos, Nurth fue un buen ejemplo de ello, la población de la zona pasó luego a habitar los lugares sin conocer su propósito original.

—Eso implica un lapso considerable de tiempo —apuntó Pech. Grammaticus asintió con tristeza.

—Necesito que valoren la duración y amplitud de las actividades de la Cábala. El lugar de paso del puerto Mon Lo fue construido hace casi doce mil años. Éste de

aquí, en Eolith, es bastante más antiguo, unos noventa mil años. Las visitas anteriores de la Cábala a Nurth, y su comprensión de la cultura que se desarrollaba aquí, fueron la causa de que lo seleccionaran como el lugar para demostrarles el...

—Un momento —lo interrumpió Alpharius—. ¿Has dicho noventa mil años?

—Sí, mi señor primarca.

Alpharius pareció considerar durante un momento aquella información.

—Continúa.

—Creo... creo que he perdido el hilo, señor —dijo Grammaticus—. Queda poco de explicar. La Cábala ha preparado el sitio y usted tiene que reunirse con ellos. Le sugiero... —se aclaró la garganta una vez más—, le sugiero que siga adelante. Yo soy la clave, señor. Debe llevarme a la superficie y...

—Un momento —interrumpió Omegon.

Se salió de la formación de astartes que los observaba y se dirigió a la portilla de observación. Durante un momento Soneka se temió que el guerrero intentara hacer algún tipo de daño a Grammaticus, pero, en vez de ello, se quedó mirando pensativo al oscuro mundo que tenían a sus pies. Se soltó el casco y se lo quitó.

—Nos has atraído aquí, John Grammaticus —dijo—, con historias poco claras sobre un cataclismo inminente que amenaza con engullir a la humanidad y al cosmos, y sobre el papel que podemos jugar para impedirlo. Me gustaría saber algo más antes de que esta legión se comprometa siquiera a un aterrizaje.

Grammaticus lanzó una carcajada.

Omegon le devolvió una intensa mirada.

—Lo siento, lord Omegon —se disculpó Grammaticus, incapaz de contener la risa—, pero recorrer parsecs para traer consigo toda una flota expedicionaria sólo por mis «historias poco claras». Que yo sepa, ya se ha comprometido completamente. Déjese de rodeos.

El gigantesco Omegon lanzó una feroz mirada al humano.

—El primer capitán Pech dijo que habías descrito el cataclismo inminente como una guerra contra el Caos.

—Cierto, señor —afirmó Grammaticus—. Aunque la guerra contra el Caos se viene propagando desde la infancia de la galaxia. Sin embargo, la especie humana se ha convertido ahora en el foco de la guerra, y el Imperio ha sido elegido como el campo de batalla. La Cábala vio ya hace tiempo que lo que ocurra en los próximos años será fundamental para el destino de todas las especies.

Omegon se dio la vuelta y volvió a mirar hacia el planeta.

—Pech nos contó algo más que dijiste allá, en el pagano Mon Lo. Dijo que llamaste a lo que se avecinaba «una gran guerra contra vosotros mismos». Eso parece describir una guerra civil, John Grammaticus.

—Sí, así es —afirmó Grammaticus, sin dejar de alzar la vista para mirar al

gigante.

—Una guerra civil en el Imperio es del todo imposible —objetó Alpharius, adelantándose para unirse a ellos—. Sencillamente, no puede ocurrir. El plan del Emperador es...

—Utópico —lo interrumpió Grammaticus, con atrevimiento—, y por tanto condenado a no alcanzar sus objetivos. Disculpadme. La Legión Alfa es la más pragmática y sutil de todas las legiones. A ustedes no los ciega el dogma imperial como a los demás. No están aferrados al código de conducta de Guilliman, ni atados a una enloquecida tradición tribal como los guerreros de Russ, ni son perros falderos leales o autómatas desquiciados como los monstruos de Angron. ¡Ustedes piensan por sí mismos!

—Eso es lo más cercano a herejía que se ha dicho en mi presencia —dijo Alpharius en voz baja.

—Y por eso me estáis escuchando —replicó Grammaticus, con una sonrisa—. Reconocéis la verdad cuando la oís. Sólo reclutáis a los más inteligentes y brillantes. Ustedes piensan por sí mismos.

Permaneció de pie entre los gigantes, fiel a su plan. Soneka sonrió al ver que John Grammaticus recuperaba la confianza.

—El Emperador persigue un ideal utópico —anunció Grammaticus—, lo cual está bien dentro de sus límites. Enciende y dirige a las masas, da al soldado algo en que centrarse... pero la perfección no es nada más que un ideal.

—Ya hemos reflexionado sobre esas cuestiones —dijo Pech en voz baja.

—¿Y? —preguntó Grammaticus.

—Hemos acabado comprendiendo que los objetivos utópicos son, en última instancia, contraintuitivos para la supervivencia de las especies —contestó Pech.

—Ningún poder puede engendrar, ni ninguna fuerza puede ser engendrada, por un estado de perfección —manifestó otro capitán—, porque la perfección es un absoluto que no pueden alcanzar las especies imperfectas.

—Es mejor gestionar y mantener las imperfecciones del hombre de forma continua —dijo Pech.

Grammaticus hizo una reverencia.

—Gracias por esa valoración. Lo aplaudo por su perspicacia —alzó la vista hacia Alpharius—. Señor, el Imperio está a punto de implosionar. La Cábala os espera en el lugar de encuentro de Eolith para mostraros la mejor forma, tal y como lo explicó de forma tan elocuente el primer capitán, de gestionar y mantener las imperfecciones del hombre.

Alpharius inspiró profundamente y miró hacia abajo, a Grammaticus.

—Me pregunto si dentro de unos años lamentaré no haberte ejecutado ahora mismo.

—Guerra civil, señor —le advirtió Grammaticus—, pensad en ello.

Alpharius negó con la cabeza.

—Ya lo hago. John, mis hermanos primarcas tiene sus peleas y rivalidades, discuten en ocasiones y se enfadan unos con otros, al igual que cualquier otro hombre. Hace poco tiempo que me incorporado a esa familia, pero ya conozco sus costumbres. Roboute, por ejemplo, me desprecia, y yo no le hago caso. Puede que lleguemos a las manos, pero sin sangre. Para que estalle una guerra civil tendría que haber sangre entre dos primarcas. Eso no va a ocurrir nunca, John. Es sencillamente inconcebible. Ahora que nos dirige el señor de la guerra...

—¿Señor de la guerra? —preguntó Grammaticus de repente.

—Horus Lupercal es el señor de la guerra —replicó Alpharius.

—¿Desde cuándo? —quiso saber Grammaticus. De repente se apoderó de sus ojos una mirada intranquila.

—Hace cuatro meses, después del gran triunfo en Ullanor. El Emperador se retiró de la Cruzada y nombró Señor de la Guerra a su primer hijo. Es una pena pero no pude asistir a la ceremonia. La retirada de Nurth y el asunto que nos presentaste han ocupado todo mi tiempo. Para ser justos, suelo evitar esas celebraciones. Suelo enviar a alguien.

—¿Horus ya es señor de la guerra? —susurró Grammaticus. Se dejó caer en la cubierta e inclinó la cabeza. Los inmensos astartes lo miraban desde las alturas como si fuera un niño en mitad de un berrinche.

—¿Qué ocurre, John? —preguntó Omegon.

—¿Ya? —murmuró Grammaticus, negando con la cabeza—. ¿Tan pronto? Dos años —dijo—, dos años. No tenemos dos años.

—¿John?

Grammaticus no quería alzar la vista hacia los astartes que lo rodeaban. Soneka dio un paso adelante y lo puso en pie. Grammaticus estaba temblando.

Grammaticus se secó la boca y alzó la vista hacia Alpharius.

—Horus es el catalizador. Por favor, mi señor, llevadme hasta allí. Tomad el séquito que deseéis. Seré vuestro santo y seña. Os llevaré ante la Cábala, como intermediario, y responderé por vos. Ésta es la forma de hacerlo. Ya no hay tiempo. Horus es el señor de la guerra. Oh, cielos. Horus es el señor de la guerra.

—Peto, lleva a John otra vez a la celda —dijo Pech.

Sosteniendo en pie a Grammaticus, Soneka contestó con una firme inclinación de la cabeza.

Grammaticus comenzó a forcejear.

—Tengo que bajar primero. ¡Tengo que guiar el camino! —gritó.

Soneka lo agarró con mano firme por el brazo y lo llevó hacia la compuerta.

—Enviaremos un destacamento de desembarco a la zona tan pronto como llegue

la flota para apoyarnos —dijo Alpharius.

—¡Estáis perdiendo el tiempo! —gritó Grammaticus, forcejeando con Soneka—. ¡Estáis desperdiciando un tiempo precioso!

—Lleváoslo —dijo Alpharius.

Soneka abrió la puerta de la celda y lanzó dentro a Grammaticus.

—No me gustan los moretones, John —dijo, frotándose los brazos.

—No te gusta nada, Peto —refunfuñó Grammaticus, poniéndose en pie—. Horus es el señor de la guerra. ¿Sabes lo que eso significa?

Soneka se encogió de hombros.

—¡Significa que se nos acaba el tiempo! Significa que la guerra prácticamente ya ha comenzado. Peto, tienes que ayudarme. Necesito bajar allí, a la superficie. Tengo que preparar el terreno. No podemos permitir que la Legión Alfa vaya por ahí metiendo la pata. Lo arruinará todo. La Cábala no responderá a la intimidación militar. Por favor, Peto.

—No puedo ayudarte, John.

¡Por favor, Peto!

Soneka retrocedió como si algo lo hubiera golpeado.

—¡Ay! ¡No vuelvas a hacer eso!

—Perdón, perdón —murmuró Grammaticus—. Lo siento, Peto. Mira, tienes que ayudarme a bajar a la superficie.

—El primarca ha ordenado lo contrario. No puedo hacerlo.

—Peto...

—No puedo.

—¡Por Terra! —exclamó Grammaticus, sentándose en el catre—. Tengo que convencer a la Legión Alfa antes de que sea demasiado tarde, y yo tengo que abrir el camino.

—No tengo ninguna influencia —dijo Soneka.

—¡Odias todo esto!

Soneka asintió.

—Sí, lo odio. Nunca me he sentido más solo en mi vida. Cada vez confío menos en la Legión Alfa, y desprecio a mis compañeros agentes. No entiendo en qué me he visto atrapado, pero lo odio, cada día más.

—¡Entonces, ayúdame!

—¿Cómo?

—¡Tienes un puesto de confianza! ¡Confían en ti!

Soneka negó con la cabeza.

—No puedo. Lo siento, John, sencillamente no puedo.

—¡Peto! —gritó Grammaticus.

Peto movió su nueva mano y la compuerta se cerró de golpe, interrumpiendo a

Grammaticus.

Soneka volvió a los lúgubres pasillos de hierro del bloque de detención. En otro extremo del vestíbulo, donde ya no podía oír los airados gritos de Grammaticus ni el estruendo de sus puñetazos, se apoyó en la pared y se dejó caer hasta ponerse en cuclillas.

—¿Peto?

No había oído cómo se abría la puerta de rejilla. Se puso en pie de un salto, frotándose los ojos.

—¿Ha sido difícil? —preguntó Pech—. ¿Intentó sus trucos contigo?

Soneka asintió.

—Sí, señor.

—¿Estás bien? —preguntó Pech—. ¿Podrás con el trabajo? Puedo pedir que otro agente se encargue de Grammaticus, si lo prefieres.

—No, señor —contestó Peto Soneka—. Puedo hacerlo. Me ha encargado una tarea y la cumpliré hasta el final.

Ingo Pech asintió.

—Hazlo —dijo.



TRES

Órbita alta, Hydra 42 Tertius, catorce horas después

Una voz automatizada, la orden sonaba a todo volumen por la cubierta de embarque de la nave nodriza *Loudon*.

—¡Colóquense en los puestos asignados! ¡Colóquense en los puestos asignados! ¡El embarque por compañías comenzará en treinta, tres cero, minutos!

Sonaban las sirenas y el anuncio se repetía, peleándose con la cacofonía del ruido de las máquinas y los gritos que resonaban a lo largo de la inmensa plataforma.

Envueltos en cascadas de vapor y anunciados por estridentes sirenas, el siguiente grupo de naves de desembarco ascendió de los muelles de servicio en los ascensores entre cubiertas. Los tripulantes de vuelo, vestidos con monos de trabajo rojizos, corrían a retirar los anclajes situados bajo el fuselaje con trinquetes de energía, y los servidores pasaban a toda velocidad, extremidades herramienta en alto, para abrir y activar los sistemas de autoguiado alojados en las protuberancias situadas bajo las cubiertas de las naves de desembarco. Por encima de ellos, el sistema principal de grúas llevaba un par de cazas de escolta de morro puntiagudo de un extremo a otro de la cubierta hasta los raíles de la catapulta de popa. De repente se oyó el rugido atronador de los motores de los tanques arrancando. Una fila de cuarenta tanques de asalto de doble cañón, dispuestos sobre una línea de gruesas marcas amarillas en forma de medio rombo pintadas en la cubierta, comenzó a hacer rugir sus turbinas y lanzar humo por los tubos de escape mientras el personal de servicio comenzaba a hacer bajar las rampas de carga de las inmensas naves de carga.

—¡Colóquense en los puestos asignados! —repetía la voz automatizada.

Hurtado Bronzi firmó la placa de datos con una floritura y extrajo la placa biométrica de la ranura.

—Su compañía está certificada, atamán —dijo con toda formalidad el armero de librea mientras recuperaba la placa de datos—. Buena caza.

Bronzi hizo el viejo saludo del puño contra el pecho, inclinó la cabeza y volvió a su unidad.

—Ya habéis oído el aviso —gritó—. Puestos asignados. ¡Moved el culo!

—¡Puestos asignados! —repitió Tche.

Los Bufones izaron su equipo pesado y sus armas y avanzaron desde el puesto de comprobación a la plataforma principal. A gritos y con movimientos de brazos, los bashaws los condujeron a sus posiciones en las secciones pintadas de rojo de la cubierta.

—Solicitamos permiso para recoger el estandarte de la compañía para su embarque —dijo Tche.

Bronzi asintió. Podía sentir un fuego en el estómago por primera vez en muchos meses. Había recuperado el apetito.

Echó un vistazo a la gigantesca plataforma. Sus bashaws estaban bajando el estandarte, y los piqueros habían dejado momentáneamente sus largas armas a su lado, en la cubierta. Cuarenta metros hacia su izquierda, los Carnavales se habían colocado en sus puestos, y más allá de ellos, los Trovadores. A su derecha, el 41° Hort Zanzibari se apresuraba a ocupar su sitio. El aire estaba impregnado de aceite de las armas y humo de los motores. En algún sitio, una banda tocaba intentando hacerse oír por encima del tumulto general.

Honen Mu y sus ayudantes, que vestían ropa impermeable y portaban unas pequeñas mochilas, avanzaban por la cubierta en su dirección.

—Atamán Bronzi —lo saludó Mu.

Él correspondió con un saludo ceremonial.

—Mi querida uxor. Hoy estás especialmente fragante y, hum, impermeable.

Las ayudantes se rieron disimuladamente.

—¿Operativo? —preguntó ella, sin perder la compostura.

—Acabamos de recibir la certificación —contestó—. Estamos preparados para el paseo, uxor. ¿Cuándo vamos a averiguar adónde vamos?

—En cualquier momento, Bronzi —afirmó.

Podía entender su contrariedad. Namatjira había mantenido en secreto los detalles de la operación; un error, a su juicio. Después del desastre de Nurth, el comandante general debería haberse esforzado para recomponer la moral. En lugar de ello, se había vuelto más venenoso de lo acostumbrado. El odio por la derrota, sospechaba, pero no tenía excusa.

La flota de la Expedición se había vuelto a reunir en el límite del sistema de Nurth veintiocho horas después del colapso final de la evacuación. Desde allí se dirigieron a Empesal para recuperarse y hacer reparaciones. Se concedió un breve

permiso en los *souks* y en los circos de Empesal, pero no duró ni mucho menos lo que hubieran deseado. Se había corrido la voz de que Namatjira estaba hablando con los altos oficiales de la flota y que ya se estaba planeando una nueva operación. Se rumoreaba que tal vez se mandara toda la expedición al planeta 63-19 para ayudar a la Legión de los Lobos Lunares en la complicada guerra que había emprendido allí. Eso, pensaba Mu, les habría ido bien. Todos los pensamientos de fracaso y pérdidas, la amarga derrota de Nurth, habrían sido rápidamente suprimidos por la gloria de servir junto al nuevo señor de la guerra y su noble legión.

Sin embargo, era obvio que Namatjira había hecho otros planes. Había declarado que la expedición montaría una operación de común acuerdo con la Legión Alfa, y ordenó un embarque inmediato, un acto tan prematuro que tuvieron que abandonar en Empesal cerca de ocho mil bajas del ejército, no aptos para el servicio, junto con cuatro naves nodrizas que todavía tenían reparaciones pendientes.

Para remediar la reducción de poder de la 670ª Expedición, Namatjira liberó rápidamente a dos brigadas de infantería pesada lusitana y una compañía de caballería blindada de Pramatia, junto con sus naves nodrizas y embarcaciones auxiliares y dieciséis naves artilleras de apoyo y auxiliares de la flota. Cuando la expedición abandonó Empesal, sus fuerzas representaban dos tercios de la fuerza original que había comenzado la sumisión de Nurth. Incluso con la pérdida de los titanes de Jeveth, era un contingente importante.

Y, por supuesto, había una barcaza de combate de la Legión Alfa al frente del convoy.

Namatjira había hecho desplazarse a sus fuerzas a una localización no revelada durante cuatro meses y medio. El entrenamiento a bordo continuaba como siempre, pero la moral se había debilitado rápidamente. Nadie decía adónde iban, o qué tipo de misión esperaban realizar. No parecía importarle a Namatjira. Era como si tuviera algo urgente que demostrar, o como si quisiera lanzarse de nuevo al campo de batalla después de la debacle de Nurth. Mu especulaba en privado sobre la idea de que estuviera tomando prestado demasiado del pragmatismo implacable de la Legión Alfa.

Una semana antes de la llegada, Namatjira ordenó a sus fuerzas que comenzaran los preparativos para un ataque terrestre, y anunció que el objetivo de la misión había recibido el nombre de 42HtX.

Esto fue recibido con perplejidad general. De acuerdo con los procedimientos, la campaña debería haberse llamado oficialmente 6-70-26. Evidentemente, no se dirigían a una acción de sumisión. 42Ht era un código planetario, y la X indicaba operaciones extraordinarias. Namatjira informó a su séquito de oficiales que había destinado la expedición a apoyar a la Legión Alfa en una misión secreta, y que Alpharius había obtenido permiso directo del señor de la guerra para el estatus de

operación extraordinaria.

Sólo las exigencias de la preparación del despliegue, la rutina diaria de certificación de las armas y las pruebas físicas, apartaban a sus mentes, en conjunto, de preguntarse en qué demonios se iban a meter.

Mu se volvió hacia Tiphaine, que abrió la cartera de cuero negra que llevaba y sacó un paquete sellado de papeles. Mu se lo entregó a Bronzi.

—Tus órdenes de servicio —dijo.

—Por fin —exclamó Bronzi. Se llevó el paquete al oído y lo sacudió de forma experimental—. ¿Qué dice? —sonrió.

Mu contuvo la tentación de devolverle la sonrisa.

—No tengo ni idea. Todos vamos a leer los detalles al mismo tiempo. Darás las instrucciones durante el camino. Prepárate para una orden perceptiva de última hora cuando me ponga al día.

—Esto va a ser divertido, ¿verdad? —añadió Bronzi.

—Depende bastante de tu definición de divertido, Hurtado —contestó ella.

Encogió sus pesados hombros blindados.

—Bueno, ya sabes: bajar a ciegas a un sitio que no conocemos, enfrentarnos a no sabemos qué, sin tácticas avanzadas... ese tipo de cosas.

Ella le devolvió la sonrisa con una mirada afilada.

—Entonces sí, nos vamos a divertir —añadió.

Namatjira estiró los brazos, y los ayudantes eunucos le pusieron los guantes, que abotonaron alrededor de los hombros y axilas. Los guantes servían de mangas de su jubón de cuero marrón oscuro. Flexionó los dedos para ajustarlos a los guantes mientras otro ayudante le ponía una capa de pieles y pelo de cebra en el hombro izquierdo con la ayuda de una fíbula dorada.

Tendió la mano derecha, y el guardián del sello deslizó con todo cuidado el pesado sello en su dedo corazón. El anillo era de oro, engastado con rubíes tallados, y un gran bisel en cuadrado que llevaba grabado el blasón del comandante general. La banda del anillo incluía una autoridad biométrica. Hasta el momento en que Namatjira estuvo preparado para ponérselo, el anillo había sido guardado en una caja de estasis vigilada por los hombres del guardián. No se corría ningún riesgo. El anillo tenía autoridad por sí mismo.

Unos pequeños tambores sonaban en el salón de gala situado más allá del vestidor privado del comandante general. Namatjira se miró en el espejo de cuerpo entero y luego se volvió hacia su escolta. Uno de los luciferes negros llevaba la espada ceremonial de puño y medio del comandante general; otro, su yelmo dorado con

crines.

Dinas Chayne entró en la habitación y saludó.

—¿Está aquí, Dinas?

—Su nave acaba de atracar.

Namatjira chasqueó los dedos, y los ayudantes, los asistentes y el guardián y sus hombres se apresuraron a salir por la puerta del servicio.

El comandante general se volvió y atravesó el arco de ormolu para entrar en el salón de gala, flanqueado por sus subordinados.

A la nave insignia de Namatjira le habían puesto el nombre de *Blamires* por un almirante de la Marina de la Era de los Conflictos que el comandante general admiraba especialmente. La *Blamires* era una de las naves mejor dotadas y de mayor sofisticación técnica de la flota imperial. El salón de gala en el que penetró era tan grande y amplio como la nave de una catedral, con el suelo recubierto de baldosas blancas y negras y rodeado de pilares de cariátides de oro y altos espejos. Los elevados techos estaban decorados con frescos que mostraban escenas de la Era de la Unificación. El ritmo de la banda ceremonial se aceleró a medida que se acercaba el comandante general, y la guardia de honor de seiscientos lanceros de Outremar presentaron armas al unísono.

En el centro del salón de gala lo esperaba el mayor general Dev, en uniforme de gala, con Jan van Auger, el magíster de la flota, y ocho adeptos superiores vestidos con largas túnicas de color esmeralda. Dev permanecía firme cuando Namatjira se detuvo frente a él. El sonido de los tambores se interrumpió en cuanto Namatjira dejó de andar.

—Comandante general —anunció Dev—, las fuerzas de la Expedición están listas para desplegarse. Esperamos sus órdenes.

Namatjira inclinó la cabeza.

—¿Magíster Van Auger? —preguntó.

El venerable magíster de la flota, vestido de armiño y equipado con una armadura de acero pulido y segmentado, hizo un saludo ceremonial.

—La flota espera, comandante general —dijo—. Todos los informes de los componentes y subcomponentes indican un funcionamiento correcto. Los escuadrones de escolta están preparados para su lanzamiento. Se han proporcionado las coordenadas de superficie de los objetivos a las fragatas de asedio, a las plataformas de lanzamiento de cohetes y a la artillería de largo alcance. Podemos comenzar el bombardeo orbital a su discreción.

—Gracias, magíster Van Auger. Sólo se emprenderá el bombardeo si es necesario.

Van Auger frunció el ceño.

—Como le aconsejé, señor, el bombardeo debe preceder el desembarco. No podremos machacar los objetivos de la superficie si nuestras tropas ya han...

—Gracias, magíster Van Auger —lo interrumpió Namatjira—. Ya tiene sus órdenes.

Van Auger alzó la barbilla, aunque sin decir nada, y dio un paso atrás.

—¿Comandante general? —dijo suavemente Dev, señalando el pequeño cofre de jade que sostenía sobre un cojín de terciopelo uno de los ancianos adeptos.

—Un momento, mayor general —replicó Namatjira.

A una indicación, sonó en el exterior una fanfarria de trompas y se abrieron las puertas dobles situadas en el otro extremo del salón de gala. Alpharius, solo, vestido con la armadura completa de batalla, reluciente y brillante, entró en el salón y se acercó a ellos. Su cuerpo blindado era tan enorme que las baldosas blancas y negras crujían como el hielo bajo su peso.

—Mi señor primarca —lo saludó Namatjira, haciendo una reverencia—. Bienvenido a bordo.

—Comandante general —respondió Alpharius, haciendo el signo del aquila. Se soltó el casco, se lo quitó y lo puso debajo del brazo—. Su mensaje decía que quería hablar conmigo.

—Comienza la acción —dijo Namatjira.

—Recemos para que sea algo fructífero —asintió Alpharius. En el resplandor plateado del gran salón de gala, sus ojos parecían tan verdes como el cofre de jade sobre el cojín del adepto.

—Estoy a punto de emitir una orden ejecutiva —declaró Namatjira—. ¿Hay alguna razón para que no lo haga?

—No, señor —contestó Alpharius—. El objetivo debe seccionarse y asegurarse tan pronto como sea posible. ¿Ha calculado tres días?

—Tres días, lord primarca, salvo que encontremos dificultades insospechadas en el terreno o en el clima, o fuentes de resistencia no identificadas anteriormente.

—No hay datos adicionales que lo sugieran, señor —contestó Alpharius.

—Entonces, sigamos adelante —decidió Namatjira.

—Por el Emperador —replicó Alpharius.

—¡Por el Emperador! —gritó la guardia de honor al unísono.

A un gesto del mayor general, el adepto que portaba el cofre de jade se lo llevó al comandante general y se arrodilló. Un segundo adepto abrió la tapa del cofre con una pequeña llave de plata. Tan pronto como se abrió la tapa, el receptor del escáner biométrico que estaba en el interior se abrió como una flor.

Namatjira presionó el bisel de su sello contra el receptor. Se oyó un zumbido y apareció un breve destello de luz.

—Orden ejecutiva confirmada —dijo el adepto.

Comenzó a sonar otra fanfarria y las sirenas resonaron en las profundidades de la nave insignia.

Namatjira retiró la mano, y los adeptos cerraron el cofre y dieron un paso atrás.

—Lord primarca, las fuerzas de la 670ª Expedición se están desplegando —comunicó Namatjira.

—Gracias. Ahora, ¿de qué quería hablar? —preguntó Alpharius.

—Ah, sí. Retirémonos. En privado, creo, será mejor —replicó Namatjira.

Sonó otra sirena.

—¡Diez minutos! —gritó Bronzi a su compañía, por encima del alboroto.

Miró a Mu.

—Nuestro querido comandante general lo está haciendo muy bien. A este paso, improvisaremos sobre la marcha.

Ella no cayó en la trampa.

Lo volvió a intentar.

—Medio espero abrir el paquete y encontrar una nota que diga: «Pásalo bien, nos vemos pronto». —comentó.

Mu sonrió ligeramente.

—¿Uxor? —la llamó Jahni.

Mu se dio la vuelta. El latigeno Boone atravesaba corriendo la plataforma hacia ellos.

—Ya se ha emitido la orden ejecutiva —gritó mientras se acercaba.

—¡Por fin! —exclamó Bronzi, y rasgó el paquete de órdenes con los dientes. Mu tomó el suyo de Tiphaine y lo abrió un poco más moderamente. Ambos se quedaron en silencio mientras lo leían.

—¿Y bien? —preguntó Boone.

—Aterrizar y aguantar —dijo Bronzi.

—No parece demasiado malo —dijo Mu.

—Vaya, es una zona de desembarco abierta, y el terreno parece bastante malo —comentó Bronzi.

—No parece demasiado malo —opinó Mu.

—No queda mucho para la sirena de los cinco minutos —dijo Boone—. ¿Hay algo que necesiten, antes de que sea demasiado tarde?

Bronzi negó con la cabeza.

—Entonces, buena caza —dijo Boone, y se fue corriendo hacia la siguiente compañía.

Mu se volvió hacia sus ayudantes, que estaban a su alrededor, y comenzó a dar instrucciones utilizando su poder psíquico. Bronzi echó otro vistazo a las órdenes, comprobó que no había pasado nada por alto, y se fue andando sin prisa hacia sus hombres. Todos se volvieron hacia él. Los que se habían sentado en la cubierta se pusieron en pie.

—¡Bufones! —gritó—. La bendición de hoy de nuestro gran comandante general llega en forma de desembarco de la órbita a la superficie, en campo abierto, para apoderarse y mantener las posiciones.

No se oyeron demasiados gruñidos.

—Se dice que el terreno está ligeramente contorneado con humedad, que yo creo que es la forma de decir del mando táctico que hay precipicios con cataratas.

Los hombres lanzaron una carcajada.

—Más vale que esperemos un terreno accidentado, lo que significa que el desembarco será complicado. Fijaos bien en lo que hacéis, especialmente los que cargáis con equipo pesado. No quiero que nadie salte de la rampa a una pendiente o declive y que se caiga. Nada de cuellos rotos, por favor, ni tampoco piernas o tobillos; ni siquiera torceduras. Eso va por ti, Enkomi.

Más risas.

—Dispersión total cuando lleguemos. Formación Vishnu. La uxor Mu nos comunicará nuestras posiciones. Saltar, alcanzar esos puestos y atrincherarse. El propósito del ejercicio es la toma del territorio. Una vez que tengamos los pies secos, avanzaremos cuando lo ordene si las condiciones lo permiten. El plan consiste en avanzar sobre el terreno, así que espero que nadie se haya saltado el entrenamiento de resistencia.

Más gruñidos.

—Recordad, Bufones, una zona de desembarco es como una mujer. Aterrizad firmemente sobre ella, y aseguraos de haber localizado los puntos cruciales antes de seguir adelante.

Los hombres lanzaron otra carcajada.

—Si el desembarco marcha según lo planeado —continuó Bronzi—, tendremos a los Carnavales al oeste y a una unidad de blindados ligeros al este. Por supuesto, el desembarco no va a salir según lo planeado, porque los planes nunca salen bien, así que preparaos para acabar encarados en la dirección equivocada con el culo sobre los hombros. Muy bien, tranquilos. No ha sido tan divertido, Zhou.

Los hombres se calmaron.

—Esto no es un paseo —anunció Bronzi—. Esto es una operación seria. Extraordinaria, ¿no lo sabíais? Así que nada de escaquearse, de hacer el vago o de pensar con los calzoncillos al revés; nada de andar remoloneando por ahí y nada de cometer errores. Sois los Bufones, los mejores de la Chilíada, así que permaneced atentos y alerta, y sed aquello para lo que os creó el dios embaucador, que, por si no lo sabéis, es para ser la mejor infantería de asalto que nunca haya salido de Terra. ¿Preguntas? ¿Lapis?

—¿Hará frío?

—¡Que me den por donde amarga! —Bronzi meneó la cabeza de un lado a otro

—. Sí, así que tráete guantes y una bufanda, Lapis, nene bonito.

Los hombres lanzaron unas sonoras carcajadas, y el soldado Lapis tuvo que soportar bromas, golpes y palmadas de sus compañeros.

—Tranquilos —continuó Bronzi—. La verdad es que va a hacer un frío y una humedad de mierda. Las exploraciones muestran terreno abierto, poco en donde refugiarse y precipitaciones constantes, que es lluvia para ti, soldado Kashan. Que levante la mano el que no haya hecho caso a la orden de esta mañana y no se haya puesto las botas forradas y guantes interiores o no haya enfundado bien el arma. Mejor dicho, no me lo digáis. No quiero saber lo estúpidos que decidisteis ser cuando os levantasteis esta mañana. Si os caláis los pies o se os pudre la entrepierna, si os congeláis, u os encontráis con que vuestra arma no dispara, entonces lo tenéis mal, y tendréis una reunión con los latigenos. ¿Alguna cosa más?

Tche levantó la mano.

—¿Tche? ¿Vas a hacer una pregunta sensata, o algo sobre la disponibilidad de fruta local como la última vez?

—Me gusta la fruta —protestó Tche.

—Me alegro. ¿Tu pregunta?

—Lo único de lo que no se ha hablado, atamán —dijo Tche—. ¿Qué enemigos podemos encontrarnos?

Los Bufones estallaron en agresivos alaridos y rugidos.

Bronzi levantó la mano para que se callaran.

—Buena pregunta, buena pregunta, Tche. Hay una razón. De acuerdo con los datos que tenemos, nuestro mundo objetivo no está habitado. No hay enemigos.

Esto provocó una sarta de comentarios escandalosos.

—Es cierto, es cierto..., vamos a desembarcar en la superficie para dar un bonito paseo por las montañas —gritó Bronzi, por encima del murmullo—. ¡Ya está bien! Mejor así. ¿Cuál es la primera regla de un soldado? ¿Soldado Duarte?

—¿Asumir siempre que alguien en el mando superior no te va a decir toda la verdad?

—Muy bien. En esto hay algo más de lo que parece, así que no os descuidéis.

Sonó una sirena, cruda y metálica, en toda la vasta cubierta.

—¡Ahí está! —gritó Bronzi—. ¡La sirena de los cinco minutos! Recoged vuestras cosas, moved el culo y dejad todas las quejas y lamentaciones en la nave; seguirán aquí cuando volváis. Bufones, ¿estáis conmigo?

—¡Buena caza! —gritaron todos.

—¡La compañía lo primero, el Imperio lo segundo, geno antes que gen! —gritó —. ¡Ahora, a por ello!

Se dirigió hacia Honen Mu. Ella había terminado de dar las órdenes y las ayudantes se habían reunido, formando un apretado grupo en el que discutían

variaciones tácticas a grandes voces.

—¿No hay enemigos? —le preguntó a Mu—. Eso tiene que ser un dato erróneo, ¿no?

Mu se encogió de hombros.

—Ésa es otra alternativa. Ésta es una operación de captura y mantenimiento. El comandante general nos ha pedido que aseguremos una parte del territorio. Quiero suponer que hay algo valioso ahí abajo y que nos envían a asegurar el terreno para que pueda recuperarse.

—¿Algo valioso como qué?

—No lo sé —respondió ella—. ¿Tal vez el lado agradable del comandante general?

Bronzi parpadeó.

—¿Qué? —dijo ella.

—¡Ha hecho un chiste, uxor! —exclamó—. Un chiste de verdad.

Ella le devolvió la mirada. Su boca no sonreía, pero sus ojos sí.

—Vale, vale, pero no se lo digas a nadie, o todos querrán uno —dijo ella.

La cubierta temblaba con el ruido sordo de las catapultas de plasma situadas en la popa de la plataforma.

—Ahí van los primeros cazas de escolta —indicó Bronzi—. No tardaremos mucho ya. ¿Nerviosa?

—¿Por qué iba a estarlo, Hurtado? —preguntó Mu.

Él encogió los hombros.

—No es muy frecuente que las uxores acompañen a los soldados en primera línea. Normalmente vais en las líneas de apoyo.

—Requisitos operativos —contestó ella—. No podemos proporcionaron una cobertura fiable con nuestro poder desde la órbita.

—Ah. Ya, eso pensaba yo... Podría arreglar las cosas para sentarme a tu lado, y agarrarte la mano cuando comiencen los botes —se ofreció Bronzi.

—Eso no será necesario —contestó ella—. No va a ser mi primer desembarco de combate. Buena caza, Hurtado.

—Guíame bien, Honen —contestó él.

Ella hizo una media reverencia y volvió con sus chicas.

Bronzi echó un último vistazo a la inmensa cubierta de la nave nodriza. Un tren eléctrico de municiones pasó a su lado con gran estruendo. Cuatro tripulantes de vuelo estaban trabajando a un ritmo frenético para sustituir una hidráulica defectuosa en el morro chato de una nave de desembarco cercana. Otro par de cazas de escolta de morro puntiagudo silbaron a su paso por encima de él en la grúa principal. Ya habían empezado a cargar los tanques, y ya habían subido otras piezas blindadas a la rampa desde la cubierta inferior, a la espera de ser colocadas en la línea de embarque.

Hizo lo que siempre hacía antes de un desembarco, su ritual privado. Apoyó las yemas de los dedos en los labios y luego se agachó y tocó la cubierta con las yemas de los dedos.

—Permítenos que volvamos a verte —susurró—. Permítenos volver sanos y salvos.

Se puso en pie. Sacó el paquete de órdenes del bolsillo e hizo una última comprobación para asegurarse de que no se había dejado nada. Resultó que sí.

Dentro de la funda de pergamino, junto con el manojo de órdenes, había una pequeña astilla verde que en un principio pensó que era una hoja.

En seguida se dio cuenta de que era una pieza de metal, fina como una oblea, que había sido fabricada de tal forma que recordara una escama de lagarto. En ella, en edessano, habían escrito una frase breve y enigmática que se podía traducir como: «Tu padre se alegra, tu madre llora; ése es el destino del soldado». Junto a la frase habían grabado la marca de la hidra.

Bronzi pasó el pulgar por la imagen grabada. Se guardó la escama verde en el bolsillo y se dirigió a la nave de desembarco que le esperaba.

Namatjira condujo a Alpharius al puesto de observación de proa de la nave insignia *Blamires*. Unas grandes portillas en forma de pétalo flanqueaban las paredes laterales de la cámara triangular y se encontraban en un vértice agudo que presidía el kilómetro de proa que se proyectaba por delante de ellos.

—Salgan de la habitación —ordenó bruscamente Namatjira; los sirvientes y alféreces se apresuraron a obedecerle.

Chayne cerró la compuerta tras ellos y se quedó de guardia, con las manos a la espalda. Alpharius se dio la vuelta y miró fijamente al lucifer.

—Va donde yo voy —explicó Namatjira mientras se servía una copa de vino helado que sacó de un armario—. Dinas tiene la máxima autorización.

Alpharius asintió.

—Muy bien —concedió.

—¿Un brindis, lord primarca? ¿O va eso contra su régimen?

—¿Por qué no? —contestó el primarca.

Namatjira sirvió una segunda copa, y se la ofreció a Alpharius. Los subservos del guantelete del primarca sisearon y silbaron al ajustarse a la sutil acción de agarrar la copa sin hacerla añicos.

Namatjira se acercó al lado de estribor de los puertos. Su tilacino dormitaba en la fila de asientos bajo las ventanas.

—Ésa es la Maskeleyne —dijo Namatjira, mientras señalaba con la misma mano que sostenía la copa—. Una nave nodriza pesada muy versátil. La que está detrás de ella es la *Tancredi*, una nave outremar.

Alpharius se puso a su lado. La vista desde el punto de observación era una lección de humildad. Las planchas de los puertos estaban entintadas para reducir los deslumbramientos y atenuar el resplandor del sol local. El espacio se prolongaba por debajo de sus pies y se elevaba por encima de ellos. Un billón, un trillón de estrellas brillaban en esa noche sin fin. Al lado de estribor de la *Blamires* se encontraba el mundo objetivo, un inmenso globo con una perla de luz que le resbalaba por un lado. Una formación de naves convencionales colgaba al lado de estribor de la nave insignia, relucientes, a la sombra del mundo objetivo, dispuestas en cadena a la popa y ocupando varios miles de kilómetros.

—Ésa es la *Agostini* —seguía diciendo Namatjira—, y detrás de ella la fragata de asedio *Barbustion*. A su lado, la nave nodriza *Loudon*...

—Ya sé los nombres e indicativos de las naves de la flota —lo interrumpió Alpharius.

Namatjira sonrió y se dio la vuelta para encararse a él, mientras bebía un poco de vino.

—Estoy seguro de que así es, señor, pero, es extraño, no puedo recordar el nombre de su gran barcaza.

Volvió a mirar a los puertos.

—Es ésa de ahí, ¿no? —preguntó, mientras señalaba una masa borrosa y oscura que estaba a setecientos kilómetros a estribor de la *Blamires*—. ¿La que está protegida?

—No ponemos nombre a nuestras naves —dijo Alpharius—. Simplemente las denominamos con números de serie.

—Ya, ¿y cuál es la denominación de la barcaza? —preguntó Namatjira.

—*Beta* —contestó Alpharius.

—Ah. Me veo obligado a preguntarme qué está haciendo Alpha en estos momentos —dijo, sonriendo, Namatjira.

—Está ocupada en otro sitio —replicó Alpharius.

Namatjira se dio la vuelta y se quedó mirando a la gigantesca figura de arriba a abajo.

—Bueno, a lo nuestro. Mi lord primarca, lo he mandado llamar porque tengo algunas dudas.

—¿Dudas? —inquirió Alpharius.

—Usted se comprometió conmigo, señor, en Empesal. Juró que esta misión nos redimiría del fiasco de Nurth. Usted prometió que me presentaría la oportunidad de reparar esa pérdida y restaurar mi dignidad y reputación ante el Consejo de Terra.

—Cumpliré esa promesa —afirmó Alpharius.

Namatjira fue andando lentamente hasta uno de los sofás próximos a las ventanas y se sentó. Tomó otro sorbo de vino.

—Como me explicó —dijo—, el propósito de esta misión era conseguir información vital para la seguridad del Imperio. Según usted el Emperador me lo agradecería y me recompensaría por asegurar esa valiosa información y por proporcionársela. Podría incluso esperar un sitio en el Alto Consejo. Tan sólo puedo especular con la naturaleza de esa información.

Hizo una pausa.

—Y ahí es donde empiezan mis dudas. Sólo puedo especular porque no me dice nada. Creo que ya es hora de que confíe un poco más en mí.

—Ya veo —dijo Alpharius.

—Acaba de verme emitir una orden ejecutiva y movilizar las fuerzas a su servicio, lord Alpharius —manifestó Namatjira, con un ligero tono amenazante—. Merezco saber algo más.

Alpharius frunció los labios y bajó la copa.

—Estaba dispuesto cuando elegí su expedición para esta empresa. Entonces mi palabra era garantía suficiente —declaró.

—Bueno, según parece, ya no lo es —apuntó Namatjira.

—Es una pena —replicó Alpharius.

—¿En qué consiste esa información? —insistió Namatjira—. ¿Qué envuelve? ¿Dónde se encuentra y cómo la aseguraremos? ¿Quién la posee? ¿Cómo supo de su existencia y localización? ¿Qué puede ser tan importante, tan valioso, tan revelador, tan secreto, que el destino de toda la cultura humana dependa de ello?

—Sabrá exactamente lo que yo decida contarle, Namatjira —afirmó Alpharius.

—Mi comandante general ha dicho que necesita saber más —intervino en voz baja, pero firme: Dinas Chayne dio un paso adelante.

Alpharius volvió la cabeza lentamente y miró a Chayne.

—¿O qué, lucifer? Espero por tu bien que no pretendas amenazarme.

Chayne no se movió.

Alpharius no le prestó mayor atención y bajó la vista hacia Namatjira.

—He oído que los Luciferes Negros fueron tremendamente valientes. Nunca me había dado cuenta de que estuvieran clínicamente locos.

—Da un paso atrás, Dinas —ordenó Namatjira, con un movimiento despreocupado de la mano—. Mi señor Alpharius comprende el peso del mando. Sabe bien que la responsabilidad primordial de un hombre en mi posición es la seguridad y bienestar de sus fuerzas, y que es su solemne deber retirar esas fuerzas de cualquier misión que estime imprudente o peligrosa. ¿No es así, primarca?

Alpharius no dijo nada.

—No expondré a mis soldados a ningún tipo de daño sin una buena razón —continuó Namatjira—. Una buena razón y una fuente fiable de información. Faltaría a mi deber si hiciera lo contrario.

Alpharius miró a través de los puertos durante un momento y contempló el mundo en sombras situado a sus pies.

—Durante la campaña de Nurth —dijo en voz baja—, mis redes de infiltrados encontraron a un agente de una facción alienígena. Esa facción se llama a sí misma la Cábala. El agente declaró que la Cábala estaba en posesión de cierta información vital para el Imperio de la Humanidad. No me ofrecieron pruebas o explicación alguna, pero estaba claro que la Cábala había hecho un gran esfuerzo y empleado mucho ingenio para ponerse en contacto conmigo. Me mandaron una invitación para que me reuniera con ellos y poder transmitirnos dicha información. Hydra 42 Tertius es el sitio elegido para esa reunión.

—¿Está diciendo que toda esta operación se basa en los chismes infundados de un espía alienígena? —preguntó Namatjira—. ¡Madre mía! Señor, pensé que era más inteligente.

—Nunca he dicho que lo creyera —replicó Alpharius—. Mientras haya una posibilidad de que esa información sea cierta, no podemos permitirnos hacer caso omiso de ella. Si es mentira, estaremos allí, preparados para localizar y suprimir un poder alienígena que tiene los medios y capacidades para intentar manipular el Imperio. Así es cómo se lo presenté al señor de la guerra, y sobre esas premisas él concedió el estatus extraordinario a esta expedición. Comandante general, estamos a punto de salvar el Imperio o iremos a la guerra para exterminar una insidiosa amenaza alienígena.

Namatjira se puso en pie.

—¿Y usted cuál de las dos supone que es, señor?

Alpharius movió la cabeza de un lado a otro.

—No hago conjeturas, señor, pero hay un hecho significativo. Ese agente fue el primero que me avisó del Cubo Negro. Si no hubiera sido por aquel aviso, ahora estaríamos todos muertos.

—¿Y ese agente...? —se interesó Namatjira.

—Estaba operando dentro del Ejército Imperial con una extrema eficiencia y habilidad. Estaba muy cerca del centro de las cosas. —Alpharius echó un vistazo a Chayne—. Él mató a uno de sus hombres.

—Konig Heniker —susurró Chayne.

—Eso es —asintió Alpharius—. Ésa era al menos una de las identidades que adoptaba. Mis agentes lo capturaron el último día de la existencia de Nurth. Está bajo mi custodia.

—Bien —murmuró Namatjira. Desplegó una cuidadosa y benevolente sonrisa—. Mis dudas están desapareciendo. Gracias por la información. Por supuesto, todo esto seguirá en estricto secreto.

—Así lo espero —replicó Alpharius. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la

compuerta—. ¿Hemos terminado la conversación?

—Una última cosa —dijo Namatjira—. Si la historia es verdad y se celebra esa reunión, como es normal, estaré a su lado.

El comandante general no esperó a oír la respuesta de Alpharius. Se volvió hacia las ventanas.

—Ah, mire. ¡Ahí van! —gritó con alegría, y señaló con el dedo. Unas chispas brillantes como meteoritos habían comenzado a salir de las naves nodrizas que tenían detrás.

Alpharius abrió la compuerta y dejó el puesto de observación.

—¿Dinas? —dijo Namatjira—. En vista de los comentarios del primarca, por favor, vuelve a examinar todos los datos que tenemos sobre Konig Heniker.

—Sí, señor.

Namatjira bebió un sorbo de vino, inclinó, pensativo, la cabeza hacia un lado y se quedó observando los movimientos de las naves de desembarco.

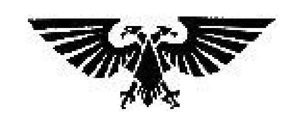
—Creo que será instructivo ver cómo se recompone la imagen ahora que tenemos más datos —dijo—. Especialmente en términos de los astartes y sus redes de manipulación.

—Sí, señor —contestó Chayne.

La nave de desembarco dio una sacudida y se soltó. A su estela se podía ver una brillante lluvia de esquirlas metálicas procedentes de los anclajes.

Comenzaron a alcanzar las dos G, los tres G. La estructura comenzó a vibrar. Bronzi extendió la mano y Mu la cogió y la apretó.

—Allá vamos —dijo Bronzi.



CUATRO

Órbita, Eolith,
a continuación

Soneka abrió la compuerta de la celda y se adentró en ella. Colocó la mochila sobre la mesa de acero.

—¿Qué? ¿Más queso? —preguntó Grammaticus, con cierta sorna. Estaba tirado sobre el jergón, abatido.

—Levántate. Rápido —le dijo Soneka.

—Pero si todavía no hemos comido —protestó Grammaticus.

—Cállate y levántate —insistió Soneka. Miró hacia atrás, hacia el corredor que había a su espalda—. De prisa.

Grammaticus se sentó y frunció el entrecejo.

—¿Qué está pasando, Peto?

—Tú sólo sígueme.

Soneka se volvió hacia la puerta de la celda y observó el exterior cautelosamente. Grammaticus se puso en pie.

—¿Peto? ¿Qué es esto? ¿Es que el primarca finalmente está de acuerdo en reunirse conmigo y...?

Soneka miró hacia atrás con los ojos entrecerrados.

—¿Vas a callarte? Estoy haciendo lo que me pediste. Mantén la boca cerrada. Shere está en todas partes.

Grammaticus parpadeó sorprendido.

—Oh —logró llegar a decir.

—Tú simplemente sígueme y mantente callado —dijo Soneka. Abrió la mochila y sacó una pistola láser.

Grammaticus miró el arma como si jamás hubiera visto una.

—Oh, vaya —murmuró—. Peto, Peto, espera un momento y mírame. Mírame. Palabra de control Bedlame.

Soneka se volvió y lo miró. Sus ojos tenían una mirada ausente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Grammaticus.

—Peto Soneka.

—¿Qué estás haciendo en este momento, Peto?

—Tu voluntad, John.

—¡Dios! —exclamó Grammaticus. Dio un paso atrás, cubriéndose la boca con la mano y mirando a Soneka—. Nunca creí que llegara a funcionar —dijo, riendo por la sorpresa—. Jamás creí realmente que funcionaría. Todas esas comidas, cinco meses de conversaciones informales durante la comida, dejando caer una palabra aquí y allí. Creía que eras más resistente.

Soneka seguía ausente.

—Peto, siento realmente haber abusado de ti de esa forma —dijo solemnemente Grammaticus—. Quiero que lo sepas. Somos amigos, o eso me gustaría pensar. Has mostrado conmigo una gran amabilidad. Espero que un día puedas ver el panorama general y me perdones por haberte hecho esto. ¿Me escuchas?

—Tu voz, no puedo negarme —gruñó Soneka con los ojos vidriosos—. Cada día podía sentir cómo hacías esto, y yo no podía luchar contra ello. Te aprovechaste de mi desafecto. Eres un cabrón, John Grammaticus.

—Lo sé, y lo siento. ¿Puedes sacarme de esta barcaza?

—Haré todo lo que pueda —replicó Soneka.

—Gracias, Peto, gracias. Palabra de control Bedlame.

Soneka parpadeó al despertar y se apoyó en la pared de la celda.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó—. Me he notado transpuesto durante un instante.

—¿Estabas diciendo algo? —apuntó Grammaticus.

Soneka negó con la cabeza.

—Estaba diciendo que tenemos que irnos. Disponemos de una ventana de oportunidad realmente pequeña. La flota está desplegándose.

—¿Ya?

—Vamos, John.

Avanzaron apresuradamente a través del silencioso bloque de detención hacia las rejas de salida. Soneka movió la mano y las rejas se abrieron.

—¿Cuál es tu plan? —susurró Grammaticus—. ¿Cómo llegaré a la superficie?

—En una cápsula de desembarco —replicó Soneka—. Todas ellas están preparadas y certificadas para el aterrizaje de la Legión Alfa. Nos dirigimos hacia el hangar inferior ocho. He comprobado el calendariode despliegue, y éstas han sido asignadas a la segunda oleada, dentro de seis horas, por lo que ahora deberían estar

vacías. Pero antes hay algo que debemos hacer.

—¿Qué? —quiso saber John Grammaticus.

—Algo que me agradecerás. Algo que necesito hacer —replicó Soneka.

Giraron hacia el gran corredor espinal y se encontraron de cara con un servidor de mantenimiento. El servidor se sobresaltó y soltó varios zumbidos mientras los estudiaba. Sus extremidades superiores se levantaron inquisitivamente.

—Esta sección está monitorizada y es privada. Mostradme vuestra autorización —carraspeó el altavoz del servidor.

Soneka le disparó directamente a la cabeza. El servidor emitió un chirrido de orugas y cayó de lado contra una pared al mismo tiempo que comenzaba a salirle humo del cráneo destruido.

—Corre —dijo Soneka.

Corrieron hasta que se quedaron sin respiración, salieron del amplio corredor espinal y entraron en un laberinto de salas secundarias y compartimentos en penumbra. Las tiras de luces malva hacían que pareciera que se encontraban en el crepúsculo en una ciudad vacía. No sonó ninguna alarma, pero el aire estaba cargado y estancado, como si estuviera a punto de hacer explosión.

—¿Dónde está todo el mundo? —inquirió Grammaticus.

—En las armerías, preparándose para el despliegue —replicó Soneka. Le indicó a Grammaticus que se dirigiera hacia una pesada escotilla—. Por ahí.

Grammaticus se puso la mano en la sien. Una expresión de dolor, asombro y comprensión llenó su cara.

—¡Oh! —dijo—. La oigo.

—Lo sé —replicó Soneka.

—Ella ha estado llamándome todo el tiempo, ¿verdad?

—Sí.

—Gracias, Peto —susurró Grammaticus. Parecía que estuviera a punto de llorar.

Soneka se situó frente a él y le puso una mano firme sobre el hombro.

—John, escúchame, esto va a ser algo desagradable. La Legión Alfa la interrogó, y le hizo bastante daño en el proceso.

Grammaticus se quedó mirando a Soneka.

—Comprendo.

—Espero que sea así —dijo Peto Soneka, y movió su mano nueva sobre el lector de la cerradura.

La escotilla se abrió. En una esquina de la pequeña y oscura sala, algo se movió y gimió.

Grammaticus pasó junto a Soneka y cruzó la habitación, mostrando sus manos de forma tranquilizadora.

—Shh, shh —dijo—. No pasa nada. Soy yo.

Lloriqueando y temblando, Rukhsana lo miró, con los ojos desencajados. Estaba acurrucada en una esquina, con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas. Tenía las ropas hechas jirones. Ella lo miró a la cara y lloró.

—Rukhsana, Rukhsana, sólo es una barba. Me he dejado crecer la barba.

Ella se cubrió los ojos con las manos.

—Rukhsana, no pasa nada —susurró Grammaticus. La tocó gentilmente y ella retrocedió—. No pasa nada —repitió él.

—Por favor, date prisa, John —susurró Soneka.

Grammaticus abrazó a Rukhsana y la meció. Ella se enterró en su pecho y empezó a llorar.

—¿Qué demonios le hicieron, Peto?

—Dejaron que Shere se encargara de ella. Él entró en su mente, buscándote a ti y cualquier información sobre la Cábala —replicó Soneka—. El proceso hizo añicos su cordura. Ha estado así desde Nurth, hace cinco meses. Le he traído comida cada día y he tratado de mantenerla limpia y sana, pero es poco más que una criatura salvaje.

—Oh, Rukhsana —susurró Grammaticus, abrazando a la uxor contra su pecho y acariciando cariñosamente el lacio pelo rubio que antaño había resplandecido como hilos de oro.

—John, por favor, no tenemos mucho tiempo —lo urgió Soneka. Permanecía en la entrada, vigilando el corredor exterior. Grammaticus logró que Rukhsana se pusiera de pie y la condujo por la oscura cámara, sosteniéndola con fuerza junto a él.

—Ya la tengo —dijo—. Ve delante.

El hangar inferior ocho era un extenso espacio industrial enteramente de metal, grandes conducciones, iluminación violeta y sombras oleosas. En él se oía el constante murmullo de fondo de los motores y las pesadas plantas atmosféricas. De vez en cuando, un distante ruido de herramientas o actividad en los talleres reverberaba hasta ellos. Numerosas conducciones y tuberías recorrían el techo, por lo que los accesos parecía bajos y claustrofóbicos.

Soneka los llevó hasta una larga sala que tenía ocho gigantescas compuertas en la pared izquierda. Unos gigantescos ventiladores de rotor giraban lentamente en el techo.

Las compuertas, cada una de ellas lo suficientemente grande como para que pasara un gran vehículo de transporte, estaban abiertas, esperando. Se detuvieron en el exterior de la primera de ellas, empequeñecidos por el tamaño del marco, y miraron al interior. Cuatro cápsulas de desembarco blindadas estaba situadas en los anclajes de lanzamiento, como proyectiles cargados en el tambor de un revólver. La cámara estaba recubierta de grasientos sistemas hidráulicos negros. Había tubos de alimentación conectados a las cápsulas, y de los mecanismos de las grúas salían lentamente unos chorros de vapor.

—Ésta servirá —dijo tranquilamente Soneka. Señaló hacia las compuertas adyacentes—. Todas son iguales, cuatro en cada una.

—Lo que tú digas, Peto. Es tu plan.

Soneka los condujo hasta el extremo más alejado de la sala. Rukhsana permanecía pegada al costado de Grammaticus. Él miró mientras Soneka accionaba un gran sistema cogitador adosado a la mampara. Soneka pidió diversas páginas de datos, apenas tocándolas para pasar de un menú al siguiente.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Grammaticus.

—Estoy comprobando que los sistemas de navegación estén programados para la zona de actuación. Sí, está bien. Fijado. Bien, sólo me queda anular la señal de lanzamiento.

—¿Qué?

Soneka señaló hacia las cápsulas que esperaban detrás de ellos y siguió moviéndose entre las pantallas y las listas de datos.

—Cuando una de ésas se lanza, se envía inmediatamente una notificación de ello al monitor del puente. Estoy cancelando esta instrucción. Van a enterarse de que nos hemos ido bastante pronto, y no les costará demasiado darse cuenta que falta una cápsula, pero quiero retrasar el descubrimiento el máximo tiempo posible.

—¿Puedes hacer eso? —sonrió Grammaticus.

Soneka sonrió y levantó su mano nueva.

—Ellos confían en mí, ¿recuerdas? Me han dado la máxima autorización de acceso, insertada aquí.

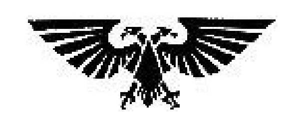
—Locos —sonrió Grammaticus.

—Esto sólo debería tomarme un par de minutos —afirmó Soneka—. Abajo a la derecha hay un armario de equipo. Necesitaremos tres trajes para ambientes hostiles. Mira qué puedes encontrar.

Grammaticus asintió y se apresuró a hacerlo, tan rápidamente como Rukhsana le permitía. Volvieron cinco minutos más tarde con varios trajes preparados para ser usados. Soneka estaba a punto.

Juntos, los tres cruzaron la gigantesca compuerta y entraron en una de las cápsulas.

Soneka movió la mano. La gigantesca compuerta empezó a cerrarse. Las luces de advertencia se encendieron en toda la sala, y un leve zumbido eléctrico llenó el aire, aumentando de intensidad.



CINCO

Eolith

Lo primero que les golpeó fue el hedor. Era maligno e inesperado, como una humedad podrida, como una descomposición licuada. Se filtraba por todo el aire húmedo. En cuanto salieron de entre los vapores de las aullantes naves de desembarco, eso fue todo lo que consiguieron oler.

Los Bufones corrieron hacia adelante, abriéndose en abanico entre las resbaladizas y húmedas rocas. Algunos sentían arcadas o se quejaban del hedor.

—¡No seáis críos! ¡Seguid adelante! —gritó Bronzi. Olisqueó el aire—. Maldita sea, es horrible —se dijo para sí mismo.

El estandarte estaba en alto. La compañía estaba desplegándose a lo largo de una línea, alejándose de la zona de aterrizaje en la que aguardaban las naves de desembarco soltando vapores con sus cohetes.

Bronzi alcanzó a los suyos.

Estaban en un valle muy llano entre dos cadenas de colinas rocosas que eran curiosamente regulares, como plintos o torres de tejado plano. Hacía frío, pero la humedad era mucho peor. El propio aire parecía estar empapado, menos que si lloviera, o incluso que si lloviznara, sólo una envolvente y particular humedad. La sentía en la piel como un sudor frío. Los Bufones estaban totalmente empapados. Las capas colgaban lacias, y las armaduras brillaban por la condensación.

El cielo estaba cubierto de borrascosas nubes bajas. El terreno era de roca gris, una piedra dura y resbaladiza a causa de la humedad. La piedra parecía tener una natural propensión a romperse y partirse en planos cuadrilaterales, formando bloques y escalones que parecían haber sido cortados por un picapedrero en vez de fracturados de una forma natural. Bronzi se dio cuenta de que las propiedades planares de las rocas explicaban por qué las colinas se parecían tanto a edificios

cúbicos. Jamás había visto un paisaje tan geométricamente rígido. Estaba dominado por las líneas verticales rectas, bordes afilados y superficies planas. Se sintió como si se encontrara sobre un montón caído del juego de construcción del hijo de un gigante.

Hacia el oeste, más naves de desembarco estaban descendiendo a través de la barrera de nubes. Tche indicó que los Bufones estaban dispuestos y Bronzi envió las instrucciones a los pilotos. Las escotillas se cerraron y las rampas se replegaron. El sonido de los motores creció en intensidad y las naves de desembarco se prepararon para despegar.

Bronzi se adelantó entre las filas de sus hombres, dando cada paso de forma conscientemente cuidadosa. Bajo sus pies, el llano suelo parecía tan esponjoso como la médula de los huesos. Las cavidades se habían llenado de agua negra, como pozos de roca.

—¡Por favor, un poco de orden, señoritas! —ladró Bronzi a sus hombres. Un par de ellos ya habían resbalado para su disgusto—. ¿Qué es esto? —rugió Bronzi.

—¡Una maldita excursión! —corearon todos.

—Podrían haberme engañado —murmuró.

Los hombres empezaron a llamarlo en cuanto avanzaron hacia los niveles inferiores de las colinas cúbicas. Habían encontrado cosas. Bronzi acudió a ver, y Mu y sus ayudantes lo siguieron, pisando de bloque en bloque como si fueran piedras de un pavimento.

Había cosas muertas entre las piedras. Materia negra que parecía jalea, gelatina putrescente, y trozos de huesos y plumas situados en cavidades o sobre bloques planos. Algunos eran tan grandes como hombres, otros tan pequeños como ratas. Era imposible discernir qué habían sido en vida. No quedaba ninguna estructura real, ninguna anatomía completa. Bronzi supuso que se trataba de fauna alienígena local. Era como si una gran ola hubiera llegado hasta allí y hubiera dejado restos de formas marinas para que se pudrieran. Eso era lo que el hedor le recordaba: peces varados en descomposición sobre una costa rocosa.

Mu se inclinó para examinar algunos de los solidificados horrores.

—¿Alguna idea? —le preguntó Bronzi.

—El informe decía que esta zona era un clima creado artificialmente —dijo Mu—. Supongo que son restos de tipos de fauna abundantes en el clima natural del planeta. Murieron aquí cuando el aire, su presión y su composición, cambiaron.

Las ayudantes se habían levantado las capuchas de sus trajes para ambientes hostiles y abrochado los cuellos hasta cubrirse la boca y la nariz. Bronzi vio la ansiedad y la repugnancia en sus ojos. Cubiertas por sus capuchas, parecían scholam que estuvieran totalmente fuera de lugar.

Los Bufones avanzaron con paso seguro hacia las colinas sin hacer caso de los restos de putrefacción orgánica. Llegaron señales informando de que sus unidades de

apoyo habían desembarcado y avanzaban. Ninguna escaneo visual, mediante aparatos o mediante el poder de las uxores detectaba ningún contacto por delante de ellos. Hasta ese momento, los humanos eran los únicos seres vivos en esa costa abisal.

—Seguid escaneando —ordenó Bronzi, mientras resoplaba y escalaba por los bloques. Un hombre detrás de él resbaló y se dio un duro golpe en el trasero—. Haré como que no he visto eso, Tsubo —gruñó Bronzi—. ¡Oh, mierda! —añadió.

Al poner la mano en un asidero, había hundido los dedos en algo legamoso y desagradable. Sacudió la mano con asco. El hedor de las entrañas del pez era repugnante.

—¿Esto se está volviendo tan divertido como esperabas? —preguntó Mu.

—Ja, ja —le replicó.

Se podía ver hasta muy lejos desde lo alto de las colinas. Un valle cubierto de bloques grises y resplandecientes charcos negros se extendía por delante de ellos hacia el norte, hacia la sombra de un gigantesco muro oscuro de acantilados monolíticos divididos por gargantas. La escala de los bloques del juego de construcción del niño gigante había aumentado. En algunos lugares se veían las largas y blancas cuerdas de cascadas cayendo desde lo alto de los acantilados. A los pies de éstos se acumulaba el vapor, como si fuera humo blanco.

—Cuando hablaste de precipicios con cataratas pensaba que estabas bromeando —dijo Tche.

—Yo también —replicó, abatido, Bronzi. Comprobó su localización con los mapas del paquete de órdenes. Mu hizo lo mismo.

—Las indicaciones dicen que se llaman Colinas Temblorosas —dijo Bronzi.

—¿Cuánto nos costará llegar hasta allí? —preguntó ella.

—Un día, si encontramos una garganta o abertura adecuada para seguir.

—Bien, eso es lo que quieren de nosotros, así que será mejor que nos pongamos en marcha.

Él asintió.

—¿Estás bien?

—No —replicó ella—. Tengo frío y no me siento cómoda, y eso no ayuda. Esto son... unas circunstancias difíciles.

—Prefiero una buena y honesta guerra —afirmó Bronzi—. En la que sabes dónde estás cuando alguien te dispara. Esto simplemente es escalofriante. Esperar a que suceda algo me pone los pelos de punta. Haz lo que puedas para mantenerte a mi lado.

—Entendido —replicó ella.

—¡Tche! —llamó Bronzi.

—¿Sí, atamán?

—Diez minutos de descanso aquí. Después atravesaremos el valle. Diles a los

chicos que beban algo y tomen un pellizco de peck si eso les hace sentir más alegres.

—Sí, atamán.

Bronzi vagó entre las rocas y se alejó del grupo principal. Sacó la escama verde metálica de su bolsillo y volvió a estudiarla. Tenía un código en el formato estándar Alpha. La frase «Tu padre se alegra, tu madre llora; ése es el destino del soldado» estaba escrita en edessano para que fuera algo personal para él. Rápidamente sustituyó cada letra por su lugar numérico en el alfabeto y acabó con dos códigos de canal de siete dígitos.

Bronzi subió por una línea de bloques hasta el oficial de comunicaciones más próximo y le cogió su equipo de campaña. Se colocó los auriculares, introdujo uno de los códigos y esperó.

—Hable e identifíquese —dijo una voz.

—Argolid 768 —respondió Bronzi.

—¿Estás desplegado, Hurtado?

—Estoy en la superficie.

—No estás solo. Se te han dado los códigos para que puedas permanecer en contacto durante esta misión. Contacta cada dos horas. Te informaremos si se te necesita para alguna acción específica. Considérate a la espera.

—Entendido.

La señal se cortó. Bronzi borró el código del registro del comunicador y devolvió el aparato a su portador.

Abandonaron la cápsula de desembarco en la agrupación de rocas quemadas que la habían atrapado y se dirigieron hacia el oeste siguiendo una cadena de colinas grises con forma de arbotantes en mitad de aquella oscuridad húmeda.

Rukhsana parecía haber recuperado un poco la compostura. Grammaticus creía que verlo a él de nuevo la había tranquilizado ligeramente. Ella insistía en estar a su lado, constantemente cogida de su mano.

Los trajes para medios hostiles eran pesados y aparatosos, pero estaban contentos de haberlos traído. Las piedras estaban empapadas, y toda la superficie brillaba por la humedad. El lugar apestaba a podrido y a descomposición orgánica. Soneka había llevado con él un localizador.

—¿Cuán lejos tenemos que ir?

Grammaticus le cogió el aparato y lo activó. Observó los datos de la pantalla, y se volvió lentamente para comprobar otras lecturas.

—Dos horas, tal vez tres —dijo Grammaticus—. Hemos de dirigirnos hacia el oeste.

Soneka miró el mapa en la pantalla.

—Sabes adónde nos dirigimos, ¿verdad?

—Más o menos. Las fuerzas de desembarco imperiales se están concentrando en las Colinas Temblorosas.

—¿Por qué?

—Porque es allí donde se encuentra el punto de reunión, y ellos suponen que es donde está la Cábala.

—¿Y no es así?

Grammaticus se rió.

—Peto, la Cábala es tan cautelosa respecto a este encuentro como los astartes. La Cábala conoce perfectamente la propensión de la humanidad a disparar primero, especialmente si se trata de xenoformas. Hasta que los miembros de la Cábala estén seguros de que la Legión Alfa no ha venido con el único propósito de exterminarlos, no van a dejarse ver. ¿Tú esperarías en terreno abierto a un extraño cuyas intenciones no son nada claras?

—Ciertamente no —contestó Soneka.

Descendieron por una ladera de rocas sueltas hacia una serie de amplios bloques cúbicos. Grammaticus ayudó a Rukhsana todo el camino. De vez en cuando penetraba en su mente y la monitorizaba en un intento por controlar su bienestar. No había nada allí, nada que pudiera leer, sólo una tormenta de pensamientos y de pánico.

—¿Así que la Cábala se mantendrá al margen? —le preguntó Soneka.

Grammaticus lo miró.

—El punto de reunión no es más que una estructura inerte, una serie de plataformas bien asentadas y sólidos apilamientos de piedras para soportar la nave de la Cábala cuando venga. Alpharius nos mostró los escaneos y no había ninguna nave allí, un ligero fallo lógico del que nadie pareció darse cuenta.

—¿Y entonces?

—Alpharius debería haberme escuchado —afirmó Grammaticus—. Debería haber venido aquí conmigo en vez de desembarcar toda una expedición militar. ¿Sabes, Peto?, yo soy el pasaporte, el que permite el encuentro. Yo realizo el contacto, reúno las partes y me aseguro de que ambas partes estén cómodas. Entonces ellos hablan. Así se supone que debería haber sido.

—Entonces, ¿Alpharius es demasiado cauteloso? —aventuró Soneka.

—Exactamente. No le gusta lo desconocido. Si no conoce algo, no confía en ello. Le gusta tener constantemente el control.

Ascendieron una ladera a través de cortinas de vapor.

—Por otro lado, la Cábala es muy circunspecta cuando se trata de los humanos —añadió Grammaticus—. Lamento tener que decir que tienen una opinión muy pobre de la humanidad.

—¿Por qué?

—La humanidad es una especie joven, un niño con tendencias bárbaras a los ojos de las especies antiguas, pero por las estrellas es vigorosa e increíblemente triunfadora. Está propagándose y anexionándose la galaxia más rápidamente de lo que ninguna raza haya logrado jamás. Crece como las malas hierbas, y logra prosperar incluso en los climas más inhóspitos. La Cábala se ha visto obligada a reconocer que la humanidad es un jugador importante en el devenir galáctico, y al que ya no se puede hacer caso omiso o dejar de lado, y, obviamente, han visto lo que se avecina.

—¿Esa guerra de la que hablaste?

Grammaticus asintió.

—Una guerra civil que desgarrará el Imperio. La Cábala no se preocupa especialmente por ello. Lo importante es que la guerra civil en el Imperio liberará al Caos. El Aniquilador Primordial, el poder que han combatido desde el inicio de los tiempos, utilizará el terrible conflicto de la humanidad para lograr el triunfo final.

—Entonces ¿quieren evitar la guerra?

—Ya es demasiado tarde para ello. Lo que quieren es que venza el bando adecuado.

—Descansemos un minuto —dijo Soneka—. La uxor parece cansada.

Rukhsana parecía especialmente pálida. Estaba temblando de frío. Grammaticus la sentó sobre un bloque de piedra.

—Todo va bien, Rukhsana, mi amor. Todo va a ir bien.

Ella lo miró.

—¿Konig? —preguntó.

—¡Sí, sí! Muy bien, Rukhsana. Soy Konig. Soy yo.

—Konig —repitió ella, y entonces su mirada se perdió entre las húmedas rocas.

—¿Sabes dónde se oculta la Cábala? —quiso saber Soneka.

—Sí —respondió Grammaticus.

—Vamos hacia ellos, hacemos contacto...

—Vamos hacia ellos, hacemos contacto, les aseguro que la Legión Alfa quiere escuchar, y entonces volveré con Alpharius.

—¿Volver? —le preguntó Soneka con incredulidad.

—Y lo traeré aquí.

—Simplemente te ejecutará, John.

Grammaticus se encogió de hombros.

—No puedo preocuparme por ello. Esto es demasiado importante. Se trata de decidir el futuro que nos espera a todos.



SEIS

Nave de carga *Loudon,* en órbita

—¿Quién de vosotros es Franco Boone? —preguntó Chayne.

Los seis latigenos de la Chilíada que estaban de pie conversando en una de las estaciones de control del hangar se volvieron para mirarlo. La alarma recorrió sus caras por un segundo, al darse cuenta de que la pregunta procedía de uno de los miembros de la escolta del comandante general. Chayne se había trasladado a la Loudon con la armadura completa de un lucifer negro.

—Soy yo —se identificó Boone.

—Tenemos de hablar —dijo Chayne—. Venga aquí.

—Deberá disculparme, señor —replicó Boone—, pero estoy algo ocupado. Estamos reuniendo la segunda oleada de desembarco. Vuelva en un par de horas.

Boone se volvió hacia sus compañeros latigenos y siguió comparando sus placas de datos.

—Creo que ha entendido mi orden como algo opcional, Franco Boone. No lo era. Vamos a conversar. Venga aquí —insistió Chayne.

Boone se tensó. Sus hombres lo miraron con preocupación cuando se volvió y se dirigió hacia el lucifer negro.

—¿Qué? —preguntó Boone. Era un hombre grande, pero aun así tuvo que mirar hacia arriba para ver la cara cubierta por la visera de Chayne.

—Tenemos que hablar, Franco Boone.

—No hace más que decir eso. ¿Qué le parecería un poco de cortesía, señor? Quítese el casco para que pueda verle la cara.

—¿Por qué? —preguntó Chayne.

—Porque eso es lo que hacen los hombres cuando hablan.

Chayne permaneció inmóvil durante un instante. Entonces levantó las manos, abrió los sellos de su casco, y se lo quitó. Se lo puso bajo el brazo. Tenía una cara angulosa y dura, y sus ojos helaron el alma de Franco Boone.

—Gracias —dijo Boone—. ¿Su nombre? Usted parece conocer el mío.

—Chayne, bajolur, guardia de escolta.

—Bien, Chayne, bajolur, guardia de escolta, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Puede caminar unos instantes conmigo, puede responder a mis preguntas, y puede ahorrarme los juegos de palabras.

Boone se encogió de hombros. Empezaron a andar siguiendo el borde del gigantesco puente, más allá de las vociferantes tripulaciones de vuelo y del repiqueteo de las herramientas. Un carro autocargador pasó a toda velocidad junto a ellos.

—Es un día muy atareado para nosotros, bajolur —dijo Boone—. Vaya al grano.

—¿Qué puede decirme sobre Peto Soneka y Hurtado Bronzi?

—¿Por qué?

—Simplemente le exijo una respuesta a la pregunta, latigeno —le replicó Chayne.

Boone frunció el ceño.

—Son dos de los atamanes más respetados de la Chilíada. Uno está abajo, en 42 Hydra Tertius, y el otro se perdió en Nurth.

—Durante la última semana de operaciones en Nurth ambos fueron sospechosos de traición.

—Así es —asistió Boone—. Hubo un momento en que estuve tras ellos, pero creo que usted los arrestó y los interrogó a los dos. Estaban limpios. Ambos llegamos a esa conclusión.

—Estoy revisando el material del caso —le explicó Chayne.

—¿Por qué? Por el amor del Emperador, uno de ellos hace cinco meses que está muerto.

—Se han conseguido nuevos datos —le dijo Chayne— que ponen en duda todo lo que nos contaron.

—Mire, Chayne... —empezó Boone. Hizo una pausa—. Un momento bajolur. —Boone se apartó un paso—. Vosotros. ¡Vosotros, los de allí! —gritó a través de todo el puente—. Recoged vuestro equipo, idiotas. Está bloqueando la vía de servicio. Venga, inútiles. Lo habéis practicado muchas veces. ¡Manteneos detrás de la línea!

Los hombres de la compañía Maniquí se apresuraron a cumplir la orden. Boone se volvió de nuevo hacia el lucifer.

—¿Qué estaba diciendo? ¿Nuevos datos?

—Nuevos datos —repitió Chayne.

—¿Qué clase de nuevos datos?

—Eso está clasificado. Parecen indicar que el atamán Soneka y el atamán Bronzi

no eran tan inocentes después de todo.

—Escúcheme bien —gruñó Boone, mirando al lucifer a los ojos—. Más vale que tenga algo irrefutable de narices antes de venir aquí a arrastrar por el fango la reputación de dos de mis atamanes.

—Ah, la famosa lealtad de la Chilíada —dijo Chayne—. ¿Cómo dicen? ¿La compañía lo primero, el Imperio lo segundo, geno antes que gen? Me dijeron que era de esperar que cerraran filas.

—Cuidamos de los nuestros, lucifer, y no estoy seguro de que me guste lo que está sugiriendo —le replicó Boone.

Chayne asintió. Sabía cuándo utilizar un retazo de información como cebo.

—Había espías activos en Nurth, Boone. Asumimos que se trataba de agentes nurthenos. Ahora parece ser que formaban parte de una red de infiltración de los astartes de la Legión Alfa.

—¿Hurtado y Peto? ¡Jamás!

—¿Por qué jamás?

—Lo habría sabido. Los conocía muy bien a los dos —exclamó Boone.

—He identificado al espía en el centro de todo ello —afirmó Chayne—. Utilizaba el nombre de Konig Heniker, y operaba bajo la apariencia de ser un agente imperial. La uxor Rukhsana Saiid lo controlaba durante la operación nurthena. Bronzi y Soneka fueron arrestados después de un intento de sacarla del palacio. Me pregunto si era un intento de la Chilíada de cubrirse a sí misma.

Boone sintió cómo se le resecaba la boca. Respiró profundamente y apartó al lucifer negro del camino de un camión servidor cargado con misiles de ataque. Condujo a Chayne hacia un taller de reparaciones próximo en el que los tripulantes estaban trabajando en diversos componentes.

—Fuera de aquí —ordenó a los hombres.

Éstos se retiraron, extrañados.

Una vez solos, Boone se volvió hacia Chayne.

—Evidentemente que la Chilíada se cubre a sí misma. Detectamos un eslabón débil y limpiamos nuestra casa. Saiid estaba en la cama, literalmente, creo que con el espía. Soneka y Bronzi simplemente estaban cubriendo nuestros culos. Yo se lo permití. No puede acusar a la Chiba por ello. Nosotros mismos nos lavamos la ropa sucia.

—No lo acuso de nada, Boone —replicó Chayne—. Hábleme de Strabo.

—¿*Fug* de Strabo? —preguntó Boone, arqueando las cejas.

—¿Por qué se le apoda así?

—Ni idea. Es un chiste muy viejo. Ustedes, los luciferes, ¿hacen bromas alguna vez, Chayne?

—Jamás —replicó éste.

—¿Por qué será que no me sorprende? De acuerdo. ¿Qué tiene que ver Strabo con todo eso?

Chayne caminó hacia la mesa de trabajo del taller e inspeccionó ociosamente algunas de las herramientas.

—Hizo un informe después de la evacuación de Nurth.

—Creo que era su obligación —dijo Boone.

—No sea evasivo, Franco Boone —replicó Chayne—. Con la autorización personal del comandante general, he accedido a la base de datos privada de la Chilíada.

—Eso es ilegal —le espetó Boone—. ¡No tiene derecho!

—Concilio de Terra, edicto 1141236, poderes de búsqueda e investigación regidos por el proceso de corte marcial —le recibió Chayne—. Durante las operaciones bélicas, la autoridad del comandante general, o del comandante ocupante de una posición de mando equivalente sobre una expedición o fuerza de combate similar, o con un mandato equivalente, podrá, bajo sospecha o amenaza general de insurgencia, confiscar, auditar, copiar, acceder y de cualquier otra forma examinar cualquier archivo de datos reunido y guardado por cualquier sección militar de un regimiento bajo su mando. Es mi derecho. Hábleme de Strabo.

—No fue nada —respondió Boone, abatido—. Strabo era el bashaw jefe de los Payasos. Habían perdido a su atamán. Soneka fue destinado como sustituto para supervisarlos. Según informó Strabo, Soneka dejó los Payasos en su posición al mando de los bashaw en las últimas horas de la campaña de Nurth.

—¿Por qué? ¿No es eso algo muy inusual? —preguntó Chayne.

Boone se encogió de hombros.

—Según Strabo, Soneka simplemente se marchó. Strabo y el bashaw Lon, que es una fuente mucho más fiable, dicen que Soneka había tomado a un espía en custodia y estaba escoltándolo personalmente hacia nosotros, los latigenos. Entonces Nurth desapareció ante nuestros ojos y nadie lo volvió a ver.

—Gracias —dijo Chayne.

—¿Ya está? —preguntó Boone.

—Una última cosa —solicitó Chayne—. Deme las coordenadas de aterrizaje en la superficie del atamán Bronzi.

—¿Por qué?

—No está trabajando para nosotros, latigeno —afirmó Dinas Chayne—, y no lo ha estado haciendo desde hace mucho tiempo.



SIETE

Eolith, a continuación

Escalaron una ladera escarpada de rocas irregulares cubiertas de residuos en descomposición. Soneka vio asomar costillas y sebo aplastado, empapado todo de líquido putrefacto. El hedor era insoportable.

—Vamos, sólo un poco más —lo apremió Grammaticus.

Se había visto imbuido de un vigor juvenil. Soneka y Rukhsana lo seguían. Ahora era Soneka quien cogía la mano de la uxor.

—¡Allí abajo! —gritó Grammaticus.

Siguieron bajando hacia una depresión entre los inclinados bloques de piedra. Una especie de cueva se abría ante ellos, con el suelo inundado del líquido negro, que goteaba entre los bloques dispersos.

La cueva era fría y poseía un extraño eco. Grammaticus saltó de piedra en piedra para evitar el agua estancada, pasando de un bloque elevado a otro como si estuviera saltando las rocas de un jardín ornamental. Soneka y Rukhsana lo siguieron.

La cueva se abrió a una enorme capilla de piedra. La humedad se condensaba y goteaba desde el abovedado techo. Había una amplia plataforma de piedra en el centro de la sala, como si se tratara de un estrado. La roca húmeda brillaba como si fuera cristal. Grammaticus ayudó a Peto y a Rukhsana a subirse a ella.

—¿Es esto? —le preguntó Soneka mirando dubitativamente a las ominosas sombras que le rodeaban.

Grammaticus asintió.

—Y ahora ¿qué va a suceder?

—Espera, Peto, espera —le replicó Grammaticus. Se volvió hacia un pequeño círculo y dirigió la mirada hacia la parte superior de las paredes. Parecía que estuviera

escuchando en busca de algo—. No puedo sentirlos —murmuró—. ¿Dónde están? Tengo que reflejarme —decidió después de un instante.

—¿Tienes que hacer qué? —inquirió, extrañado, Soneka.

—¡Reflejarme! ¡Reflejarme! — repitió Grammaticus, como si todo el mundo comprendiera lo que significaba ese término arcano. Saltó de la plataforma y se inclinó junto a un charco en las rocas. Rozó la superficie del agua con los dedos—. Por favor, por favor —murmuró.

No sucedió nada.

—¡Venga! —insistió, deslizando los dedos por el agua.

De repente hizo mucho frío.

Rukhsana se apretó contra Soneka.

No hay ninguna necesidad de reflejarse, John Grammaticus.

Grammaticus miró hacia el techo de la cueva.

—¿Me habéis oído? ¿Estáis aquí?

Hemos estado aquí todo el tiempo, John.

—¡Mostraos! —les exigió Grammaticus.

—Oh, Emperador —jadeó Soneka, manteniendo a Rukhsana bien cerca. Ella lloraba y parecía muy agitada.

Unas formas empezaron a aparecer alrededor de la plataforma de roca, formas tan alienígenas como el propio lugar.

Soneka tragó saliva al ver la naturaleza inhumana de las cosas que estaban materializándose ante él: siluetas fantasmagóricas, burlas de la creación, una reunión de las más perturbadoras xenoformas. Algunas eran pálidas, entidades con múltiples extremidades, otras respiraban a través de oscilantes masas de seudópodos gelatinosos. Otras tenían formas pedunculares, o agazapadas formas similares a zorros o insectos asimétricos. Varias tenían cuernos, o carecían de huesos, o estaban cubiertas con extrañas trajes ambientales. Un molusco gigantesco emergió, brillando, de su gran concha. Dos criaturas aladas saltaron hacia adelante y los observaron con ojos brillantes y curiosos. Algo mecánico se levantó sobre cuatro piernas culminadas en muñones. Una entidad parecía no ser más que un rayo de luz descolorida. Un imponente eldar con una armadura de color blanco perlado, de alguna forma la criatura más terrorífica de todas las reunidas con su forma casi humana, se adelantó a la congregación.

Grammaticus abrió los brazos e hizo una reverencia.

—Os saludo, mis señores —dijo con un suspiro.

Un insectoide corrió por delante del poderoso eldar, moviendo sus piezas bucales.

—Saludos, John —anunció G’Lattro en perfecto gótico bajo.

—Hola, amigo mío —replicó Grammaticus.

—¿A quién has traído contigo a este lugar? —preguntó G’Lattro.

—A Rukhsana Saiid, que es el amor de mi vida, y a Peto Soneka, mi amigo —declaró Grammaticus—. He venido para arreglar el encuentro. La Legión Alfa aguarda. Estoy cansado, señores. Ésta ha sido una larga y agotadora misión, pero está cumplida, y la Legión Alfa, aunque tremendamente cautelosa, está dispuesta a escuchar lo que tengáis que decirle.

Slau Dha, el autarca, murmuró algo.

—El autarca desea comprender por qué has traído cosas *mon-keigh* contigo —transmitió G'Lattro—. ¿Dónde están los enviados de los astartes de la Legión Alfa?

—He tenido que improvisar —se explicó Grammaticus—. La Legión Alfa no se deja manipular tan fácilmente. No podía dejar que la sospecha y la desconfianza estropearan este encuentro. No quería que un malentendido condujera a un baño de sangre. Ahora que he respondido de su intención, podemos contactar directamente con ellos y...

—*¡Mon-keigh!* —exclamó de repente Slau Dha con voz retumbante.

Grammaticus se volvió. Peto Soneka lo estaba apuntando directamente con su pistola láser.

—¿Peto? —musitó Grammaticus, incrédulo—. Palabra de control Bedlame. ¡Bedlame!

Soneka se rió.

—Realmente pensabas que había funcionado, ¿verdad, John? —le preguntó, mientras le pasaba el localizador a Rukhsana.

—Lo tengo, Peto —dijo ella, y activó el localizador.

—¿Rukhsana? —tartamudeó Grammaticus—. ¡No!

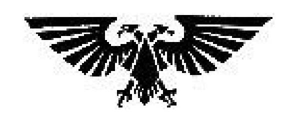
Unas luces manchadas parpadearon y centellearon por toda la cueva. Se produjo un coro de rápidas y armónicas campanadas. Uno por uno, en los límites de la sala, los guerreros de la Legión Alfa aparecieron entre las luces con las armas preparadas. El teletransporte finalizó, dejando un aroma arenoso en el aire. En menos de cuatro segundos, cincuenta legionarios estaban apuntando a la Cábala desde todos los ángulos. Los miembros de la Cábala se miraron unos a otros, temblando y farfullando consternados. Slau Dha trató de desenfundar su arma.

—Quedaos donde estáis y no tratéis de resistiros —les ordenó Omegon, con el bólter levantado. Ajustó el canal de comunicación—. Zona asegurada.

La luz volvió a temblar y Alpharius se materializó, con Shere a su lado.

El primarca se adelantó.

—Cábala —dijo—. Al fin nos encontramos, con mis condiciones.



OCHO

Eolith, a continuación

—Se aproxima una nave —anunció Mu.

Bronzi ordenó que la compañía se detuviera y miró hacia el cielo saturado de nubes. No podía ver nada.

—No hay programado ningún aterrizaje —dijo—, y no se nos ha informado de ningún tipo de apoyo aéreo. No puedo ver nada.

—Está allí —insistió ella, mirando hacia el cielo. Su poder de percepción había captado la aproximación.

Un punto surgió de entre las nubes y descendió por el valle de bloques, dejando tras de sí un rastro de vapor. Era una cañonera de la clase Chacal.

—Me pregunto qué querrá —musitó Tche.

La cañonera realizó dos pasadas por encima de las posiciones de los Bufones, y después maniobró para descender sobre la zona más llana de las inmediaciones.

En cuanto sus patas tocaron suelo, descendieron unas figuras por la compuerta lateral y corrieron hacia la compañía geno que aguardaba.

—¿Luciferes negros? —murmuró Mu, incómoda.

Bronzi sintió un escalofrío de pánico.

—No, no —susurró.

Los tres luciferes, armados y protegidos con sus armaduras, cubrieron la distancia que los separaba con paso seguro y alcanzaron a los Bufones. Formaron en fila, sin hacer caso aparentemente a las miradas hoscas de sospecha que les lanzaban cientos de gigantescos soldados génicos.

—Atamán Bronzi —dijo el lucifer que dirigía el grupo—. Identifíquese, atamán Bronzi.

Un murmuro recorrió la compañía. Bronzi se dio cuenta de que estaba temblando. No había ninguna forma de que pudiera correr o evitar darse a conocer. Hizo la única cosa posible.

—Soy yo —anunció, saliendo de entre las tropas para encararse a los luciferes. Uno de ellos inmediatamente avanzó y lo desarmó. Bronzi no se resistió.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —exclamó Tche.

—Atamán Bronzi —anunció el jefe de los luciferes—, quedáis detenido por orden del comandante general. Vendréis conmigo.

Los Bufones empezaron a gritar y protestar, abandonaron la formación al sentirse ultrajados.

—Mantened vuestras posiciones! —gritó Bronzi—. ¡Es una orden! ¡Mantened vuestras posiciones! Esto no es más que un malentendido, y quiero que se aclare.

—Vais a venir con nosotros, ahora —ordenó el jefe de los luciferes.

—No —le espetó Honen Mu, avanzando para colocarse junto a Bronzi—. No puedo permitirlo. No puede llevarse a mi atamán durante una operación.

—Vuestra objeción queda anotada, uxor —dijo el lucifer—, pero queda anulada por orden superior. Vuelva atrás.

—¡Esto es una vergüenza! —protestó Mu—. Como se atreve...

—Vuelva atrás, uxor —repitió el lucifer.

—No lo provoques, Honen —le dijo gentilmente Bronzi—. Resolveré esto y volveré lo más rápido que pueda.

—¿De qué va todo esto, Hurtado? —le preguntó, horrorizada.

—No lo sé.

—Bronzi, ¿qué has hecho, estúpido viejo zorro? —le preguntó ella.

—Nada —insistió él—. No he hecho nada. —Tomó las manos de la uxor entre las suyas y la miró a los ojos—. Volveré, Honen. Cuida de mis Bufones por mí, ¿de acuerdo?

—Hurtado...

Él se inclinó y le besó la mejilla, y entonces le soltó las manos y dejó que los luciferes lo escoltaran hacia la cañonera.

No miró atrás.

Mientras ella lo veía alejarse, Honen Mu tuvo el intenso presentimiento de que no volvería a verlo jamás.

—¡Esto no es como debería haber sido! —rugió Grammaticus.

—Cállate —dijo Alpharius.

—¡No! —le espetó Grammaticus, dándose la vuelta para encararse al primarca—. Éste es exactamente el tipo de coacción de enfrentamiento que estaba tratando de evitar. Ésta no es forma de negociar con la Cábala. No podéis volver vuestras armas

contra ellos y obligarlos a...

—Puedo hacer todo lo que quiera —afirmó Alpharius—. Y lo que quiero es tener el control de esta situación. Tu Cábala ha maquinado de forma persistente y secreta para manipular a la Legión Alfa. Ésa no es una buena base para la confianza. Oiré lo que tienen que decir, pero no dejaré que utilicen mi legión o que me conduzcan a una trampa.

—No es una trampa! —aulló Grammaticus.

—No, ahora ya no lo es —asintió Omegon.

Grammaticus hundió la cabeza entre las manos y retrocedió. Miró hacia arriba y vio a Soneka y Rukhsana.

—Me habéis utilizado —suspiró, todavía sin creérselo.

—No más de lo que tú pensabas que me estabas utilizando, John —replicó Soneka—, y realmente te esforzaste en lograrlo.

—Pero... —protestó Grammaticus.

—Esto es lo que mi señor quería, y esto es lo que le he entregado —declaró Soneka—. Él quería ver adónde querías ir, si tenías la oportunidad.

—Y tú también —murmuró Grammaticus, mirando a Rukhsana—. Todo ha sido culpa mía.

Ella abrió el cuello de su traje protector y le mostró un colgante.

—Un interferidor psiónico, Konig —dijo la mujer—. Esto hacía que mi mente pareciera como si estuviera totalmente desquiciada.

—Oh, Rukhsana, ¿por qué? —gimió con voz suplicante.

Ella siguió desabrochándose el traje con gesto juguetón y lo abrió para mostrar la mitad de su pecho derecho. La marca de la hidra apareció como una bella mancha en su pálida piel.

Grammaticus apartó la mirada y cayó de rodillas.

—¿Quién habla por la Cábala? —preguntó Alpharius en voz alta mientras avanzaba por la plataforma hacia ellos.

—Todos ellos hablan a través de mí —respondió G’Latrro—. Lord Alpharius, nuestro agente tiene razón. Ésta no es forma de llevar a cabo las negociaciones. La Cábala deplora vuestra agresión.

—Pero ellos quieren hablar conmigo, así que será mejor que se acostumbren a la nueva situación y empiecen —replicó Alpharius—. Tengo una paciencia limitada. ¿Qué es tan importante que habéis llegado hasta estos límites para traerme aquí?

El interpolador de la Cábala no contestó. Detrás de él, con tonos bajos y extraños, los miembros de la Cábala consultaban entre ellos.

—Mantente alerta —comunicó Pech a Shere, con su bólter apuntado hacia los alienígenas—. Cualquier indicio de traición...

Shere asintió.

—Existe actividad psíquica, pero simplente a nivel comunicativo. Ninguno de ellos es activo.

—Házmelo saber si eso cambia —dijo Pech.

El zumbante murmullo de las voces alienígenas cesó. G'Latrro miró a Alpharius.

—La Cábala hablará, aunque le molesta la posición en que la habéis colocado —dijo—. Es típico del carácter y de la beligerancia de los humanos.

—Empieza —dijo Alpharius.

—La Cábala hablará directamente con el primarca de la Legión Alfa de los Adeptus Astartes —indicó G’Latrro.

—Lo estás haciendo —afirmó Alpharius.

—Con el primarca entero —insistió el insectoide.

Alpharius se quedó callado un momento.

—Lo estás haciendo —repitió.

—Una muestra de confianza quizá sería adecuada por vuestra parte. Después de todo, nos estáis amenazando con vuestras armas —dijo G’Latrro—. ¿Una muestra que pruebe que podemos compartir auténticos secretos?

Alpharius frunció el ceño durante un instante, y a continuación asintió. Omegon, con su brillante armadura de infiltrador azul negruzco, se adelantó lentamente para colocarse junto a Alpharius. Soneka y Rukhsana intercambiaron breves miradas de confusión. Grammaticus levantó la mirada, fascinado.

—Corta una de las cabezas y dos crecerán en su lugar —dijo G’Latrro—. Únicos entre los hijos génicos del Emperador de Terra, vosotros sois los únicos gemelos. Ambos sois el primarca, un alma en dos recipientes.

—Este hecho no es conocido fuera de nuestra legión —afirmó Omegon.

—Es nuestro secreto mejor guardado —admitió Alpharius.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó Omegon.

Las piezas bucales del insectoide se movieron.

—Mediante un cuidadoso estudio y comparación de los primarcas conocidos que ha durado décadas. Fue evidente para nosotros que el más viejo y el más joven de los hijos eran los más significativos de todos. Horus, por lo que hará, y vosotros por lo que desharéis.

—¿Qué hará Horus? —quiso saber Alpharius.

—Hará que arda la galaxia —dijo G’Latrro—. Iniciará una guerra civil.

—¡Eso que decís es una herejía! —gruñó Omegon.

—Exactamente —replicó el interpolador.

Alpharius negó con la cabeza.

—Esto es absurdo. Como vuestro agente antes que vosotros, habláis de una guerra que se acerca y de una gran destrucción. Describís una división que es imposible que suceda. Horus Lupercal es el señor de la guerra. Es la mano derecha

del Emperador y el más leal de todos nosotros. Todo lo que hace, lo hace por el Emperador.

—Creo que estáis intentando sembrar las simientes de la discordia con esos cuentos absurdos —le espetó Omegon al interpolador—. Queréis minar los cimientos del Imperio.

—No son cuentos absurdos —replicó G'Latrro.

—¡No tienen ninguna base y nos ofenden! —rugió Omegon—. No proporcionáis ningún dato concreto, sólo os basáis en declaraciones vagas.

—Ha sido predicho —manifestó G'Latrro.

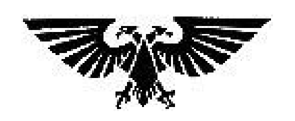
—¡Otra vez con eso! —rió Alpharius—. ¿Algún tipo de visión, de sueño chamánico? Una profecía sin palabras, ¡un augurio vacío de contenido! ¡Todo esto no significa nada! No podéis conocer el futuro y, por tanto, no podéis darnos ninguna prueba.

—Sí que podemos —insistió G'Latrro—. Si eso es lo que necesitáis, compartiremos la Acuidad con vosotros.

—¿Y eso como se hace exactamente? —preguntó cautelosamente Omegon.

—No puede lograrse aquí —advirtió G'Latrro—. Primero debemos traer nuestra nave al sitio de desembarco y trasladarnos allí con vosotros. Como muestra de confianza, dejaremos que nos escoltéis, bajo vigilancia. Necesitamos que sepáis, Alpharius, Omegon. Necesitamos que veáis.

—Hacedlo —asintieron Alpharius y Omegon simultáneamente.



NUEVE

Órbita de Eolith,
tres horas más tarde

Lo llevaron a una celda en la cubierta de calabozos de la Blamires. Allí lo desnudaron y lo dejaron mirando cómo hacían jirones sus ropas y desmantelaban hasta la última pieza de su equipo.

Después de eso lo ataron a una silla con argollas de hierro.

No le dirigieron la palabra en ningún momento. Tras un rato, cuando se dio cuenta de que no le iban a contestar a ninguna de las preguntas que les hacía, dejó de hacerlas. A partir de ese momento, todo el proceso continuó en silencio.

La compuerta se abrió y entró Dinas Chayne. Iba acompañado por un fornido oficial de calabozos y dos ayudantes con unas batas de plastek que llegaban hasta el suelo. Chayne conversó en voz baja con los tres luciferes que habían llevado a Bronzi hasta allí y lo habían dejado como estaba.

Se volvió hacia el atamán, que seguía dolorosamente inmovilizado en la silla.

—Hurtado Bronzi.

Bronzi no le respondió.

—Has sido detenido bajo la sospecha de ser un agente encubierto de la Legión Alfa. Al comandante general le gustan muy poco los espías, y menos el espionaje interno. Si descubrimos que has estado trabajando para los astartes, ese hecho será considerado un grave acto de deslealtad hacia tu regimiento, hacia el Ejército Imperial, hacia la Expedición y hacia el comandante general. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Bronzi presionó la garganta y la mandíbula contra las argollas de hierro que las mantenían atrapadas.

—Esto es una equivocación. Se trata de un error. Os habéis equivocado de

hombre.

La expresión de Chayne no cambió. Se acercó a la mesa metálica donde se encontraban los restos de las posesiones de Bronzi metidas en cajas. Hurgó en el interior de una y sacó la escama metálica verde. La alzó bien en alto para que Bronzi pudiese verla.

—No sé qué es eso —dijo el atamán—. Seguro que habéis sido vosotros quienes lo habéis puesto ahí.

Chayne dejó la escama de nuevo en la caja y se acercó al prisionero. Una vez allí, señaló con el índice la marca que Bronzi tenía en la cadera derecha.

—¿Y eso, atamán? ¿También lo pusimos nosotros?

Bronzi lanzó un bufido.

—No estás en situación de tergiversar los hechos, Bronzi. Cuéntame. Cuéntame cuál es tu secreto.

Bronzi apretó los dientes y habló de un modo lento y deliberado.

—Me llamo Hurtado Bronzi. —Miró a Chayne y le guiñó un ojo—. Ya está. Ya lo he dicho. Ya lo he dicho y ya no puedo echarme atrás. El secreto ha quedado desvelado.

—No me hagas enfadar, Bronzi —lo amenazó Chayne—. Cuéntame el resto.

—Ah, ¿el resto? Bueno, si no queda más remedio, señor...

Todos los detectores de largo alcance empezaron a emitir alarmas de contacto. Van Aunger, el magíster de la flota expedicionaria, se levantó del trono de cuero situado en mitad del amplio puente de mando de la *Blamires* y se dirigió a los puestos de detección.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El eco de un contacto, señor —le confirmó el oficial, al cargo—. Acaba de aparecer un objeto en los sensores, y se dirige hacia 42 Hydra Tertius.

—¿Acaba de aparecer?

—No lo entiendo, señor —le contestó el oficial, mientras ajustaba los paneles de control con mano experta y veloz—. No existen lecturas energéticas o magnéticas que indiquen una traslación al espacio real. El objeto simplemente apareció. Creo que estaba oculto tras un escudo.

—Sígalo y proyecte los datos, quiero una evaluación completa —le ordenó Van Aunger.

—Sí, señor.

—¡Alerta de combate! —gritó Van Aunger—. ¡Escudos y baterías preparados!

Empezó a sonar una sirena. El personal del puente de mando, más de un centenar de oficiales, se afanó en sus respectivos puestos de control. Sus voces se solaparon unas sobre otras cuando empezaron a intercambiar datos e instrucciones.

—¡Proyección de la trayectoria! —informó el oficial de rastreo.

—Por la pantalla principal —indicó Van Aunger.

En la pantalla hololítica principal apareció un diagrama gráfico completo del planeta, la posición de los elementos de la flota y el rumbo del objeto.

—Eso lo lleva directamente a la zona de operaciones —murmuró Van Aunger—. ¿Han identificado el tipo de nave y su destino?

—Negativo, señor —contestó el oficial de rastreo—. Ni siquiera aparece como una nave en los sensores. Se muestra inerte en todas las lecturas. Está... oh, Terra...

—¿Qué ocurre?

—Capto un exceso de punto ocho superluminar, y es muy grande, señor. Es al menos tan grande como nosotros.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó Van Aunger—. ¡Arriba escudos!

El tono de la sirena cambió de inmediato. Van Aunger activó su vara de comunicaciones.

—Lord Namatjira —llamó.

—¿Qué está ocurriendo, magíster? —preguntó la voz del comandante general.

—Una nave desconocida de desplazamiento importante está a punto de atravesar la flota y se dirige hacia el planeta.

—Active la línea de defensa. Intercéptela ahora mismo —le ordenó.

—Se mueve a demasiada velocidad, señor. Jamás había visto nada parecido.

—Magíster, quiero que...

La voz de Namatjira quedó ahogada por una descarga de estática. Todas las pantallas del puente de mando quedaron en blanco de repente y las luces principales se apagaron. En mitad de la subsiguiente oscuridad, una fuerte vibración sacudió la poderosa nave durante unos momentos.

Las luces se encendieron de nuevo. Las pantallas volvieron a mostrar sus imágenes, una por una.

—...an Aunger? ¿Van Aunger? —barbotó la voz de Namatjira por el comunicador —. En nombre del Emperador, ¿qué ha ocurrido?

—Ha pasado entre nosotros, señor. Fuese lo que fuese, ha pasado entre nosotros.

Honen Mu lanzó un grito. Cuando Tche se volvió hacia ella, pensó que había resbalado sobre la piedra húmeda, pero luego vio que todas sus ayudantes también estaban en el suelo. Volvió con rapidez hacia atrás, hacia las rocas lisas, para llegar hasta ella.

Él también comenzó a sentirlo gracias al poder de la uxor. Todos los hombres lo sintieron y se detuvieron.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre, uxor?

Mu estaba de rodillas y apoyada en la palma de las manos, estremecida por el

dolor.

—No lo sé —respondió con un jadeo al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

A su espalda, las ayudantes, tendidas en el suelo, gemían y sollozaban.

Se oyó un trueno. Tche y los Bufones alzaron la mirada hacia el cielo, cubierto de nubes espesas.

—¿Es una tormenta? —preguntó uno de ellos.

Se oyeron más truenos, potentes y retumbantes. El eco resonó por el ancho valle que los Bufones sólo habían recorrido hasta la mitad.

Empezó a soplar viento, con ráfagas fuertes y poderosas, lleno de humedad y de frío. Los estandartes y las capas comenzaron a ondear. De la superficie de los charcos y de las lagunas que había entre las rocas se desprendió una leve llovizna de gotitas.

El trueno sonó de nuevo, y lo hizo como si el propio cielo se estuviera resquebrajando. Esta vez, Tche y sus hombres vieron unos rayos relampaguear por encima de las nubes, y la luz recortó sus siluetas. Por las descargas rítmicas tuvieron la impresión de que el interior de las nubes estaba ardiendo.

Los hombres señalaron al cielo y empezaron a gritar.

—Mierda —murmuró Tche.

Una ciudad les caía encima desde el cielo.

Al principio no fue más que un disco de color cobrizo que ocupaba la mitad del cielo. En el centro del objeto palpitaban rayos blancos y azules que se dirigían hacia el borde del mismo para luego regresar a su lugar de origen. El borde giraba y parpadeaba lleno de destellos iridiscentes. El disco pasó por encima de ellos y los sumió en la sombra, y al hacerlo les llegó un murmullo infrasónico que estremeció sus órganos internos y los hizo gemir de miedo involuntariamente. El aire se cargó de olor a ozono, y a lo largo de todo el valle relampaguearon los rayos sibilantes que salieron despedidos de las nubes.

El disco de cobre, de un tamaño tan inmenso que era aterrador, pasó por encima de los riscos monolíticos y negros de las Colinas Temblorosas. Luego comenzó a descender con lentitud. Al hacerlo, se pudo ver la superficie superior, donde unas gigantescas estructuras de cobre parecidas a hojas y a abanicos se alzaban como un nenúfar abstracto y ciclópeo.

Bajó más y más, hasta que el propio disco quedó oculto por las colinas. Se oyó un estruendo colosal que hizo temblar el suelo y provocó el desmoronamiento de trozos de roca, que cayeron retumbantes por las laderas de los negros riscos. El disco se había posado en algún lugar situado más allá de la cadena de colinas. Vieron los abanicos y las hojas doradas de sus estructuras superiores sobresalir por encima de las Colinas Temblorosas, como si fueran las torres y los monumentos de alguna especie de ciudad celestial.

Entre las nubes siguieron destellando unos cuantos relámpagos, pero el viento

desapareció con la misma rapidez con que había llegado.

Tche ayudó a Mu a ponerse en pie. Del oído izquierdo de la uxor salía un leve hilillo de sangre. Ambos se quedaron mirando, anonadados, las formas doradas que habían aparecido en el horizonte.

—¿Qué... qué es eso? —le preguntó Tche.

Honen Mu tampoco lo sabía.

Namatjira estudió con atención las imágenes orbitales.

—Es gigantesco —musitó.

—Se trata de una nave alienígena de alguna clase —asintió Van Aunger—. Me temo que no disponemos de más detalles aparte de su tamaño. Es impenetrable a nuestras sondas.

—Ha aterrizado exactamente en el lugar que Alpharius me indicó que debíamos asegurar.

—Sí, señor. En el interior de la zona de las Colinas Temblorosas, en el centro de la anomalía atmosférica. Además, directamente encima de esas estructuras que nuestros sensores señalaron como artificiales.

—Así pues, la Cábala ha llegado y se ha mostrado a la vista —murmuró el comandante general.

—¿Mi señor?

Namatjira levantó la mirada de las imágenes.

—Vuelva al puente de mando, magíster. Que toda la flota quede en disposición de combate. Carguen todas las baterías principales y apúntenlas contra ese objeto. El bombardeo sólo comenzará cuando yo dé la orden.

—Señor, tenemos un contingente numeroso de tropas desplegado en las cercanías de esa nave. Es muy probable que nuestras unidades acaben siendo alcanzadas por nuestras propias armas si iniciamos un bombardeo orbital. Ya se lo advertí, mi señor, antes de que comenzase la operación. Le dije que las tácticas de bombardeo exigían...

—Carguen todas las baterías principales y apúntenlas contra ese objeto —le ordenó Namatjira con los dientes apretados—. ¿Es una orden demasiado complicada como para que la entienda? ¿Debo dársela por partes? ¡Apunten contra ese objeto! Si eso no se encuentra dentro de sus capacidades, puedo relevarlo del mando con efectos inmediatos. Creo que el almirante Kalkoa está ansioso por ascender en el escalafón de la flota.

Van Aunger se quedó mirando, furioso, al comandante general, y luego le hizo un saludo ceremonial lleno de rabia antes de salir de la estancia.

Namatjira se sentó en uno de los sillones que había pegados al cristal y se puso a acariciar el lomo de su mascota creada con métodos genéticos.

Chayne entró y le indicó al lucifer negro que estaba de guardia que se marchara.

—¿Lo has visto? —le preguntó Namatjira.

Chayne asintió.

—Es evidente que la Cábala es más poderosa de lo que temíamos.

—Tampoco está jugando según las reglas de Alpharius. Esto no es lo que el primarca me dijo que debía esperar. Me dijo que nuestras fuerzas terrestres tendrían la zona rodeada y bajo nuestro control antes de que...

Se calló de repente.

—¿Señor?

—A menos que me mintiera. A menos que ya haya establecido contacto con la Cábala y esté enterándose de sus valiosos secretos sin mí.

Namatjira se puso en pie, cruzó la estancia y se sirvió una copa de vino. Tomó un sorbo, pero a continuación arrojó la copa contra la portilla de observación con un rugido de furia.

—¡Nos ha estado engañando! —bramó—. ¡Nos ha estado engañando y nos ha utilizado! Todo lo que me prometió, el honor, la gloria, la gratitud del propio Emperador, ¿todo eso será mentira también?

Chayne se encogió de hombros.

—Señor, he desconfiado de la Legión Alfa desde el principio. No practican el código de honor y de nobleza que muestran las demás legiones astartes. Creo que deberíamos informar de su actitud y de su conducta al Consejo de Terra, y que los censuren o los disuelvan. Después de todo, no sería la primera vez que una legión astartes se pasa de la raya. Deben ser detenidos y juzgados antes de que se vuelvan demasiado poderosos.

Namatjira asintió con gesto pensativo.

—Estoy de acuerdo, y seré yo quien lleve este asunto directamente al juicio del Emperador. Quizá de ese modo pueda recuperar parte de mi reputación. Tenemos que asegurarnos de que los declaran culpables. Tenemos que encontrar pruebas de su duplicidad. Necesito saber con exactitud qué es lo que están haciendo y a qué clase de trato infame han llegado con esos cabrones alienígenas.

Chayne sirvió otra copa y se la entregó a su señor.

—Gracias, Dinas —dijo Namatjira, y empezó a caminar arriba y abajo.

—Ya tenemos pruebas de su espionaje, señor —le informó Chayne—. Hemos detenido a un oficial de la Geno Cinco-Dos Chilíada, y disponemos de pruebas evidentes sobre sus actos como agente de la Legión Alfa.

—¿En nuestras propias filas?

—El oficial en cuestión es Bronzi, señor. Es perturbador descubrir que la Legión Alfa se ha infiltrado entre los rangos más elevados de nuestro ejército.

Namatjira, asintió.

—Es un punto de partida. Bien. ¿Ya lo has interrogado?

—Todavía se nos resiste, mi señor, de forma estoica, pero mis hombres son muy pacientes y muy hábiles. No sé cuánto tiempo puede resistir un hombre, incluso uno con la constitución de Bronzi, esos niveles de dolor.

—Ábreme un canal de comunicación con el primarca, Dinas. Directo con él. Veamos qué nuevas mentiras se inventa, y a ver si lo localizamos mientras habla conmigo. Prepara a los Luciferes Negros para un asalto teletransportado.

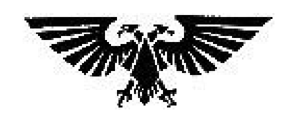
Chayne saludó antes de marcharse.

—¿Dinas?

—¿Sí, señor?

—No mostréis piedad alguna con Bronzi. Partidle la mente, el cuerpo y el alma, y sacadle todos los secretos que guarde.

—Sí, mi señor —le aseguró Dinas Chayne.



DIEZ

La Acuidad

Soneka jamás había viajado mediante la teleportación. Fue una experiencia que preferiría no repetir. Le hizo sentirse mareado y desorientado, como si hubiera estado dando vueltas hacia atrás.

Los astartes no mostraron la menor señal de ni siquiera sentirse incómodos.

Los sistemas de teleportación de la barcaza de combate habían recolocado tanto a los imperiales como a los alienígenas de la Cábala, sacándolos de aquella cueva fría y húmeda para llevarlos a una plataforma rocosa, también húmeda, del lugar de paso, justo debajo del borde dorado de la nave de la Cábala.

El aterrizaje en el lugar de paso había alterado la meteorología local. Llovía con fuerza y una especie de vapor se elevaba desde los bloques cúbicos y las charcas de aguas negras y aceitosas. Los riscos de las Colinas Temblorosas rodeaban a la nave formando un anillo de cuarenta kilómetros de diámetro. Las partículas de agua en el aire habían creado un magnífico arco iris sobre el cuenco vaporoso del sitio de paso.

La inmensa nave de la Cábala, que resplandecía con reflejos dorados y cobrizos, era demasiado grande como para abarcarla con la vista. Soneka la contempló durante unos momentos y le pareció una flor que se abriera, que acabara de dejar al aire sus pétalos, aunque también podía ser una coronilla de curiosos cuernos retorcidos.

Al final se dio cuenta de que simplemente era demasiado grande, demasiado alienígena, demasiado única, como para que su mente fuera capaz de captarla en su totalidad sin caer en la locura. Apartó la mirada. Ya había visto cosas extraordinarias como para toda una vida.

—Es... —murmuró Rukhsana—. Es... tan...

—Lo sé —la tranquilizó Soneka, mientras hacía que se diera la vuelta con lentitud para que contemplara el muro de riscos negros a través de la lluvia—. Es

mejor no mirarlo durante demasiado tiempo.

—¿En qué nos hemos metido, Peto?

Él le sonrió.

—La verdad es que ya no lo sé. Hemos cumplido con nuestra parte. No creo que nosotros importemos ya. Me parece que se está forjando un gran destino. ¿No lo sientes, el peso de las eras futuras colgando sobre nosotros?

Rukhsana asintió mientras se apartaba de la cara un mechón de cabello empapado por la lluvia.

—Por supuesto.

—Esto es una tarea para mentes más fuertes —dijo Soneka—. Para mentes sobrehumanas, no para nuestros débiles cerebros. Tenemos que confiar en que los astartes harán aquello para lo que fueron creados. Tenemos que confiar en que mantendrán a salvo a la humanidad.

—¿Confías en ellos, Peto?

—Uxor, los dos tenemos grabada su marca. Me parece que ya es demasiado tarde como para hacernos esa pregunta.

Rukhsana miró a su alrededor. Bastante lejos de allí, en la parte baja de la plataforma azotada por la lluvia, Grammaticus estaba sentado bajo la atenta mirada de un astartes.

—Nos odia —comentó ella.

—Por supuesto que nos odia. Lo hemos traicionado.

—No fue fácil hacerlo, utilizarlo de ese modo...

—Él ha utilizado a todo el mundo siempre que lo ha necesitado —le replicó Soneka—. Lo superará. Puede que no haya salido exactamente como él planeara, pero le conseguimos lo que quería.

—No. Tienes que entender que lo amaba, o creía que lo amaba. Y pensaba que me amaba. No comprendí lo que era, ni siquiera cuando me lo explicó cara a cara. No comprendí la escala de todo el asunto.

—No se suponía que debieras hacerlo. No se supone que los peones deban captar el juego en su totalidad.

Una rampa dorada, semejante a una lengua curva, había salido y se extendía desde el borde de la nave hasta llegar al filo de la plataforma rocosa.

Los astartes, con los bólters preparados, habían comenzado a dirigir al grupo de alienígenas hacia la nave. Algunos gimoteaban o murmuraban mientras eran conducidos hacia allí. Slau Dha, el gran autarca, caminaba con el mentón erguido sin hacer caso de las armas con las que lo apuntaban.

—Una señal desde la barcaza de combate —le comunicó Herzog a Alpharius.

—¿Qué dice?

—El comandante general Namatjira desea establecer una comunicación directa.

Está preocupado por la posibilidad de que hayamos comenzado la reunión sin estar él presente.

—Dile que no habéis conseguido poneros en contacto conmigo. Que mantenga la posición y que sus fuerzas continúen a la espera.

—No le va a gustar —comentó Herzog.

—Ése es su problema —apuntó Omegon.

—Quizá no debería decirle eso, ¿verdad?

—Dile que valoramos mucho su paciencia y que contactaré con él directamente.

Subieron a bordo de la nave cobriza. Sus compartimentos internos no tenían nada que ver con una nave de diseño humano. Unos extraños espacios abiertos daban paso a unas estancias muy curiosas, o daban la vuelta sobre sí mismos como un laberinto. Las paredes brillaban suavemente con un fulgor interno. En ciertos puntos, el cielo parecía ascender hacia el infinito. Soneka se sintió incómodo y confundido.

El aire olía a azúcar quemado y a plastek fundido.

Los dejaron a solas durante un rato en una estancia formada por tres pétalos dorados.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Rukhsana de repente.

—Yo no oigo nada.

—Entonces se trata de mi poder psíquico. Suena igual que un enjambre de abejas.

El primer capitán Pech apareció y se dirigió hacia ellos.

—El primarca requiere tu presencia, Peto.

—¿Yo?

—Te necesita. Sígueme.

Soneka miró a Rukhsana.

—Ve —le instó ella.

Pech lo condujo a través de los pasillos luminosos de la nave de la Cábala hasta la estancia donde Alpharius, Omegon y Shere ya lo estaban esperando.

—Mi señor —saludó Soneka.

—La Cábala está a punto de mostrarnos la Acuidad, Peto —lo informó Alpharius —. Por lo que sabemos, se trata de un método de percepción, algo semejante a una lente temporal, que se basa en los principios eldars de la videncia.

—Sí, señor. No entiendo nada de lo que ha dicho.

—Están a punto de revelarnos el futuro —le aclaró Omegon.

—Señor, ¿para qué me ha llamado?

—Necesito determinar, con toda la precisión que sea posible, la viabilidad de lo que están a punto de mostrarnos —le explicó Alpharius—. Les he sugerido que los testigos debíamos ser Omegon y yo; Shere, desde la perspectiva de un psíquico, y tú, que eres un humano normal. ¿Estás de acuerdo?

—Señor, yo...

—¿Estás de acuerdo? —exigió saber Omegon—. No podemos perder tiempo.

Soneka asintió.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—Gracias, Peto. Estamos listos —avisó Alpharius.

Una pared que hasta ese momento había parecido sólida se desvaneció como el humo. Los cuatro se dirigieron, hombro con hombro, hacia la estancia que había al otro lado.

Estaba envuelta en la penumbra, y sólo la iluminaba un brillo rojizo que parecía proceder de todos lados y de ningún lado al mismo tiempo. Una losa monolítica de luz plateada palpitaba en la oscuridad.

Soy Gahet.

—Soy Alpharius, primarca de la XX Legión Astartes —dijo Alpharius.

Bienvenido. Conozcamos a los demás y a tu otro yo.

—Soy Omegon, primarca de la XX Legión Astartes —se presentó a su vez Omegon.

Bienvenido. Den Dang Keyat Shere, bienvenido.

Shere hizo una reverencia.

Peto Soneka, bienvenido.

—Hola. Estás dentro de mi cabeza.

Así es.

—No es muy agradable.

—Atamán, muestra un poco de firmeza —le espetó Omegon.

¿Estáis preparados para observar la Acuidad?

—Sí —afirmó Alpharius—. Cualquier truco por vuestra parte dará como resultado que desmontemos esta nave, pieza por pieza, con nuestros bólters. ¿Entendido?

Sí. Humano, sois una especie violenta. Amenazáis con mucha rapidez. La violencia vendrá más tarde, y será enteramente asunto vuestro.

—Bien, vamos allá —le urgió Omegon.

Hemos luchado por negarle la victoria al Aniquilador Primordial durante más tiempo del que vosotros lleváis evolucionando. No podemos permitir que el Caos se apodere de la galaxia.

—Eso ya ha quedado muy claro, Gahet.

La especie humana es pujante. Progresa, salvaje y ansiosa. Es, en su ignorancia, especialmente susceptible a la influencia del Caos. El Aniquilador Primordial ha clavado las garras en la humanidad con la intención de convertirla en un arma.

—La humanidad resistirá —anunció Alpharius.

No sabréis cómo resistir. El Aniquilador Primordial es astuto. Provocará una guerra civil en el seno de la humanidad y derribará toda la creación. Vedlo.

El bloque de luz plateada retembló y se abrió, y ellos vieron lo que había en su interior. Les dio la sensación de que caían desde la órbita hacia un planeta en llamas. Shere empezó a llorar.

Esto es nuestro testimonio verídico. Éste es el futuro que ocurrirá. La gran guerra sacudirá todo el firmamento y devorará a la raza humana. Las estrellas se apagarán. El Aniquilador se alzará.

—No —exclamó Omegon con brusquedad. Tenía los ojos abiertos de par en par.

No puedes evitarlo, Omegon. Es un proceso que ya se ha puesto en marcha.

—¡Eres un maldito mentiroso! —rugió Omegon, y apartó la mirada de la Acuidad.

No puedo mentir. No miento. Los humanos se convertirán en los señores absolutos de la teratogenia. Crearán al mayor monstruo de todos: ¡Horus!

Soneka tenía la mente embotada. Lo que había visto hacía que la gigantesca nave cobriza pareciese algo sin importancia.

—¿Cómo... cómo podemos detener todo esto? —preguntó con voz temblorosa.

Tú no puedes, pero la Legión Alfa está perfectamente situada para controlarlo y dirigirlo.

—¡Explícate! —le exigió Alpharius.

La guerra civil librada contra el Emperador por Horus Lupercal sólo tiene dos posibles finales: o vence Horus, y entonces el Caos triunfará, o las fuerzas del Emperador vencerán y obligarán al Caos a retirarse.

—La Legión Alfa siempre ha estado al lado del Emperador —declaró Alpharius.

El bloque de luz plateada parpadeó.

Mirad entonces el futuro. Horus vence, el Caos triunfa, una posibilidad terrible, pero probable. La Cábala capta un retazo de honor en el corazón de Lupercal. Se odiará a sí mismo en su fuero interno por las atrocidades cometidas en su nombre. Si gana, su furia se incrementará junto a su autodesprecio. Inmolará a toda la humanidad en un espacio de dos o tres generaciones. Ese impulso redentor y autodestructivo lo obligará a exterminar a la humanidad por la vergüenza que siente. Incluso sus aliados más fieles se enfrentarán a él en un apocalipsis final. El Caos brillará con más fuerza que nunca, y luego se apagará. Su gran victoria centelleará y luego se extinguirá cuando el Imperio moribundo lo arrastre tras de sí a la tumba. Las especies de la galaxia sobrevivirán gracias al sacrificio de la humanidad.

—¡Nadie permitirá que Horus venza! —replicó Omegon.

Considera la alternativa, primarca Omegon. Esto es lo que hemos visto en el futuro: el Emperador dará su vida para conseguir la victoria. Caerá en Terra pero acabará con Horus. Éste será su destino. Vedlo.

La luz plateada titiló. Vieron la magnificencia del Trono Dorado y el rictus aullante del cadáver reseco que estaba en su interior.

—¡Oh, señor! —exclamó Soneka.

Si el Emperador vence, el estancamiento se apoderará del Imperio. Intentará perpetuarse a sí mismo una y otra vez, a lo largo de miles de años, pero se pudrirá, de forma lenta e inevitable. Se pudrirá, y permitirá poco a poco el regreso del Caos, que acabará consumiéndolo...

—¿La victoria... es la derrota? —musitó Alpharius.

Alpharius, si el Emperador vence, el Caos acabará venciendo. A la victoria le seguirán diez o veinte mil años de una existencia miserable y desgraciada, hasta que el Aniquilador Primordial consiga la supremacía final.

—¿Y ésta es nuestra elección? —preguntó Omegon, con una risa desolada.

La lenta e inexorable conquista por parte del Caos o un breve período de terror y frenesí. Una condenación insidiosa o un siglo o dos llenos de sangre mientras la especie humana se destroza a sí misma y elimina al Caos de la galaxia. Ésa es la elección que tenéis ante vosotros. La humanidad es un arma. Puede salvar a la galaxia, o puede destruirla.

—Eso difícilmente puede llamarse una elección, Gahet —le replicó Alpharius.

Siento compasión por vosotros, humano. No es una elección, pero sois pragmáticos. Es vuestra virtud más notable. Veis a largo plazo. Tomáis las decisiones difíciles. Alpharius, hay que impedir la llegada de ese futuro estancado.

—¿Y cómo lo hacemos? —quiso saber Omegon—. ¿Cómo propones que lo hagamos, cabrón alienígena?

Es muy sencillo, Omegon. La Legión Alfa debe ponerse del lado de los rebeldes. Debéis aseguraron de que Horus gane.

—¡Nunca! —gritó Omegon.

—¡Es impensable! —aulló Alpharius.

Entonces, ved el resultado. Vedlo. Vedlo por vosotros mismos.

El brillo plateado titiló de nuevo. Todos se estremecieron. Lo vieron todo en un breve momento.

La Acuidad se lo mostró todo.

Omegon y Alpharius retrocedieron trastabillando y gritando.

Shere lanzó un grito gorgoteante y luego se desplomó, muerto, en el suelo, con la mente destruida por completo.

Soneka cayó de rodillas y se echó a llorar.



ONCE

42 Hydra

Salieron de nuevo a los pasillos iluminados, que ya nunca volverían a parecerles tan luminosos. El futuro los acompañó, envolviéndolos como un sudario. Tanto Alpharius como Omegon permanecieron callados, con una expresión indescifrable en la cara. Soneka, con el rostro ceniciento y aspecto desmoralizado, caminaba tras ellos con el cadáver de Shere en brazos.

Los astartes los estaban esperando. No habían dejado de apuntar con los bólters a los miembros de la Cábala, que se mostraban furtivos mientras murmuraban entre sí.

—¿Mi señor? ¿Qué...? —empezó a preguntarle Pech.

Alpharius alzó una mano para ordenar silencio. Se volvió hacia su gemelo, y ambos se quedaron mirándose fijamente a los ojos durante un largo momento.

Soneka dejó el cadáver de Shere en el suelo. Rukhsana se le acercó.

—¿Peto? ¡Tu cara! —le dijo con un susurro—. ¿Qué es lo que has visto?

Soneka negó con la cabeza. No podía hablar. Ella lo abrazó con fuerza.

—Ha visto la Acuidad —le dijo John Grammaticus, que estaba de pie a sus espaldas—. Es algo terrible, ¿verdad, Peto? Algo terrible y maravilloso al mismo tiempo.

—¿Maravilloso? —estalló Soneka, al mismo tiempo que se apartaba de Rukhsana—. ¿Cómo puedes llamarlo maravilloso?

—Porque a pesar de todo su horror, ofrece una oportunidad. Una sencilla y simple oportunidad de salvar, de librar, de proteger.

Soneka se lo quedó mirando.

—A mí no me parece una gran oportunidad, John.

Slau Dha avanzó hasta ponerse cara a cara con Alpharius. Las armas de los astartes lo siguieron sin dejar de apuntarle, pero él hizo caso de la amenaza.

—¿Y bien? —le preguntó al detenerse, con un gótico bajo de marcado acento—. ¿Cuál es tu respuesta, *mon-keigh*? ¿Tienes la fuerza necesaria para hacer la elección correcta, o eres tan débil y tan egoísta como el resto de tu especie de alimañas?

Alpharius miró fijamente al autarca.

—Apoyo al Emperador. Le soy leal en todos y cada uno de los aspectos, y no puedo romper esa fidelidad. Tiene grandes ambiciones, y las intenciones más nobles, pero sé que por encima de todo está decidido a hacerle frente al Caos. Siempre ha sabido la verdad respecto al Caos. La desaparición del Aniquilador Primordial es su mayor deseo. De modo que, a partir de ahora, todo lo que haga será por el Emperador.

Slau Dha asintió, se dio la vuelta y se marchó.

—Lord Namatjira continúa acosándonos con exigencias —le informó Herzog—. Se está poniendo bastante nervioso. Insiste en ponerse en contacto de inmediato con el primarca y en que se le informe de todo.

—¿Eso exige?

Herzog asintió.

—También está comenzando a lanzar amenazas veladas, mi señor. Nos acusa de traición o de algo peor. Creo que debemos responderle de algún modo antes de que pierda la paciencia y se embarque en alguna clase de acto del que luego se arrepienta.

—Le responderemos —soltó Omegon.

Alpharius miró a su gemelo.

—Si queremos triunfar en la tarea que tenemos por delante —le dijo Omegon—, debemos estar seguros y entregados. No podemos permitir que se descubran nuestras intenciones demasiado pronto, o que nuestra misión sea revelada. El secretismo, como siempre, es nuestra arma más poderosa.

—Estoy de acuerdo.

Alpharius inclinó la cabeza y se quedó pensativo y en silencio unos instantes.

—¿Y bien?

Alpharius miró a Omegon.

—Hazlo.

—Seguimos sin recibir respuesta alguna del primarca ni de ninguno de sus oficiales, mi señor —anunció el oficial de comunicaciones—. Su barcaza también se niega a contestar a nuestros continuos mensajes.

Namatjira asintió. El silencio se había ido apoderando poco a poco del puente de mando, donde la tensión era palpable.

—Repita el mensaje —ordenó Namatjira.

—Sí, señor.

El comandante general se volvió hacia Van Aunger.

—Me retiro a mis aposentos —le dijo—. Voy a redactar un escrito de censura respecto a la Legión Alfa Astartes. Si no hemos recibido una respuesta satisfactoria para cuando haya acabado, enviaréis el escrito directamente a Terra.

—Sí, mi señor.

—En ese momento enviaré un último mensaje de advertencia, y si no es respondido, comenzaremos un bombardeo total de la zona de superficie.

—Señor, creo que... —empezó a protestar Van Aunger.

—¡Cállese y obedezca, Van Aunger! Un bombardeo total de la zona de superficie. Además, desplegará de un modo adecuado a los cruceros pesados para que ataquen y destruyan a la barcaza de combate.

Van Aunger negó con la cabeza en un gesto de desesperación.

—Mi señor, son astartes. Lo que ordena es equivalente a una guerra contra los nuestros.

—El comandante general no cree que sigan siendo de los nuestros, magíster —lo interpeló Dinas Chayne.

Namatjira se dio la vuelta para salir del puente de mando, pero una llamada del oficial de rastreo lo detuvo.

—Señor, la barcaza de combate acaba de dejar su anclaje en órbita alta.

—¿Qué? —exclamó Van Aunger mientras se apresuraba a acercarse a ese puesto —. Muéstremelo.

—Está virando, señor —balbució el oficial—. Se dirige hacia la formación de la flota.

—¡Esos cabrones traidores! —murmuró Namatjira.

—¡Eso es un rumbo de ataque! —gritó Van Aunger—. ¡Escudos al máximo! ¡Zafarrancho de combate!

—¡Señor, la barcaza ha abierto fuego! —gritó uno de los oficiales de cubierta—. ¡La *Cantium* ha sufrido varios impactos directos! ¡La *Viento Solar* también! ¡Ha quedado abierta al vacío!

—¡Respondan al fuego! —ordenó Van Aunger—. ¡Que todas las naves que tengan una solución de tiro viable contra la barcaza *Beta* abran fuego a discreción!

—¡El transporte *Loren* ha estallado, señor! ¡La *Tancredo* y la *Loudon* informan de daños graves!

—¡Pero si es una sola nave! —exclamó Namatjira.

—¡Es una barcaza de combate astartes, cretino! —le espetó Van Aunger—. ¡Está atravesando el centro de la flota como una espada al rojo vivo!

El puente de mando se estremeció cuando la *Blamires* comenzó a disparar con sus baterías principales.

—Ocho impactos directos conseguidos en la nave objetivo —anunció el oficial de artillería.

—¡Sí! —gritó Namatjira al mismo tiempo que cerraba los puños.

—La barcaza no ha disminuido de velocidad —comunicó el oficial de rastreo—. No parece que su operatividad se haya visto afectada.

Una sirena aguda comenzó a sonar en ese momento en mitad del zafarrancho de combate.

—¡Señales de teleportación! —aulló un oficial—. ¡Las señales se extienden por toda la sección media de la nave! ¡Nos están abordando!

Las compuertas interiores estallaron en un chorro de llamas y de fragmentos de metal al rojo. Los proyectiles de bólter atravesaron el humo que inundaba el pasillo y abatieron a todo el personal de cubierta mientras intentaban huir.

Los astartes aparecieron caminando sin detenerse entre las llamas. En sus armaduras de color púrpura se reflejaba el fuego parpadeante. Los bólters rugían mientras los disparaban moviéndolos de izquierda a derecha de un modo metódico, cubriendo así cada hueco y pasillo lateral.

—¡Resistid! ¡Resistid! —gritó el mayor general Dev, espada en mano, en un intento por reagrupar a dos pelotones de infantería Hort—. ¡Abran fuego!

Los soldados comenzaron a disparar hacia el otro extremo del pasillo. A Dev le pareció que una de las siluetas púrpura caía hacia atrás, pero los proyectiles de bólter atravesaron de nuevo el humo y descuartizaron a dos de los soldados que estaban junto a él. Dev, cubierto de sangre de los soldados, intentó que retrocedieran para ponerse a cubierto.

—¡Seguid disparando! —les gritó. Luego habló por el comunicador—. ¡Escuadras de defensa a las cubiertas ocho y nueve! ¡Necesitamos armas pesadas!

Retrocedieron a lo largo del pasillo hasta llegar a una sala de reuniones. Los disparos de bólter los persiguieron y abatieron a otros tres hombres. Cuarenta soldados de infantería pesada de Outremar cruzaron la estancia hacia ellos para apoyarlos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —aulló Dev—. ¡Venga! ¡Defended la puñetera compuerta! ¡Contenedlos!

La cubierta se estremeció cuando resonaron una serie de fuertes explosiones por debajo de ellos.

—¡Dame ese lanzagranadas! —gritó Dev.

Soltó la espada y empuñó el arma de apoyo. Luego le arrebató el morral con los proyectiles a uno de los soldados recién llegados y comenzó a meter granadas en la recámara del arma.

Detrás de ellos aparecieron unas luces parpadeantes. La materia que se solidificaba giró sobre sí misma y arrastró el humo del lugar. Tres astartes de la Legión Alfa se materializaron con las armas, disparando en fuego automático. El mayor general y sus hombres murieron en pocos segundos.

—Algo está ocurriendo —dijo Tche de repente—. Algo malo.

Honen Mu levantó la mirada hacia el cielo. Los destellos luminosos que se veían más allá de la capa de nubes no eran relámpagos, sino disparos orbitales. La flota había entrado en combate.

—No logro ponerme en contacto con el transporte ni con la nave insignia —informó el oficial de comunicaciones de los Bufones.

—Sigue intentándolo —le ordenó Mu.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tiphaine—. ¿Qué está ocurriendo allí arriba?

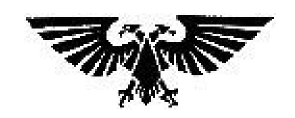
—No lo sé.

Todo el mundo se estremeció de repente al mismo tiempo. Un dolor provocado por su propio poder azotó el cuerpo de la uxor y de sus ayudantes. El borde iridiscente del gigantesco disco cobrizo empezó a girar con lentitud y la nave se alzó por encima de los riscos de las Colinas Temblorosas. Luego ascendió en línea recta hacia el cielo y desapareció en el interior de una de las nubes bajas.

Mu se sentó en una losa de piedra lisa. Había comenzado a llover, y era una lluvia fuerte y fría. Olió el diminuto cambio que se había producido en el aire. Fuese cual fuese el propósito con el que se había creado aquella zona atmosférica artificial, ya había cumplido su cometido. Ya no era necesaria, por lo que estaban dejando que desapareciese. No tenía ni idea de si el proceso tardaría minutos, días o semanas, pero la atmósfera cáustica de 42 Hydra Tertius volvería por completo y reestablecería el equilibrio climático.

Honen Mu percibió que nadie iría a buscarlos. Los Bufones y las demás unidades de asalto terrestre estarían todavía en la zona cuando las tormentas venenosas de 42 Hydra Tertius la reclamaran.

Después de eso, unos nuevos restos descompuestos aparecerían dispersos entre las solitarias rocas cúbicas.



DOCE

Blamires, en órbita

Dinas Chayne colocó con firmeza una mano sobre el brazo de Namatjira.

—Vámonos, mi señor —le insistió.

—No, Dinas —replicó el comandante general, apartando el brazo con brusquedad.

—No podemos garantizar la seguridad de la nave insignia por más tiempo. Los Luciferes Negros debemos escoltaron hasta el santuario de vuestro lanzador de emergencia.

El puente de mando se estremecía. Los operadores de los puestos de control gritaban por encima del aullido de las sirenas. Se captaba el característico olor a humo.

—¡Disparad de nuevo! —berreó Namatjira—. ¡Otra vez!

—¡No podemos atravesar sus escudos! —le respondió Van Aunger, también a gritos.

—¡Acabamos de perder la *Barbustion*! —avisó alguien a cierta distancia.

—¡Informan de que la *Loudon* está incendiada y a la deriva!

Namatjira se abalanzó contra Van Aunger y lo abofeteó en plena cara.

—¡Destruye esa barcaza, cobarde de mierda!

Van Aunger retrocedió, escupiendo la sangre que le salía del labio partido. Echó el brazo hacia atrás para responderle con un puñetazo, pero Chayne lo agarró por la garganta y el magíster empezó a asfixiarse.

—No vuelva a alzarle la mano al comandante general —le advirtió Chayne—. Cumpla sus órdenes.

Luego lo soltó. Van Aunger se desplomó, jadeante.

—Todas las armas —ordenó entre toses—. Todas las armas, fuego sostenido. Con

todo lo que tenemos, maldita sea, antes de que...

—¡Contacto! —gritó el oficial de rastreo—. ¡Otro contacto!

Se quedaron mirando los gráficos intermitentes de la pantalla principal. Allí aparecía una nave que se dirigía hacia la retaguardia de la flota expedicionaria.

—¿De dónde ha salido? —quiso saber Van Aunger.

—Acaba de aparecer en los sensores, señor. Estaba escondida detrás del planeta.

—Es otra barcaza —dijo Van Aunger en voz baja—. ¡Es otra puñetera barcaza de combate!

—La *Alfa* —murmuró Namatjira.

—¡Ha abierto fuego! —advirtió el oficial de rastreo.

—Vámonos, mi señor.

Esta vez, Namatjira permitió que Chayne lo sacara del puente de mando.

—Hay mucho... ruido ahí fuera —musitó Bronzi a través de la sangre que le salía de la boca.

—¡Cierra el pico! —le ordenó el jefe de los calabozos.

El oficial intercambió una mirada con los dos ayudantes, que tenían las batas manchadas de sangre. Era imposible ignorar el estampido de las explosiones y el tableteo de los disparos.

Bronzi comenzó a reírse, pero la risa se convirtió en un ataque de tos ronca.

—Ya vienen... Vienen a por mí, ¿sabéis? Lo sabía... Sabía que lo harían.

—¡Cállate! —le gritó el oficial, y luego apretó con rabia la tuerca de una de las argollas de sujeción.

Bronzi aulló.

Tosió y escupió más sangre.

—Me... me llamo Hurtado... Bronzi —gimió—. Es lo único que me sacaréis...

La puerta de la celda se abrió de golpe. Dos figuras vestidas con monos de combate ceñidos de color negro entraron en tromba. Peto Soneka le disparó al oficial de calabozos dos veces en el corazón con su pistola láser, y luego siguió disparándole al cadáver, que todavía se retorcía. Thaner decapitó a uno de los ayudantes con un mandoble experto de la falce y después empaló por el estómago al otro con la larga hoja del arma.

Sacó la falce de un tirón y el ayudante se desplomó, muerto.

—Libéralo —ordenó Soneka, y Thaner empezó a desenroscar las tuercas de las argollas.

—¿Peto?

—Aguanta, Hurtado. Estás hecho un desastre.

—Viniste... a por mí.

—Un favor personal concedido por el primarca.

—Viniste... a por mí —repitió Bronzi.

—Cuidamos de los nuestros —le dijo Thaner.

Lo levantaron de la silla. Bronzi no podía mantenerse en pie, así que lo llevaron entre los dos. Colocaron los brazos musculosos y empapados en sangre del atamán alrededor de sus hombros.

—De prisa —los apremió Thaner.

—Avisa para que comiencen la teleportación —respondió Soneka.

Thaner asintió.

—Vamos a sacarte de aquí, Hurtado. Te llevaremos a la barcaza y te remendaremos. Tú aguanta.

—Me alegro... de verte, Peto —murmuró Bronzi.

—Y yo de verte a ti, Hurtado.

—Si te alegras tanto..., ¿a qué viene esa cara de palo?

—Luego. Te lo contaré luego.

Un extremo de la enorme cubierta de despegue de la nave insignia estaba envuelto en llamas. Chayne y una escuadra de seis luciferes negros corrían con Namatjira a través del humo y del amplio espacio abierto hacia el santuario de lanzamiento blindado.

—Preparados para despegue inmediato —avisó Chayne por el comunicador—. ¡El comandante general estará a bordo dentro de veinte segundos!

—No creo que lo esté —lo interrumpió Alpharius.

El primarca salió de una de las espesas nubes de humo que cubrían la cubierta. Se quedó de pie, con el gladio en la mano, entre los escoltas y la escotilla que daba al santuario.

Los luciferes negros estaban armados con pistolas láser y con sables. Se lanzaron a por él sin dudarlo ni un momento y sin dejar de dispararle con sus armas.

Los disparos láser destellaron al estrellarse contra la armadura de Alpharius. Algunos dejaron unos agujeros chamuscados de bordes irregulares. Él echó a correr para enfrentarse a la carga de los escoltas. Un mandoble de su espada le partió la espalda al primer lucifer. El primarca giró sobre sí mismo y aplastó el cráneo de otro con el puño izquierdo.

Los golpes de sable le llovieron por todos lados. Los bloqueó con la espada y con el guantelete de la mano izquierda. Uno de los sables se partió y el gladio atravesó limpiamente el pecho de uno de los atacantes. Lo sacó de un tirón y un chorro de sangre cruzó el aire de la cubierta.

Bloqueó otro mandoble de sable con el gladio y le propinó un tremendo puñetazo con la mano izquierda a otro de los luciferes, que salió despedido hacia atrás por los aires. Agarró al último por el cuello y se lo partió con un simple giro de los dedos.

Chayne lo atacó con el sable y el primarca apenas pudo detener el ataque con su

gladio. El lucifer negro cambió la estrategia de ataque y Alpharius tuvo que retroceder para defenderse de la extraordinaria habilidad de Chayne. El primarca detuvo un nuevo golpe y lanzó su ataque, pero Chayne esquivó el mandoble y le clavó el sable en el costado. La hoja templada, fuerte y afilada del mejor metal conocido por la humanidad, atravesó la servoarmadura y se adentró en el torso del primarca tras penetrar todas sus capas segmentadas.

Alpharius bajó la mirada a la hoja clavada. De la herida salió una diminuta cantidad de sangre.

—Mmmm... —murmuró. Luego miró fijamente a Chayne, quien sabía que no podría sacar el arma clavada—. Eso es todo lo que lograrás penetrar —le dijo, y luego lo partió por la mitad.

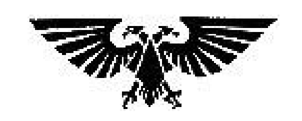
Alpharius envainó el gladio y se sacó el sable del cuerpo. Arrojó el arma a lo lejos y pasó por encima de los cadáveres que cubrían el suelo hasta donde Namatjira estaba de rodillas sobre la cubierta.

—¡Por favor! ¡Mi señor primarca! ¡Por favor, se lo suplico! —gimió el comandante general mientras le hacía un saludo ceremonial lleno de desesperación.

Alpharius empuñó el bólter.

—¿Por qué? —aulló Namatjira—. ¿Por qué lo hacéis?

—Por el Emperador —contestó Alpharius, y apretó el gatillo.



EPÍLOGO

LA CÁBALA

El disco de cobre cruzó, girando sobre sí mismo, la parte más oscura del vacío. John Grammaticus recorrió por última vez sus pasillos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Slau Dha.

—Me voy. Se acabó. He acabado.

—Habrá otras tareas.

—No para mí —replicó Grammaticus.

—La Cábala te agradece tus esfuerzos.

—Estoy seguro de que te ha costado decirlo —le contestó Grammaticus, con desdén.

Se alejó del autarca.

—Cumpliste la misión, *mon-keigh* —le dijo el señor eldar—. ¿Por qué no pareces estar satisfecho?

—Debido a mi grado de éxito. He firmado la sentencia de muerte de la especie humana.

—¿John? —lo llamó Slau Dha—. Te diriges hacia las compuertas exteriores. ¿John?

John Grammaticus hizo caso omiso del eldar y siguió caminando. Sentía que se lo merecía.

No sería su primera muerte, pero esperaba que fuera la última.